

MEMORIAS DE SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA

Adolfo Rogaciano Carrillo



CLÁSICOS DE LA
REFORMA LIBERAL 

MEMORIAS DE SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

MEMORIAS DE SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA

Adolfo Rogaciano Carrillo

MÉXICO 2020

Portada: *Sebastián Lerdo de Tejada*, Cruces y Campa,
tarjeta de visita, ca. 1870. Museo Nacional de Historia-Castillo
de Chapultepec. INAH. Secretaría de Cultura.

Esta edición está basada en las *Memorias inéditas de D. Sebastián Lerdo de Tejada*,
Tipografía *El Mundo*, Laredo, Texas, y en el prólogo de Adolfo Rogaciano
Carrillo, original manuscrito de 1926, publicado en *Historia mexicana*, x, 1.

Ediciones impresas:

Primera edición, INEHRM, 2011.

Ediciones en formato electrónico

Primera edición, INEHRM, 2020.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México,
órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o
parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la
reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin
la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-145-5

HECHO EN MÉXICO

Índice

PRÓLOGO

<i>Adolfo Rogaciano Carrillo</i>	9
--	---

MEMORIAS DE SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA

PRIMERA PARTE

Hace frío.....	49
¡Buenos días, Licenciado!	53
El lobo asoma la oreja	56
<i>Monsieur Tartufo</i>	58
El muerto al hoyo y el vivo al bollo	60
El despotismo del estómago	63
Señor, líbrame de mis enemigos	66
Gente de bronce.....	67
Gente de azogue	71
Gente de cobre	77

La cliquet dorée.....	79
¿Yo masón?, ¡no, hombre!	82
Un estéril heroísmo	86
El ejército	89
<i>Facilis descensus Averno</i>	92
Los israelitas de las finanzas	95
Génesis de un idolillo	99
La conjuración de Salamanca	102
Los cerebros de la revolución	105
Una comida memorable	108
La frontera	110
<i>Nil desperandum</i>	112
Un sonámbulo	115
El héroe y el bandido	118
Preparativos de marcha	121
En marcha	124

SEGUNDA PARTE

Noche en el alma	131
Círculo polar	133
<i>Multum in parvo</i>	137
Una aparición.....	140
El gran pontífice del lerdismo.....	145
Fue, lo vieron y lo capturaron.....	150
Al león moribundo, la coza del asno	154



El conspirador	158
[sin título].....	163
El cascabel del gato.....	168
El hombre... el crimen.....	174
El pequeño motor de la gran evolución.....	179
La gran evolución.....	185
Cordón sanitario.....	191
Burro viejo y luna nueva.....	198
El <i>rouge et noir</i>	203
Don Sebastián, pido a Usted mil perdones.....	210
Abraham. <i>A tout seigneur, tacet honneur!</i>	217
<i>Ventrem feri</i>	223
El asesinato de García de la Cadena	230
Una rama de ciprés.....	237
Mi testamento político	242
APÉNDICE	247
Ediciones identificadas del libro <i>Memorias</i> de Sebastián Lerdo de Tejada y álbum de fotos.....	252



Prólogo

Adolfo Rogaciano Carrillo



NOTA DEL EDITOR: Aquí presentamos el prólogo escrito por Adolfo Rogaciano Carrillo en 1926 que obra en el expediente que sobre él se conserva en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y que corrige algunas imprecisiones del publicado por Stanley Ross, "Prólogo a las 'Memorias' de Lerdo", *Historia mexicana*, x, 1, 1960, pp. 117-146.

Si bien estas *Memorias* no fueron *literalmente escritas* por don Sebastián, reflejan no obstante sus opiniones sobre hombres y cosas, manifestadas con frecuencia en pláticas que él tuviera con el autor de ellas, quien no hizo más de glosar en forma literaria los conceptos del eximio patricio mexicano.

No deben, pues, considerarse como apócrifas en el sentido propio de la palabra, y por lo mismo, si algún valimiento histórico tienen, débese tan sólo el haber emanado del docto criterio de un hombre que conoció como ningún otro la psicología de sus tiempos.

La tersura idiomática del señor Lerdo puede decirse que fue fotografiada en sus *Memorias*, cuyas páginas cintilan en donosas y cristalinas frases. Con aterciopelada suavidad supo fustigar y arrojar del templo de la democracia, a los mercaderes y fariseos que, en hordas hambrientas, habían mancillado su recinto.

El solo hecho de haberse anunciado una nueva edición de las *Memorias* de Lerdo de Tejada [en marzo de 1926], con un prólogo informando de cómo aconteció que yo las escribiera, dio margen a la prensa reaccionaria para hacerme blanco de calumnias e insultos, que por su malevolencia misma y rastrera mendacidad no me tocan, ni mucho menos amenguan, mi límpida honradez.

Empero, no debo dejar pasar inadvertido el doloso embuste de que yo “he estado y estoy en la miseria por haberme abandonado el Gobierno emanado de la Revolución Constitucionalista”. En verdad, desde el momento en que los ideales revolucionarios adquirieron forma tangible de gobierno, éste nunca me ha desamparado, demostrando que ha sabido estimar a los hombres que sufrieron persecuciones por el triunfo de esos mismos ideales. Mas de ahí a vivir en la holganza y la opulencia, existen hondas diferencias: un escritor de combate como yo, acostumbrado a la vida bohemia y sus correspondientes zozobras, estaría fuera de su elemento bajo techos palaciegos y girando en automóviles. Mientras que así, subsistiendo con modestia y desahogo, puede afirmarse que me encuentro en mi propia atmósfera y del todo tranquilo, por tener la certidumbre de que, mientras la administración constitucionalista aliente, mi futuro material se encuentra asegurado.

Por una de esas perversas ironías del destino, muchos de los matones de pluma que gallardearon la librea porfiriana, hoy se han colado en los ministerios del gobierno, surgido de la Revolución Constitucionalista, llegando arrastrándose como lo tienen por hábito a las puertas de la secretarías, agazapados tras de los bufetes; esos fósiles de gangrenados cerebros hoy me arroja puñados de cieno, a mí, a quien indirectamente deben el sustento, por haber contribuido yo tanto al triunfo final de la Revolución Constitucionalista.

Con el cinismo que les es característico, esos *condottieres* de albañal, me acusan de haber hecho chantaje, el mismo cargo que formulaban contra Filomeno Mata, Pino Suárez y Serapio Rendón.

¡Qué imbéciles! Si yo hubiera ejercido ese sistema, en el cual ellos han sido y son maestros, habría llegado a ser senador porfiriano y hoy un capitalista manchado de pies a cabeza, pero rico al menos.



Mas careciendo de esa virtud chantajista, muy propia de reaccionarios y de científicos, hoy vivo en la pobreza, lo que es un crimen para los hombrecillos nacidos al calor de los asesinatos de Veracruz y el cuartelazo de la Ciudadela.

EL EREMITA DE LENOX HOUSE

Como un testimonio de perdurable gratitud, dedico estas *Memorias* al señor licenciado y general don Aarón Sáenz, secretario de Relaciones Exteriores. El presente folleto fue escrito por mí, meses después de haber fenecido en Nueva York el señor Lerdo de Tejada, y publicado por primera vez en *El Mundo*, semanario que por aquel entonces editaba en Laredo, Texas, el doctor y general don Ignacio Martínez, quien fue asesinado después en los alrededores de la población por un grupo de esbirros, pródigamente remunerados por el extinto matón Bernardo Reyes, califa por aquella época del heroico estado de Nuevo León.

De cómo aconteció que yo lo escribiera, paso a referirlo con la brevedad que me sea posible, absteniéndome de citar fechas precisas, por haber escapado a mi memoria, dado el tiempo transcurrido. Durante la segunda administración paternalista del general Díaz, salí desterrado de mi país, al cabo de haber residido por algunas ocasiones, si bien involuntariamente, en la cárcel de Belem, donde solía habitar también en compañía de algunos otros periodistas el mártir Filomeno Mata.

Con una escolta al mando de un capitán Malpica, fui conducido de la capital de la República al puerto de Veracruz, donde fui embarcado para Nueva York en uno de los vapores de la línea Alejandría. Desembarcamos en la metrópoli yanqui a principios de febrero de 1886 en los momentos en que azotaba a la colosal urbe furioso temporal de nieve. El pagador del buque, señor Solignac, me echó en hombros su



abrigo para protegerme de la intemperie, llevándome a hospedar al Hotel América, situado en la calle Catorce.

Informado el señor Lerdo de Tejada de la situación angustiosa en que yo había venido, ofreciéndome alojamiento en el *Lenox House*, donde él había venido residiendo desde su arribo a los Estados Unidos, y durante los nueve meses que viví en Nueva York gocé de su generosa hospitalidad, amparado por de pronto de la miseria. Una vez a su lado, tuve el privilegio de tratarle y empaparme de sus modismos, acumulando en la mente multitud de anécdotas que él tuvo a bien referirme, especialmente las tocantes al licenciado Manuel Romero Rubio, su compadre y ministro, y a otros judas distinguidos en que él tanto confiara.

Había en el temperamento de don Sebastián cierta fuerza espiritual que se imponía y avasallaba, deslumbrando a veces con los fulgores multicolores que de su magno cerebro surgían, bañando en luz los problemas más densos y oscuros, que cristalizaba en una sola frase. Era el Benvenuto Cellini de la palabra; verba artística, refinada, de cadenciosa estética, por decirlo así. Cuando hablaba, había en su faz el sereno reposo de un filósofo griego, aun al discutir materias de la naturaleza que tanto encantaban al erótico Aristófanes, que hacía girar el universo en la circunferencia de los senos de una mujer.

Y lo que más había de admirarse en su alma pitagórica era la ausencia de odios personales o políticos, aun contra los mismos que lo hubieron condenado al calvario de su prolongado exilio.

A sus enemigos y contemporáneos solía definirlos con un epigrama o una salida de gráfica mordacidad.

Refiriéndose al general Díaz, decía: “Es un apache empollado en el huevo de un cocodrilo oaxaqueño”.

A su compadre y ex secretario de Gobernación, Romero Rubio, flagelaba en esta frase: “Un jesuita de gorro frigio, con el alma de un Picaluga”.



Aludiendo al general don Vicente Riva Palacio, exclamaba con amarga sonrisa: “Es un literato sin ideas y un político sin convicciones”.

En cierta ocasión le hablé de don Guillermo Prieto, manifestándole que en mi concepto él era uno de los tipos nacionales que con mayor brillo habían descollado en la época de la Reforma. Oído lo cual, don Sebastián sonrió con languidez de Patricio, murmurando después de encender uno de sus perfumados cigarritos veracruzanos:

—¡Hombre!, ¡hombre!, Prieto, más que un poeta y estadista, es una lágrima. Su elocuencia es la del llanto, mas en el fondo es un Asmodeo”.



Con frecuencia, y víctima de nebulosas nostalgias, el ilustre proscrito enceldábase en su lujosa habitación, sin ver ni hablar con nadie, a solas con sus recuerdos y las pulsaciones de su herido corazón. Esos sacudimientos patológicos prolongábanse semanas enteras, terminando luego en aleteos de cóndor desencadenado.

De los pensadores norteamericanos, el único que le interesaba era Emerson.

—La idea, propiamente reflexiva, es ajena al carácter bullicioso de estas gentes. Son hombres de acción, no de meditación. A mi juicio, Emerson es el buzo de la idea. Sus concepciones en toda materia son abismales. Hay mucho de austero en su filosofía, que me recuerda los silogismos de Pascal y de Montaigne. Tiene su pluma la virilidad de un Nietzsche sin sus brutalismos y crudezas. Emerson es una perla que brilla en el estercolero comercialista de los Estados Unidos.



EL BUITRE BUSCA AL ÁGUILA EN SU NIDO

Verano o invierno, don Sebastián abandonaba el lecho a las 8 de la mañana, surgiendo en su privado comedor en bata de baño y lustroso de semblante. En su mesa había siempre un ramo de violetas y de rosas, en un jarrón de porcelana china, esculpido de episodios eróticos marcadamente orientales. Desayunaba con suma parquedad; el inevitable chocolate, un vaso de leche y un par de huevos pasados por agua, y como epílogo digestivo una copita de coñac. Dirigíase a veces a su pequeña biblioteca escogiendo, y para pasar el rato, ora la *Ifigenia*, de Eurípides, ora bien el *Tartufo*, de Molière, o *Mlle. Fifi*, de Maupassant. Y con el cigarrillo en sus delicados dedos, ensimismábase en la lectura, centelleándole de cuando en cuando los redondos y pardos ojillos.

Un día sorprendile con lápiz en mano anotando los epigramas de Nietzsche, y tornándose hacia mí díjome:

—Ese germano es un loco sublime, pues dice que es más difícil encontrar un buen amigo que un pez en el Río Rhin. Los hombres somos así, ingratos, aun para con nosotros mismos. Con todo y eso, a mí me quedan todavía algunos buenos amigos. Uno de ellos es don Agustín Pesqueira, con quien me ligan afinidades espirituales y políticas y aun creo que vínculos temperamentales. Y cuando me visita, creo que mi mente se refleja en la suya, en misteriosas identidades. No debe conocerlo usted, pues es uno de los altivos que han gravitado fuera de la órbita rojiza del llamado héroe de Teacoac. Y a propósito de esa escaramuza, de la cual don Porfirio gallardea tanto, el señor Pesqueira dice que fue tan sólo “una borrachera de indios”.



Luego continuó:

—El patricio sonorenses es de conversación *étincelant*, condensando en una sola frase la sal ética de un Heine. Él me informó que el Señor Díaz ha creado una nueva aristocracia: la del *cacle*; y que sus miembros, si bien oscuros y trigueños por el momento, resurgirán a los fines blancos y azulados, pues se están dando baños de leche por fuera y baños de pulque por dentro. Me dice también que el bizarro general se pinta las canas y está tomando lecciones de francés. ¡Vaya una ocurrencia! En verdad, el francés es de un laconismo termidoriano: se presta mucho a las órdenes de fusilamiento. Así lo confesaba Napoleón en su destierro de Santa Elena.



—¿Es cierto —pregunté una vez al Señor Lerdo— que don Porfirio y su suegro Romero Rubio estuvieron en una ocasión a visitar a usted?

Don Sebastián sonrió socarronamente y encarándose con su *valet de chambre*, Higinio Espinosa, que en esos instantes entraba, llevándole dos copitas de coñac, díjole:

—Cuéntale al joven lo que pasó entonces, Higinio, con ese genio inconsciente que te es genial y tú sabes derrochar a manos llenas.

El valet había encalvecido al servicio del ilustre desterrado y en su apariencia craneológica, semejaba un Darwin vagando en la Isla de Tortugas. De la frente al cervigullo no había un solo cabello y por eso las moscas neoyorkinas jugaban al *football* con tenacidad irritante en su marfilina mollera, resbalando y aleteando jubilosas, o bien tendiéndose lánguidas y perezosas a dormir la siesta.



Higinio llamaba a don Sebastián *El señor* y prefería ser llamado su secretario y no su mozo, en cuya calidad había venido a Nueva York.

—Sí señor, principiaré por el fin si a usted le parece. Una mañana, cuando yo cepillaba la ropa de *El señor*, llamaron a la puerta dos caballeros: uno muy alto y prieto; el otro gordínflón y blanco.

Le pasé sus tarjetas que decían: General Porfirio Díaz, Lic. Manuel Romero Rubio.

—*El señor* se puso de pie, exclamando exasperado:

—¡Qué desvergüenza! ¡Parece increíble! ¡Diles que no estoy en casa!

Les dí el recado y se fueron refunfuñando. Pero al día siguiente volvieron a la carga, con idéntico resultado. Temeroso de un cuartelazo, *El señor* puso en cuarentena su habitación emparedándose a piedra y cal. ¿Cree usted que se retiraron con la cola entre las piernas, como suelen decir en mi tierra? ¡Nada de eso! Regresaron y yo tuve que decir la verdad. ¡*El señor* nunca más los verá! Fue entonces cuando se alejaron dejando tras sí una estela sulfurosa. ¡Anás, el suegro de Caifás, fue el instigador de esa visita intempestiva!

Comentando ese penoso incidente, decía don Sebastián, jugueteando con la cadenilla de su reloj, de la cual pendían dos calaveritas diamantinas:

—No hay que culparles. ¿Acaso se hacen guantes de seda con las orejas de un cerdo?

EL TÁCITO DE *LENOX HOUSE*

Además de humorista, don Sebastián era un excelente memorista y conservaba frescos en su fecunda mente a los hombres y las cosas del inmediato o remoto pasado.



—Iturbide —decía— fue un asno con orejas de lobo.

A Valentín Gómez Farías lo delineaba así: “Don Valentín fue el epiléptico de la Reforma. En su alma y en su trato había mucho de un Felipe II. En sus viajes a Jalapa gustaba de rodearse de una corte de resplandecientes parásitos, sin faltar en ella el Rigoletto Republicano”.

Con el bisturí de su radiosa inteligencia, disecaba la personalidad de Miguel de Miramón con esta sentencia bismarckiana:

—Un cóndor con alas de murciélago.

Deberé advertir que el señor Lerdo gustaba mucho en sus lapidarias definiciones de emplear símiles zoológicos, y para él, nuestra historia, venía a ser una especie de jardín botánico, rebosante en fauna que aparece en escena, gesticula y desaparece, dejando a su paso luces y sombras.

—Comonfort —opinaba— fue el *kangaroo* de la Guerra de la Reforma: daba un brinco para adelante y dos para atrás.

Por aquella época fungía como cónsul de México en Nueva York el señor Juan U. Navarro, un anciano patriarcal y de viril aspecto, y partidario incondicional de los hombres de Tuxtepec. En sus pláticas con él, don Sebastián se ufanaba en alfilerar a los pigmeos del Porfirismo.

Fernando Maximiliano había causado buena y honda impresión en el ánimo de don Sebastián.

—Fue un Edipo germano —decía con voz acariciadora y queda—, una oveja entre lobos, un cisne en parvada de cuervos. Al castigarle la República, castigó en él la fórmula monárquica, no su personalidad. Así el señor Juárez como yo creíamos que el Archiduque se acobardaría frente al patíbulo. Mas ambos nos equivocamos. El general Escobedo me decía que Maximiliano se desplomó en el Cerro de las Campanas con la serena gracia de un gladiador romano.



De la rebelión tuxtepecana que le empujara al exilio decía:

—Fue una guerra de personalidades, nunca de ideales. Y su éxito fue debido a tres causas principales: al espíritu del militarismo predominante en el país desde los tiempos de Santa Anna; a la desmoralización en el ejército y a las perniciosas intrigas de los que medran con las revueltas, por descabelladas que éstas sean. Los sediciosos exigieron como bandera la *no reelección*, simplemente en la mira de justificar su magno crimen. Mas en el fondo no fue más de la lucha entre la fuerza bruta de la barbarie, contra la civilización y contra las leyes. Esa insolente rebeldía trajo consigo mismo los gérmenes de la dictadura. Ya lo está presenciando usted: después de un interregno carnalesco, ya tenemos a don Porfirio otra vez en el poder y permanecerá en éste hasta caer desecho en las garras de la senectud. Quizás yo no tendré el dolor de asistir a esas luctuosas postrimerías, que ya presiento como un desenlace inevitable y lógico.

De algunos de sus generales, don Sebastián atesoraba gratos e indelebles recuerdos:

—Alatorre —decía— es un Bayardo: sin miedo y sin tacha. Sé que ahora vive en una pobreza espartana, pero con la hidalga dignidad de un *chevalier* de la Fronda.

Aludiendo una vez al general Sóstenes Rocha, se expresó así:

—Rocha, como Grant, es un héroe alcoholizado: en la acción de la Bufo, apenas podía sostenerse en el caballo. El olor de la pólvora y del tequila lo transfiguraban. Lo mismo jugaba con las balas que con las botellas. ¡Es un bruto sublime! ¡Más bien espiritual que espiritual!

AMORES DE CREPÚSCULO

Temeroso de convertirme en un parásito de las bondades del eximio proscrito, obtuve mediante la amistad de Pepe Mar-



tí, el *Libertador de Cuba*, un modesto empleo como traductor del francés, en la famosa casa editorial de Appleton y Co., situada en Bond St., que cruza la de Broadway.

El jefe del Departamento en Español en ella era entonces el doctor García Purón, a quien Porfirio Díaz había aplicado el artículo 33 considerándolo como extranjero pernicioso. Ese humilde puesto diome ocasión de intimar con Martí, pues todos los días almorzábamos juntos y en los ratos de ocio nos hacíamos mutuas confidencias.

Paréceme estarle viendo todavía: chiquitín, tristón, taciturno, pensativo, de andar lento, abrumado con la pesantez de su abrigo gris que le llegaba hasta los talones. En la calle nunca soltaba el paraguas, ni un paquete de libros bajo el brazo derecho. Los domingos los pasaba con él en su cuartucho, en la Sexta Avenida. En sus luminosas pláticas jamás perdió la fe en la emancipación final de la *Perla de las Antillas*.

Hubo veces en que estuvo en peligro de ser envenenado por agentes secretos de la Capitanía General de Cuba y por eso solía cocinar sus propios alimentos o cambiar de continuo de restaurante.

Varias veces el general don Sabas Marín, capitán general de la Isla, por aquella época, procuró por dádivas cuantiosas el silenciar su pluma revolucionaria, que desde el ostracismo hacía temblar de pavor a la burocracia de la península ibérica. De La Habana, Matanzas y otras muchas ciudades y provincias cubanas, recibía voluminosa correspondencia bajo un nombre supuesto. Máximo Gómez y Antonio Maceo solían visitarlo clandestinamente, organizando desde Nueva York las periódicas insurrecciones que sacudían la inquieta *Perla de las Antillas*.

Un tormentoso domingo de marzo que ya tocaba a sus fines, ofrecí a Martí el presentarlo con el señor Lerdo. Los copos de nieve descendían tupidos, entoldando la atmósfera en siniestras opacidades. Los estrepitosos ruidos de la me-



trópoli habían amenguado, transitando vehículos y gentes en blancas y suaves afombras, sudarios del espíritu.

Al llegar a *Lenox House*, recibionos en la antesala el discreto *valet* Espinosa, quien al vernos llevose un dedo a los labios, indicándonos silencio. Por su misteriosa actitud que semejava la de un fauno en acecho de una ninfa, supusimos que algo solemne e íntimo acontecía allá en los adentros donde languidecía el eminente estadista jalapeño.

—¡Chist!, murmuró Higinio, acariciando con su gran pañuelo rojo la marfilínea calva. —¡*El señor* está con su novia, la señorita Lila Haley! No puede recibir en estos momentos.

—Pues aguardaremos. Don Higinio, ¡tenemos tiempo sobrado para esperar!

Advertiré que nada agradaba tanto al mozo como el que le llamaran *don* o *míster* y complacido por la dudosa distinción, avivó el fuego de la chimenea, echándole más carbón y apresuróse en seguida a servirnos un vaso de oporto, escamoteado de la bodega, nunca vacía y siempre llena, del sibarita señor Lerdo.

Pero el hecho es que Martí, así como yo, ardíamos en curiosidad por conocer a la enjaulada golondrina de invierno. Es que entre los miembros de nuestra colonia ya se susurraba algo sobre las dulces conferencias a la cardenal de Rohan, tenidas *sub-umbra* por el *Man who Was* del que nos habla Kipling.

El erótico mitin prolongóse hasta las seis de la tarde en los momentos en que las luces de la Quinta Avenida ahuyentaban a las sombras nocturnas en combustión de palpitanes resplandores y coloridos.

¿Quedó por ventura satisfecha nuestra curiosidad de exóticos vagabundos? Lo único que vimos fue un torbellino de sedas y encajes, cintilar de diamantes y un perfil de alabastro envuelto en un nimbo de perfumes.



El altar de Venus Citerea había sido consagrado sirviendo al acólito un Cupido de alas marchitas y flechas embotadas.

Martí y yo nos detuvimos en el dintel: después de la presentación, los dos eximios intelectuales cambiaron recuerdos e impresiones. El libertador isleño quejose amargamente de la rapacidad de los capitanes generales; de la prostitución de la burocracia ibera y de la esclavitud, peor que la feudal, en que se hallaban sumidas las masas cubanas, a lo cual don Sebastián replicó con esa voz reposada y cadenciosa, en frases que sin lastimar laceraban por ser inexorablemente lógicas.

—¿Y qué dice usted de los virreyes, con los cuales la monarquía española flageló por siglos a México; de las hordas de clérigos y de monjes, de publicanos y oidores, que desembarcaban en nuestras playas cargados de muchos apetitos bestiales, sembrando por doquiera el terrorismo espiritual: los actos de violencia, de codicia y de rencillas? Sí, señor Martí, los tiranuelos virreinales no solamente estrangularon el alma mexicana; hicieron imposible la existencia de una verdadera República. Cuando menos retardaron su aparición, así como los dogmas de la democracia, tal como se practican en el gran país donde hoy residimos.

Maravillóse Martí, durante las diferentes pláticas, de la precisión gramatical e idiomática con que don Sebastián dominaba el inglés, que estudió y aprendió en menos de tres años.

—No debe asombrarse —explicaba al *Libertador* el señor Lerdo— quien lea a Thoreau, a Emerson o a los clásicos del tiempo de Shakespeare o Marlowe, no puede menos sin esfuerzo labial el hablarlo.

Ya en la calle, después de la indispensable copita de coñac, Martí exclamó, abandonando por un instante su glacial talante:

—Amigo don Adolfo: El señor Lerdo es un genio, pero como todos los genios, avasalla su espíritu el amor: ama con



la furia de un Fausto, piensa con la profundidad de un Gibbon; y siente con la exquisita ternura de un Hamlet.

DOS SUPERMEN LATINOAMERICANOS

En la conversación anteriormente narrada, a la cual tuve el privilegio de asistir, tanto el señor Lerdo como José Martí definieron claramente sus disímbolos temperamentos: exquisitamente emocional el del primero, gráficamente idealista y soñador el del último.

Departiendo sobre el tema del amor, don Sebastián decía al *Libertador de Cuba*:

—El hombre que es amado por una sola mujer es favorecido de los dioses; el que es amado por varias, es un dios. Porque ellas tienen el instinto clarividente de los niños; aman solamente a quienes les interesa y fascina. El afecto conyugal fenece tarde o temprano; el colectivo es inmortal.

El señor Lerdo hizo una breve pausa encendiendo otro cigarrito, que colocó esmeradamente en las tenacillas de oro:

—Contaré a usted un episodio de mi vida cuando era un estudiante. En Jalapa me enamoré de una muchacha cuyos besos truenan aún en mi memoria. De la mañana a la noche, me dio calabazas, como decimos en México. ¿Y sabe usted por qué? ¡Por no haber bebido el néctar que ella me brindaba con los ardientes ojos! ¡Ah, tenía razón Goethe cuando decía que una mujer puede sentir muchas veces, pero amar solamente una!

Al escucharle Martí, le miraba y remiraba agitándose inquieto en el amplio sillón acojinado. El patricio continuó con pupilas luminosas y rejuvenecidas:

—Don Vicente Riva Palacio, que con todo y su joroba y fealdad es en el fondo un libertino vulgar, me atacó crudamente en *El Ahuizote* acusándome de clandestinos e ilícitos amores. ¿Di por ventura ocasión a los escándalos? ¡Nunca!



¿Por sólo el hecho de ser un célibe estaba yo condenado al suplicio terrible de un Abelardo? Y aquí mismo, en Nueva York —concluyó el señor Lerdo encendido el rostro en byroniana cólera—. ¿Acaso no me critica la colonia hispanoamericana, por tener una que otra amiguita que endulza las horas de una soledad catoniana?

Lo cierto es que el señor Lerdo, al igual de Mirabeau, ejercía irresistible fascinación sobre las mujeres que le correspondían a sus caricias con aleteos de mariposas que, sedientas, chupan los pétalos de una flor, cuyas aterciopeladas hojillas la noche ya envuelve en sus densas sombras.

Porque *Miss Haley*, su *dernier amour*, era rica, educada y linda, una de esas acuarelas femeninas pintadas por un rayo de luna en oriental tapicería.

Martí, empero, era el reverso de ese medallón bizantino; alentaba en su temperamento la austeridad de un anacoreta, el recato de una vestal, la concentración meditabunda de un monje medieval. Cuba era el amor de sus amores, Cleopatra de las Antillas, a cuyos breves pies se arrodillaba. Veía a las mujeres con desdén masculino, tal como si fuesen juguetes para divertir a los chiquillos y hacer pecar a los viejos. Hombre de acción, analítico y frío, pasábase las noches de claro en claro, conspirando contra España para redimir la Isla. Los cubanos que por aquel entonces residían en Nueva York hacían befa de su apostolado, tal como nosotros los mexicanos la hicimos del inextinguible Nicolás Zúñiga y Miranda.

La única vez en que le vi emocionado, casi vertiendo lágrimas, fue al hablar de don Sebastián al día siguiente de nuestra visita al incorruptible estadista.

—México —díjome en una ocasión— hará justicia con el tiempo a ese genio prodigioso, a ese Voltaire humanitarista que aspiró con el señor Juárez a cimentar en el hoy califato de los satélites del general Díaz las instituciones democráticas, que son las únicas que pueden salvar al país



de la gradual absorción yanqui, que con insidia diplomática sigue la tortuosa línea del *destino manifiesto*; esa doctrina imperialista generada por el alma filibustera de Monroe amenaza también a Cuba, tan luego como obtenga su independencia. Por eso yo he rechazado todo compromiso con ciertos elementos de Washington que ven en el imperialismo el desiderátum político de la *Perla de las Antillas*. No, amigo mío —terminó Martí, golpeando furiosamente un libro con otro—, en menos de dos años, Cuba tendrá en la Manigua cuarenta mil insurrectos bien armados y con ellos será más que suficiente para arrojar de la isla la horda de peninsulares que hoy ya tiemblan al oír los nombres heroicos de Antonio Maceo y Máximo Gómez. Y tendremos entonces sumo cuidado, chico, en no incurrir en los mismos errores en que incurrieron Céspedes y otros mártires de la libertad Antillana.

LERDO: SU PERSONALIDAD EN LO FÍSICO, INTELLECTUAL Y ESPIRITUAL

Al igual que don Agustín Pesqueira, Juan José Baz y otros *leaders* del Renacimiento Liberal Mexicano, don Sebastián descendía de una familia española, y era lo que en la época colonial llamábase un *criollo*. Blanco, de cara ovalada y líneas simétricas, parecía la evocación de un senador romano de los tiempos de Octavio o Augusto. De frente espaciosa, cejas arqueadas, ojos pardos y penetrantes y nariz breve, su serena faz reflejaba la energía en reposo, la sutil y analítica inteligencia en ebullición luminosa.

De cuello corto y amplias espaldas, revelaba al hombre de salud, al *bon vivant* que gusta de los placeres de la mesa, cuidadoso de no abusar de ellos. Acogía a los extraños con serena cortesía, mas cierta reserva rayana en frialdad, que reprimía en el visitante todo impulso de familiaridad. Era



su voz cadenciosa y preciosa, y en los momentos de prueba, jamás la alteraba en ásperas inflexiones.

Esmaltaba su amena conversación con anécdotas oportunas y chispeantes que hacían reír o meditar, por su mismo *esprit* o doctrinaria filosofía.

En su trato con los demás era la galantería encarnada: un Chesterfield de irreprochables maneras y gallarda apostura. Al concluir un periodo o una sentencia, frotábase las aristocráticas manos, o bien se palmeaba con ellas las rodillas, dejando enseñar un anillo de esmeraldas en la izquierda.

Apuraba por día cuatro o cinco copitas de coñac francés y en la mesa opulento vino de Burdeos, o bien una botella de Jerez de la Frontera. Aborrecía los platillos americanos, deleitándole, en cambio, la cocina francesa. La casera de *Lenox House*, de nacionalidad franco-canadiense, tenía un cocinero francés que condimentaba exclusivamente para él manjares apetitosos.

Durante las tardes, si el tiempo lo permitía, echábase a andar, muy erguido, por la Quinta Avenida, con el bastón de puño de oro y guantes gris perla; al pardear de la tarde, tornaba al solitario hogar, encastillándose en su biblioteca, vestido ya de bata y chinelas japonesas. Y apenas si se sentaba, cuando surgía a su lado, cual Puck automático, el callado y discreto valet, con el frasco de coñac en la bandeja, escanciando luego en la copa el ambarino y fragante líquido. El mozo Higinio, al retirarse, lanzaba la flecha del Partho, llevándose el frasco a la boca, con ruido de alcantarilla desbordada. Habiéndole sorprendido cierta vez en ese acto de ratería hidráulica-báquica, pasome los sedimentos del líquido, exclamando al limpiarse con el reverso de la gigantesca mano:

—¡Oh, cómo suspiro por la Patria! Y ya que no tenemos pulque...





Visto bajo el aspecto puramente intelectual, el señor Lerdo era más que un genio: era un coloso; como jurisconsulto, muy pocos hubo que le aventajaran, y la mejor prueba de ello es la de que el Foro Neoyorkino sometió a su criterio lógico y sintético muchos problemas de jurisprudencia, muy difíciles de ser clasificados, de acuerdo con el espíritu de las leyes norteamericanas, con frecuencia ambiguas en sus conclusiones.

En filosofía era un estoico, aceptando no obstante, sin practicarlas, las doctrinas positivistas de Herbert Spencer, la de Kant y aun el yoga de los budistas. En ciencias evolutivas admiraba a Darwin y a Haeckel sin admitir o rechazar de plano sus dogmas: entre Spencer y Sócrates prefería la lectura de este último, y refiriéndose a Platón, censuraba su *República*, considerándola como una utopía infantil.

En sus ratos de tedio y nostalgia, el eximio expatriado estudiaba y anotaba a Cátulo, cuyos versos pulsan con el aliento perfumado de una Frinea.

—¿Sabe usted por qué admiro a Cátulo? Pues por el hecho de que fue el más humano de los poetas clásicos del paganismo. Su vida fue una perpetua luna de miel. Las vaporosas siluetas de sus amantes envuélvenle en un nimbo de infinitas voluptuosidades. ¡Cuántos corazones no hubo de flechar con su ira! En libertinaje, supera al don Juan de Byron, y en picardía, al granuja Gil Blas de Santillana, creado por la fecunda imaginación de Lesage. Cada vez que le estudio me transporto en espíritu a la madriguera de sus devaneos lascivos dentro de la que, tendido en pieles de tigre africano, besa y abraza a las ninfas, amparándolas de un Sileno de ojos verdes y fosforescentes que las persigue.

El señor Lerdo, tildado por muchos de ser irreligioso y ateo, fue a mi juicio un verdadero discípulo del Nazareno:



quitábase la capa para cubrir la desnudez ajena y el pan de la boca para alimentar al hambriento. Nunca condenó a las magdalenas, ni mucho menos santificó a las beatas, pues para él, unas y otras son dignas de compasión.

Su *bête noire* era el clero y el clericalismo, a los que flagelaba con lógica, inexorable y ática, así en sus conversaciones como en sus escritos.

Su autor privilegiado en literatura francesa era Rabelais, el creador de Pantagruel y de Gargantúa. Aludiendo a Víctor Hugo decía:

—Sus libros sacuden en vez de inspirar; son como cataratas que aturden y relámpagos que ciegan.

Leyendo a Balzac don Sebastián se enternecía, y al finalizar un día la lectura del Père Goriot dijo suspirando:

—¡Cómo celebro el nunca haberme casado! La tesis que sostiene el novelista francés en su libro es idéntica a la desenvuelta por Shakespeare en su épica de King Lear!

Sin embargo, esa inteligencia supernatural sibilina, de la cual emanaban luminosos segmentos, hundióse en las sombras de eterna y lóbrega noche, ¡lejos de los suyos y abandonado cruelmente por los suyos!

DESPEDIDA DEL RECLUSO. SALGO PARA EUROPA

Después de haber permanecido ocho meses en Nueva York, y con la ayuda del señor Lerdo, embarqueme para España a principios de 1887, si es que mi memoria no me engaña la fecha.

—Qué futuro se le espera aquí sin hablar el idioma y ser refractario a las costumbres americanas? En regresar a México ya ni lo piense usted, pues el señor Díaz continuará en la farsa de reelegirse, o bien pondrá en la silla a su suegro Romero Rubio. Santa Anna solía retirarse o lo retiraban; mas no así el Tartufo oaxaqueño, de quien el señor Juárez decía:



“Ese hombre irá demasiado lejos si antes no lo ahorcan. Tiene dos armas que en nuestro país siempre cuentan: fusiles y lágrimas”.

—Sí, —váyase usted cuanto antes —continuó don Sebastián en tono vibrante. —¿Cree usted que si fuese joven permanecería en este ambiente, donde el ruido tiene mayor fuerza que la idea, y donde el alma latina fenece o se marcha?

Pepe Martí fue a acompañarme a los muelles dándome varias cartas de presentación para sus amigos en Madrid, entre las cuales había una para el diputado a Cortes, el cubano señor Portuondo, que más tarde me sirvió de mucho.

Desembarcamos en Santander y por primera vez saboreé en el almuerzo las afamadas sardinas asturianas que se sirven frescas en todas las fondas. Al día siguiente, me trasladé a Madrid, y al cabo de visitar todos los rincones de la Villa del Oso y el Madroño, presenté la carta de Martí al diputado Portuondo, que me recibió con suma amabilidad, prometiéndome el hablar con algunos de sus amigos, los periodistas madrileños, a objeto de que mis artículos sobre México fueran publicados. Tres días más tarde mi pluma obtuvo calurosa hospitalidad en el diario *El Liberal*, cuyo editor era colega de Portuondo. En mi primer artículo describí la situación política de México bajo la férula porfiriana, citando episodios de las brutales persecuciones de que estaban siendo víctimas los periodistas mexicanos. En el segundo editorial ocupéme extensamente de la Ley Fuga, que por aquel entonces principiaba a infundir pavora en todos los ámbitos del país.

Tal fue la sensación que esos artículos causaron, que las ediciones de *El Liberal* se agotaban desencadenando contra mí, asimismo, una tromba de insultos y denuestos, inspirados e instigados por el general Vicente Riva Palacio, embajador de México en España por aquel tiempo. Muchos



de los madrileños —los intelectuales— aceptaron mis escritos como verídicos; mas la gran mayoría, integrada por la burguesía comercial, calificólos de blasfemos, por tratarse de un tiranuelo que gozaba en España de inmerecidas simpatías.

Riva Palacio se puso furioso mandándome llamar a su morada, que era una lujosa guarida donde ubicaba la Embajada. Por un acto de mera cortesía cumplí con los deseos del Embajador, presentándome a las puertas de la Embajada, en las cuales se encontraban dos alabarderos de brillante librea y peluca gris, de majestuosa y gallega apostura, tal como si estuviesen dispuestos a degollar a cuantos entrasen.

Don Vicente me recibió sentado, dignándose apenas el mover la cabeza, y con la expresión olímpica de un *Roi Soleil*, díjome con voz enronquecida e iracunda:

—Le mandé llamar para amonestarle por la primera y última vez. ¿Sabe usted que es un acto de traición lo que está haciendo? ¿A quién se le ocurre, sino a un loco el injuriar a su propio país y a sus dignos gobernantes en el extranjero?

—General —le respondí sentándome—, México no es Porfirio Díaz, y los hechos que estoy dando a luz nadie, ni usted mismo, se atrevería a negarlos.

—¡Cállese!, me gritó levantándose, temblándole los lentes en sacudimientos de impotente cólera. Su corcova de Rigoletto avanzaba amenazadora cual la cresta de un gallo que se ve al espejo y poco faltó para que cayera muerto víctima de un ataque apoplético y de su imaginaria grandeza.

Pasado el síncope, el ilustre diplomático serenose un tanto cuanto, excusándose por la violencia de su lenguaje, mas firme en su resolución de que yo cesara de escribir en la prensa madrileña.

—Si usted insiste —concluyó el ex republicano— mejor dicho, si usted reincide, me veré obligado a conseguir que se le expulse de España. Si quiere usted escribir contra nues-



tras dignas autoridades, ¿por qué no regresa a México? Yo le pagaría gustoso los gastos del viaje.

—Y también los del funeral, quise decirle, más me con-
tuvo la seriedad cuasimódica del eximio diplomático y la
presencia, además, de uno de los alabarderos que aparecía
en esos momentos en el recinto del ilustre Embajador. Entró
también el señor Icaza, que ostentaba gallardamente en el
ojal una enorme rosa de Parma.

Apresureme, como era natural, en declinar la generosa
oferta del ex redactor de *El Ahuizote*, retándole a que usara
de toda su influencia oficial y oficiosa, en perseguirme.

Pero no pudo lograrlo por más que hizo; empero, intrigó
en lo que le fue posible para que los diarios madrileños no
aceptaran mis artículos, que bajo el epígrafe de *El Zar Az-
teca*, continuó dando a luz *La Iberia Ilustrada*, órgano de los
republicanos, dirigido por el diputado Fernández Mallorca.

Riva Palacio denunció judicialmente dos de mis artículos,
hostilizándome lo suficiente para hacerme salir de España y
emigrar a Francia. El señor Portuondo me habilitó con fondos
para emprender el viaje, dándome una carta para el director
de *El Intransigente*, Enrique Rochefort, cuya acerada pluma
había cooperado tanto a la ignominiosa caída de Napoleón
le petit, y en esa hoja viril continué mi campaña contra el dic-
tador, que había logrado silenciar todas las bocas e intimidar
todas las conciencias. Cuando referí los episodios macabros
de Veracruz, aquello de *mátalos en caliente*, un sacudimiento
de horror hízose sentir en todo París, dando motivo a que
el doctor Ramón Fernández, ministro de México en Francia
en aquella época, publicara contra mí en *El Fígaro* una carta
procáz que goteaba ajeno en cada una de sus frases taber-
narias y espirituosas.

Huyendo, pues, de las zarpas enguantadas de un Rigo-
letto agazapado en Madrid, fui a caer en las garras de un
Cavour, que agonizaba de *delírium trémens*.



En Madrid procuró refutar mis artículos en el periódico *La Época* un llamado don Telésforo García, asturiano y quien había casado con una hermana de Vidal Castañeda y Nájera. A semejanza de Íñigo Noriega, García se radicó en la Ciudad de México, habiendo llegado en calidad de dependiente de una tienda de abarrotes. Tenía ese aventurero cara de tecolote, y sus espesas patillas remedaban el plumaje de esa ave nocturna. Andando el tiempo, Porfirio Díaz, que reverenciaba a los peninsulares, dióle la concesión del vestuario del ejército, acumulando con esto una fortuna de millones. Su *modus operandi* fue descubierto durante una parada militar verificada un día 5 de Mayo. Todo un batallón que marchaba a la una de la tarde por las calles de Plateros y de San Francisco detúvose bruscamente no obstante el repetido tamborileo de los tambores, y las quinientas plazas que lo formaban sentáronse a media calle con los rifles a la funerala, a la vez que las señoras que asistían desde los balcones al desfile se llevaban los pañuelos a la cara cubriéndose los ojos horrorizadas. ¿Qué había pasado? Lo siguiente: en vez de que el contratista cosiera los uniformes, sencillamente fueron pegados con engrudo, precipitándose un cuadro adanesco, originado por los ardientes rayos del sol de mayo.

Ese don Telésforo entraba y salía de los ministerios como Pedro por su casa y a la presidencia con la arrogancia de un ministro favorito. Con dineros de la nación suministrados por el intelectual retroactivo señor Díaz, García fundó el diario *La Libertad*, en el que figuraron como redactores Santiago y Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera, Francisco Cosmes y otros ya desaparecidos. En esa empresa periodística, don Telésforo se embolsaba mensualmente 40 000 o 50 000 pesos de puras ganancias. Fue a España con el objeto



de comprar un título nobiliario, pagando 10 000 pesos por el de Conde de Puma y Puma, perteneciente a una vieja familia asturiana.

Otro pícaro conocido por su ingenio y su desvergüenza, amigo también del dictador y su agente secreto en la *Ville Lumière*, respondía al nombre de Jorge Carmona, y ocupaba suntuoso palacio en la Avenida Hoche que había adquirido en dos millones de francos. Carmona había sido un tahúr sinaloense que después se casó con la viuda de Béistegui, afamada por sus riquezas. Y apenas enlazado, fuese a radicar a París, adquiriendo también un título nobiliario italiano, el de Marqués de San Basilio.

Hube de conocerle en la Ciudad de México cuando ofreciera un banquete a los periodistas en el Tívoli del Eliseo. Era un hombre de color bronceado, ojos pardos, bigote negro y estatura mediana y recia.

A fin de ahuyentar la nostalgia que me devoraba, estuve una mañana a verle. Radicaba su mansión cerca del Arco de la Estrella. Se hallaba la puerta a medio abrir, y en la oscuridad, erguía la imponente silueta de un lacayo, vestido en flamante librea, roja y azul celeste. Su figura resplandeciente encandilaba y aturdí, cual si uno estuviera en presencia de una constelación desgajada de otro planeta.

—¿Está aquí el señor Carmona?, preguntole respetuosamente, temeroso de que se evaporara en un carro de fuego.

Mirome altiva y desdeñosamente de pies a cabeza, y agitando un pañuelo de encajes que exhalaba perfumes exóticos, respondiome bruscamente:

—¡Monsieur le Marquis se encuentra fuera!

Y luego, con la majestad de un monarca a quien interrumpen la siesta, volviome la churrigueresca espalda, continuando inmóvil y rígido en su puesto.

Mas en los momentos de retirarme, una risotada mefistofélica rasgó los aires, y elevando la vista, distinguí la faz



tudesca del señor Carmona, que asomaba por un postigo, invitándome a que entrara en su antro aristocrático.

Vis a vis, sentados al frente de una mesita, nos sirvieron un *lunch* humedecido con excelentes vinos. Era un hombre sin educación y sin maneras; mas como *raconteur* no tenía precio. Las anécdotas vulgares y de leperuna crudeza borboteaban de sus gruesos labios, algo como perlas brotadas de un estercolero. De su sátira pujante ni él mismo se escapaba, deleitándose en referir anécdotas sobre la vida y hechos de su ídolo Porfirio Díaz, a quien en lo íntimo de su burda conciencia despreciaba. Era un cínico que había rodado mucho, acumulando al rodar cicatrices y arenitas de oro. De haber nacido en los tiempos de los Médicis, habría sido un *condottieri* o un espadachín surgido de las turbulencias de la Fronda.

Dos años más tarde volvió a México, ocupando una curul en el Congreso de la Unión, mediante la influencia del señor Díaz, quien transformó a muchas bestias en hombres y a muchos hombres en bestias. Como buen oportunista, tuvo ocasión de ser el mentor de Rosendo Pineda y de los hermanos Macedo, y aún se dice que él fue el primero en llamar científicos al circulillo de buscones que rodeaban como chapulines en sementera al Calígula oaxaqueño.

VUELVO A LOS ESTADOS UNIDOS

Para un bohemio latinoamericano, la lucha por la existencia es en París menos dura que en cualquiera otra metrópoli europea, tales como Madrid, Londres o Berlín, en todas las cuales yo residí transitoriamente. Es que allá predominan los estudiantes y viajeros procedentes de México, Centro y Sudamérica, quienes además de ayudar a sus compatriotas directa o indirectamente, unifican entre sí, constituyendo una plástica fraternidad que se amolda a todas las situaciones y contingencias.



En todos los bulevares, especialmente a lo largo del de los *Italiens*, abundan los cabarets, restaurantes y *brasseries*, en los cuales se congregan —diríase que atumultan— mexicanos, chilenos, centroamericanos y argentinos, quienes al verse por primera vez simpatizan entre sí, creando perdurables amistades.

En el café de Madrid que yo frecuentaba, conocí y traté a mi amigo y paisano don Miguel Hidalgo y Terán, cuyo padre fue chambelán de Maximiliano. Él estudiaba entonces en la Sorbona y residía en las cercanías del parque de Monceau.

Poseedor de una gran fortuna, generoso y bueno, ofrecíame desde luego el ayudarme para emprender mi viaje de regreso a Estados Unidos, llevando su bondad al extremo de acompañarme hasta El Havre, donde me embarqué para Nueva York con el propósito de irme hasta San Francisco, California. Al desembarcar en el primero de dichos puertos —1889—, recibí la sensible noticia de la muerte del ilustre señor Lerdo, quien falleció abrumado por la tristeza amarguísima del destierro, y más que todo, por la ingratitud de los que él consideraba como sus amigos y correligionarios. Antes de abandonar a Nueva York, acudí conmovido al cementerio de Greenwood, depositando un modesto ramillete de inmortales en la tumba humildísima del venerado Patrio, apenas perceptible en aquel maremágnum de túmulos marmóreos, sombreados por marítimos cipreses y pinos de doliente ramaje.



Llegué a San Francisco por la vía del Union Pacific, buscando desde luego el barrio mexicano, que antes del terremoto de 1906 abarcaba parte de las calles de Dupont, New Mont-



gomery y Vallejo. El órgano intelectual de la colonia era entonces el periódico *La Sociedad*, editado por un borrachito de lengua barba que se llamaba Epson. Tenía el nombre de semanario, mas se publicaba solamente el 5 de mayo y el 16 de septiembre, y era cuando el director se retiraba de las parrandas. Por aquella época era cónsul de México un señor Alejandro K. Coney, y el vicecónsul Gustavo Levi, ambos de raza israelita.

Lo primero que hice fue leer colecciones de periódicos mexicanos para enterarme de la situación política de mi país, que continuaba empeorando desde el punto de vista moral, intelectual y político. El tacón de la bota del dictador oaxaqueño aplastaba el cuello ensangrentado de la virgen de Anáhuac, bailando las impúdicas cortesanas en el altar de la patria. Miles de incensarios agitábanse en manos de forajidos de levita y uniforme, oscureciendo con su humo pestilente la opinión pública. Y a través de ese incienso veíanse los fogonazos de las carabinas descargadas por los cuadrilleros de la hermandad porfiriana al aplicar la *Ley Fuga*.

Había surgido también de las sentinas de la burocracia y la burguesía *un círculo de amigos del general Díaz* que habían formado una especie de anillo de los Liebelungen en torno del paternalista dictador: de hecho, México estaba de rodillas ante el ídolo de cieno y bronce.



Esperanzado en sacudir a la nación de ese lacayuno letargo, de ese ignominioso servilismo que permeaba en todas las clases sociales, púseme en contacto con Filomeno Mata y otros compañeros en ideales que vagaban a salto de mata en los matorrales de Texas y Arizona. Dirigí una carta al general y doctor don Ignacio Martínez, enemigo personal del dictador,



y que entonces publicaba en Laredo un semanario llamado *El Mundo*. El general me contestó instándome a que escribiera una serie de artículos en su hoja independiente y agresiva, dejando a voluntad mía el tema de esos artículos, sin más limitación que las esenciales para escapar a las leyes del libelo, que en los Estados Unidos son duramente penadas.

Ocurrióseme *sur le champ* el dar a mis escritos un cariz histórico y literario, resolviendo el hacerlo aparecer como emanados de la pluma revestida de cierta autoridad y prestigio, bautizándolas con el nombre de: “Memorias inéditas de don Sebastián Lerdo de Tejada”.

Tres semanas después de haber mandado a *El Mundo* el primer artículo, recibí un telegrama del general Martínez dándome sus más entusiastas felicitaciones, instándome a que continuara con idénticos bríos, puesto que mis memorias habían causado honda sensación en todo México, opinando muchos que eran auténticas, y otros que eran apócrifas; mas despertando en todos lo mexicanos vivísimos deseos de leerlas, pues se entablaron reñidas polémicas sobre los orígenes de la audaz, si bien oportuna, publicación. Como resultado, las ediciones de *El Mundo* se agotaban, entrando a México clandestinamente muchos de sus números. Muchos individuos fueron perseguidos y aun fusilados por el solo hecho de haberseles encontrado en su persona ejemplares del mencionado periódico. Como recompensa de mi atrevida colaboración, Martínez me asignó la suma de 10 dólares semanarios, que me sirvieron de mucho en los momentos más críticos de mi tormentosa vida.

Y ya estaban las *Memorias* para concluirse, cuando aconteció el proditorio asesinato del editor de *El Mundo*, general Martínez, crimen infamoso, instigado, según se dijo entonces y la historia no lo ha desmentido, por el general Bernardo Reyes, a quien Martínez fustigaba de continuo con el apodo del *chacal de Nuevo León*.



El general Martínez, que residía en Laredo, ejerciendo su profesión de médico, fue visitado una noche por un ranchero, suplicándole que fuese a ver a su esposa que se hallaba en cama y moribunda. Sin vacilación ninguna, y ajeno a toda sospecha, el doctor subió a su carretela, guiado por el suplicante, que iba a caballo. Como a cinco millas fuera del poblado, destacose de las sombras un grupo de jinetes que, partiendo en dos alas, rodearon el carruaje de la víctima, haciendo sobre él nutridos disparos de carabina que lo dejaron muerto en el acto y acribillado a balazos. Consumado el crimen, los esbirros alejaronse al galope con dirección al río, cruzando después por un vado a territorio mexicano.

Entre tanto, la esposa del general Martínez, que en su modesto hogar esperaba ansiosa el regreso del amante esposo, salió al jardín al oír pasos de caballo que se detenían a su puerta, creyendo que el doctor volvía. Mas al acercarse a la carretela vio con asombro que su marido, en cuyas manos descansaban todavía las riendas, permanecía inmóvil y mudo, sin corresponder a sus alborozados saludos. ¡Era su cadáver el que había llegado, conducido y guiado al hogar por el instinto de su cabalgadura!

Y no se enfriaba aún el cadáver del amigo, cuando la viuda, sin consentimiento mío, publicaba las *Memorias* en forma de folleto, sin hacerme partícipe del usufructo.

Menciono el hecho simplemente para demostrar que no solamente la infortunada viuda, sino que muchos editores no tuvieron escrúpulos en robarme mi labor intelectual, importándoles muy poco mi precaria situación en el extranjero.

Mas en vez de quejarme, aprovecho aquí la oportunidad de dar las gracias a esos buenos y malos ladrones, quienes al menos, si bien mecánicamente, contribuyeron al triunfo de la Revolución Constitucionalista, diseminando por espíritu de medro las *Memorias de don Sebastián Lerdo de Tejada*, que fueron algo como el Evangelio que despertara las incipientes



cóleras de la juventud revolucionaria las que hubieron de estallar en el año memorable de 1910.

GÉNESIS DE LA REVOLUCIÓN CONSTITUCIONALISTA

Cuando Francisco Madero recorría los pueblos de la frontera del Norte predicando las doctrinas de la verdadera democracia, tuvo tiempo para dirigirme una carta en la que me decía, refiriéndose a mi libro: “Por doquiera que voy llevo conmigo las *Memorias de don Sebastián*, cuyos capítulos he leído y leo sin cansarme nunca y siempre deleitado. No solamente yo, sino que también los jóvenes que me acompañan en mi gira redimista. Yo opino que ellas, como el *Contrato Social*, de Juan Jacobo Rousseau en Francia, han servido de ariete para debilitar el poder centralista del general Díaz. Y aunque por aquí está prohibida su circulación, los pocos ejemplares que hay son pasados de mano en mano. Me permito felicitarlo”.

Mucho antes de ese incidente y a raíz de la publicación de las *Memorias*, el joven revolucionario Catarino Garza, que editaba un periódico opositor en Del Río, Texas, estuvo en San Francisco con el único objeto de conferenciar conmigo y que yo le escribiera una proclama revolucionaria para entrar a México y lanzar el guante, con fuerza armada, al odiado dictador. En lo personal, confesome que las *Memorias* habían causado sensación a lo largo de la línea fronteriza, y que muchos de los jóvenes expatriados se disponían a cruzar el río, siguiéndolo en su bélica aventura. Días después, Catarino Garza puso en práctica su audaz proyecto, invadiendo a México en las cercanías de Eagle Pass. Y aunque fue derrotado y la prensa reptiliana calificó de filibustero ese movimiento, tuvo no obstante la suficiente fuerza para inquietar el sueño neroniano del ogro de Chapultepec, que



descansaba en un lecho de flores, arrullado por los trinos de los cenizos que anidaban en la Tesorería Nacional.



No son esas *Memorias* un documento literario, atildado y pulido, ni mucho menos glosario anecdótico e histórico a la Casanova, sino simplemente el gesto de las clases intelectuales, bajo la careta aterciopelada de un ilustre patricio que ocultaba con sarcástica risilla los sollozos de todo un pueblo humillado y escarnecido.

Al escribir este folleto encontrábame yo en plena juventud y obligado a pasar los mejores años de mi vida fuera de mi país, de mis afectos y de mis amigos. Como era de esperarse, mi pluma, más que en tinta, empapada en ácido fénico, pues antes de lapidar a los idolillos políticos, era preciso el fumigarlos y desinfectarlos.

Tarea hercúlea fue para mí en verdad el hacer decir al señor Lerdo lo que yo pensaba y vertía en esas *Memorias*, pues que hube de posesionarme de su estilo y sus manierismos, tal como si emanaran de su docta, madura y privilegiada inteligencia. En ese *tour de force* creo haber tenido éxito completo, pues al principiar su publicación, todo el mundo creyó en la autenticidad de las *Memorias*, aun el mismo Manuel Romero Rubio, compadre y ex ministro de don Sebastián.

Mas cuando el enigma hubo de ser esclarecido, ya el libro había ocasionado una debacle en el organismo porfiriano, que a partir de esos momentos, comenzó a desintegrarse, herido de muerte por el arma del ridículo.

Decíame una vez don Nicéforo Zambrano, en un tiempo gobernador de Nuevo León, que en Monterrey, las familias al reunirse en tertulias saboreaban la lectura de las *Memorias*, recitando los capítulos más descollantes.



Uno de los primeros que las hizo conocer en Sonora fue el joven revolucionario don Roberto Pesqueira, quien tanto luchara más tarde por el triunfo definitivo de la revolución constitucionalista. Refiriéndose a ese grito de rebelión, decíame no hace mucho el joven diplomático señor A. P.: “Esas *Memorias* fueron para nuestro país lo que el *Uncle Tom cabin* fue en los Estados Unidos; éste emancipó a los negros; aquéllas pusieron el rifle en hombros del pueblo”.

Empero parece que a la generación moderna ha escapado ese hecho importantísimo, y por eso hay paso a recordárselo, publicando una edición especial de esa obra que solamente hubo de ser posible gracias a la siempre bondadosa deferencia del licenciado Aarón Sáenz, quien fue uno de los jóvenes revolucionarios de abolengo, y actualmente desempeña el encumbrado puesto de secretario de Relaciones en el gabinete del señor presidente Calles.

Diré para concluir que el actual gobierno emanado de la revolución constitucionalista, bueno y justiciero, y modernísimo en todas sus manifestaciones, procederá gradualmente a erigir un monumento en el Paseo de la Reforma al benemérito don Sebastián Lerdo de Tejada, quien, con la fuerza de inercia de su destierro, por decirlo así, causó indirectamente el hundimiento de un régimen caduco y gangrenado, nacido en la sedición, alimentado por las traiciones ¡y robustecido por el terrorismo de la *Ley Fuga!*

EPÍLOGO

Queriendo hacer conmigo en los Estados Unidos lo que se había hecho en México, quedando burlado en sus esfuerzos, Díaz dio órdenes telegráficas a sus esbirros en San Francisco para que me persiguieran acusándome del delito de libelo, ya que mi extradición no había sido lograda. Obedeciendo a la consigna de su jefe, Alejandro K. Coney,



que fungía por aquel entonces con el carácter de cónsul de México en el puerto californiano, procedió a demandarme, obteniendo una orden de arresto contra mí firmada por el juez Campbell.

Con la idea de humillarme, el aventurero Coney dio una onza de oro al policía encargado de mi aprehensión a objeto de que me pusieran esposas en las manos, afrenta que solamente se inflige a los grandes ladrones o asesinos; mas esencial era el escarnecerme, presentándome ante el público americano como un monstruo de maldad. El polizonte, agradecido con la propina, condújome triunfalmente por las calles de Montgomery y Broadway hasta llegar a la cárcel. Por fortuna para mí, el acaudalado mexicano don Wenceslao Loaiza, que me profesaba estimación, apresuróse a darme una fianza por mi libertad provisional, entre tanto se veía la causa ante los tribunales respectivos.

Por supuesto que fui absuelto, acto que desató la cólera del *ídolo zapoteca*, cuya negra mano tenía él la ilusión de que alcanzaría hasta los muros mismos de la Casa Blanca. Mas en vano se derrocharon los fondos nacionales para perseguirme, consolándose el dictador en chascar su látigo a su prensa para que no diera tregua en difamarme y calumniarme.

Apelóse entonces a otros medios de revancha: a la dádiva unas veces, al veneno en muchas. En cierta ocasión el capitán de un buque mercante, anclado en la bahía y con derrotero a puertos mexicanos, procuró hacerse amigo mío frecuentando con ese propósito el restaurante Luna, donde yo comía, situado en la calle de Dupont, muy cercano a los muelles; esa fonda era un lugar estratégico para el logro de las siniestras miras que el capitán Herman alentaba contra mí, pues se le había prometido una suma cuantiosa de dinero si conseguía, a la Picaluga, el llevarme a su buque con engaños y más tarde entregarme a los agentes porfiristas, en el primer puerto mexicano que su embarcación tocara.



El señor Luna empero sorprendió el complot en una de las conversaciones que el capitán tuviera con uno de sus cómplices, poniéndome al corriente de sus más mínimos detalles. Y de esa manera pude evitar la celada.

Un domingo estuvo a verme en el lugar donde yo residía el diputado don Manuel Sánchez Facio, mostrándome una carta del señor Romero Rubio, en la que se me ofrecía que si yo regresaba a México, el gobierno me daría no solamente toda clase de garantías sino además un empleo retributivo que se dejaba a selección mía.

Fue la trama tan burda y brutalmente estúpida, que desde luego pude palparla, aunque no así Sánchez Facio, que al prestarse a servir de agente, hízolo con entera buena fe.

Agotados, pues, todos los medios para extinguirme con más o menos impunidad, procurese matarme moral o intelectual-mente, escarneciendo mi nombre en el periodismo de propina, echándoseme encima todos los reptiles que salían arrastrándose del fondo de los tinteros, con el solo propósito de morderme y de mancharme. Distinguíse en esta heroica faena el diario *La Libertad*, editado por el intelectual de alpargata don Telésforo García, protegido y favorito del César oaxaqueño. Y aun los mismos que fueron mis amigos, como Manuel Gutiérrez Nájera y Juan de Dios Peza, envilecieron su talento atacando al ausente. Mas ellos no son de culparse, pues en aquella época, pesaba más el estómago que el cerebro. Por eso Rabelais, al crear al gigante Gargantúa, para que fuese honrado y virtuoso, lo hizo todo vientre y tripas, olvidándose ponerle sesos. Pensaba para comer y comía para pensar.



MEMORIAS DE SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA

Adolfo Rogaciano Carrillo



NOTA DEL EDITOR: Esta edición fue actualizada para facilitar su lectura, y para ello se modificaron excepcionalmente la acentuación y la puntuación.

Primera parte



HACE FRÍO...

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, hoy, 5 de enero del año de 1889 de Nuestro Señor, en la imperial ciudad de Nueva York y en mi confortable estudio de *Lenox House*, de la Quinta Avenida, comienzo a trazar estas mis humildes *memorias*.

Hace frío... en la calle los trineos pasan rápido como sombras negras sobre el blanco pavimento: ¡está nevando! Es delicioso contemplar la nieve a través de la opaca vidriera, con los pies apoyados en el borde de la chimenea, viendo las llamas que se retuercen en ósculos de fuego, saboreando a traguitos el perfumado coñac, y adormeciéndose en un éxtasis evocativo.

Más que de narración, será este un libro de observación y de apreciación: perfiles de hombres, psicología de pasiones, fisiología de actos políticos e inducción de lo pasado para vaticinar lo futuro.

Mis memorias son un pálido reflejo de mi imaginación senecta: si algunas páginas punzan, perdónenmelo mis muy leales y fieles conciudadanos: las frutas más ásperas al tacto son las más deliciosas al paladar. No son una diatriba, una sátira ni una queja; contienen simplemente una serie de impresiones que no quiero fenezcan conmigo. El destierro ha modificado mis ideas respecto a los hombres, pero los hombres han permanecido para mí inmutables: es decir, que los juzgaré como antes de mi glorioso desastre del 76.

No volveré más a la patria, ni como presidente, ni como cadáver de ex presidente; ya he dispuesto de mis huesos lo mismo que de mis bienes. Adviértase que esta suprema resolución no envuelve un reproche: la naturaleza me ha dotado de un cerebro mejor organizado que el de Iturbide y el de Santa Anna. Vivo en el extranjero, y moriré en el extranjero: para mí la idea de patria tiene una latitud absolutamente ilimitada: un cielo con estrellas y un suelo con hombres... ¡allí es mi patria!

El hombre que como yo disfruta de rentas modestas puede vivir en todas partes, menos en México. Si los duelos con pan son menos, con dinero no son duelos. Con la cabeza despejada, el estómago sano y la voluntad firme, se es feliz en cualquier parte. Mis funciones digestivas están en perfecta armonía con mis funciones intelectuales: mi nutrición está a la altura de mi concepción. De aquí la serenidad analítica de mis juicios, la reposada evocación de mis recuerdos.

Lejos de la agitada política, con una vida sobria y aislada, mis *Memorias* pueden resentirse acaso de un poderoso sello de individualismo impreso por mi propia personalidad, pero nunca adolecerán de ese fondo corrosivo tan común en esta clase de documentos literarios. Mis oídos se han desvanecido, antes que estallado; los sucesos que determinaron mi caída debían infaliblemente suceder. Los detritos de corrupción acumulados por media centuria de revueltas engendraron una nueva forma social y administrativa: la gangrena invadió el corazón del viejo organismo. ¿Cómo destruir con una sola gota de ácido fénico todo un muladar en pestífera ebullición?

Los gérmenes morbosos flotaban no sólo en la atmósfera sino también en la sangre de todo un pueblo: se pedía una transformación y se concluyó con una inmolación. La historia no ha presenciado un suicidio colectivo más entusiasta: en la prensa, en la tribuna, en el ejército, en todas partes



surgían enemigos, no precisamente del gobierno sino de mi individualidad. El periodismo había invadido las cocinas de Palacio para valorizar mis platillos; la tribuna descendió hasta la cloaca y el ejército subía con Tolentino hasta la traición. La masa de la población, lo que constituye el espíritu público de un país, ésa, aplaudía y esperaba. ¿Qué aplaudía? Los chistes de *El Ahuizote*. ¿Qué esperaba? La abolición del timbre y otras contribuciones, de la leva, de la reelección, etcétera. Esta opinión inconsciente educada con las coplas callejeras de Guillermo Prieto y los discursos sediciosos de Villalobos esperaba la gobernase un poder esencialmente nuevo, que no cobrara impuestos, ni constituyera autoridades, ni castigara desafueros; un gobierno sin gobernados ni gobernantes, finalmente. Para realizar esta bella utopía, no había más que un medio ilegalmente posible: el derrocamiento. Una vez por tierra don Sebastián —decían mis excelentes conciudadanos— nadaremos en un mar de leche con tempestades de miel.

Y bien, muchachos: lo que en México se llamó mi tiranía ya no existe desde hace muchos años. Un gobierno magnánimo y progresista le ha sucedido. Al humo del combate y relinchar de los caballos, ha sucedido el humo de las máquinas y el relinchar de los maquinistas; la espiga de la abundancia ha brotado del sepulcro de la langosta. En mi tiempo no había más financieros que Ramón Guzmán y don Patricio Dueñas: en los tiempos de mi sucesor, el señor general Díaz, los financieros determinan la vitalidad nacional. Los bancos, esos factores de prosperidad, han adquirido en México la forma de invasión: desde los bancos de los señores Teresa e Ibáñez, hasta los “bancos” de los señores Alfaro y Martel; el movimiento fiduciario en ese encantador pueblo es verdaderamente convulsivo y anormal. En la época del señor Juárez la gente desocupada se ocupaba de escribir “planes”; en mi época, esa



misma gente se distraía quemando cartuchos y en la época del señor Díaz se divierte en operaciones de “bolsa”. Y notad bien que entre esas tres épocas no media la distancia de 20 años!

Nada ni nadie ha turbado mi silencioso reposo: aquí no tengo más familia que un sobrino loco, Miguel, y mi excelente *valet de chambre*, Espinosa. Mi visitante cotidiano es el doctor Alvarado y mi visitante semanal mi compadre Juan N. Navarro, inevitable cónsul de México en Nueva York, también doctor. Este doctor Juan es un hombre de chispa, de una economía desesperante y de una salud de camello: se acuesta invariablemente a las ocho de la noche, y se levanta a las seis de la mañana. Nunca ha gastado una peseta en coche, ni cinco centavos en un tranvía: ¡y vive a cinco millas del consulado: ¡Y vive!

Mis hábitos culinarios son de una simplicidad irreprochable: a las nueve el chocolate; a las once el almuerzo y a las cinco la comida. Como solo y duermo solo, siguiendo las reglas de higiene doméstica aconsejadas por el viejo Erasmo. En mi lecho de celibatario, no entra el plumero de la irlandesa encargada de sacudir el polvo a mi librería: en mi alrededor todo respira castidad y templanza. Así puedo escribir estas *Memorias* dictadas por un espíritu terso, sin esas bruscas asperezas del odio no saciado, del rencor más extinguido; un hombre que no reclama de su patria ni dos varas de tierra para su sepultura tiene derecho a ser escuchado, y no solamente a ser escuchado sino también a ser creído.

No hablo de mi pasado, ni quiero justificar mi administración; hay hechos que se justifican o se condenan por sí mismos. Me apresuro a consignar aquí recuerdos fugitivos, ideas vagas, síntesis nacidas de mi exclusivo raciocinio. No se busque en estas páginas ingenio ni verba; la ancianidad es árida y triste, brasa que apenas calienta bajo una densa



capa de ceniza. Las mortajas no tienen brillo, y yo escribo envuelto en una mortaja como el salmista bíblico. ¡Dios mío! ¿Para qué sirve un viejo? Ni para hacer otro viejo.

¡BUENOS DÍAS, LICENCIADO!

Una mañana, en los primeros días de la restauración de la República, me hallaba en el Ministerio de Relaciones, discutiendo con un diplomático subalterno (que hoy es ministro) cierto punto dudoso de derecho internacional, con motivo de una nota transmitida por el gabinete de Austria a nuestro gobierno. En lo más ameno de la controversia, cuando mi colega sacudía la cabellera para dejar caer las ideas, un ruido brusco que sentí a mis espaldas y que provenía de la mampara del fondo, me hizo volver la cara.

¡Ah! ¡Ah! Paréceme estarlo viendo todavía, ¡queridos y fieles conciudadanos! El amable interruptor —porque era un hombre— asomó primero la cabeza, luego el brazo derecho, después el busto, en seguida una pierna armada de bota fuerte y espuela de brillante acero, y por último, se coló en el Ministerio con una sencillez enteramente republicana.

—¡Hombre! ¡Hombre! ¿Quién es éste?, dije rápidamente al discreto señor Mariscal.

En este instante una mano, apretando familiarmente la mía, y una voz más familiar aún, exclamó:

—¡Buenos días, Licenciado!

—¡Hombre! ¡Hombre! Buenos días, general!

Porque aquel ciudadano evidentemente era general: yo no veía ni soñaba otra cosa desde nuestra excursión a Paso del Norte. Generales por delante, generales por detrás, generales por todos lados y soldaditos por todas partes. Hasta los señores Balcárcel y Guillermo Prieto eran generales, todos, menos yo!



En la manera furtiva de introducirse había sentido yo a Porfirio Díaz: digo sentido, porque no tenía la dicha de conocerlo personalmente. El señor Juárez apenas me hablaba de las proezas de ese soldado: un día, al recibir la noticia del fusilamiento de Vidaurri, díjome sonriendo: “Es un hombre que mata llorando”.

Miréle: duro el ojo e inyectada la pupila, con reflexión felina, y algo de inquietante en la mirada. Si es un héroe —dije para mí— ¡qué triste máscara tienen algunos héroes! Su palabra de inflexiones melosas hacía un contraste siniestro con el juego de la fisonomía: era algo como el gato queriendo en el maullido imitar los trinos del ceniztle.

Cuando quedamos solos, acercó su silla a la mía, colocó su espada sobre las rodillas y díjome lentamente:

—¿Sabrá usted que mis soldadosprehendieron ayer en Tacubaya al imperialista H. T.?

—Hombre, es primera noticia.

—¡Y estoy por fusilarlo!

—¡Grave, gravísimo!

—¿Cree usted que es grave fusilar a un traidor?

—¿Hombre, y a mí qué me cuenta usted? Acuda al Ministerio de la Guerra!

—A eso vengo precisamente, a que usted influya con don Benito para que permita a mis soldados esas pequeñas distracciones.

—¡Los traidores deben desaparecer del suelo de México!

Y al pronunciar estas palabras, el general Díaz comenzaba a enternecerse.

“¡*Cave adsum!*”

Algunos días después, y en consejo de ministros, acordamos confinar a los traidores pacíficos en el Fuerte de Perote. Ciertamente que era un castigo irrisorio para tan



magno delito: la opinión pública, exasperada, reclamaba un escarmiento para los que habían desencadenado sobre la patria los horrores de la invasión. Consciente o inconscientemente, ellos eran los responsables, y la responsabilidad, en sana jurisprudencia, trae consigo la culpa. Culpables, sólo faltaba infligirles la pena: esto lo aconsejaba una lógica elemental. Aplicar la pena de muerte a un grupo de ancianos acaudalados, a un grupo que constituía la “aristocracia del país”, hubiera sido conmover de raíz a una sociedad ya hondamente consternada. Se optó por un término que, sin ser el de conciliación, revestía las caras de una solución: el confinamiento significaba simplemente un reproche antes que un castigo.

Entonces —1867— el Ferrocarril de Veracruz llegaba solamente hasta Apizaco: se improvisó un tren que condujera a los augustos reos a su destino. Ya en la estación, cuando las manos de los confinados se tendían saludando deudos y amigos, cuando los primeros silbidos de la locomotora impaciente anunciaban la marcha, un hombre, un general, se acercaba aquí y acullá, despidiendo a unos y consolado a otros, empapado en lágrimas el pañuelo, apostrofando a la República por aquella injusta expiación.

Y todavía cuando el tren se alejaba perdiéndose en el polvo del camino, el general aquel agitaba nerviosamente su kepí, dejando caer una lágrima sobre los abrigados rieles.

Al día siguiente, decíame el señor Juárez:

—¿Sabe usted que este general Díaz es un hombre excéntrico?

—¡Vamos! ¿Algún nuevo fusilamiento?

—¡Nada de eso! Ha ido a despedir a los traidores a la Estación.

—¡Hombre! es original. Cuando este señor no fusila, despide... es original.



Duros, muy duros fueron los primeros años de la restauración constitucional para los liberales: estábamos en presencia de un triunfo que semejava una derrota. Si el gabinete del señor Juárez no obraba con energía, las tumbas abiertas en Querétaro podrían ser también nuestras tumbas. Pero no energía en sentido represivo sino expansivo, aplicando las diversas energías intelectuales a los ramos esencialmente materiales. Es más fácil remover un escombros que levantar un muro, y la República tenía como base escombros humeantes. No se buscaba la solución de un problema, sino la de muchos problemas que se encadenan entre sí como los anillos de una serpiente. En Guerra, por ejemplo, no bastaba aumentar el guarismo aritmético de ingresos, disminuyendo el contingente de sangre; se requería también cimentar el equilibrio de la fuerza bruta con el impulso moral del Gobierno— según la gráfica expresión de Herbert Spencer— o más claramente, ¿las porciones de tropa en receso no se resolverían en rebelión armada contra el Gobierno? Porque en México el elemento pretoriano había adquirido tal y tan grande intensidad, que constituía por sí sólo una amenaza para las instituciones. Quebrantar un insolente poderío era y fue la preocupación constante de los señores Juárez, Iglesias y del que esto escribe. Allí estaba el talón del invulnerable Aquiles: herirle era matar el principio revolucionario, eternamente modificándose y viviendo en el seno desgarrado de la Patria.

Luego, la Hacienda Pública, con su implacable y descarada miseria, exangüe, y la Nación, extintas todas las fuentes de riqueza; en Gobernación y en Justicia, invertidas las leyes del castigo y desconocido el principio de autoridad. Parálisis económica, pobreza agrícola e indigencia mercantil he ahí el cuadro que ofrecía México en 1867 y 1868. Se acor-



dó en Junta de Generales disminuir el ejército: quien más vivamente apoyó esta medida fue el señor Díaz, ofreciendo dirigirse en lo personal a sus compañeros de armas para que cooperasen por su parte al acuerdo ministerial. Yo, que asistía al debate medio oculto en la penumbra proyectada por un cortinaje —celebróse al caer la tarde— y observando las fisonomías de aquellos héroes bronceados por el sol de mayo, no dejé de inquietarme al sorprender en don Porfirio una de esas miradas que los franceses llaman *louche* y que puede traducirse simplemente por siniestra o torva. ¿Era acaso un fenómeno de óptica en complicidad con la vacilante luz del crepúsculo?

En un momento oportuno y al día siguiente, hablé al señor Juárez respecto a la sinceridad del señor Díaz, cuya ardiente vehemencia me inspiraba temores.

—¿Cree que llegue hasta allá su... inconveniencia?

—Hombre: llorando, llorando, sería capaz de fusilarnos a usted y a mí si nos descuidamos.



Mis previsiones, desgraciadamente, se confirmaron: el señor Díaz, siguiendo la rectitud de sus instintos, había hablado con los jefes y oficiales de la guarnición manifestándoles lo patriótico del acuerdo, exhortándolos a que lo acataran; la audiencia había sido pública y todos aplaudían al soldado que como Washington, “había sido el primero en la guerra y el primero en la paz”. La noche de ese día el señor Díaz catequizaba a la sordina y aisladamente a los mismos jefes para que resistieran “con las armas” a la orden del licenciamiento. Posteriormente tuvimos más amplios y divertidos pormenores de esa prodigiosa dualidad de proceder: el futuro pacificador había dicho a sus compañeros de armas



entre elocuentes sollozos: “¡Cómo!”, os marcháis a vuestras casas desnudos y sin pan, en tanto que Juárez, Lerdo, Iglesias y otros tinterillos se aprovechan de vuestro triunfo?”. Esas pérfidas insinuaciones tenían el mérito de la duplicidad utilitaria; por un lado se captaba las simpatías en el ejército, y por el otro aparecía como un general sumiso y respetuoso al Gobierno constituido. Lástima que en política esa clase de mefistofélicos recursos, gastados en fuerza de su explotación, sean además peligrosos: el señor Juárez cuando los conoció en todos sus repugnantes detalles estuvo a punto de hacer una de don Pedro el Cruel. Nunca lo había visto tan airado como entonces: su cara de esfinge se alteró visiblemente, y fueron necesarias algunas horas de deliberación para calmar su legítima indignación. Lo que más le había impulsado a ahogar el asunto era el temor de un escándalo que refluiría en perjuicio de la República: inmoló la idea en el altar del hombre.

Todavía, después de su incomprensible jugada, el señor Díaz celebró con don Benito una entrevista para explicar su conducta: al verlo llorar y disculparse con indigno servilismo, recordé la amarga y enérgica expresión de Tácito: *Omnia serviliter pro dominatione*.

MONSIEUR TARTUFO

Si Federico Lemaître sorprendía representando a Robert Macaire, el señor Díaz maravillaba caracterizando todos los papeles de la comedia humana. ¿Obedecerá a una facultad imperiosa o a lo que llaman los ingleses *tendency to obey impulses*? Yo creo que él es una de las manifestaciones de su talento: en este valle de lágrimas todas nuestras acciones tienden a un ideal. Los que lo siguen se pueden llamar hombres



de talento; los que lo alcanzan se pueden llamar hombres de ingenio. El primero que comparó a las mujeres con las flores fue un poeta; el segundo fue un imbécil. En las sendas trilladas se corre el peligro de ser atropellado.

¿Podrá llegar el señor Díaz con su valor donde otros muchos no llegaron con su heroísmo?

El ideal de este señor era el de ser presidente de la República: una vez en la presidencia, sus demás ideales se irían desarrollando espontáneamente, como agua que corre por un plano inclinado. El poder viene con el dinero y el dinero viene con el poder. Desde luego, planteó en su cerebro esta ecuación: “En un país donde hay un millón de candidatos para la presidencia, ¿qué juego debe seguirse para que el número uno, representado por mí, se saque el premio de la lotería política?”

Tenía que ser:

León para combatir.

Tigre para devorar.

Perro para ladrar o acariciar.

Asno para rebuznar.

Mono para trepar.

Gato para arañar.

Rata para roer.

Ratón para ocultarse.

Zorra para desplegar astucia.

Pez para nadar.

Gallo para cantar.

Culebra para arrastrarse y

Cocodrilo... para llorar.



Reunid todos estos instintos de las diversas ramas zoológicas en un solo individuo y dad a ese individuo la jerarquía del hombre y lo tendréis superior a los demás hombres.

Fatigado de la vida pública, estuvo a despedirse del señor Juárez; sus protestas de adhesión fueron solemnes; las lágrimas brotaban de sus ojos y rodaban por sus mejillas como las gotas de agua sobre la piel de un lagarto. Cincinato se retiraba a casa de Cincinato. Dijo que por la paz todo lo sacrificaba: ambiciones nacidas y por nacer. Que el Gobierno necesitaba consolidarse y fortalecerse; aconsejaba al señor Juárez que se reeligiera en la inteligencia de que si algún obstáculo sobrevinía, que contara con el apoyo de Porfirio Díaz (golpeándose el pecho con el puño cerrado).

Cuando me lo contaron sentí frío... en la punta de mi calzado. A los nueve meses de esa entrevista, el señor Díaz se había levantado en armas contra el Gobierno.

Lo extraño hubiera sido que no se sublevara.

Al saberlo el señor Juárez, me dijo con un dejo de ironía festiva:

—Mire usted, en Oaxaca nos parecemos algo a los yucatecos: nos domina la cabeza. ¿Ha leído usted la opinión de Prescott sobre las civilizaciones maya y zapoteca? Esas extintas nacionalidades perecieron por un exceso de talento y de civismo: yucatecos y oaxaqueños somos muy inteligentes, peligrosamente inteligentes para el presupuesto nacional.

EL MUERTO AL HOYO Y EL VIVO AL BOLLO

En materia de difuntos, yo participo de la opinión de Epicuro: que no es difícil morir, sino tener el talento de morir a tiempo.

Una de las tonterías del señor Juárez fue la de haber muerto prematuramente: si diez años después se hubiera



despedido de este mundo engañoso, no hubiera quedado ni la sombra de su paisano el señor Díaz.

El voto unánime de mis conciudadanos, al trasmitirme el legado presidencial, me legó también al revolucionario don Porfirio Díaz. ¡Pluguiera al cielo me lo hubiera desheredado!

El primero que me anunció la muerte del señor Juárez fue uno de sus hijos políticos, el fogoso poeta cubano don Pedro Santacilia leyéndome una elegía. El otro hijo político, señor Delfín Sánchez, vino a verme para preguntarme si el señor Juárez me había nombrado su albacea testamentario. Si otro rasgo no hubiera en su carácter, ese rasgo sería suficiente para pintarlo de mano maestra. El ilustre finado me había dicho de este su yerno:

—Es un hombre que irá muy lejos... demasiado lejos.

Era entonces un alegre muchacho asturiano, con cabeza de don Quijote y cuerpo de Picolet, huesoso y duro de ángulos como debieran serlo las dueñas del tiempo de Lope y Calderón.

Hoy, ese joven es una potencia financiera, semejante a lo que fue el barón Haussmann para el Imperio de Napoleón III en la Francia de la decadencia. Viaja como un nabab: la primera vez que visitó sus penates, ya ricachón —nació en un pueblo de Santander, España— había olvidado el nombre de zuecos, que calzaba toda su parentela, y no sabía por dónde empezar a comer la clásica moronga y el succulento gazpacho.

Estos asturianos que se americanizan son terriblemente olvidadizos.

Perdonad esa digresión, queridos y leales conciudadanos, y permitidme seguir contando mis mal forjadas y peor urdidas *Memorias*.

A medida que se enfriaba el cadáver de don Benito y se calentaba el sillón de mi presidencia, la facción revolucio-



naría, aletargada como el topo bajo la acción del invierno, comenzaba a acentuarse y osaba levantar la cabeza. Su agresión se resolvió primeramente en una lluvia de tinta —por no decir de lodo—, agresión pacífica si se quiere, pero en extremo ponzoñosa. Cuando la insolencia de lo que se llamaba entonces periodismo de oposición hubo llegado a su máximo, dio principio la rebelión a mano armada. Para comprender y compulsar el extravío de la opinión pública, con respecto a mi gobierno, necesito sentar en estas páginas algunos precedentes de cierta naturaleza que explicarán ese fenómeno sociológico.

En las postrimerías de don Benito Juárez, había tres agrupaciones políticas que aspiraban al mantenimiento del poder: juaristas, lerdistas y porfiristas. Las dos primeras mantenían simplemente un antagonismo pasivo, sin violencias, girando dentro de la órbita constitucional. La última, la porfirista, exigía el triunfo de su caudillo, fuera de las leyes del sufragio y dentro de la revuelta. Entre juaristas y lerdistas, las fórmulas del partido quedaban intactas: todo se reducía a una mutación de personas que nada alteraba el espíritu de doctrina. La agrupación porfirista, reclutada en los cuarteles, formábanla *seides* y no ciudadanos dignos. Sus medios de acción consistían en la fuerza: sus aspiraciones en la apoteosis de esa misma fuerza como suprema ley.

Los juaristas se replegaron bajo mi bandera y optaron por mi programa: la identificación de las dos facciones se verificó dando vida a un solo organismo político, antagonista del brutal organismo acaudillado por el señor Díaz. Así, la muerte del señor Juárez, lejos de desarmar a los enemigos de la democracia, sólo consiguió envalentonarlos más después del armisticio.

El señor Díaz saltó sobre el cadáver del señor Juárez con una espada en la mano y el Plan de Tuxtepec en la otra.

¡Bravo soldado!



EL DESPOTISMO DEL ESTÓMAGO

Hay gentes que comen y gentes que tragan: el paladar, como la lengua, necesita una educación esmerada. Si los excelentes manjares son necesarios en una mesa —decía Balzac— los buenos comensales son indispensables. La conversación ayuda: la mejor salsa para un platillo es la de la broma picante del compañero de mesa. Entre personas de distinción y de mundo, el *dining-room* es algo como un tabernáculo en que se deifica a la materia sin olvidar el espíritu. Sí, yo he amado, yo amo aún ese estruendo de vajilla, esas espumosas olas de champán que mueren en el palpitante labio, esa condensación de perfumes que se cierne en la atmósfera como dardos luminosos. Sí, yo rendí culto a Epicuro, al delicado Epicuro, que nunca tocó los límites de la orgía brutal y repugnante.

¡Ah!, los bellos tiempos! El infortunado Lemus, desenvolviendo con finísima ironía paradojas extrañas sobre las artes plásticas; el señor Zamacona, ese *clubman* de irreprochable corrección británica con algo de Thackeray en el cerebro... en esos banquetes, digo, no se escapaba ninguna nota discordante ni los cubiertos se convertían en proyectiles.

Las comidas oficiales y extraoficiales del señor Díaz, dicen que son más frecuentes que las mías, y un poco más expansivas; no lo dudo: el alcohol es el mejor conductor de la fraternidad, y en esas comidas no es precisamente ese combustible el que falta. Además, los que participan de esos esplendores culinarios no tienen la costumbre ni de elegir ciertas viandas, ni la de saborear ciertos vinos. Un general —tuxtepecano evolucionista— encontrará anodino el más delicado de los platillos franceses; pero dadle mole, frijoles y pulque, y asimilaréis su nutrición a su educación para seguir la frase de Brillat-Savarin. Filológicamente está demostrado que el grado más intenso de embriaguez no extingue los principios de educación: los altera y amortigua, pero



nunca los borra completamente. La embriaguez del champán —dicen algunos— es espiritual y gárrula: la borrachera del pulque es abyecta y belicosa. He ahí un error lamentable: los que se intoxican con aquélla son gentes, si no de hábitos sobrios, sí de una educación más o menos esmerada; mientras que los que abusan de éste pertenecen a la clase más ínfima de la sociedad.

Mi bizarro sucesor, el señor Díaz, robusteció sus filas con toda clase de ciudadanos: de aquí que sus banquetes sean un poco alegres. Lo mismo que se abreven en vino del Rhin que en aguardiente —el fenómeno fisiológico continuará siendo el mismo. No recuerdo en qué periódico leí que el señor Pacheco, ministro de Fomento, había cometido ciertos excesos después de una de esas francachelas. Brillaron los revólveres; los ministros llovían golpes sobre los senadores, los senadores sobre los diputados, los diputados sobre los marmitones... todo esto bien pudiera ser una exageración, y solamente lo cito aquí como un reflejo de la murmuración pública. Por supuesto que la prensa no comentó la escena; parece que la discreción va siendo en México un talento.

En mi muy amado país, la clase media tiene el estómago de Pantagruel: suele olvidar la honorabilidad en la primera cucharada de sopa. El burgués de mi tierra necesita, como Sancho Panza, el olor de la cebolla: sujetadle al tormento del hambre, privad su granero de maíz y su cocina de manteca, y le tornaréis de amigo en impecable enemigo. La dignidad política se cotiza en la Tesorería. ¿Se pagó la quincena? El gobierno es honrado. ¿No se pagó? El gobierno es detestable. Fuera de ese criterio, no hay salvación: la máquina administrativa concreta todo su movimiento y energía en ese radio. ¿Será que todas las conspiraciones reconocen por origen, como la conspiración de Mazzaniello, una torta de pan?



Un día en 1875 —marzo— el eminente señor N. se presentó en la Presidencia solicitando le fuesen pagadas algunas quincenas que se le adeudaban como catedrático de la Escuela de Minería.

—Pero, señor, le advertí, si usted exige que se le pague, el mismo derecho tienen los demás catedráticos: las distinciones son odiosas.

—Es que los demás no son yo.

—Ante la Ley, señor mío, todos debemos ser iguales.

—¡Por Cuauhtémoc!, señor Lerdo, si usted no ordena al señor Mejía que se me pague inmediatamente, mañana comienzo a escribir de oposición y arrastro conmigo a toda la juventud literaria del país, a todos: desde Justo y Chano Sierra hasta Alberto Bianchi.

Otro día un estimable señor L. que escribe historia con diabólica fecundidad insistía en una audiencia para que lo nombrara el Xenofonte de la Guerra de Reforma.

—Hombre: la idea me parece buena, la pluma de usted debe ser de oro macizo, pero acá, *inter nos*, diré a usted que el Gobierno no puede subvencionar obras de ninguna clase... está muy pobre.

—¿Pobre, pobre, y con coches en Palacio?

—Luego usted querría que los ministros y el presidente anduvieran a pie? ¡A pie y andando, como el general Díaz, que es un verdadero republicano!

Desde entonces el señor L. se convirtió en mi enemigo.

A la siguiente semana fundaba un diario de fuerte oposición.

Pero la mañana más festiva de mi administración fue cuando me visitó un pintor de delicada brocha, nombrado, si mal no recuerdo, Escudero y Espronceda.

—Servidor de usted, ¿en qué puedo serle útil?

—Quiero tener el honor de retratar a usted de cuerpo entero.



—Gracias; pero me es imposible: mis atenciones...
—Será de busto para abreviar.
—No puedo, señor, no puedo.
—Será simplemente un perfil, una silueta.
—Repito que es imposible por ahora.
—Luego, ¿desprecia usted mi pincel, señor Lerdo?
—¡Hombre! pero si yo...
—Está bien; mañana comienzo a retratar al general Díaz a caballo.

SEÑOR, LÍBRAME DE MIS ENEMIGOS

En el primer año de mi gobierno, tuve muchos amigos y pocos enemigos; en el segundo, tantos amigos como enemigos; en el tercero, más enemigos que amigos y en el cuarto, todos eran enemigos, ¡todos!

Dios mío, ¿será que lo mejor que hay en el mundo es el perro?

Y lo peor es que yo no escogía a mis amigos: ellos me escogían a mí. Alguien dice que el que hace un favor hace un ingrato: ¿cuántas ingratitudes son necesarias para derribar a un enemigo y pisotearlo?

Yo aceptaba a todos los hombres de talento sin estudiar sus pasiones, o mejor dicho, conociéndolas demasiado.

Los únicos tontos que se acercaron a mí fueron Vicente Villada y Mejía, el “Otro”.

Y son los únicos a quienes perdono.

La ciencia consiste en conocer a los demás sin desconocerse a sí mismo. En mí, esa claridad de compenetración llegaba hasta la tortura. Tendía la mano a gentes que hubieran querido darme una puñalada: porque la amistad reviste distintas y múltiples formas bajo grados diversos: el amigo de infancia, el amigo de colegio, el amigo de sociedad, el amigo



político y el admirador amigo. Todas esas especies vienen a confundirse en un solo género: el de enemigo amistoso.

Para convertir en enemigo a un amigo, no son suficientes todas las lágrimas.

Esas hipótesis, más o menos subjetivas, no suelen aparecer bajo el dominio externo: algunos hombres, como el señor Díaz, llegan hasta el enemigo suprimiendo al amigo. Después de todo, ¿no debe este caballero la presidencia a la supresión de sus amigos, y a la extraordinaria vitalidad de sus enemigos?

El hombre fluctúa entre estos sentimientos: El miedo y la esperanza. En el primero están comprendidos los temores a la muerte, a la miseria, etcétera. La segunda alimenta todas las concupiscencias: la posesión de riquezas, de mujeres, etcétera. El miedo individual hace los tiranos; el miedo colectivo fomenta las tiranías. Lo que se llama gratitud y adhesión, son frases convencionales que aparecen o desaparecen, según el juego escénico de las circunstancias.

El viejo mito de Saturno es el verbo eterno de los pueblos latinos: ¡devorarse y siempre devorarse!

En nuestros nacionales, el hombre que se eleva es lapidado: las cabezas que salen del nivel son tronchadas.

Después de todas esas sugerencias, he venido a estas deplorables conclusiones:

¿Es el terror un vehículo del progreso?

¿La cobardía es colaboradora del terror?

¿Son más peligrosos los amigos que los enemigos?

GENTE DE BRONCE

La fecundidad de Oaxaca en hombres públicos sólo puede compararse a la fecundidad de Jalisco en señoras públicas.



Oaxaca ha sido la cuna de todas las celebridades políticas y económicas que ha tenido el país: cada bautizo de párvulo oaxaqueño es un guarismo más en los egresos del presupuesto: cada matrimonio se resuelve en una amenaza para la Tesorería.

La educación de un niño oaxaqueño es sencilla como el llorar: con leer las proclamas del señor Díaz, las notas económicas de don Matías Romero y las notas diplomáticas del señor Mariscal, ya puede obtener el primer diploma, y tras el diploma el primer empleo.

Dicen que el que no llora no mama; y como todos los oaxaqueños lloran...

Raro es el oaxaqueño que tiene sangre española: las venas de todos y cada uno de ellos están henchidas de sangre zapoteca.

Ya es esta una cualidad etnológica: los oaxaqueños mezclados —el señor Mariscal— también aman el presupuesto, pero se encariñan más con la profesión. Y como la profesión del oaxaqueño es la empleomanía, tienen ustedes que la diferencia no es precisamente sensible.

Un oaxaqueño es general o licenciado: si por dicha os presentaren alguno, podéis saludarlo con uno u otro de esos dos títulos, sin temor de equivocaros. Hombre de ley u hombre de espada: el oaxaqueño no puede ser otra cosa.

El oaxaqueño es de organización morbosa; cuando no tiene a quién matar, ¡no se suicida! En esta anatomía del cuerpo y del alma oaxaqueños, caben sus excepciones: existen oaxaqueños dignos de sentarse en el Congreso al lado del benemérito general don Martín González.

La astucia y el disimulo están en conformación del oaxaqueño: él cultiva estos dos atributos de la naturaleza con delicada asiduidad. Su misión en la tierra del sombrero es ésta: “Vivir lo más que se pueda —y casi todos los oaxa-



queños llegan a centenarios!— ¡trabajar lo menos posible y vivir, vivir bien!”.

La perseverancia es ingénita en el oaxaqueño: es perseverancia del holandés rechazando al mar, del yanqui persiguiendo el oro, del judío esperando la vuelta del Mesías.

La voluntad es en él inflexible: la resignación del señor Juárez en el desierto; la tenacidad fugitiva y errante del señor Díaz y la paciencia histórica de don Matías, acumulando farragos, son tres aspiraciones distintas fundidas en un solo carácter: en el de la perseverancia. De cualquier manera que sea, esa virtud enaltece a los oaxaqueños: en una centuria de hombrecillos de lodo, los hombres de bronce se imponen.

Y los oaxaqueños son hombres de bronce.

El señor don Matías Romero es el más bello ornamento de la grande, valerosa y voluminosa familia oaxaqueña: cuando me lo presentó el señor Juárez, sentí frío en la... punta de mi cigarrillo.

Le conocéis personalmente y no necesito describíroslo: el día de esa presentación, vestía levita y sombrero cuáquero. Su color terroso y la tristeza mortuoria de su mirada me impresionaron lúgubrementemente: más que un estadista oaxaqueño, semejaba un agente de pompas fúnebres.

Poco después, decía yo al señor Juárez:

—¿Es este señor el célebre financiero?

—Sí, y también es diplomático.

—¿Qué le parece a usted mi paisanito?

—¡Hombre!, es un poco fúnebre de aspecto.

—¡Pero qué talento, señor Lerdo, qué talento! se pierde de vista. Sólo tiene un defecto.

—¿Llora mucho?

—No es eso; escribe mucho. Figúrese usted que cuando estábamos con los poderes en Veracruz, se ofreció enviar a México urgentemente un correo con un pliego reservado. Encontrándome postrado de fatiga, supliqué a don Matías



que redactara un lacónico despacho para el General N. y lo apresurase cuanto antes.

—¿Y qué hizo don Matías?

—Verá usted; esa noche me retiré a mi habitación. Al día siguiente, pregunté por él: “está encerrado trabajando”, me dijeron. Pasaron dos días, tres, cinco. Al séptimo se presentó don Matías con el aire fatigado, pero radiando los ojos de satisfacción. Llevaba un antejo de campaña en la mano.

—Buenos días, paisano.

—Buenos días, señor Juárez.

—¿Y el pliego, señor don Matías?

Tosió, preparó el antejo, y acercando el foco a mi vista, díjome solemnemente:

—¿Ve usted allá, en aquellas lomas que se empiezan a perder entre los plátanos?

—Ya veo.

—Fíjese usted bien, no se divisa una mula cargada y un hombre tirando la rienda?

—Efectivamente, apenas veo nada.

—Pues la carga que lleva esa mula son los pliegos para el General N. ¿Cuántas arrobas de papel había escrito ese bárbaro civilizado en ocho días?



Luis XI tenía por divisa esta sentencia latina: *qui nescit disimulare, nescit regnare*. Tal es el lado fuerte de los estimables oaxaqueños. En don Matías Romero no hay ficción: lo tengo en el concepto de ser uno de los tontos más distinguidos que tiene México. Pero es un tonto de buena fe: se cree hombre de talento. Su laboriosidad es absolutamente automática: es la del caballo ciego dando vueltas a la piedra del molino. Su ingenio ha rumiado paja a carretadas: no hay un solo grano



en el granero de su cerebro (este símil pertenece al señor Pacheco). ¿Cómo a fuerza de decir y hacer tonterías ha llegado a adquirir fama de preclaro entre los genios de Tuxtepec? Por la tenacidad, esa gloria del combatiente oaxaqueño. Tiene, además, un tacto especial para hacerse atmósfera: a los abogados les habla de finanzas, a los financieros de abogacía, a los diplomáticos, de arquitectura y a los arquitectos de diplomacia. Y si ninguno le entiende, todos echan a volar su fama: desde entonces, la reputación de ese tonto quedó cimentada sobre el granito. ¡Ah!, si el señor Díaz es un cómico admirable, don Matías es un trágico sublime: sí, fingir tristeza sepulcral, colgarse una levita sucia de los hombros, estropearse los pies con zapatos claveteados y no bañarse jamás, ¡jamás!, por aparecer hombre de talento, es ¡sublime, sí, sublime!

Y ha hecho bonita carrera: es león del bronce de la sociedad de Washington. Hace poco tiempo le acaeció una aventura en extremo desagradable. Era una noche de recepción en la Legación de México. Su excelencia el señor Romero recibía a sus huéspedes a la puerta con la amabilidad que le distingue: el nuevo ministro inglés que entraba en el salón con su familia le dio el abrigo, el bastón y sombrero, confundiénolo con un lacayo. Poco después, le presentaron al ministro de México.

—¿Pero es usted?!, exclamó Lord Pauncefote, consternado.

—*Yes, sir.*

GENTE DE AZOGUE

En nuestro país somos atrozmente provincialistas: cada estado desarrolla una cantidad prodigiosa de esa fuerza de inercia que se llama provincialismo: en Yucatán adquiere la forma de epidemia, como la langosta de sus campos. ¡Oh,



esos Peniche, Penichet y Penichillo de la yerma península; esos Baranda, de Campeche; esos Vallarta, de Jalisco; esos Altamirano, esas estrellas que fulguran en el cenit de la mestiza Mérida; esos peces dorados de la rada de Campeche, más suculentos que los del acuario de Lúculo; ese tequila tapatío más delicioso que el vino de Palermo; y esos plátanos de Guerrero, de pulpa encarnada; y esos tamales de *juile* apetitosos confeccionados en el Distrito Federal!

El diputado, literato o senador, como todos los yucatecos, tiene la cabeza infaliblemente cuadrada —cabeza maya— y grande, tallada a hacha, única en su conformación frenológica, genérica en cuanto a que es la adaptación de una forma, de un tipo, en toda una especie. La fantasía del artista no puede imaginarse lo que es la cabeza de un yucateco sin haber visto a un yucateco; podrá trazar líneas bizarras, dilatar o constreñir el ángulo facial, reflejar con el pincel cráneos inverosímiles, hasta fósiles, si así queréis, pero nunca sospechará los perfiles sorprendentes de una cabeza yucateca. ¡Imposible!

El que esto escribe conoce a todos los yucatecos: el señor Patricio Nicoli es el prototipo. La literatura le seduce, la maledicencia le enamora, la política le arrastra: escribir un folleto sobre el sistema electoral yucateco le es tan sencillo como el murmurar mal de su prójimo. La forma de gobierno no le importa: lo mismo sivió al Imperio al lado de don Tomás Mejía, en Matamoros, que ahora defiende la República o la dictadura con cualquiera que esté en el poder. Su inteligencia es flexible y no rebelde al criterio científico: su concepción cerebral es rápida y múltiple, y su sensibilidad imaginativa es extremadamente exquisita. El señor Patricio disfruta de uno de los privilegios de su casta: es la resistencia física a la progresión del tiempo. Un yucateco es adolescente a los 30 años, joven a los 50, viril a los 60 y viejo nunca. ¿Lo entendéis?... ¡Jamás!



Pero esa impunidad temporal tiene sus pequeños inconvenientes: los yucatecos carecen de niñez, porque de niños son de una precocidad diabólica. Se cuenta que los párvulos yucatecos, cuando maman, hacen cosquillas eróticas en el casto seno de sus nodrizas.

Si el suelo de Yucatán fuese menos ingrato, los yucatecos constituirían una especie de República Veneciana (sin agua, por supuesto), con sus duxes de cabeza cuadrada y mirada fulminante, porque los yucatecos, a pesar de la sonoridad de sus apellidos, tienen una sonoridad más vibrante aún, la del provincialismo. ¡Son los cartagineses del henequén!

La familia campechana es la que más se aproxima a la familia yucateca: un campechano se parece tanto a un yucateco como un aguacate a otro aguacate. El vecino de Campeche es menos dado a la política; pero cuando Dios Nuestro Señor le llama por ese camino, se mete hasta la empuñadura. No sé si amigos míos o de mi presidencia, pero yo tuve dos amigos campechanos: Pedro y Joaquín Baranda. Este don Pedro era uno de esos personajes teatrales y agudos, que sólo se encuentra ya, ¡ay! en la viñetas que adornan la historia de Federico de Prusia: sin haberse hallado en ninguna batalla, tenía el título de general; y lo que es más temible aún, el de valiente. Gozaba nombradía de ser espiritual *causeur*, de Lovelace, audaz y de hermosa estampa. El otro Baranda, don Joaquín, aunque menos festivo que el hermano, marchaba en línea paralela con sus aspiraciones (las del hermano): las de hacer de Campeche una tierra clásicamente barándica.

Pocos días después de la precipitada fuga del señor Díaz en los campos de Icamole, me decía el magnífico don Pedro espoleando las alfombras de Palacio: “Si usted me autoriza, señor Lerdo, yo me comprometo a traerle la cabeza de don Porfirio Díaz”.

—No se moleste usted, general, basta con que me traiga las orejas.



Al día siguiente de la acción de Epatlán, decíame el mismo señor Baranda:

- Desearía irme para Campeche, señor Presidente.
 - ¡Pero el revolucionario Díaz avanza por Oaxaca, general!
 - Precisamente, yo quiero batirlo por agua.
 - ¡Bien, no olvide usted traer la cabeza!
 - Las orejas, señor Presidente, las orejas.
 - Bien, hombre, bien, lo que sea a usted menos molesto.
- Y desapareció sonando las espuelas.



Uno de los duendecillos familiares de Palacio de 1873 a 1874 era don Alfredo Chavero. En los círculos literarios había conquistado fama de dramaturgo; en los círculos científicos, de arqueólogo y anticuario; en los círculos políticos, de estadista profundo; en los círculos forenses, de eminente letrado, y en todos, de hombre superior, de esos que se saben imponer con la violencia siempre agradable del talento. Entre las cualidades que le atribuían a su estructura física, observaba yo una ausencia total de analogías —aquel cuerpecillo de Sancho indicaba un espíritu zumbón y dicharachero, brutal y cínico, más romo de ingenio que de malevolencia—. Luego, esos labios gruesos y sensuales, esa nariz pequeña y husmeante, aquellos ojos medrosos... *vade retro*... Las pasiones de aquel hombrecillo debían ser convulsiones cerebrales; la grandeza de sus odios servía de compensación a la exigüidad de su cuerpecillo. Como todas las medianías dotadas de cierta audacia, había cultivado todos los géneros sin descollar en ninguno: al teatro, más que una musa, había llevado una Medusa; a la tribuna subía sólo para lanzar un sarcasmo; a la prensa llevaba su contingente cotidiano de diatribas constitucionales.



Pero esa perversa naturaleza estaba avasallada como Bug-Jargal, por un amor. Era algo como el gusano enamorado de la estrella.

Me decía el señor Ministro de la Guerra: la caja de rapé del señor Chavero ha hecho más mal al gobierno legítimo que todas las hordas y los cañones de Tuxtepec.

—Explíquese usted, señor Mejía.

—Mil carrrrre... tadas de bombas, ¿no sabe usted que el señor Chavero viene a oler para estornudar? ¡Todo lo que oye y ve en el Ministerio, va y lo desembucha a don José María Iglesias!

¿Esa tardía revelación era una insidia de don Ignacio? Prefiero olvidarlo, pero en verdad, con el sistema expansivo de nuestros gobiernos, esa clase de infidencias parécenme inevitables. Los intrigantes viven donde hay intrigas, y éstas se desarrollan donde existe un partido o pandilla en rebelión abierta contra la Ley. No es una apreciación paradójica nuestro mecanismo administrativo; es personal: fórmanlo los amigos y no las leyes. El que no es nuestro servidor, es nuestro enemigo, he ahí la base fundamental de los poderes latinos.

Por lo demás, el señor Chavero, para asesinar a su prójimo teóricamente, era de una ferocidad singular (quiera el cielo que ya no lo sea). Y confieso que en la gimnasia de la lengua no reconocía más superioridad que la de Juan José Baz (q. D. n. S. t. e. su santa gloria).

El dramaturgo señor Chavero me odiaba con predilección: ese odio reconocía un origen enteramente literario.

Una noche de Febrero de 74, un hombre de *petit taille* y envuelto hasta las cejas en negra y ancha capa, con el ademán misterioso de un personaje fantástico de Hoffmann, se llegó hasta mí diciéndome lúgubrementemente:

—Don Sebastián, ¡vengo a hablar con usted de un asunto grave y reservado. ¿Están cerradas todas las puertas?



—Lo están.

—¿Nadie nos interrumpe?

—Nadie, ni una mosca, ni una pulga.

Entonces, el embozado se descubrió: ¡era don Alfredo Chavero! Después, nerviosamente, comenzó a ojear un manuscrito.

Algún ídolo exhumado, pensé yo.

—“La Tempestad de un beso” (leyendo).

—¿Qué dice usted?

—Que el título de mi obra es *La Tempestad de un Beso*.

—Hombre, ¡muy bonito!

—¿Le parece a usted, señor Lerdo?

—Ya lo creo: sobre todo, originalísimo; yo he visto tempestades en el cielo, tempestades en el mar y hasta tempestades en un vaso de pulque; pero tempestades en un beso... ¡qué originalidad!

—Pues bien, (solamente) vengo para leer a usted mi drama; el doctor Peredo dice que es digno de Calderón.

—Lo siento mucho, pero no tengo tiempo.

—Entonces, señor Lerdo, permítame que sea el primer acto, dos horitas escasas.

—¡Me es imposible, señor Chavero!

—¿Ni el argumento? Voy a referírselo a usted en dos palabras: La sobrina de una tía se enamora de un primo; el primo del primo se enamora de la sobrina; el tutor interviene, y se casa con la manzana de la discordia. Los dos primos se batan y mueren los dos. La tía de la sobrina muere de pena; la sobrina sucumbe también al dar un beso al sobrino número uno. ¡Qué trama tan sencilla y qué argumento tan conmovedor!, ¿no es verdad, señor Presidente?

—¡Soberbio! Solamente que...

—¿Qué?

—Yo también mataría al tutor.

—¿Pero cómo?



—Quemando el drama.

Herir el amor propio de un autor, ya sea Victoriano Sandou o Sixto Casillas, es peligroso, endiabladamente peligroso: en esta clase de conflictos hay que tener siempre a la memoria la homilía del obispo de Granada, corregida por Gil Blas de Santillana.

GENTE DE COBRE

Para mí, los hombres que piensan son superiores a los que matan: de aquí mi predilección por los unos y mi compasión por los otros. En consonancia con ese principio, dejé a la prensa todas las libertades constitucionales y sus invulnerables fueros democráticos: el periodista fue inviolable durante mi tormentosa administración. Más aún, el periodismo militante llegó a ser la expresión genuina de espíritu refinado y culto, el alma de un pueblo eminentemente festivo e ingenioso. Yo subvencioné periódicos, no precisamente para que insultaran, sino para que controvirtieran. La fertilidad en los dicterios infamantes acusa una triste aridez en las ideas. Siguiendo el espíritu de aquella doctrina, impartí mi protección, que no prodigué, a periódicos como *El Federalista* y *La Revista Universal*, diarios escritos por viejos doctores y jóvenes de chispa que después (unos y otros) se transformaron en lacayos, confundiendo la casaca de Beaumarchais con la librea de Ganimedes.

El periódico alimentado con las ideas de la multitud no debe reconocer por juez sino a esa misma multitud: el jurado. El delito de prensa es un delito colectivo: luego debe haber pluralidad de criterios que condenen o absuelvan al delincuente. El escritor, cuando no escribe bajo la presión de una multitud, escribe bajo la de una agrupación; la misma injuria emanada de una agresión personal es el resultado de una complicidad colectiva: la complicidad de los com-



pañeros de redacción. Y constituir en árbitro a uno solo, a un juez, en un delito mancomún y pasivo es una aberración jurídica de las más deplorables.

¿Hubo alguien más insultado y escarnecido que yo por esa prensa? Ojead las colecciones del *Monitor Republicano* y otros periódicos: en cada página hallaréis tantas líneas como injurias y tantas injurias como líneas. El lápiz de la caricatura me sorprendía, no solamente en la casa, sino en sitios donde, como decía el gran Quevedo y Villegas, todos los grandes hombres se ven pequeños. Los señores Mirafuentes y Riva Palacio agotaron su ingenio en bromearme, con gran aplauso de los necios que infesta la única calle civilizada que hay en México —la de Plateros—. El señor Romero Rubio, con ese delicado espíritu represivo que siempre lo ha distinguido, indignado por aquella procacidad siempre fecunda, me aconsejaba un acto de violencia, escudado en la misma ley.

¿Para qué?, si la revolución está hecha en el público. Los actos de represión son inútiles y odiosos; si no está hecha, esos mismos actos pueden crearla. Cuando la injuria no alcanza al que va dirigida, nulifica a aquel que injuria.

A los chistes brutales de *El Ahuizote* oponía yo el finísimo *esprit* de Alfredo Bablot, José Negrete y Francisco Bulnes. Este Bablot es un talento ambulante; lo conocí el año de 65, en un pueblecito del interior de la República. En esa época recorría las poblaciones vendiendo *ancheta*; de su pasado sólo sé que había venido al país desde el año de 57, radicándose en Veracruz y decidido a hacer fortuna, como todos los extranjeros que vienen a México. Verdadero *Gaulois*, Alfredo Bablot tenía felices disposiciones para el cultivo de las bellas artes; sucesivamente, poeta vagabundo, como los antiguos helenos; músico, pintor y escultor, le era tan sencillo escribir un soneto como cincelar un busto, esbozar una cabeza de madona o ejecutar una melodía en un violín.



¡Naturaleza portentosa! Sabía deslizarse en sociedad con un *calembour rabelaisco*, escurrirse en los círculos políticos aventurando ciertas ideas, entrar de lleno por el escándalo, o de puntillas en las cosas y las casas de México. Por este lado, nosotros los mexicanos somos muy favorecidos; los emigrantes europeos que arriban a nuestras playas todos son sabios: el que no es político es artista y el que no es artista ni político es torero o escritor. La inmigración de los Estados Unidos se dedica a la agricultura; la de México, a la política, la literatura y las finanzas. Con este contingente de lumbres, rebosamos en luz: México será con el tiempo una Atenas azteca, con sus Aspasias y todo. Un señor Telesforo García, asturiano de alpargatas, comienza pesando manteca y concluye aquilatando ideas; salta sobre el mostrador (con todo y alpargatas) y cae parado en una redacción de periódico. El bello sexo también está decorosamente representando en esa amable imaginación: una varonesa (con v) de Wilson sirve de ninfa Egeria a los señores ministros, y otra señora —no sé si es marquesa o condesa— Gimeno de Flaquer, les distribuye ideas a domicilio por una modesta retribución pecuniaria (se entiende). ¡Plumas, pinceles —el señor Escudero y Espronceda— todo, menos arados!

*¿Conoces tú el país
Donde florece el maguey,
La alpargata de García,
La zanca de don Delfín,
La media azul de Flaquer?*

LA CLIQUET DORÉE

De centralismo a centralismo, yo habría preferido el de Maximiliano al de Díaz: ser gobernado por un descendiente



de Césares es un poco más honroso que serlo por un descendiente de salteadores. Lo que se llamó Corte Imperial —dígolo apesarado— estaba compuesta de una sociedad de *élite*, de lo más florido de la sociedad mexicana: las damas más gentiles, los espíritus más cultos, las conciencias más límpidas, los ideales más esplendorosos, constituían ese núcleo brillante en malahora fenecido. No se crea que envuelven estas palabras alguna retractación, son simplemente una tardía rehabilitación; sí, señores, los liberales hemos calumniado torpemente a los conservadores.

Como todo gobierno necesita buscar su gravitación en elementos sociales más o menos complejos, el gobierno del señor Díaz ha ido a buscar esos mismos elementos a los estercoleros de México, modelando, por decirlo así, una especie de sociedad a su imagen y semejanza. El ladrón, el asesino, el ebrio, el tahúr... preguntad a todos y cada uno de esos señores cuáles son sus creencias políticas, cuáles son sus ideales, y unánimemente os contestarán:

—Somos amigos del general Díaz, que simboliza la paz.

Los presidios se vaciaron para llenarse las Cámaras; se trabajaba por crear una opinión, un espíritu público artificial, ya que el verdadero les era hostil. Pero en vano se distribuían empleos a tambor batiente. Las gentes honradas no acudían. A falta de un Roa Bárcena en la prensa militante, se echó mano de un Telesforo García. En finanzas, ya que no era posible un Pimentel, pareció muy lógico un Pombo. Me diréis que los Rincón y los Landa pertenecen a esa *cliquet dorée*.

Error; Pedro es simplemente un vividor; se estaba ahogando y se asió del primer palo que le tendieron, y ese palo fue el Palo Blanco; en cuanto al joven Guillermo, hay que perdonarle todo, hasta que relinche en la pista de un hipódromo.

Así por ese aislamiento, por ese vacío que las familias verdaderamente distinguidas han hecho alrededor de Tuxtepec, los personajes equívocos brotados de esa revuelta han



fabricado una aristocracia especial, con la prontitud con que un salchichonero confecciona salchichas. Desgraciadamente, las ramas de ese árbol genealógico nacieron del suelo y no han pasado del suelo: los blasones se distinguen por su originalidad. El del señor Romero Rubio, por ejemplo, es una horma (su abuelo materno era un zapatero poblano); el del señor Teresa, *un cerdo*, (*el papá del yerno éste* era un porquero en las pintorescas montañas de Santander); el del señor Mariscal, unas tijeras (el padre de este diplomático era barbero); y supongo que el del señor Pacheco será un jeringa (el abuelo de este señor era *médico* de ganado mayor). Es una aristocracia especial, única, que en vez de haber salido de los castillos ha salido de las cuevas, como los buenos vinos y los buenos ladrones.

Si la música dulcifica la ferocidad de ciertos instintos, las riquezas operan en el organismo una maravillosa transformación: el valiente se torna en cobarde; el pródigo en avaro; el casto en sensual; el descreído en creyente. Esta verdad, observada ya por Charles Darwin en su obra *The Expression of the emotions in man and animals*, en ningún caso está mejor confirmada que en los hombres de la tribu de Tuxtepec.

¿Véis ese señor Pacheco que necesita casar a sus hijas en la capilla privada del Arzobispo?

Pues ese mismo Pacheco fundió un cáliz de plata pillado en una iglesia y se hizo con la plata de unas espuelas. Son dos crímenes: el robo y el sacrilegio. Ahora, según los cánones, este último crimen sólo puede absolverlo el Sumo Pontífice. Si el señor Pacheco ha recibido la absolución, es que ha devuelto el doble de lo robado: lástima que por cubrir el despojo de la iglesia haya y esté despojando al pueblo.

Otro de esos señores, en la Guerra de Tres Años, arrancó brutalmente los aretes a una *Mater Dolorosa* y los colocó en las orejas de su mujer. El señor Comonfort me decía con mucha gracia hablando de este asunto:



—Don Manuel Payno es el iconoclasta de las vírgenes. Y la familia tuxtepecana es tristemente prolífera; si el Imperio tenía sus Carlotas, Salm-Salm, Peña, Cervantes y Rull, Tuxtepec exhibe también su nobleza, nobleza especial que en vez de sangre azul corre por sus venas la lejía de cien generaciones de lavanderas.

Mi sobrio, mi constante amigo el señor Navarro, cónsul de México en Nueva York, me decía no hace muchos días:

—No se canse usted de imaginaciones y devaneos, don Sebastián. ¿Sabe usted quién ha matado la Constitución de 57? Apuesto el chocolate de esta tarde a que no atina usted, compadre.

—Los cañones de Tecocac.

—No hay tales cañones.

—Los rifles.

—No hay tales rifles.

—Las flechas.

—Va usted atinando, compadre.

—¡Las flechas de Cupido!

—¡Ganó usted el chocolate!

¿YO MASÓN?, ¡NO, HOMBRE!

En México se abusa de todo; se abusa de la libertad, se abusa de la religión, se abusa de la patria. No podemos ser libres sin la violencia, religiosos sin el fanatismo, patriotas sin la fanfarronada.

En mis mocedades, vi nacer los dos partidos que bajo la forma de logias llamáronse *yorkino* y *escocés*: la mayor parte de mis condiscípulos se afiliaron en el uno o en el otro: solamente yo permanecí neutral, declinando la honra del *neofitismo*. Y a fe que me sobraban razones para ello, hijas de un criterio egoísta si se quiere, pero no por eso menos fundadas y para mí poderosas: púseme a estudiar el origen de



las sociedades secretas, su desarrollo en diversos pueblos, los estatutos de sus distintas ramificaciones, su azarosa vida a través de los siglos, llegando a esta conclusión esencialmente volteriana: en la humanidad la mayor parte de los hombres son el *yunque* y la minoría el *martillo* que golpea. ¡Líbreos Dios de ponerlos entre el martillo y el yunque!

La masonería en otras nacionalidades, que no la nuestra, es más cosmopolita y, en consecuencia, menos exclusivista: es una fuerza expansiva, no restrictiva.

Soy y he sido constitucionalista: y como la constitución es un código —código de libertad— se avienen mal mis ideas con otras doctrinas que puedan restringirla. La masonería es una forma de despotismo tanto más peligrosa cuanto más fraternal es en la apariencia; sí, despotismo de la idea, despotismo del individuo. Si quieren ustedes iniciarse en los ritos de la masonería, necesitan creer o fingir la creencia en un Dios. ¿Cómo, partiendo de la base teológica, se pretende llegar hasta la emancipación del espíritu? Pasáis por las grotescas humillaciones del neófito, por la abyecta subordinación del *aprendiz*, por la opresión insolente del *hermano*, para descifrar este enigma de moral elemental: la justicia y el amor son los dos verbos que rigen la humanidad. ¡Palabras, palabras, palabras! Garibaldi, que vivió y murió entre sociedades secretas, decía, poco antes de morir, a su hijo Giuseppe: “Es muy difícil ser soldado y ser libre; pero más dificultoso ser masón y amar la libertad. Empuña la espada siempre que puedas, Giuseppe, pero nunca te bajes a recoger la *escuadra* y el *compás*”.

En los tiempos de Victoria, Posada, Gómez Pedraza y Gorostiza, la masonería era en México una institución bondadosa y sincera; degeneró después en camarillas demagógicas, hasta transformarse al presente, por una serie de evoluciones, en sociedades de caballeros de industria, sin más ideal que el del presupuesto.



Después de haber estudiado en Puebla la ciencia de la abogacía, teóricamente, pasé a México a estudiarla en la práctica. Alojéme desde luego en una casa de la calle del Seminario, para estar más cerca de San Ildefonso. Mi cuarto de estudiante caía para un patio sombrío, estrecho y de paredes amarillentas y elevadas, la portera de la casa tenía por hija, más bien que una criatura humana, una *muchacha-pájaro*: desde que el alba asomaba hasta que el sol se ponía, cantaba y cantaba, ya coplas callejeras de las chinas poblanas, entonces en boga, ya otro género de cancioncillas más o menos festivas y picarescas. Todavía tengo presente a la memoria una que decía:

Y vente conmigo
yo te daré
zapatos de raso
color de café.

¡Ah, ¡qué tiempos aquellos en los que no había más literatura humorística que la de *El Zurriaga*, periódico redactado por el Conde de la Cortina!

Una noche en que me calentaba las pestañas y el cerebro consultando los clásicos romanos, recibí una invitación para asistir a un baile que daba la Legación Inglesa en el edificio de Minería. Vestime de etiqueta apresuradamente; llegué cuando el salón estaba cuajado de luces y bellezas, distinguiéndose entre éstas por su airoso talle y ricos diamantes la joven Marquesa de Vivanco, lanzada en aquellos instantes en un *minué* impetuoso, blanca y ondulante y vaporosa como una nube de verano. Cuando más absorto contemplaba los contornos femeninos pirueteando en el salón, sentí una mano misteriosa que tiraba de la cola de mi frac, suave, muy suavemente. Volví la cara y me hallé frente a frente



con un hombre extraordinariamente feo: la inmensa nariz granulosa y culotada caía como moco de pavo sobre una boca cortada a cuchillo; los ojos eran pequeños y vivarachos como dos mosquitos veracruzanos. Más que un joven, era aquello la caricatura de la juventud. Sin más ceremonias díjome con marcada ansiedad:

—¿Es usted liberal, señor Lerdo?

—Sí, hombre, liberal, *per omnia secula*... Lo que pasó después no se borra de mi memoria: el joven aparecido no era otro que Francisco de Paula Gochicoa, agente de una sociedad masónica, encargado de reclutar neófitos entre la juventud de los colegios. Seguíle, más bien por una curiosidad de mis pocos años que por deseo largamente acariciado. Gochicoa me introdujo en un edificio destartelado de la calle de la Canoa; y después de hacer antesala durante el espacio de una hora, se abrió de improviso una puerta a mis espaldas, fui cogido por los brazos, vendado y transportado en hombros a un sitio donde, por el calor de la atmósfera animal, comprendí que había muchos hombres y animales. Una voz tenebrosa como salida de la concha de un apuntador pronunció estas solemnes palabras:

—¿Tu nombre, profano?

—Sebastián Lerdo de Tejada.

—¿Crees en un ser supremo?

—Creo.

—¿Amas a los hombres?

—No, señor, amo a las mujeres. (Murmullos de indignación).

—Responde sin ambages: ¿amas a los otros hombres como a ti mismo?

—Sí, hombre, sí.

—¡Bien! Hermano primer vigilante, ¡a la prueba!

Fui cogido por la cintura y llevado a un sitio donde se oía cliquear de sables, lamentos de moribundos y ayes de



condenados... una escenita del infierno de Dante. Cuando me quitaron el vendaje, vi con repugnancia aquel escenario teatral, sables viejos, sillas rotas, velas de cera y, sobre todo, fisonomías pérfidas, que después de jurase hermandad, seguían odiándose con el mismo encarnizamiento.

Habían pasado tres meses desde aquella noche funambulesca: yo era ya masón, no precisamente con grado, sino un simple aprendiz; paseábame por Bucareli con el joven Gochicoa, cuando se nos acercó un pobre diablo de cara macilenta y extenuada. Hizo el signo masónico al señor Gochicoa y le dijo que no había comido en dos días. Yo no llevaba dinero en el bolsillo, pero mi compañero creo que sí lo llevaba. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando el señor Gochicoa rehusó duramente auxiliar a aquel desventurado!

—Pero, compañero Gochicoa, acaso los masones no son nuestros hermanos?

—Pero, estimable señor Lerdo, ¿por ventura somos nosotros fondistas?

UN ESTÉRIL HEROÍSMO

Paso del Norte es una de las poblaciones más tristes, más escurtas y desoladas que tiene la República; un sol implacable reverbera sobre una tierra polvorosa y blanca, de un blanco sucio que predispone a las oftalmías; su caserío es de adobe y sobresaliendo de las paredes, de trecho en trecho, se ven verdes manchones de árboles frutales por entre cuyo ramaje la cigarra canta acurrucada y la paloma torcaz gime melancólica. El Río Bravo, más que río de agua, es río de lodo; su corriente es turbia y cenagosa, y sus márgenes donde crecen sauces y álamos raquíuticos nada tienen de poético ni de majestuoso. El horizonte que limita ese paisaje fórmanle una cadena de montañas extendiéndose al nordeste, montañas peladas, de rocas basálticas y rojizas sin una brizna de



yerba, sin una hoja, sin un árbol: la margen de los Estados Unidos, en el valle, aunque más abrupta y árida que la de México, es sin embargo menos desolada y triste. Los grandes edificios de El Paso, sus calles amplias y macadamizadas, la humedad desprendida del incesante regadío, la actividad, limpieza del pueblo sajón y el *confort* de la vida americana forman poderoso contraste con el abatimiento y miseria del lado mexicano. En el estío de 1865, el señor Juárez y yo acostumbrábamos pasear en las ardientes horas del mediodía, a la orilla del río, bajo un cortinaje de ramas de sauz que debe existir todavía hoy. Allí ¡cuántas confidencias jamás reveladas, qué de esperanzas para siempre frustradas, qué de ilusiones nunca realizadas!

El señor Juárez raras veces se sentaba; en el campo o en su habitación, andaba lentamente, con las dos manos metidas en los bolsillos y la barba inclinada sobre el pecho. Sentado yo en un tronco del árbol, don Benito pasaba y repasaba frente a mí, conversando lentamente y consultando con frecuencia el reloj, como temeroso de que el tiempo pasara breve o se alejara lento.

—¡Ah!, —me decía— señor Lerdo, mucho temo que nuestros sacrificios queden perfectamente estériles. ¿Sembraremos el grano en la roca viva? No es que tema del fin de esta lucha, que es la lucha en que venceremos a la postre; mis temores radican en otro punto (y al pronunciar estas palabras fijaba ansiosamente la pupila en los Estados Unidos).

—El pueblo anglosajón —*voilà l'ennemi!*— y continuaba quebrando una rama de madera muerta.

Según las nuevas que tenemos de Washington, la evacuación de las tropas francesas del territorio de México es cuestión de poco tiempo. Maximiliano con los mercenarios de la Legión extranjera y los traidores, es imposible que se sostenga tres años más. Y se sostendrían menos, si en el norte contáramos con jefes menos torpes y correlones como Tre-



viño y Naranjo. Luego, más o menos tarde, el triunfo de la República será infalible. Pero, ¿y después?

—Después —le respondía yo—, lo más probable es una revolución acaudillada por algún ambicioso.

—No temo una revuelta; seré inflexible para aquel que trastorne el orden público. No, no es eso lo que debemos temer. Pongámonos en el punto lógico; la intervención francesa, prescindiendo de la forma invasora que ella entraña, es en su esencia una fuerza latina. Suprimid el principio imperial y dejad solamente el principio de raza; queda entonces el francés, el europeo, el latino, enemigo natural de nuestros enemigos naturales los sajones, en consecuencia, nuestros aliados. Porque dígame lo que se quiera, señor Lerdo, ¿no ha observado usted desde que estamos aquí con qué especie de desdeñosa altanería nos tienden la mano estos señores americanos? Estoy seguro de que muchos vienen a verme como un animal raro. Yo les odio como enemigos y simplemente les tiendo la mano por una razón de Estado. ¿Recuerda usted aquella carta de Lincoln que leíamos juntos? “México —decía— tiene derecho a la protección de los Estados Unidos”. Así hablan los conquistadores romanos a sus vasallos tributarios. Temo más a uno de nuestros vecinos con el sombrero en la mano que a un batallón de zuavos a paso de carga.

—Pero —objetaba yo— la doctrina Monroe, abarcado todo el Continente Americano, ¿no debilita su acción?

—No; la doctrina Monroe, más que proteger, amenaza exclusivamente a México y a Cuba. En una carta que el presidente Jefferson dirigió en 1808 al Gobernador de la Luisiana, decíale: “Por ahora es conveniente que México y Cuba permanezcan dependientes de España; más tarde será conveniente fomentar su independencia para que al fin vengán a formar parte integrante de los Estados Unidos”. En diciembre de 1823, el presidente Monroe, en el mensaje al



congreso, dice que no permitirá que ningún poder extraño se implante en América. ¿No es ésta una violación de la soberanía de los demás estados americanos? La única solución de ese problema estriba simplemente en una gravitación que equilibre las fuerzas de los Estados Unidos. ¿La Francia tiene suficiente vitalidad para contrarrestar la fuerza bruta de los Estados Unidos? Es evidente que sí: vitalidad intelectual y física. ¡Ah!, si pudiéramos transformar esa invasión en emigración!

En estas y otras conversaciones pasábamos las horas de siesta; cuando el sol se ponía y el grillo canturreaba bajo la espesa yerba, tornábamos silenciosamente hacia el alojamiento, donde nos esperaba las más veces la noticia de una defección o de una derrota.

EL EJÉRCITO

Las revoluciones nacen o se hacen; es decir, son espontáneas o simplemente artificiales.

Para vencer a las primeras son impotentes los ejércitos; para domeñar a las últimas, los soldados son perfectamente eficientes.

La de Tuxtepec no fue revolución, sino sedición; y digo sedición, porque fue consumada por el ejército y no por el pueblo.

No me habléis de Tecoaac, porque esa fue una borrachera de indios; ni de Epatlán, porque ése fue un asesinato en masa. Luego, sobre el ejército recae toda la responsabilidad del triunfo del señor Díaz: unos y otros, porfiristas y lerdistas, eran más o menos pretorianos: el que no había tomado las armas contra la patria, las había tomado en nombre de la religión, que viene a ser una misma cosa.

Con pocas excepciones, los paladines del señor Díaz, más que hombres de idea, eran hombres de soldada. Vicente



Riva Palacio, Ignacio Martínez, Trinidad García de la Cadena, Donato Guerra, Irineo Paz, por ejemplo, eran hombres que perseguían un ideal; pero Treviño, Naranjo, Fidencio Hernández y Mier y Terán no pasaban de haber sido unos mercenarios; la distinción es precisa: aquéllos eran revolucionarios; éstos simplemente revoltosos. Aquéllos lucharon por un principio; éstos por un hombre. ¿Cuáles son más grandes? No seré yo precisamente quien lo diga: los que defendían al hombre han sucumbido olvidados; los que sostuvieron el principio, no morirán jamás en la memoria del pueblo.

Desde la sublevación de Galba, que aconsejaba a sus soldados *matar soldados*, todas las sublevaciones militares deben sofocarse con fuerzas militares: El gobierno que pretende suprimir un motín con un derecho me recuerda al burgués del verso de Beranger que quería parar un bayonetazo con un libro abierto. Tal fue mi error: el sablazo de Tuxtepec quise evitarlo con mi paraguas; ese paraguas fue el señor general Mejía.

¿Me traicionaba? Yo no lo creo ¿Deseaba mi caída? Así lo pienso. Él quería ser presidente; y cuando a un oaxaqueño se le pone ser presidente, ya ven ustedes que es muy peligroso. Entorpecía la acción del gobierno en las operaciones de la campaña de oriente, al extremo que un día le dijera Juan José Baz:

—Se me ocurre un medio para que termine la Revolución.

—¿Y es?, replicó ansiosamente el general Mejía.

—¡Que usted se suicide!

Ese festivo sarcasmo del señor Baz tenía más filosofía que la que ustedes pueden imaginarse. En primer lugar, el ministro de la Guerra, en mi época, era algo como un califa absoluto sin más restricciones que las legalmente constitucionales; pero como el Congreso había investido de facultades extraordinarias al Ejecutivo en todos los ramos, delegué



a mi vez en el señor Mejía esas atribuciones. El mapa de la campaña quedó en sus manos, lo mismo que el ejército. No mentiría si dijera que éste era de lo más florido: Alatorre, Carbó, Revueltas, Corella. Alatorre es un soldado digno de los tiempos de Turena y de Condé: valiente, pundonoroso y leal, rígido en la disciplina, autómatas en la obediencia. Me agradaba más para ministro de la Guerra que para general en campaña. Si tenía ambición a la presidencia, como el señor Mejía, disimulaba con más talento y patriotismo esas aspiraciones. Arrogante en lo físico, moreno, de ojos vivos y de barba poblada, Alatorre es el tipo de guerrero antiguo con el uniforme moderno. Nunca lo he considerado precisamente como un genio estratégico; pero entonces lo veía tal como lo veo hoy: como un soldado de honor. Respecto al señor don Sóstenes Rocha, mi opinión es enteramente distinta; desde luego diré que el militar que necesita intoxicarse en el campo de batalla para entrar en acción es *porque tiene miedo*; y ya se sabe que el alcohol presta al menos un valor galvánico artificial. La Bufa y lo de Ovejo no son glorias, son carnicerías: la toma de la Ciudadela está muy lejos de ser un acto de heroísmo. Un general sin sangre fría me causa el mismo efecto que un orador sin palabra; sin serenidad se pueden cometer actos de valor, pero no acciones que valgan. No hay que confundir a don Quijote con Aníbal: y si el arrojo es una cualidad militar, la sangre fría constituye la esencia del militarismo.

Luego si las vacilaciones del señor Alatorre entorpecieron la campaña, las impetuosidades del señor Rocha no podrían menos de comprometerla. Si él no hubiera dado los ridículos escándalos de Mixcoac y del Salado, le hubiera yo conferido mando de fuerzas. Por lo que hace al general Fuero, carecía, en mi concepto, de las cualidades del uno y del otro de esos dos jefes, con los defectos de entrambos. El único laurel que ciñe la cabeza de Fuero es la escaramuza



de Icamole: no describiré aquí esa batalla en la que murieron más caballos que hombres, habiendo más hombres que caballos: el señor Díaz corrió por un lado, y el señor Fuero estuvo a punto de hacerlo por otro... Fue Quiroga quien salvó la situación. El general Fuero tiene la ambición de don Miguel Miramón, sin el talento de éste: hechos posteriores lo han demostrado; siendo hoy relativamente joven, es ya perfectamente nulo. Restan de esa vieja guardia Ceballos y Tolentino; aquél amaba a las mujeres para pelear con los hombres, y éste temía demasiado a los hombres para no ocultarse entre las mujeres. Ceballos desertó; Tolentino traicionó.

En México, no hay opinión pública; los que opinan en materia de gobierno son los mismos gobernantes o los aspirantes a serlo. ¿Contaban éstos con las fuerzas suficientes para derrocarlos? Evidentemente que no. Su triunfo nació de la defección, que no de la oposición. Y todavía, si al señor Iglesias no hubiera mordido la serpiente del mando, de hecho que la gran rebelión se hubiera desbaratado como tela de araña en la punta de una escoba.

FACILIS DESCENSUS AVERNO

Se ha dicho tanto sobre la inflexibilidad de mi carácter que a veces yo mismo me desconozco. Tal es el número de consejas tejidas bajo ese tema fecundo. Descríbenme unos con la ferocidad burguesa de M. Thiers; bosquéjanme otros con los tonos sombríos de un Felipe II de gorro frigio; píntanme la mayor parte como un ser inclemente y rencoroso que instigara la ejecución del archiduque Maximiliano. Desgraciadamente para la poesía, todo eso no es más que un vicio de imaginación, dolencia propia de la raza latina, y que en México se agrava por lo ardoroso del clima. Un pintor mexicano de talento que murió muy joven —Manuel Ocaranza— trazó en un lienzo



una bella fantasía que dio pábulo en el vulgo a un mito histórico. Representa el cuadro una entrevista de la princesa de Salm-Salm con don Benito Juárez; la hermosa princesa aparece de rodillas implorando por la vida de Maximiliano con ese dolor voluptuoso de Magdalena, a través de cuyas lágrimas se prometen besos. El señor Juárez, de pie, vacila como San Antonio ante aquella poderosa tentación; pero allá en el fondo, agitando nerviosamente la cortina roja y asomando la cabeza, aparezco yo, mirando a la princesa como Mefistófeles a la cruz. El presidente, que parece va a sucumbir, me distingue, se repone y rechaza a aquel ángel que le envuelve ya en sus alas como la araña al insecto.

¡Oh, poder de la imaginación, qué de mentiras se cometen en tu nombre!

La Salm-Salm, que no tenía nada de romántica, americana por nacimiento y educación, de raza anglosajona, fría y positiva, no podía amar al pobre bardo de los azules ojos que murió en Querétaro. Dos veces estuvo en San Luis, a ver al señor Juárez; pero esas visitas inesperadas debieron a la amabilidad del señor general Díaz, que queriéndose quitar de encima a la princesa, no encontró mejor medio que enviármola a San Luis, asegurándole que Juárez perdonaría al Archiduque. Pero como no hay acto del señor Díaz, por insignificante que sea, que no se distinga por su duplicidad, daba a la desgraciada Princesa las *cartas de Urias*. Como ella no hablaba más que el alemán y el inglés, se dirigía en esta última lengua al Presidente, sirviéndole de intérprete el señor don José María Iglesias. Esas entrevistas nada tuvieron de dramáticas: la cara del señor Juárez era una máscara impenetrable que no convidaba a la emoción ni mucho menos a la expansión. ¿No os habéis encontrado alguna vez con esas caras de piedra, inexpresivas como una lámpara apagada?

El espíritu de don Benito no obedecía a ninguna presión: en esta materia no he conocido un liberal más absolutista



que él. Cuando se deliberó en junta de Ministros sobre la ejecución del Archiduque, yo opté por la afirmativa; pero si mi voto hubiera sido por la lenidad, en nada habría modificado la opinión del señor Juárez a este respecto; es preciso no olvidar que el Presidente era oaxaqueño.

¡Yo, inflexible! Preguntádselo a Cosío Pontones, a Luis Mier y Terán y a otros muchos presos en Santiago Tlalteolco: ¡en mi administración no hay una mancha de sangre derramada fríamente! La sangre que derramó en Jalisco el señor Ceballos no cae sobre mi cabeza. La muerte de Donato Guerra débese exclusivamente al general Díaz: la figura de aquél proyectaba mucha sombra en los galones de éste. Donato Guerra fue el más importante factor de la rebelión: su valor y su sencillez y sus antecedentes mismos, identificándole con la masa de los revoltosos, lo hacían para lo futuro un rival peligroso para el señor Díaz. Durante mucho tiempo se creyó que la muerte del señor Guerra había sido el acto brutal de un soldado, del coronel Paulino Machorro; mas posteriormente se halló en la persona de éste una carta *de puño y letra* de don Luis del Carmen Curiel, y con firma de don Porfirio, en cuyo original documento se prometía al señor Machorro el oro y el moro si *suprimía* al general Guerra. Infortunadamente para el señor Machorro, después de consumado el acto, las lisonjeras promesas se tornaron en amenazas, y quedó en la tremenda disyuntiva o de guardar silencio devorando la afrenta o de hacerlo público y rodar abrazado de sus cómplices a un abismo de infamias.

Entiendo que ese interesante documento estaba en 1882 en poder del general don Carlos Mejía, hoy empresario de líneas férreas y muy amigo de los señores Díaz y Romero Rubio. Para traer consigo una carta semejante, se necesita haber hecho testamento de antemano: lo más probable es que el señor Mejía la haya quemado con la fiereza que Cor-



tés quemó sus naves; recojo ese puñado de cenizas para que no se pierdan en la historia.

He insinuado ya la ineptitud de los militares lerdistas: el señor T., que fue en la división de Alatorre un pequeño Macabeo, era por desdicha un tonto de valor. Uno igualmente tonto sólo puede hallarse en el general Naranjo, con la sencilla diferencia de que éste es corrompido y T. tiene un fondo de *bonhomie* que le hace muy estimable. Decía Juan José Baz, refiriéndose a ese señor:

—Es una espada sin hombre.

Cuando el general Escobedo se hizo cargo del Ministerio de la Guerra, no solamente era tarde para dominar la revolución, sino él mismo incompetente para afrontarla. Débil, irresoluto, tardío en sus acuerdos, sin grandes simpatías en el ejército, su presencia en el Ministerio vino a complicar la situación. Las defecciones sucedían a los descabros: entonces comprendí que mi gran error había sido el de echarme en brazos de hombres civiles dando la espada a los hombres de armas. Juárez lo hizo, pero Juárez fusiló sin piedad; yo quise consolidar una república de azúcar, una especie de colmena, en que todos los ciudadanos vivieran en casas de miel. En estos últimos meses de gobierno, la mayor parte de mis amigos estaban ya en cama, postrados con diarrea fulminante.

No concluiré estas páginas sin recordar estas palabras de Sieyès, dirigidas a los treinta miembros que habían votado la disolución del Congreso de los 500: “Señores, queríais un amo, y ya lo tenéis. Bonaparte es todo, manda sobre todos y tiene poder para todo”.

LOS ISRAELITAS DE LAS FINANZAS

Uno de los personajes más conspicuos de mi administración era indudablemente don Francisco Mejía: cuando todo



el mundo se dedicaba a la política, ese pobre hombre aplicaba todos sus esfuerzos a la aritmética oficial. Por un lado, las atenciones de la guerra requerían expensas cuantiosas; por el otro, nadie quería pagar un impuesto sin que se recurriese a la violencia legal. La mayor parte de ustedes, queridos rebeldes, eran en aquella época tan susceptibles y ariscos, que la más inofensiva disposición arancelaria o fiscal la recibían en pie de guerra. El desdichado señor Mejía no podía dar un paso en el terreno económico sin que le saliera al encuentro una oposición escandalosamente agresiva: tempestuosas interpelaciones en las tribunas, repugnantes diatribas en la prensa y venenosos comentarios en todas partes. Los lápices de Alamilla y Villasana desgarraban como zarpas la piel del ministro; las plumas de Mirafuentes y Riva Palacio, transformadas en puñalitos, herían al ministro; las lenguas viperinas de Ballesteros corroían la vida privada del ministro. Porque en el aquel entonces se podía afamar y difamar impunemente: los calumniadores públicos no sólo eran inviolables, sino también honorables. Perseguir a un periodista en 74-75 habría ocasionado un verdadero pánico en el gobierno: allí estaba el desfacedor de entuertos y agravios constitucionales, el poderoso caballero de Palo Blanco, jinete en el rocín ajeno y dispuesto a romper lanzas con cualquiera. Cierta vez que el señor Mejía publicó una circular sobre *herencias transversales*, un periódico de cuyo nombre no quiero acordarme lo insultó tan cruel y procazmente, que el infortunado ministro, casi llorando, me pidió que se procediera contra el delincuente. Quise disuadirlo.

—Pero, el señor Lerdo, la calumnia, cuando no mancha, tizna.

—Convenido; pero ¿no tiene usted jabón? Usted razona como aquel inglés que tiraba su calzado nuevo a la calle porque se le manchaba de lodo.



Cito aquí este incidente para que se vea una faz de aquella deplorable situación: el escarnio del principio de autoridad en el elemento civil, la cábala de los politicastos, la antipatía del comercio, del contribuyente, la resistencia, la rebelión armada de Díaz.

En esa crisis suprema, algunos sindicatos extranjeros me ofrecieron empréstitos que yo rehusé por considerarlos gravosos al país. En una sola de esas combinaciones se me daban *tres millones* para mi bolsillo particular. Varios especuladores de Londres enviaron a México, en julio de 1874, a Mr. Roberto W. con esa misión, y no obstante sus deslumbradoras promesas, tuvo que retirarse perfectamente derrotado. Pero esa clase de escrúpulos, hoy pueriles, ya nadie los tiene; si mi madre, cuando estaba embarazada de mí, hubiera leído a *Cartouche* en vez de la *Biblia*, yo sería hoy también un excelente financiero.

En México, toda criatura nacía antes con una de estas dos vocaciones: la de general o la de sabio. Resultó de aquí un horrible desconcierto social; había quien mandara y quien legislara, pero no había quien obedeciera. Entiéndase que hablo de la clase media del país; lo que se llama *gentuza*, no es ni siquiera gente. Pero se nacía, repito, con cierto espíritu caballeresco y leal; los números, que simbolizan el egoísmo, venían detrás; las ideas de libertad y patria, que personifican el heroísmo, venían por delante. Hoy es lo contrario, la aritmética es la Biblia de la Nación, y este fenómeno se explica perfectamente: de un periodo revolucionario en los ideales, se ha pasado sin transición a un periodo revolucionario en las cosas. La situación de México actual (1889) tiene semejanza sorprendente con la Francia napoleónica de 1858: se levantan edificios y fortunas, se improvisan capitales, una fiebre de especulaciones se desarrolla en todos los organismos, una cobarde afeminación subyuga las naturalezas más privilegiadas, se baila, la gangrena es envuelta en seda,



la vanalidad femenina se paga con ministerios y la agitación nerviosa de todas las clases sociales, letales síntomas, se cree sean otras tantas manifestaciones de vitalidad perdurable. Napoleón *le petit* inauguraba líneas férreas, mejoraba puertos de mar, abría las grandes arterias que embellecen a París, esas soberbias avenidas que convergen en el Arco de la Estrella, se exhibía, acariciaba, lloraba. ¡Qué ruidoso fue el desplome de ese coloso de cieno! ¡Cómo toleraron los franceses, durante 19 años, semejante ignominia!

¿Cómo, por qué ha permitido México que se le envié durante 12 años? Después de más de medio siglo de convulsiones políticas, Francia reclamaba imperiosamente ese periodo de paz; el mismo fenómeno se observa hoy en México; ese reposo insano, que tiene algo de sopor, pronto desaparecerá; y desapareciendo hará desaparecer a su vez la administración del señor Díaz.

Quienes equilibran la política actual son los judíos circuncisos e incircuncisos. Acaso sean estos últimos los más peligrosos: el señor don Sebastián Camacho es uno de ellos. Es tan peligroso para los gobiernos como el ácido para los metales: en un día de febrero de 1875, se me presentó ofreciéndome 50 000 libras esterlinas en nombre de la casa Remington de Nueva York, con el modesto interés de 35 por ciento anual. Rehusé categóricamente; entonces el señor Camacho, que tiene una sangre fría admirable, se dirigió a los señores Benítez y Tagle con la misma oferta para ayudar a la revolución. Estos caballeros, no pudiendo dar las garantías suficientes, fueron desechados.

—Tocayo, señor Camacho —díjele después— esto se llama jugar con fuego.

—Entendámonos —me respondió— yo, de tanto andar entre metales, considero a los hombres como piedras; pero unas son piedras de ley y tienen metal; otras no son más que piedras y con ellas se apedrea al que cae.



—¡Hombre!, esas son ideas dignas de un *empeñero*.

—Usted sueña, señor Lerdo; ha concluido el reinado de los hombres líricos, y va a comenzar el de los hombres prácticos. ¿Qué dejó Miguel Lerdo? Deudas y gloria. Pero la gloria se ha desvanecido y quedan las deudas.

—He ahí una paradoja semítica, señor Camacho.

—Llámela usted como quiera, pero yo soy hombre positivo: sin haber pasado por mí el cuchillo de la circuncisión, digo, que si hubiera sido mercader en los tiempos de Jesús el de Galilea...

—Lo habría arrojado a usted del templo.

—No lo dudo, pero lo habría demandado ante los tribunales por daños y perjuicios.

GÉNESIS DE UN IDOLILLO

La popularidad es en México tan irracional como efímera: suele alcanzarse en un día y perderse en 24 horas. Cierta vez, algún negrito, estudiante de derecho, subió en hombros de algunos léperos y arengó al populacho para que no reconociera una deuda internacional: al día siguiente, el nombre del negrito aquél sonaba en todas las bocas, y desde la garita de Peralvillo hasta la colonia de Arquitectos, no se oían más que preguntas y respuestas sobre la personalidad de esa precoz gloria nacional. ¿Cuáles, dónde estaban las proezas de ese héroe intempestivo? No creo que el haber disparatado durante media hora en un tumulto amerite semejante fenómeno de popularidad. Sin embargo, esa criatura reclama ya un lugar en el Panteón de los Hombres Ilustres.

En el señor Díaz, es otra cosa; su popularidad pertenece al teatro contemporáneo; la ha creado a golpes de telón; es cierto que no siempre ha sido aplaudido, pero con frecuencia los silbidos forman también atmósfera. Siendo apenas un chiquillo de escuela, el dómine lo escogió para que aplica-



ra tormento de la *palmeta* a sus condiscípulos: al licenciado Félix Romero, que fue el primer ciudadano oaxaqueño que usara levita, explica ese hecho con una frase eternamente evolucionista: *porque las sienes de don Porfirio son planas como las de un animal carnicero y tienen semejanza con las de Caracalla*. Yo no me hago responsable de esa blasfemia zoológica; el señor Díaz buscaba la popularidad por un camino trillado ya por la planta del amigo Pedro Arbués. Referíame el señor Juárez que un día, siendo niño don Porfirio, se le dejó solo en la casa solariega de la familia, en tanto que ésta asistía al bautizo de un fenómeno oaxaqueño. El futuro presidente de la República Mexicana, para matar el tiempo, fue cogiendo una por una todas las gallinas del corral y sacándoles los ojos con el cortaplumas. En otra ocasión, estaba sentado, dormido como un ángel el chato Díaz; su hermano le rellenó las narices de pólvora y luego les prendió fuego con yesca. Desde entonces quedó chato el *chato Díaz*. Notad cómo se van desarrollando en el niño los instintos más crueles y neronianos. Ya joven, siendo capitán de la Guardia Nacional de Oaxaca, mató de un tiro de mosquete por la espalda a un indito llamado Francisco Quilé, simplemente porque había dado un palo en la cabeza al caballo que montaba Díaz. Más tarde, y ya coronel de esa misma guardia, en una expedición contra los indígenas de la sierra, mandó incendiar un poblado donde murieron tostados algunos viejecillos y niños.

El padre Jarauta, Cobos, Carvajal y otros hombres del mismo temperamento no pueden competir en ferocidad con la ferocidad del señor Díaz.

Que ha sido un ídolo populachero, no sería yo quien lo negara: lo que le niego es el derecho a esa popularidad, porque ésta nació, indudablemente, de la escaramuza famosa del *2 de abril*, donde *trece mil* desesperados atacaron a *cuatro mil* infelices. Todo estaba de parte del señor Díaz: la superioridad numérica, la superioridad moral y topográfica; no



hubo batalla ni estrategia: los imperialistas desertaron quemando unos cuantos cartuchos, y más que todos los de la Legión Extranjera, que habían pedido de antemano un armisticio a don Porfirio. La derrota de Márquez y su retirada a la capital débense al general Toro: el sitio de México es la página más humillante de las campañas de Díaz.

No solamente prolongó el sitio a instancias de Márquez, sino que dejó escapar a éste, protegiéndole en su fuga hasta Veracruz. Después, cuando se restableció el gobierno republicano, queriendo remediar los errores militares con un acto de probidad teatral, devolvió a la República trescientos mil pesos como excedente de la liquidación de las tropas de su mando. Con este acto de desprendimiento artístico, preparaba el terreno para la ambicionada presidencia. Esto me recuerda involuntariamente la fábula del perro y el ladrón del viejo Esopo.

Efectivamente, un hombre que devolvía \$300 000, cuando había 300 000 hombres que lo hubieran guardado en el bolsillo, es algo como un absurdo nacional. El señor Romero Rubio, explicando esa incongruencia, decía en la tribuna parlamentaria: “El honorable señor Zamacona ha dicho que el señor Díaz, devolviendo al tesoro lo que era del tesoro, cumplía con un mandamiento de la ley de Dios, olvidado por desgracia entre los políticos lerdistas. Sin ofender a los partidarios del revoltoso Palo Blanco, que se sientan en estos escaños, diré que la acción de su héroe se parece a aquella del dependiente que devolvía las agujas y se embolsaba los tostones”.

En el tiempo que escribo esta página —enero de 1889— el señor Díaz ha cobrado con usura los réditos de esos 300 000 pesos. ¡Qué digo los réditos! Con asegurar a ustedes que solamente el señor don Jorge Hammeken y Mejía, que fue quien arregló el matrimonio de don Porfirio con la dolorida hija de mi ex ministro, ganó en una combinación ferrocarrilera, encabezada por aquél, la friolera de 600 000



mil pesos, queda perfectamente explicado lo de los *tostones* y de las *agujas*.

Pero en México, lo que se gana en dinero se pierde en popularidad. El señor Díaz es muy rico, es ya un millonario; pero ¡ay!, no existe un pecho mexicano honrado que grite: ¡Viva Porfirio Díaz!

Fuera de la comunión de los *chevaliers d'industrie* que se llaman "Círculo de Amigos del Presidente", la estrella del señor Díaz marcha a su ocaso definitivamente. Es un ídolo que caerá, más que por la fuerza del tiempo, por los orines de 10 millones de habitantes.

Para perpetua memoria,
Nos dejó el Virrey Marquina
Una pila en que se orina.
¡Y aquí se acabo la historia!

LA CONJURACIÓN DE SALAMANCA

La actividad mal entendida es una de las formas más peligrosas de la ambición: cuando el cerebro funciona sin descanso día y noche engendrando y desarrollando ideas más o menos prácticas o impracticables, se llega a un estado de cansancio y de fatiga que se resuelve en muchos casos por el desequilibrio de las fuerzas morales. Ese desequilibrio conduce fisiológicamente a la locura: esa locura puede ser activa o pasiva. Si lo primero, el enfermo se lanza a una empresa atrevida, cubriendo las fórmulas del buen sentido; si lo segundo, el enfermo va a dar a un manicomio, pura y simplemente porque ha salido desnudo a la calle o cometido otra monstruosidad semejante.

El eminente jurisconsulto don José María Iglesias, trabajado por el insomnio del estudio, pagó su tributo al cerebro,



sucumbiendo a un acceso de *locura* activa. Cuando tremoló el pendón *constitucional* de Salamanca, mi compañero el señor Iglesias era casi un *irresponsable*; no sabía lo que iba a hacer; pero no ignoraba lo que debía resultar. Y es una compasión que esa vida laboriosa, esa inteligencia batalladora, ese espíritu recto, hayan fenecido por siempre jamás. Todos los actos del señor Iglesias, en su carrera pública, han sido más bien reflexivos que impulsivos: ¿por qué su última acción fue tan sólo impulsiva?

Porque ese prócer del talento ni en sus más remotas mocedades ha procedido con ligereza. Miradle de muy atrás, cuando redactaba a *Don Simplicio* o *La chinaca*: entonces era joven e inexperto, pero sus escritos se parecían a los de un viejo experimentado. Si registráis hoy las colecciones de los periódicos, no veréis en ellos más que tinta y marmaja. ¿Nada más? ¡Nada más! Y eso que los tales *Don Suplicio* y *La chinaca* fueron de tremenda oposición. Leed su literatura en el periódico *El Álbum*: su pluma se ha empapado en cloroformo para trazar aquellas gallardas líneas, escritas sin duda alguna para un hospital de sangre. Y he aquí un fenómeno de atavismo evolucionista: ese hombre que se desvela escribiendo literatura hacía dormir a los demás con sus escritos. *El Siglo* y *El Monitor* se honraron muchas veces con las producciones políticas del señor Iglesias, que son un modelo del buen decir y del buen dormir.

Montesquieu asienta en su *Espíritu de las leyes*, que los hombres doctos y profundos en ciencias legislativas y filosóficas son refractarios, por lo general, a los estudios políglotas. Desde luego el señor José María Iglesias es la más hermosa negación de aquella afirmación: 1844 a 1847, fue catedrático de filosofía y legislación en el Colegio de San Gregorio, siéndolo a la vez de idiomas en el de San Ildefonso. Fue también administrador de la Aduana —1861 a 1863— ministro de Justicia, presidente de la Suprema Corte,



etcétera. Bajo la más perfecta corrección de formas, el señor Iglesias ha ocultado la más desordenada de las ambiciones. Cuando yo fui elegido presidente, después de la muerte del señor Juárez, don José María estuvo a felicitarme en mi propia casa: al dirigirme los cumplidos de etiqueta, temblaban sus lentes de oro bajo el arco tendido de sus cejas. ¡Ah!, me dijo entonces parodiando a Clemente XII al dirigirse al monje Benedetto: “Bajo ese pardo sayal adivino la tiara”.

Unidos, quizá hubiéramos triunfado los hombres de ley sobre los hombres de fuerza; desunidos y en guerra abierta, la victoria de los enemigos de la patria no podía ser dudosa. ¡Pobre señor Iglesias!, quitarse la toga y colocarla como bandera de rebelión en un país militarizado equivalía a enarbolar el estandarte de la cruz en el fondo de Turquía. ¡Bien cara expió su locura constitucional! Pero antes de esa ruidosa calaverada senil, el poeta de las *enchiladas*, Guillermo Prieto, estuvo a verme insinuándome retóricamente que iba a estallar una revolución iglesista. Yo le reprendí casi textualmente en estos términos:

—No culpo al señor Iglesias de ese lirismo revolucionario: los culpables son Lancaster Jones, etcétera. ¿Por ventura quieren repetir la disidencia que surgió entre los señores Juárez y González Ortega? La ambición del señor Díaz es frenética para llegar a la presidencia; pasará sobre la Constitución, los constituyentes y los constitucionalistas. Déjense ustedes de conciliábulos *legalistas*, y secúndenme: unámonos contra el enemigo común. No me aleguéis el caso de Miramón que se unió con los poderes civiles; Miramón, como todos los valientes, tenía el alma grande, pero el señor Díaz sólo es grande en su ambición; ya en la presidencia, todos ustedes, hombres de toga y de lira, irán a la nada.

Pero nadie escarmienta en cabeza ajena: fue necesario que el señor Iglesias y su horda de poetas sentimentales dieran una exhibición ecuestre en el país, que pasaran a exhi-



birse en los Estados Unidos, y que tornaran después a México ¡humillados, empolvorados y escupidos!

LOS CEREBROS DE LA REVOLUCIÓN

Los señores Justo Benítez, Luis Vallarta y Protasio Tagle fueron el cerebro de la revolución de Tuxtepec: dieron forma a todas las ideas opositoristas, reclutaron prosélitos en la curia, en los colegios y hasta en los mismos círculos gubernamentales, como el Congreso y el Senado. Como personajes civiles, gozaban la impunidad de la propaganda, es decir, conspiraban *legalmente* contra las autoridades constituidas, por la inmunidad de su carácter pacífico. Yo les permitía conspirar hasta en los corredores mismos del palacio, ¡porque bien preveía que conspiraban contra sí mismos! De los tres, el más audaz (aunque no el más inteligente) era don Protasio Tagle: este señor veía en su candidato no precisamente un hombre, sino una mercancía animal, algo como un caballo de circo que se adiestra a latigazos, y que se presenta al público, ya enjaezado, diciéndole: “¡Qué animal tan hermoso; miren cómo lo monto, con qué suavidad baja las orejas al sentir mi espuela acariciar sus flancos!”. Después del negocio de Tampico, el señor Tagle estuvo a verme para pedirme un salvoconducto destinado al señor Díaz.

Pero ¿quién me responde —le dije yo— de que no volverá a levantarse en armas contra el gobierno?

El señor Tagle sonrió desdeñosamente y replicó:

—Señor Lerdo, don Porfirio no se pertenece, pertenece al círculo porfirista. No da un paso sin consultarnos, ni nosotros le permitimos andar sin nuestro consentimiento.

Don Protasio ha sido, es y será una personalidad oscura; es uno de esos hombres que tienen más mala fe que sana inteligencia, más ambición que tacto, más timidez que resolución, más ira que templanza. Volteriano, por instinto, afecta ser



creyente enérgico y de la fuerza ascética del cardenal Jiménez de Cisneros: ha hecho de la sacristía una emboscada, de la profesión una cábala, de la cátedra un club, de la política un perpetuo conciliábulo. Ese hombrecillo, que tuvo por pañales una sotana, por nodriza una monja y por juguete un hisopo, que no oyó en su infancia más armonías que las del *sursum corda* de los canónigos de Catedral, ese hombrecico, repito, predica la no reelección, invoca el sufragio libre y fomenta la resistencia armada a los poderes públicos. ¡Ah!, él, el clerical cuyo dogma se basa en los gobiernos hereditarios y en la obediencia pasiva a esos gobiernos, abogando por las revoluciones a mano armada.

El señor Vallarta es una de las lumbreras constitucionales del país, y no hay otro como él para interpretar la Constitución, tampoco hay otro como él mismo para violarla. Se entiende que guardando siempre las formas, como persona bien educada que es. Recordad su gobierno en Jalisco: no es más que una serie de atentados a la Constitución local. Por un lado, hacía el panegírico del Código de 57, y por otro, hollaba el Código del Estado. El señor Vallarta es uno de nuestros más brillantes teóricos, pero nada más que un teórico. En la cátedra explicando una doctrina, en el bufete dirimiendo un litigio, en la magistratura formulando un voto, el señor Vallarta es realmente grande, grande como pensador y analista, grande como letrado, grande e inmenso como comentarista. Pero sacadle de esa atmósfera de abstracciones, llevadle a la realidad, conducidle a la práctica, y os hará el mismo efecto que un comediante de capa y espada, arrebatado del radio que proyecta sobre sus oropeles la luz del gas. El señor Vallarta en Jalisco violó los comicios, atropelló la libertad de imprenta, fomentó el militarismo, colocó a toda su familia y parientes en los puestos públicos. Luego, cuando se aproximaban a Guadalajara las tribus salvajes de Lozada, perdió completamente la cabeza: viose su caballo, dos días



seguidos, a las puertas de palacio, ya listo para la huida; y ese mismo eminente jurisconsulto, enemigo de la fuerza e integrante y ducho Talleyrand, caía poco después en las mismas redes por él urdidas.

Que hay hombres más vidriosos que nerviosos, lo demuestra la existencia en este mundo del señor Justo Benítez. ¡Qué decepción para los que le creían de la madera del señor Ocampo! El señor Benítez, al fabricar los planes del general Díaz, fabricó su propio féretro. Como el fraile que inventó la pólvora, sucumbió a la primera explosión. El amable señor don Justo, cuando inventó a su héroe, decía probablemente para su colete: “He encontrado la cuadratura del círculo en la cabeza de ese imbécil de Porfirio Díaz; lo hago presidente, y yo mismo dirigiré la presidencia. Después, yo seré presidente, como dos y tres son cinco”. Por desgracia, la aritmética política es fatalmente complicada. ¿Cómo el señor Benítez, siendo oaxaqueño, no conocía a los hombres falsos?

Una vez el licenciado Basilio Pérez Gallardo me pidió una audiencia privada para don Justo Benítez; respondíle que se la concedía siempre que no se tratara de política. Con esa advertencia, rehusó la entrevista: confieso que perdí la oportunidad de conocer en él al mejor de mis amigos. Ya en el destierro, recibí una carta de mi amigo, el señor Gochicoa, que decía poco más o menos lo siguiente: “La expiación ha comenzado: ayer ha salido Benítez del ministerio, reñido con Díaz. ¿La causa?, yo la ignoro, pero se refiere lo siguiente: Benítez dominaba a tal extremo al usurpador Díaz, que entraba al despacho de éste abriendo la mampara a punta-piés, e informándose luego de todos los expedientes y papeles que había en la mesa de la presidencia, Benítez acordaba lo que le parecía bien o mal, a su antojo, y hubo vez que rasgara un expediente en el cual don Porfirio había ya estampado la firma. Parece que esto colmó la medida y el *amo*



se hizo sentir. El caso es que, desde ayer, Benítez no es nada ni nadie. Como usted comprenderá, esto sirve de mucho a la causa de la *restauración constitucional*".

Vallarta, Benítez y Tagle trabajaban no por la patria, sino por un hombre; no por engrandecer al hombre, sino por su propio engrandecimiento. Los tres han caído sin gloria, oscuramente, como tres desertores sorprendidos en una encrucijada por el enemigo. Los tres comienzan a ser viejos, y la ancianidad no se levanta más que en la tumba.

UNA COMIDA MEMORABLE

Yo no soy supersticioso, pero ese día caía en martes y era 13 de febrero; mi amigo el señor Manuel Romero Rubio me invitaba a comer en su casa de la calle de San Andrés. La exquisita amabilidad y finura del anfitrión eran y son proverbiales; 50 años, 1874, regordete, de ojos pequeños y vivos, de frente amplia, de nariz correcta y de labios delgados y móviles, el señor Romero, sin presentar en conjunto una fisonomía hermosa, no dejaba por eso de ser agradable; no obstante, observándolo detenidamente, notábase en su rostro cierta desproporción de rasgos, una contracción violenta de la boca con algo de innoble, de pérfido en la expresión, visible solamente para un sutil fisionomista. Yo le apreciaba con ciertas reservas, diré más, no sin alguna compasión, compasión he dicho, y el vocablo le sienta a maravilla: porque yo leía en el fondo de aquel espíritu enfermizo un deseo desordenado de riquezas y honores. Y si no lo hubiera leído, bastárame para conocerlo el hecho de que un día de su natalicio se preocupaba tanto por las felicitaciones recibidas como una coqueta por las galanterías recogidas en un baile. Además, el temperamento del señor Romero Rubio es más bien femenino que masculino: notad cómo, si no hubiera otro dato para demostrarlo, sería suficiente el apuntado por Darwin,



de que *los hombres de temperamento femenino jamás engendran un hijo varón*. Desposeído en lo absoluto de valor personal y civil para elevarse y mantenerse en una altura determinada, necesitaba apelar a todos los medios pacíficamente ilegales para conseguirlo. La sociedad transige con ciertas clases de delitos, y lo que es más todavía, ella los sanciona; lo que ella quiere, lo que ella exige, es que se cubran las fórmulas legales, que la mano del Abraham que haya prendido fuego a la hoguera vaya enguantada para no chamuscarse.

Me senté a la cabecera de la mesa, teniendo en la cabecera opuesta a la señora Castellot de Romero Rubio. Después de la esposa de Juan José Baz, no conocí en México otra matrona más inteligente, más espiritual y mundana que esa señora. Espíritu masculino, práctico, ambicioso e inquieto, la dama de quien hablo había heredado de su raza (ella es hija de catalanes) las cualidades de economía, industria y fortaleza de ánimo, pero con ellas, ¡ay!, también heredó los defectos, uno de los cuales, quizá el más vulnerable, es sin duda alguna el *amour d'argent*. Pí y Margal, en sus *Sipnosis de Cataluña*, refiere que un catalán, en el sitio de Manresa, cuando la guerra carlista, acometió un acto de heroísmo que decidió el triunfo al lanzarse a la bayoneta sobre el enemigo. Ascendiéndolo sobre el campo de batalla, el general en jefe exclamó:

—¡Martí, os habéis portado en grado heróico!

—Mi general, lo hice por economizar cartuchos.

Sí, por el amor al dinero, se pueden cometer acciones heroicas, proezas dignas de Guzmán el Bueno.

En el centro de la mesa, una gentil chiquilla, llamada Carmen, sostenía conmigo la más espiritual de las conversaciones, llamándome a veces y familiarmente *¡papá Lerdo!* ¡Poder de Dios!, ¡cómo me conmovían esas bromitas! Entonces comprendí la desgarradora soledad del viejo *celibataire*, el triste aislamiento de un pobre ser que, en medio de las ri-



quezas, los honores y el poder, se encuentra solo. ¡Ah, Mefistófeles, Mefistófeles, vuélveme a la juventud por un instante, permite que los espejos de mi suntuosa casa reflejen por un momento la imagen volteriana del estudiante del año 47!

Ese sombrío monólogo repetía al dirigirme para mi casa, cuando me zumbaban todavía los oídos con la frasecilla infantil de ¡papá Lerdo, papá Lerdo!

LA FRONTERA

Siempre he tenido una excelente opinión de los mexicanos de la frontera, exceptuando, por supuesto, a los señores Francisco Naranjo y Jerónimo Treviño o Jerónimo Treviño y Francisco Naranjo, como ustedes gusten. Vidaurri sería un traidor a la República, pero nadie puede tacharlo de forajido; si hoy viviera, estoy seguro de que no sería porfirista. Y es éste el mejor elogio que de él puedo hacer. Sí, en el suelo bendito de esa frontera del norte, han nacido héroes mexicanos, no como los héroes oaxaqueños, de burocrática memoria, sino hombres que, como Mina en España y Hoche en Francia, han visto en la patria, no una prostituta a quien se explota, sino una madre a quien se ama.

En 15 de agosto de 1865, dirigí yo una circular, por acuerdo del presidente Juárez, a todos los jefes republicanos, exponiendo en ella que el gobierno nacional jamás abandonaría el territorio de México. Dichas circulares llegaron a manos de Escobedo, de Régules, de Corona y de Porfirio Díaz: en una nota adjunta a la circular, se prevenía a los jefes militares, por conducto del Ministerio de Guerra, fueran leídas aquéllas en la *orden del día* a los respectivos cuerpos del ejército, porque en ellas se exponían consideraciones patrióticas dignas de ser comprendidas por las masas populares. El señor Díaz, lejos de dar a conocer la mencionada circular, le dio *carpetazo*, como suele decirse, no obstante



reiterársele la orden por el conducto debido. ¿Por qué esa sustracción al cumplimiento de un deber, de un mandato puramente secundario? Al principio, ya sea por la dificultad de las comunicaciones, ya por el estado de guerra del país, nada pudimos saber en Chihuahua respecto de esa omisión imperdonable del señor Díaz, pero ya en San Luis, llegó a noticias del señor Juárez que el motivo por el cual Díaz había desobedecido las órdenes del Gobierno era porque don Porfirio estaba en esa época en *comunicación activa con el mariscal Bazaine*.

Efectivamente, como a todos los mexicanos consta, el traidor de Sedan intentaba alzarse en México con el poder, contando para la realización de ese proyecto filibustero con *algunos jefes republicanos*. ¿Cuáles eran esos jefes? Hasta el presente todas son conjeturas e inducciones en ese tenebroso asunto; pero por inducciones y conjeturas, se ha logrado rehacer el cuerpo del delito.

El señor Díaz fue prisionero de los franceses; ¿pudo ser factible su escapatoria de Puebla, cuando se le consideraba como un hombre peligroso? Debe existir todavía en México un francés de nombre M. que fue quien entregó varios pliegos secretos del señor general Díaz al general Bazaine.

Pero dejemos a ese señor con sus laureles y sus traiciones, y vamos a los señores Treviño y Naranjo, ya que esta página de mis memorias está dedicada a la frontera. Esos cabecillas republicanos no se dignaron leer mi circular a los soldados fronterizos. Insisto en este punto porque es del todo capital. En 65, las fuerzas republicanas comenzaban a desalentarse porque se hicieron correr rumores en todo el país de que el gobierno republicano estaba a punto de abandonar el territorio nacional; esos rumores funestos, propalados por los imperialistas, llevaban el desbandamiento a nuestras filas: urgía desmentirlos, no solamente entre el pueblo, sino más apremiantemente entre las tropas juaristas. Pues bien, los



señores Treviño y Naranjo, lejos de desvanecerlos, los corroboraban con proclamas como éstas: “Muchachos, estamos solos”, etcétera. ¿Era una complicidad con el general Díaz?

Insinuando más tarde mis sospechas al señor Juárez, alguien que me escuchó transmitió mis palabras a aquellos jefes. Así me explico su rebelión en la frontera contra mi gobierno.

¿Lavaré esa mancha la frontera?

NIL DESPERANDUM

Siendo yo presidente del Colegio de San Ildefonso, conocí y traté por primera vez a Juan José Baz. El hecho merece referirse, no sólo por la originalidad del caso, sino también por la amistad perdurable que hasta el presente nos une.

Un literato distinguido, hoy olvidado, reunía en su casa de la calle de Revillagigedo, una noche de diciembre de 185... la más selecta concurrencia de letrados, poetas y periodistas, pertenecientes al partido liberal. Dicha reunión tenía por principal objeto inaugurar una serie de representaciones teatrales en familia, pretestando así, indirectamente, contra las llamadas *posadas*, pequeñas orgías a domicilio que alentaban el fanatismo religioso de las masas. Se habían escogido al efecto algunas obras de autores avanzados en ideas, en consonancia con el espíritu de los contertulianos. Aquella noche se ponía en escena *Hernani*, la última grandiosa producción de Víctor Hugo que había logrado pasar el Atlántico. El teatrillo había sido improvisado en el fondo del espacioso patio de la casa; algunas macetas y decoraciones apolilladas adornaban el escenario. La traducción del francés, según un crítico que tenía a mi lado, era excelente. Por fin, después de dos tandas de copitas de jerez y de buñuelos, el telón se levantó. No seré yo quien censure ese esfuerzo literario, que todavía al presente, al evocarlos, me trae recuer-



dos felices del tiempo viejo; pero francamente era mucho *Hernani* para aquella época. Al finalizar el primer acto, la mayor parte de la concurrencia roncaba profundamente; a fines del segundo, cuando el Rey preguntaba a Hernani:

—¿*Qué hora es?*

—*Las doce de la noche*, responde éste. Entonces oí una voz tras de mí que agregaba en tono festivo:

—¿Medianoche? pues vámonos a dormir, con permiso de su Majestad. Y se levantó sin más ceremonias, siguiéndolo los demás. ¡Era Juan José Baz!

¡Naturaleza privilegiada la de ese hombre! Pequeño, de constitución sanguínea, de fisonomía expresiva y correcta, de inteligencia clara, aunque no sin malevolencia, resuelto, audaz, confirmaba aquel apotegma de *homo longus raro sapiens*. Raras veces he visto vitalidad tan magna en estatura tan exigua. Malo por organismo, había nacido como la serpiente, con el suficiente veneno, no para atacar a sus enemigos, sino para defenderse de ellos. La naturaleza es pródiga en esa clase de equilibrios físicos y morales: Baz nació en un periodo revolucionario, se desarrolló en la revolución, fue viril en plena revuelta, llegó a la senectud escuchando el trueno del cañón. De alma menguada y cuerpo enfermizo, con el bello corazón de Ocampo en el pecho, Juan José Baz se habría quebrado como una bomba de cristal, deshecho como una burbuja, aniquilado como una pluma de cisne arrojada al fuego. Para andar entre leones como Miramón, entre panteras como Márquez, entre chacales como Cobos, Juan José Baz tenía por derecho natural que ser víbora de cascabel. ¡Eterna, inmutable gravitación en la naturaleza! Recuerdo que en la obra *Viaje alrededor del Mundo*, escrita por el general don Ignacio Martínez y publicada recientemente, leyendo una magnífica y sobria descripción del Perú, noté que el autor había observado que a los indígenas, para defenderse de las constantes invasiones de arena del lado



del Pacífico, les basta poner en derredor de sus hogares unos carbones que se extraen en aquellas mismas latitudes: junto al mal está el bien: ¡las leyes que rigen al mundo físico son admirables!

Voltaire decía cínicamente: *le mensonge n'est pas un vice quand il fait du mal*. Así procedía frecuentemente Juan José: para él, la verdad, tratándose de sus enemigos, era una fórmula quimérica. La mentira es de buena ley cuando se usa como un arma para combatir al enemigo. Cruel por temperamento, por instinto, por desenvolvimiento natural de una facultad, se gozaba en el tormento ajeno. Una vez la viuda de un coronel conservador cayó postrada de un ataque de parálisis: con tres pequeños hijos quedó reducida casi a la mendicidad. El gobierno federal había confiscado los bienes de la viuda, por no poder seguir pagando el inquilinato. Conducida en una silla de manos, por gente caritativa, ante el señor Baz, seguida de sus chiquillos llorosos, aquel cuadro desgarrador imponía y consternaba. Baz rió tranquilamente, miró a la paralítica con ojo frío y burlesco y exclamó con la bufonada de Treboulet:

—¡Madama, es usted la viva imagen de la conserva!
¡Que la lleven al museo!

Y se alejó disparando chistes en tanto que la paralítica ¡caía al suelo desplomada! ¡Cuánta ferocidad palpita en los odios del partido!

Pero cruel, malo, implacable, avaro y descreído, el señor Baz tenía la virtud de la energía, la fuerza siempre viva de la esperanza. *¡Nil desperandum!*, tal ha sido y es su lema. Todavía en el destierro, cuando toda la esperanza de la restauración constitucional había fenecido, Juan José Baz me decía en tono profético:

—Ya nos ve usted aquí, quejándonos como Iturbide en el destierro, pues dentro de algunos años no habrá más que lerdistas en el poder. Con usted y sin usted, la esperanza es una fuerza más poderosa que la electricidad.



Pancho Hernández y Hernández era uno de esos tipos veracruzanos solamente iguales en lealtad a los tipos fronterizos: alto, robusto, trigueño y simpático, de ojos grandes, cuya pupila denotaba en sus ascendientes sangre africana, de nariz abierta y palpitante, ese mulato (porque el señor Hernández y Hernández lo era), nacido en Francia, habría sido un rival de Alejandro Dumas en aquella opulencia imaginativa. No llegué a conocer durante el curso de mi vida pública una naturaleza más expansiva que la de ese veracruzano: en él no había duplicidad como en Manuel Penichet, ni dolo social como en el señor Romero Rubio, ni cábala como en el monstruoso señor Gochicoa, ni cobardía política como en el señor Villada. No, en Pancho Hernández todo era lealtad y nobleza, ingenuidad y valentía personal y civil. Sin ser precisamente un ignorante en el sentido neto del vocablo, carecía de instrucción científica en legislación, era deficiente en cuestiones de gobierno y lírico en todo lo que se relacionaba con el lado práctico de la vida. Como tribuno, no obstante la superficialidad de sus conocimientos, era simplemente admirable: su elocuencia, sin ser lógica, era arrebatadora: hería el sentimiento, hacía palpar el corazón, enardecía la atmósfera de hielo. Muchas veces subía a la tribuna conociendo apenas el asunto en discusión, pero el instinto admirable de su talento lo guiaba por entre aquel laberinto de ideas hasta sacar brillantísimas conclusiones. Se operaba en él algo como una revolución maravillosa; se le escuchaba con asombro y deleite en el Congreso, al extremo de pasar sin ser notadas las muchas incorrecciones de la forma y las numerosas inexactitudes históricas en que con frecuencia incurría. En la vida activa de la política, distinguióse por su fidelidad inquebrantable al partido liberal; pero lo repito, fue un



hombre de gran corazón para poder llegar a ser un gran político. En la vida privada, tenía sus defectos, pero eran más las virtudes que los defectos. Una de las cualidades o imperfecciones orgánicas del señor Hernández y Hernández era su gran desprendimiento por el dinero: siendo Gobernador de Veracruz, seguíanle en su casa los mendigos, porque sabían que, siempre que el Gobernador llevase una moneda en el bolsillo, esa moneda sería para ellos. Y llegaba a tal extremo su desprendimiento, que a veces carecía su familia de lo necesario por haber prodigado sus quincenas. Y ese hombre, que no sabía odiar, que era todo corazón y lealtad, tenía enemigos.

El señor Hernández y Hernández, además de la enfermedad orgánica del corazón que lo llevó a la tumba, estaba sujeto a ese curioso fenómeno que se llama sonambulismo. Cuando regresaba yo de inaugurar el Ferrocarril de Veracruz, venía él conmigo y en mi propio vagón.

Habiéndonos quedado solos, yo comencé a dormitar arrullado por el ruido monótono del tren y por la fatiga del día anterior; las luces oscilaban con los sacudimientos del tren: serían como las tres de la mañana, cuando fui despertado por un brusco movimiento. Abrí los ojos. Pancho Hernández y Hernández estaba frente a mí, de pie, con los ojos muy abiertos y gesticulando de un modo muy extraño.

—Don Sebastián —me dijo con voz nerviosa— en estos momentos veo a sus íntimos amigos poniendo obstáculos en las Cumbres de Maltrata para que el tren descarrile.

Me estremecí involuntariamente y él continuó:

—Sí, a la cabeza de ellos está Manuel Saavedra, ese hombre seco, alto, fúnebre, de espíritu marchito, de corazón más negro que un zapato prieto. Mírelo, mírelo usted, las uñas le han crecido de un modo enorme, y con ellas escarba los terraplenes para desviar los rieles.



—Cálmese usted, señor Hernández, ¿quiere usted un traguito de coñac para que se ponga?

Y le presenté una pequeña cantimplora; pero él siguió con voz mecánica.

—Y allá, sí, aquel es Romero Rubio, está formando una hoguera con los durmientes del camino, y en esa hoguera que va a encender con una antorcha, veo agitarse una forma blanca de mujer, y tiene una espada en la mano.

¡Ah!, ¡ah!, ¿y no hay un ángel compasivo que le detenga la mano como a Abraham?

Y el sonámbulo prosiguió:

—¿Y aquel vejete espigado, con su barbilla de Mefistóflés y su levita bien cortada? Cuídese usted de él, don Sebastián; bajo una apariencia correcta, ese vejestorio oculta un alma desordenada y un cuerpo afrodisiaco. Como en su juventud no ha tenido goces, en la edad proveyta está sediento de placeres. Se llama Justino Fernández. Véalo usted, como inclinado sobre un libro de ciencia, no lee, sino que mira la desnudez de una *hetaira* por el goce; ese hombre es capaz de la traición.

Al pronunciar estas palabras, el tren se detenía en Apizaco y el señor Hernández y Hernández despertaba.

Esta especie de evocación sonambulesca me impresionó desagradablemente, no porque creyera una sola palabra de esa alucinación delirante, sino más bien por la predisposición natural, innata en el hombre, de caer en lo supersticioso. Reflexioné durante algunos días sobre el suceso inesperado, y mientras más pensaba, más me embrollaba yo mismo. Efectivamente, cuando se produce en el organismo un fenómeno de esa naturaleza, es porque existe en el cerebro el prototipo de una idea singularmente obsesiva. Ahora bien, como el señor Hernández y Hernández no odiaba a nadie —insisto en decirlo—, ¿de dónde tomó forma



esa acusación hipnótica, por decirlo así, y que después vino a confirmarse hasta cierto punto?

EL HÉROE Y EL BANDIDO

Por entre los vericuetos y precipicios del Nayarit, jinetes en dos escuálidas mulas, caminaban una mañana de abril de 1872 dos extraños personajes: el uno corpulento y vigoroso, trigueño, de fisonomía dura, vestía el traje de cura de pueblo, aunque no lo parecía, y el otro, menos recio de complexión y tipo de la más acabada vulgaridad, con chaqueta y pantalón de cuero, seguía como mozo de estribo, bregando penosamente con el fatigado animal. Con frecuencia, el clérigo, al ruido de una piedra que rodaba, temblaba hasta hacer tintín con las espuelas, ojeaba hacia todos lados, y cuando se repenía un poco del espanto, volvía la cara a su mozo de estribo.

—¿No has oído, Pedro?, alguien anda por aquí.

—Es el viento, señor.

—No; he visto rodar una piedra.

—Alguna ardilla, mi general.

—¡Chist, por el amor de Dios, no me llames general!

—Padre José, quise decir.

Siguieron caminado silenciosamente durante algunas horas: de repente, al dar vuelta a un recodo, se encontraron frente a frente con una partida de indios lozadeños, que después de dormir la siesta bajo un mezquital, proseguían su marcha en desorden, ya macheteando los inofensivos árboles del camino, ya entonado los aires nacionales del Nayarit. Un viajero cualquiera habrá corrido peligro de muerte al tropezar con semejantes héroes; pero un eclesiástico, un sacerdote, no solamente no podía temer una aventura como aquélla, sino por el contrario, lo hubiera deseado como la más grata bienaventuranza. Y razón había para ello: no bien hubieron distinguido al *padrecito* los indios, cuando casi unánimemente se quitaron



sus anchos sombreros y fueron uno por uno, inclinando la cabeza, a pedir la mano del *pagresito* para besársela. Al tumulto de la soldadesca sucedió el desfile de los penitentes; el sacerdote daba su mano a besar con seráfica negligencia, en tanto que su mozo de estribo recibía presentes en metálico y comestibles para el *pagresito*. Cuando el desfile hubo terminado, el sacerdote, empujando en los estribos, comenzó a distribuir bendiciones, en tanto que la columna lozadeña devotamente se iba perdiendo en la hondonada.

—*Doceas iter et sacra ostia.*

—¿Qué dice usted, ge... padre?

—Que los despido con el primer latinajo que se me ocurre; de buena hemos escapado.

Y picando espuelas llegaban al pardear la tarde al pueblo de San Luis Lozada.

El que hacía de sacerdote se llamaba Porfirio Díaz. El que hacía de mozo, Pedro Galván.

Una de las habilidades más apreciables del señor Díaz ha sido la de vestir impunemente toda clase de disfraces; es el hombre de las transformaciones y metamorfosis, así en lo físico como en lo moral. En lo físico, no pueden superarle Garrik, Talma o Coquelin: con el mismo desparpajo se cala los lentes y la peluca del señor Rodríguez de la Rosa que la sotana del padre José. En lo moral, el revoltoso consuetudinario de ayer es hoy el ardiente amigo de la paz; el incendiario del año 71 fomenta un cuerpo de bomberos en 88; el abigeo de 74 aconseja la propagación del ganado vacuno en 87; el infatigable obstructor del camino de hierro de México a Veracruz en 1875 distribuye concesiones de líneas férreas en 1877; el que en 1873, en una carta dirigida a un compañero de armas ultrajaba al cuerpo de abogados llamándole *Hospital de tinta*, presidió más tarde reuniones de esos mismos jurisconsultos.



Pero basta ya de digresiones, y vamos al hecho capital, a la entrevista del señor Díaz con el llamado *Tigre de Alicia*. Dejo la relación de los hechos al señor R., quien tuvo la oportunidad de conocerlos en sus más frívolos detalles:

Tepic, mayo de 1872.— Señor Lerdo: Se habla ya y se comenta mucho aquí un suceso que parece inverosímil, y que por sus curiosas circunstancias paso a referirle, aunque ya el telégrafo habrá dado a conocer en esa una parte de él. Me refiero al caballero andante Porfirio Díaz; anoche, estando de visita en la casa del señor Vidal, se contó la historia como sigue: A fines del mes último, el general Díaz, disfrazado de eclesiástico y acompañado de un tal general Galván, llegó a San Luis, para mendigar el apoyo y protección de Lozada. Costóle trabajo a Díaz conseguir que aquél lo recibiera; por fin, después de mil humillaciones, Porfirio obtuvo la implorada entrevista. Lozada lo recibió de pie con el sombrero puesto: el señor Díaz entró seguido del insignificante Galván, con el sombrero en la mano, sonriendo melosamente como la hace con todos los hacendados a quienes va a pedir dinero. Quiso abrazar a Lozada, pero éste se contentó con darle la mano fríamente. Algo desconcertado Díaz por esa inesperada recepción, comenzó por adular al *Tigre de Alicia*, diciéndole que ardía en deseos de conocerlo, y que se honraba en darle la mano. Concluyó su memorable arenga con estas palabras: 'Perseguido en todas partes, vengo a refugiarme en esta tierra de *libertad*; ¡qué diferencia de Juárez, *el déspota*, a Miguel Lozada, *el hospitalario y magnánimo*. Miguel Lozada, a quien se calumnia porque no se le conoce, y al cual *yo* me siento honrado tendiéndole la mano'. ¿Repugnó al bandido Lozada la mendicidad del héroe?, porque al día siguiente un secuaz del Cacique ordenó al señor Díaz que saliera del territorio militar.



Al día siguiente de recibir esa singular epístola, me dirigí a la presidencia para referir al señor Juárez lo acontecido. Desdoblaba ya la carta para demostrársela, cuando, deteniéndome con la mano, díjome el presidente:

—Estoy seguro de que se trata de nuestro *gran vagabundo*, de mi paisano Porfirio Díaz.

—Exactamente, ¿lo ha presentado usted?

—Es que me ha escrito a Tepic, prometiéndome armar una celada en la que caiga Lozada, siempre que le recompense con...

—Pero es que ha comido el pan y la sal en la mesa del Cacique, no puede pagarle con una traición.

—¿No?, lea usted.

PREPARATIVOS DE MARCHA

El día 15 de noviembre de 1876, el señor Romero Rubio, que me había aconsejado constantemente medidas de represión, entraba al despacho de la Presidencia intensamente conmovido; sus ojillos, de continuo inquietos, ese día parecían dislocados por una conmoción nerviosa. Sus labios más blancos que la pechera de mi camisa, palpitantes y secos, no podían dejar salir una sola frase. Compadecido de su estado, corrí a servirle una copita de exquisito coñac que tenía a la mano. Cuando se hubo repuesto después de haberla bebido, el señor Romero Rubio, vertiendo lágrimas en el espasmo de un sollozo, díjome emocionado:

—No hay esperanzas, señor Lerdo, esta situación se derrumba. Necesitamos abandonar el país prontamente, antes de que una nueva derrota o defección abran las puertas de la capital a esas chusmas de bandidos capitaneados por Díaz. Acabo de saber que por el norte los generales Ignacio Martínez y otros han arrollado varios destacamentos y avanzan sin detenerse; que García de la Cadena y Rosendo



Márquez son dueños de Zacatecas; que los Cravioto se han enseñoreado de Hidalgo; que...

—Lo sé, todo eso lo sé desde ayer, señor Romero Rubio, pero ahí tenemos a Alatorre, posesionado de la línea de Oriente; a...

—Señor presidente, tenemos en contra la fuerza de la opinión, esa opinión pública que yo he ultrajado con y sin el permiso de usted.

—¿Con mi permiso?! ¡No, señor! Usted ha sido por algunos meses el hombre de esta situación que se desploma. Recuerde usted, señor ministro, que ha profesado usted y puesto en práctica la doctrina de que en política no deben existir más que dos factores. No olvide usted su famosa cutilinaria en el Congreso, en la que ponía precio a la cabeza del señor Díaz; están frescas en mi memoria las palabras de reproche que a usted le dirigí entonces. Ese discurso declamatorio, violento y tonto (perdone usted mi franqueza) nos concitó gran número de enemigos entre las gentes pacíficas. Luego, no satisfecho usted con esa insigne torpeza, le plugo incitar a los jefes de guarnición en las capitales de estado para que entren en abierta pugna con los poderes locales.

Algunos de los conflictos surgidos últimamente entre la Federación y los Estados son obra exclusiva de usted, señor Romero Rubio. Y ahora que ha puesto usted fuego a la mecha, ¿no tiene usted valor de morir sepultado entre los escombros?

Contra mi costumbre y mis hábitos de educación, me había yo exaltado al pronunciar estas últimas palabras, pero notando cierto fondo de reproche en las palabras del señor Romero, no pude contenerme más. Parecía esquivar la solidaridad administrativa y política, él, que... pero no continué: *veritas odium parat*.

El señor Romero Rubio, alarmado por mi vehemencia, o quizá obrando bajo la presión de un remordimiento, continuó diciendo:



—Precisamente, como cómplice de una administración impopular, acepto las consecuencias; es decir, acompañaré a usted en el destierro. ¿Qué más puede exigirse de mí? Abandonar una familia es más poderoso de lo que a primera vista parece: y yo abandono mi familia.

—Pero hay una cosa más poderosa: el temor de quedarse y ser víctima de una arbitrariedad, le respondí sonriendo. —Reasumiendo —continué—, usted prefiere viajar que ser fusilado, ¿no es así? Dejemos el nombre de la familia aparte; la familia es sagrada.

—Sí, sí, muy sagrada.

Y se echó a llorar.

Cuando en septiembre de 76 el Congreso hubo sancionado mi reelección, estuve a punto de renunciar a la Presidencia: y lo habría hecho así indudablemente, a no ser por la revolución. De hallarse la República en plena paz, con gusto hubiera abandonado a otro la tarea de hacer feliz a la patria. Pero en plena revolución, habríase dicho que yo obraba por miedo y no por un sentimiento de civismo. ¡Y qué quieren ustedes!, sucumbí ante un capricho pueril e indigno de un hombre de mi edad y mi experiencia, pero no por eso menos poderoso cuando ejerce su acción en determinadas circunstancias.

La familia Lerdo, desde mis bisabuelos, siempre se ha hecho notable por la independencia de carácter que distingue a sus miembros. Algunas veces esa cualidad degenera en vicio. Yo heredé esas cualidades y esos defectos. Lo que más me irrita, en la órbita de la ideas, es una contradicción; por supuesto, siempre que de mi parte esté la justicia. Así, cuando las primeras palabras de *fuga, huida y abandono* empezaron a sonar en mis oídos, entré en un paroxismo de furor. ¡Huir! ¿Por qué? ¿Qué crimen había cometido? Yo era la encarnación del derecho y de la ley; yo no había ascendido al poder por un motín, como Santa Anna, ni descendido por un golpe de Estado, como Comonfort. Era el depositario del



poder, y ese poder emanaba del sufragio. Dentro del *yo* de mi conciencia, me consideraba moralmente incorruptible, más aún cuando veía en torno de mí hombres moral y políticamente corrompidos, como el señor Payno, depravados como el señor Gochicoa, abyectos como el señor Castañeda y Nájera, nulos como el señor Villada. Sin embargo, se me acusaba de ser un Sardanápalo, de distribuir mi vida entre la cama de mis queridas y la mesa de mis amigos. Y, ¡poder de Dios!, ¿quiénes eran estos amigos?

Uno, el amigo Payno, cuando escuchó rumores de huida, vino desde San Ángel, expresamente a verme a mi casa: suplicóme que si salía para el extranjero, le dejara a guardar algunos objetos de arte para mí preciosos y de difícil transportación. Por lo que pudiera sobrevenir, entregué al señor Payno algunos cuadros de los grandes maestros, mi vajilla de plata y muebles antiguos. Entre los primeros se encuentra un Velázquez que representaba un *Juego de dados*, un Van Ostende denominado *El novio*, un Zurbarán que simboliza la entrada a una mezquita, y por último, *El baile*, por Lemaitre.

Desde Nueva York, supliqué al señor Payno que me remitiera los cuadros, pero me pretextó lo malo del tiempo en el invierno de aquella época, 1878. Después supe que el señor Payno había salido para Europa, realizando sus fincas y bienes de México, con excepción de unos cuadros, que al presente adornan los salones de su casa de la Avenida Frieland, en París.

La familia del señor Romero Rubio se quedó con otros objetos y yo me fui preparando para la gran expatriación, que no terminará ni con la muerte.

EN MARCHA

Ese día, 27 de noviembre, amanecimos en las alturas que forman el Valle de México. El carruaje se detuvo: por un



lado salté yo a tierra, y por el otro, el señor Romero Rubio y Juan José Baz; la atmósfera resinosa de los pinos me hacían mucho bien a los pulmones; el sol comenzaba a salir, iluminando el maravilloso paisaje que se extendía a nuestros pies. El lago de Texcoco a nuestra derecha, herido por los primeros rayos, resplandecía y centelleaba; más allá, los volcanes dejaban ver sus nieves eternas, medio veladas por jirones de nubes. Más acá, hacia el Oriente, se distinguían las planicies desiertas de San Lázaro; y allá en el Oeste, surgía la capital, apenas visible por los grandes volúmenes de niebla que flotaban. Pero muy pronto los rayos solares más intensos fueron deshaciendo la niebla, llenando el valle de fulgores; entonces se vio un bosque de cúpulas y de torres destacándose en el cielo azul purísimo y con un fondo no menos azul de montañas.

Juan José Baz asestó sus gemelos marinos en dirección de la ciudad abandonada; después de observar un momento, me los pasó diciendo:

—¡Hombre!, mire usted, don Sebastián, aquellos son cohetes, ¿percibe usted el repique a vuelo de las campanas de Catedral?

Muy indistintamente, con las ondas sonoras, venían hasta nosotros esos mil rumores de un pueblo alborozado.

—No, ya volveremos, y entonces...

Volví la cara; era el señor Romero quien pronunciaba esas palabras, amenazando con el puño a la ciudad, nervioso, frenético. Después, sentándose en la yerba, sacó su pañuelo y comenzó a llorar.

—No lloro por mí, sino por mi familia, decía sollozando.

—¡Pero compañero! —replicó Baz— ¿es usted el único que deja una familia?

Referir aquí las jornadas y las deserciones sería fatigar inútilmente a mis lectores: cada legua era una traición y una celada. Algunos jefecillos nos miraban con insolencia, otros



con desprecio, y más de un soldado con lástima. Y, realmente, teníamos derecho a la compasión. Íbamos hacia delante, sin saber a dónde íbamos. Inútiles como mujerzuelas, para montar a caballo, de profesiones sedentarias; a uno de nosotros, al señor Romero Rubio, hubo necesidad de amarrarlo en la montura para que no cayera, pues jamás en la vida (él lo confesó así) había andado a caballo.

Cuando llegamos a Acapulco, después de la malandanza de Pioquinto Huato, todos, absolutamente todos, llegamos con hemorroides. Teníamos por enemigo a todo el reino animal: los hombres nos querían fusilar, las garrapatas y los mosquitos nos atormentaban y, por último, hasta las mulas rehusaban nuestra carga. Así, cuando de improviso al descender una montaña nos hallamos un día a las puertas de Acapulco, no pudimos menos que regocijarnos grandemente. Era el oasis después del desierto: los bosques de palmeras, de mangos y tamarindos, los arroyos de cristalina agua, la hermosa bahía en forma de herradura, los botes pescadores que se divisaban allá a lo lejos y luego el horizonte del mar sin límites formaban un conjunto tan imponente y nuevo, que hacía bien al abatido espíritu y al dolorido cuerpo.

A los tres días, una radiante mañana de diciembre, nos embarcamos en presencia de toda la población del puerto; el vapor americano *San Juan* nos recibió hospitalariamente. A las tres de la tarde, el buque dio los primeros pitazos de marcha; la hélice comenzó a moverse, y media hora después, nos hallamos fuera del puerto, ya en ruta para Panamá, pero todavía en aguas de México.

¡Qué triste despedida! Ni un pañuelo se agitaba allá en la playa, ni una lágrima se derramaba por nuestra ausencia. A las cinco de la tarde, las costas de Acapulco comenzaron a borrarse, perdiéndose muy pronto en la bruma, como una línea que se desvanece. Yo permanecí sobre cubierta, apoyado en el palo de la popa, queriendo ver



todavía, una vez más, esa querida patria que parecía sumergida en las tumultuosas olas. El sol se puso, las aves marinas se dirigían hacia la tierra —¡felices ellas!—, las sombras de la noche ennegrecieron las aguas del Pacífico y las estrellas cintilaban allá en el espacio infinito, clara, muy claramente, con esos misteriosos destellos que tienen los astros cuando se contemplan desde alta mar.



Segunda parte



NOCHE EN EL ALMA

Arribamos a Nueva York en un terrible día de invierno. No había visto jamás la metrópoli americana; su vista causóme hondísima tristeza. Una inmensa nevada se abatía sobre la ciudad; el viento silbaba formando torbellinos con los blancos copos flagelándonos el rostro. En el trayecto recorrido a pie de los muelles a los carruajes, hundíanse nuestras plantas en la blanca nieve, y los sombreros y los abrigos blanqueaban cual si nos hubiésemos revolcado en un lecho de harina. ¡Qué frío más terrible! Nuestros ligerísimos abrigos muy mal nos cubrían de la intemperie, y los ojitos bailadores de Juan José Baz estaban ya congelados. Mi pobre mozo, Higinio Espinosa, que vestía una blusa de tela de cebolla y un sombrero Panamá, se había convertido en una especie de helado de limón y leche.

—¡Cochero, al Windsor Hotel!

Durante todo el invierno de 1877, inverné en una confortable habitación de ese hotel: mi espíritu recobró su perdida serenidad, y reflexionando sobre los acontecimientos de mi país, no dejé de repetir este aforismo de un pesimista alemán: “¡En el mundo hay más malvados que hombres!”.

En esa madura concentración conmigo mismo, formé el propósito inquebrantable de no participar más en política, dejando el país en el goce de su nuevo redentor. Si mi nombre fue coludido en sucesos posteriores, débese, más que a mi voluntad, a la ambición del más íntimo de mis amigos:

el señor Romero Rubio. Este señor se había metamorfoseado en la imperial *City*; desconociendo, como yo, los grandes emporios extranjeros, sin más horizontes que los muy bellos, pero muy limitados de Chapultepec; habiendo pasado su juventud en la miseria y el deseo, los placeres de Nueva York ejercieron sobre él una fascinación irresistible. Canoso ya de la venerable cabeza, no diré corría, volaba por las calles más divertidas en compañía de *misses* que usan más la toalla de Venus que las agujas de las máquina de coser, conjugando el verbo *love* en todos los tiempos, con la circunstancia agravante de no hablar él una sola frase del idioma inglés. El primer disgusto que nos causó el señor Romero Rubio fue precisamente un día después de nuestra llegada: salió a la calle muy temprano a poner una carta en los buzones; pero quiso nuestra desventura y su desgracia que, equivocando el buzón de la posta con una caja de *alarm fire*, diera la señal de alarma al introducir la carta. Acuden desolados bombas y bomberos por todas partes, las aceras se llenan de policías, y en vez de una hornada de llamas y columnas de humo (era una doble alarma), se encuentran con el señor Romero Rubio frente al *box* de señales, forcejeando por sacar la mano. De allí fue a dar al puesto de policía, de donde lo sacó el señor cónsul Navarro, explicando su identidad e ignorancia de las costumbres americanas. No nos libramos por esto de la granizada de artículos humorísticos que al día siguiente de la malandanza publicaron los diarios de Nueva York, distinguiéndose por su tono burlesco los publicados en la tarde.

Entre tanto, el círculo de amigos se había restringido semejante al radio luminoso de una luz que se está apagando: de México mantenía activa correspondencia con mis siempre fieles Gochicoa, Balandrano, Agustín R. González, Mejía y otros de la vieja e incorruptible Guardia.



Juan José Baz, Romero Rubio y Escobedo languidecían en el destierro, aunque el segundo buscaba las distracciones de los teatrillos de la calle Catorce. Las cuerdas del patriotismo empezaron a aflojar en Romero Rubio y don Juan José Baz; advertía en ellos cierta inteligencia mutua, un deseo manifiesto de ocultarme sus más frívolas acciones. Deseando allanarles el camino de la retirada, díjeles sin reticencias que “si querían, volvieran a la patria, que los desligaba de cualquier compromiso contraído conmigo anteriormente, que yo estaba resuelto a no mezclarme más en política, y que si alguna vez el país me llamaba, reconociendo la legitimidad de mi gobierno, iría con gusto a México, pero simplemente para renunciar a mi puesto y convocar a nuevas elecciones”. Después de una discusión bastante débil, los señores Baz y Romero Rubio aceptaron mi proposición, no sin asegurarme con vehemencia, que “inmediatamente que llegaran a México, desarrollarían un plan de campaña pacífica a favor de la restauración constitucional”. Pues bien, un semestre antes de que yo les hablara en esos términos, ya ellos tenían arreglado volver a México, y bien guardado en los bolsillos un salvoconducto del general Díaz.

Pero no anticipemos los sucesos; hay que referir en mis *Memorias* lo sucedido durante los primeros meses de mi destierro y de la partida de aquellos señores, sucesos que, al ser conocidos, servirán grandemente para conocer a fondo la génesis política y social del México de hoy.

CÍRCULO POLAR

Mi habitación en el Hotel Windsor se componía de una recámara, una salita y un cuarto de baño, todo en el interior del edificio. A mi derecha, Juan José Baz ocupaba un cuarto largo y estrecho, y a mi izquierda, el señor Romero Rubio, otro semejante. De manera que yo estaba como Cristo, entre



dos amigos. Ese invierno de 1877 fue terrible e inclemente: durante los meses de enero y febrero, permanecimos en rigurosa clausura, no siendo suficientes por la noche para calentarnos ni ponches calientes que bebíamos llameando, ni las llamas de la chimenea, de continuo alimentadas. El general Escobedo era el único que salía de cuando en cuando, no obstante que una vez volvió con las orejas yertas de frío. Imagináos nuestra congoja cuando, ateridos por el frío, veíamos sobre la mesa del comedor inmensos jarrones con trozos de —¡qué digo trozos!— montañas de nieve, verdaderos *icebergs* que parecían desprendidos de las regiones polares. Sólo verlos me causaba calosfrío, y para remachar el clavo, un negrito se me acercaba ofreciéndome un vaso de agua tremendo, casi del tamaño de mi sombrero, en cuya agua cristalina flotaban gigantescos témpanos de nieve.

El 5 de febrero acordamos celebrar con un banquete los funerales de la Constitución de 57. En un gabinete reservado del restaurante, nos reunimos las personas siguientes: cónsul Navarro, don Francisco Treviño Canales, Escobedo, Romero Rubio, Baz y el que esto escribe. Habíamos acordado, por respeto a la posición social del señor Navarro, no hablar de nada que se relacionara con la política de México. La comida tenía simplemente un carácter nacional, comida de hermanos en extranjero suelo. El *menú*, desde la sopa hasta los postres, estaba compuesto de platillos mexicanos. El señor Cónsul, si ha olvidado el idioma español, no ha podido olvidar la cocina mexicana: en su casa tiene metates, molcajetes, comales, jarros, cazuelas, etcétera. Esa batería puede rivalizar con las mejores de la cocina azteca. Hastiados de los horribles condimentos yanquis, nos estremecimos de culinario placer al ver sobre la mesa la humeante sopa de tortilla, los huevos rancheros con rajas de queso, los chiles rellenos, el mole de guajolote, las calabazas guisadas, los frijoles y las



enchiladas, mezclando sus aromas y embalsamando la atmósfera.

Sólo faltaba el pulque. ¡Oh, patria! Cuando mis ojos te perdieron de vista, te vuelvo a encontrar en mi corazón.

Sí, en aquellas cuatro paredes estaba la patria ausente: a la puerta, la bandera mexicana formaba un cortinaje; en el centro de la mesa, un gran ramo confeccionado con flores mexicanas (obsequio de la señora Canales) nos traía a la memoria ese delicioso Valle de México, descrito con tan espléndidos colores por el eminente Prescott. A la hora de los postres, más de una lágrima abrigó las pupilas: los ojos de Baz, áridos y burlones de continuo, se habían humedecido: el señor Romero Rubio lloraba y leyó conmovido una carta de su señora esposa, y yo mismo me veía arrastrado en aquella corriente de sentimentalismo tardío. El señor Navarro se levantó llamado por sus deberes consulares; cuando él se hubo retirado, ya pudimos hablar libremente sobre política y disertar sobre la constitución que llorábamos. El señor Romero Rubio pronunció un brindis que conservo en la memoria, si no en su forma, sí en sus ideas. Decía así: “Señores: Así como las palabra *revanche* está en boca de todos los patriotas franceses, la palabra *restauración* debe ser pronunciada por todos los mexicanos. Y quien dice restauración, dice libertad, honradez, ley y patriotismo. Un concurso de fatales circunstancias nos ha arrojado de la patria: confieso que esa expatriación tiene algo de humillante, no precisamente para nosotros, sino para el pueblo que la ha consentido. No debemos avergonzarnos de la Revolución, que todos los pueblos tienen sus revoluciones, sino del hombre despreciable que la encarna.

La vida de ese rufián uniformado ha sido una constante asechanza para las libertades públicas. Alguna vez en el seno de la Cámara, puse a precio su cabeza en medio de una oposición furibunda y arrojando las consecuencias de ese



acto. Porque el señor Díaz estaba fuera de la ley, no como rebelde político, sino rebelde contra la propiedad, la vida y la tranquilidad de los mexicanos. Yo brindo, señor presidente, porque muy en breve México arroje de sí ese puñado de bandidos, que como piojos en la melena del león azteca, le chupan la sangre impunemente”.

Ustedes dispensarán al señor Romero Rubio la impetuosidad declamatoria de ese grito de guerra, pero como todo brindis dicho al calor de la mesa, tenía que ser más imaginativo que perceptivo.

—Sospecho, dijo el señor Baz, que para quitarle los piojos a ese león, hay que matarlo, a no ser que se deje espulgar como el perrito de Agustina.

Ese oportuno chorro de agua apagó las palabras de fuego del señor Romero.

Entre mis visitantes más constantes, más desesperadamente constantes, se encontraba el señor Francisco Treviño Canales, estimable y muy divertido señor. Viaja por divertirse, *por andar muchas tierras* (como dicen los jalapeños). Es un rancherito nada tonto, pero muy económico: pertenece a ese género de turistas que viajan en segunda clase en los vapores, y en tercera en los ferrocarriles, que sin saber ninguna lengua extranjera, concluyen por ignorar su propio idioma, y que compran en Europa muchos relojes, grandes cadenas, sombreros de todas formas y colores, corbatas de todos colores y formas, zapatos de todas suelas y dimensiones.

—¿Y qué le pareció a usted más notable de París, señor Canales?, le preguntaba yo.

—La verdad, señor Lerdo, el Jardín de Aclimatación tiene muchos animales.

—¿Y de Berlín?

—La cerveza, ¡qué cerveza, señor Lerdo!

—¿Y de Londres?

—El río, señor Lerdo, ¡qué río! No se parece al Río Bravo.



—¿Y de Madrid?

—¡Los toros, señor Lerdo, qué toros!

Las inevitables visitas del señor Canales duran 10 horas mortales. A cada cinco minutos, saca un hermoso reloj de repetición y consulta la hora. De manera que, en 600 minutos que tienen diez horas, miraba el reloj 300 veces. Me decía con frecuencia:

—Señor Lerdo, yo le regalaría a usted este reloj con mucho gusto, pero es un recuerdo de mi familia.

—No, hombre, muchas gracias.

Se anuncia y se retira sonando la cadena. En este momento llega... tin, tin, tilín, rin, rummm.

MULTUM IN PARVO

A muchos sorprenderá la rapidez y concisión con que voy trazando mis *Memorias*, y tal vez esperaban de mí un tomo voluminoso a la usanza de don Matías Romero, cuajado de datos estadísticos y de notas oficiales y oficiosas, o un libro cómico al estilo de don Guillermo Prieto, lleno de rapsodias poéticas y oliendo a frituras; no, no ha sido mi intención semejante cosa. Acumulo estas impresiones y recuerdos para que sean leídos —si alguna vez se publicaren— por la juventud de mi país, esa juventud sin padres, o mejor dicho, cuyos padres se han corrompido y desmoralizado al contacto de uno de los despotismos más vergonzosos que registra la historia de Latinoamérica. Así, cada línea es una verdad, cada frase es un hecho, cada página es una lección, cada capítulo es un proceso; engolfarme en detalles, fechas y cifras sería oscurecer un lienzo que por sí solo, al desenvolverse, ya va recibiendo la meridiana luz. Hecha esta pequeña salvedad, prosigo en mi narración.

Dije desde el primer capítulo de esta segunda parte de mis memorias que los señores Baz y Romero Rubio tenían



ya resuelto volver a México, aparentemente como proscritos indultados, pero, en el fondo, para trabajar más eficazmente por causa de la restauración constitucional. El general don Enrique A. Mejía me había manifestado su desconfianza a este respecto, y había concluido exponiéndome que “aun cuando dichos señores obraban de buena fe, estaban en la nación muy desprestigiados, especialmente el último”. Pero de cualquier manera, su residencia en México podría ser menos estéril que su permanencia en Nueva York: aquí, además de ser perfectamente inútiles, me eran hasta cierto punto embarazosos. Habíamos alcanzado a fines de septiembre de 77, y sólo faltaba un mes para que el invierno, tan cruel en estas latitudes, se iniciara en la estación. El señor Romero Rubio, en extremo friolento, veía aproximarse noviembre con verdadero frígido terror, no obstante que el pasado invierno había procurado calentarse con *human flesh*. Parece increíble lo que este señor había perdido en diez meses de su ficticia energía: por un lado, las trasnochadas en los cafés cantantes, y por otro, la pesadumbre del ostracismo habían impreso una huella desoladora en su semblante. ¿Era la nostalgia del mando, de la familia o de la patria? Pudieran ser las tres cosas en conjunto. Un día recibí una carta de la señora doña Agustina Castellot, su esposa, hablándole de determinados asuntos de familia. Como en mi archivo existen numerosas cartas dirigidas a mis amigos, que ellos olvidaron llevar al regresar a México, y no son documentos rigurosamente privados, iré extractando de algunas de ellas lo más sustancioso. Decía la señora Castellot de Romero, entre otras cosas: “No toda la renta de las casas ha sido pagada: algunos inquilinos, como N., aprovechándose de tu ausencia y del desorden que aquí reina, se rehúsan a pagar: tu amigo X me ha aconsejado que entable una demanda, pero yo pienso que no me harán justicia. Ya ves, amigo del alma, cómo tu destierro perjudica nuestros intereses”. Más ade-



lante: “Luisa está muy grave del tumor blanco en la pierna, tengo miedo de que pierda la piernita, y pido a Dios constantemente que sane. Vuelve, Manuel, vuelve, ya ves que la política sólo te ha ocasionado disgustos; si tú vieras qué cambiados están los que se llamaban tus amigos! E. el otro día me encontró en la calle, y se hizo disimulado para no saludarme; ¿te acuerdas cuando yo te decía que desconfiaras de él?, un secreto presentimiento de mujer me lo decía”.

Hago justicia al señor Romero Rubio en este particular; los hombres de familia pertenecen primeramente a la familia, después a la sociedad, y por último a la patria. Su fortaleza —si fortaleza ha habido alguna vez en ese espíritu apocado— minada por ese lado, el lado noble, no podía resistir por mucho tiempo. No sólo lo exculpo: tengo el deber de aplaudirle. Razonando fríamente, mi perseverancia inflexible quizá pudo ser el resultado de mi aislamiento: no había familia que me reclamara, luego, mi actitud perseverante debiose atribuir a caprichosa obstinación.

Así las cosas, nos llegaron cartas de México comunicándonos la desmoralización del gobierno del señor Díaz; una de esas misivas que a la letra copio, y suscrita por el señor Gumersindo Enríquez (aunque bajo un seudónimo), decía lo siguiente: “Ha entrado el desbarajuste en esta cuadrilla de usurpadores: Ogazón ha salido del ministerio muy disgustado, y se dice que este golpe va dirigido a su pariente Vallarta; Tagle y Benítez son hoy los señores absolutos de esta situación: el primero se ha hecho pagar con usura las cantidades que personalmente facilitó a Díaz, no obstante la bancarrota de la tesorería; toda su parentela ha invadido como langosta el Palacio Nacional. El segundo, Benítez, ha impuesto a don Porfirio el nombramiento de Curiel para el gobierno del Distrito; don Juan N. Méndez ha salido para Puebla, también reñido. Por último, está apareciendo un periódico, *El Combate*, de furibunda oposición contra Tuxtepec,



redactado por hombres que fueron tuxtepecanos y militares al lado de Díaz elevándolo al poder; lo dirigen don M. Rivera Cambas y el coronel del Cuerpo Médico del Estado Mayor de Díaz, doctor Juan G. Purón. Tras de ese periódico, hace tres días que comenzó a salir otro, *La Bandera Negra*, escrito por el general don Tiburcio Montiel y Federico Fusco, tuxtepecanos ayer y hoy enemigos irreconciliables del usurpador”.

Por último, otra epístola de Alfredo Bablot, dirigida al señor Romero Rubio, contenía estas frases: “Esto se lo está llevando el diablo: el general don Miguel Negrete ha dejado la Comandancia Militar disgustado o peleado con Díaz; Cosío Pontones y Couttolenc seguirán el mismo camino. Yo continúo atacándoles a todos en *El Federalista*, según las indicaciones de usted. ¡Bah!, *il faut que tous les tuxtepecanos brûlent, et nous ne pouvons pas faire d’exception pour un seul homme*”.

¡Ese espiritual Bablot!, siempre original.

Con motivo de todas estas noticias, que acusaban un próximo desquiciamiento, los señores Romero Rubio y Baz acordaron suspender su partida, y a sus instancias se fraguó la expedición de Escobedo, expedición desdichada, cuyos detalles serán el tema del capítulo inmediato.

UNA APARICIÓN

Precisamente uno de esos días de fines de noviembre, me encontraba yo documentando algunos papeles, encerrado en mi habitación, cuando un mozo del hotel, un negrito uniformado, vino a interrumpirme, diciéndome que un turco deseaba verme.

¿Un turco?, vaya una ocurrencia; algún vendedor de rosarios y reliquias de la Tierra Santa. ¡Buena está la Magdalena para tafetanes! Mira, *boy* (muchacho), dile que no estoy visible.



Se lo dije, *sir*, pero se puso *enraged* (furibundo), y quiso apalearme. Pero ahí viene, mírelo usted; y el negrito echó a correr revolviendo de espanto el blanco de los ojos.

Asomé la cabeza: un turco venía subiendo a trancos la gran escalinata de mármol con su fez roja de mota de seda y con levita azul abotonada militarmente. En dos saltos se puso en el segundo piso, adelantándose hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Don Sebastián!

Sin poderlo evitar, el turco me estrechó entre sus hercúleos brazos: sentía yo picotear su áspera y negra barba mis afeitadas mejillas; dos ojazos relampagueaban arriba de mi frente.

—¡Oh!, ¿es usted, señor Romero Vargas?

En el abrazo está simbolizado el carácter mexicano: es la más bella forma de lo expansivo, de lo leal y sincero en el temperamento nacional. Los extranjeros se burlan de esta costumbre, y dicen que tiene algo de barbarie primitiva. Podrá ser como lo dicen, pero yo prefiero la efusión de un bárbaro a la ceremoniosa caravana de un francés.

Don Ignacio Romero Vargas es uno de los hombres más notables que ha tenido México revolucionario; moral y físicamente, es un hombre hermoso. Su vida pública es una serie de heroísmos; su vida privada, una constante abnegación. Se formó por sí mismo creciendo entre asperezas como el roble en la montaña. Sus músculos son de hierro y su inteligencia de oro. Si todos los lerdistas hubieran sido como el señor Romero Vargas, el fiasco de la revolución habría sido inevitable. De seguir el gobierno federal la política que él observó en Puebla, no tendríamos al presente que lamentar el aniquilamiento de los poderes constitucionales. Cuán cierta es aquella sentencia trillada, de que la talla del hombre se mide por el número de sus enemigos. Y el señor Romero Vargas los tenía en abundancia, no ciertamente con citados por el despotismo sino por su entereza y virilidad. Su política no era de castigo sino de prevención de la culpa.



“Es preciso —me decía en una carta en 1875— que usted no se haga miel, porque se lo comerán las moscas”. Más tarde me escribía: “Primero se educa a un pueblo y después se le da una constitución, en México ha sido lo contrario: ¡se ha puesto una constitución avanzada a un pueblo bárbaro!”.

Otra vez, ya en plena revolución, me escribía: “El señor Romero Rubio es buen amigo mío, pero es un hombre afeminado: es ministro de opereta, no de zarzuela; por conservar honores y riquezas sería capaz, como Medea, de estrangular a sus propias hijas”.

El señor Romero Vargas se sentó, y sin quitarse el fez color de fuego, principió a analizar la situación de México. El señor don Ignacio esmalta su conversación con parábolas, chascarrillos y evocaciones históricas. El estilo es el hombre: quien conoce los tipos meridionales de Alfonso Daudet, no tiene necesidad de conocer al ex gobernador de Puebla: es idéntico a ellos.

—¿Y cómo está México? —fueron mis primeras palabras.

—¡México! México ya no existe. ¿Se acuerda usted de lo que decía Metternich hablando de Italia? “Italia es sólo una expresión geográfica”. Tal es hoy nuestro país.

Y continuó:

—*Partem fortuna sibi vindicat*. ¡Sí! El éxito todo lo ha justificado; los lerdistas se han acabado, amigo don Sebastián. De lo que ahora se trata es de volver a los puestos públicos; puede usted creerme: los que hasta ahora no son porfiristas, es porque no han podido serlo. En un año el país se ha transfigurado; ¿y sabe usted por qué? Porque se ha hecho a un lado la Constitución, ese cadáver que corrompía la atmósfera. Hegel opinaba que el pesimismo es una inevitable faz de la evolución universal: en México ese pesimismo se ha desarrollado en la conciencia pública. Ese pesimismo es el resultado de 20 años de lirismo.



A no cortar los vuelos oratorios del señor Romero Vargas, hubiera seguido disertando sobre el tema que no me era muy agradable. Ese día comió conmigo: los señores Baz y Romero Rubio, que hacían sus preparativos de regreso a México, se despedían de Nueva York alegremente, y por ese motivo no estuvieron presentes a la mesa, ni sabían la llegada del señor Romero Vargas.

Don Ignacio es un privilegiado *bon vivant*: es uno de esos hombres que, como decía Champfort, “convierten un sudario en un telón de teatro”. Todo lo miraba bajo el aspecto cómico. Respecto a los individuos, emite opiniones muy originales; hablando del señor Díaz, me decía: “No conozco un soldado más favorecido por la traición; en 1867 marchaba de triunfo en triunfo sin combatir, en tanto que Corona, Régules y Escobedo encuentran a cada jornada un baluarte que atacar —y concluía— la traición es como la fortuna: a unos baja y a otros sube. Bazaine ha bajado los escalones que ha subido Díaz”. Del señor Romero Rubio se expresaba así: “Es un Arbués constitucional”.

Iniciéle en los proyectos del movimiento de restauración en la frontera, no para que él coadyuvara en ellos, pues ya me había manifestado su inquebrantable resolución de retirarse a la vida privada, sino más bien para que emitiera su juicio sobre algunos lerdistas comprometidos en él.

—El señor don Enrique Mejía —me respondió— es un tejano más enemigo de los mexicanos que el célebre filibustero Austin. Es media sangre: la madre es de origen americano y el padre de procedencia española. Lo conozco desde hace muchos años; le referiré a usted una anécdota respecto de él. Después de la caída de Comonfort, tuve yo que huir a los Estados Unidos, refugiándome en San Antonio, Texas. Era yo muy joven y ardía en patriotismo; en esta ciudad yanqui abundan los mexicanos, más aún en aquella época. Yo no sabía una palabra de inglés, y tenía que tomar uno de



los trenes que salían para Nueva Orleans. Había en la estación tres locomotoras dispuestas a salir dentro de algunos minutos: en vano preguntaba yo a diestra y siniestra: nadie me entendía y todos me volvían la espalda. Desalentado, me senté en un banco de la estación; meditaba yo en la utilidad de los idiomas e inutilidad de mi persona, cuando oí un diálogo en español, en el más puro español, señor Lerdo, sostenido por dos caballeros de la más intachable apariencia castellana. En el acto me levanté para interrogarlos, dirigiéndome al más joven de los dos:

—¿Habla usted español?, le dije con el desparpajo propio del mexicano.

El personaje me miró de pies a cabeza, y levantando los hombros, respondiome con insolente desdén:

—*I do not speak Spanish!*

No hablaba español y le había escuchado expresarse, si no en el más pulcro, sí en el más claro español.

—Después lo supe: ese señor se llamaba Enrique A. Mejía.

Al pronunciar estas palabras, el señor Romero Vargas se calaba el fez oriental, visiblemente indignado. Antes de levantarse de la mesa, concluyó con esta anécdota:

—Federico II, el gran rey de Prusia del siglo pasado, tenía una guardia de honor compuesta de los hombres más corpulentos que se encontraban en el reino. Eran verdaderos gigantes de siete pies de altura. Reclutaba esos hombres a peso de oro, y los reclutadores recorrían todas las provincias en busca de ellos, y los que le conseguían uno eran premiados. Cierta vez, uno de esos reclutadores, al transitar por una calle, distinguió a un gigantesco carpintero trabajando en un taller. Ocurriósele la diabólica idea de reclutarlo por medio de una celada. Así, acercándose al artesano le dijo:

—¡Hola, amigo!, necesito que usted me fabrique una cómoda.

—Mucho me honra su excelencia.



—Una cómoda precisamente de las dimensiones de usted. ¿Cuántos pies de estatura mide usted, compadre?

—Siete, excelencia.

—Exactamente, ¿para qué día estará lista y cuánto me cuesta?

—La concluiré dentro de cinco días, y su valor es de cuarenta marcos.

—Está bien; volveré por ella el día fijado.

Y volvió, en efecto; el carpintero había concluido la obra.

—Muy bonita; pero sospecho que ha equivocado usted la medida, maestro.

—¡Imposible!, he tomado las medidas.

—Sin embargo... ¿no podría meterse en ella para cerciorarme mejor?

—¡Oh!, con mucho gusto.

Y el artesano se metió en ella.

Apenas lo había hecho, cuando el reclutador lanzó un silbido: cuatro sayones se presentaron, llevándose encerrado en la cómoda al pobre carpintero. Cuando le abrieron la trampa, ¡estaba asfixiado!

Conque, amigo don Sebastián, no vaya usted a hacer lo del carpintero.

EL GRAN PONTÍFICE DEL LERDISMO

El compadre Juan N. Navarro y yo fuimos a despedir hasta el muelle a los señores Romero Rubio y Juan José Baz; el vapor americano de la línea de Cuba y Veracruz levaba anclas a las tres de la tarde. El día era lluvioso y frío; el señor Navarro, que habla inglés como un marinero inglés, instaló en un confortable gabinete del *steamer* a los queridos viajeros. La tripulación se había distribuido en múltiples faenas: unos pavonaban el bronce hasta dejarlo de una tersura centelleante; otros, trepados en el cordelaje del velamen, se asían como arañas a la tu-



pida red; aquí, un grupo con el cutis bronceado por el sol de los trópicos iza enormes fardos que van desapareciendo por la escotilla, y allá, una familia que parte y otra que se queda forman círculo sobre cubierta, besándose las mujeres unas a otras, algunas llorando y otras emocionadas; la figura robusta y encendida del mayordomo, *steward*, tomando el manajo de llaves de la despensa y dictando las órdenes para la comida a bordo; y ahí, a la puerta de su lujoso gabinete, mirándolo todo con insolente desdén, el capitán yanqui del vapor, con el semblante alcoholizado. Vívido es el cuadro, palpitante de vida como una de esas descripciones marítimas de Pierre Loti.

Mientras el señor Baz y Navarro arreglaban la colocación de los equipajes, me encerré a hablar confidencialmente con el señor Romero Rubio; fue ésta mi última entrevista con él, y el primero de mis fatales presentimientos que el tiempo se encargó de realizar. Me reveló que tenía un pasaporte privado de don Porfirio Díaz, pero que ese pase era simplemente una medida precautoria contra una probable alevosía de este señor. El señor Romero Rubio pasaba a México como lugarteniente del lerdismo: Yo lo investí con todas las facultades en el caso requeridas.

De obtenerse el triunfo de la restauración, yo volvería al país como presidente legítimamente elegido, pero volvería tan sólo para renunciar la suprema magistratura, retirándome después, y para siempre a la vida privada. Antes de retirarme favorecería, ya no con mi poder oficial, con mi influencia personal, la elección del señor Romero Rubio para la presidencia. Ésta era la base de nuestro secreto pacto: racionalmente no cabía aquí deslealtad. Concedor de la naturaleza humana y especialmente el carácter de mi delegado, empleé como gran motor de nuestro pacto la ambición. Debo explicar a mis conciudadanos la emisión de este concepto, más propio de un dictador que de un pacífico letrado, cual soy yo.



Desde en vida del señor Juárez se organizó un partido de *hombres civiles*, y cuyos secretos estatutos fueron redactados por don Hilarión Frías y Soto. Ese partido, con sucursales en todos los estados, venía a constituir una masonería de género nuevo, y con alguna semejanza al carbonarismo de Francia, en la época del general Cavaignac. El espíritu fundamental de los *hombres civiles*, vinculaba en la urgente necesidad de excluir de los puestos públicos, insensiblemente, a los militares y gentes adictas al pretorianismo, dando cabida a los hombres de ley y de justicia. Don Benito, no obstante haber incurrido en grandes errores, tenía siempre vibrante en el fondo de su conciencia esta máxima ateniense: “La paz no es posible sin la justicia”.

Al elemento militar debe México sus más tremendas complicaciones, sus más terribles desastres: la dictadura de Santa Anna costó el desmembramiento de su territorio, y el atentado de Miramón con los caudales extranjeros, las reclamaciones diplomáticas de la Gran Bretaña, que más tarde se resolvieron con la Alianza Tripartita. El sable debía quedar hecho pedazos en la tabla de la ley; así, el escudo de esa nueva masonería política representaba un libro en cuya portada los fragmentos de un sable se entrecruzaban sirviendo de pedestal a la ley. Esto no significaba, de ningún modo, la extinción del ejército, sino la sumisión de ese ejército a los poderes civiles. Era el camino más recto y más llano, según opinión del señor Juárez, para concluir con el espíritu revolucionario, de continuo levantisco y turbulento. Los gobernantes al Capitolio, los soldados al cuartel, los clérigos al templo y los ciudadanos al trabajo, tal era en síntesis el dogma de fe y propaganda de los *hombres civiles*. La muerte violenta de don Benito dejó sin forma esa idea, que, de implantada y desarrollada, habría ahogado en su cuna las tumultuosas ambiciones que más tarde se desencadenaron en la República. Cuando traté yo a mi vez esa reliquia póstu-



ma, era ya demasiado tarde; la nación, víctima del histerismo revolucionario, no quería oír más del toque del clarín y las proclamas revolucionarias escritas en dialecto bárbaro y belicoso. Ese desvarío corrobora el juicio de Mr. Taine sobre las naciones latinas: “Les impresiona el color y el sonido, dadles colores y música, y de seres reflexivos los tornaréis en animales impulsivos”.

Ninguno más idóneo que el señor Romero Rubio para llevar a cabo esa humanitaria idea de la supremacía de los poderes civiles: odiaba por temperamento el militarismo y tenía horror a las armas de fuego y a las armas blancas. Contaré un incidente en confirmación a este aserto: Juan José Baz cargaba constantemente un pequeño revólver niquelado, revólver que era la pesadilla del señor don Manuel. Al apearnos de un coche para tomar el vapor de Nueva York, en Colón, la pistolilla se escapó del bolsillo del señor Baz, disparándose al caer. El señor Romero Rubio se puso mortalmente pálido, y con palabras entrecortadas por la emoción, djíome en las ansias de la agonía:

—Estoy herido... un telegrama a mi mujer, Agustina.

Miréle; un hilillo de sangre corría del cuello bañando la camisa. Quedé consternado: una desgracia más, en las actuales desgraciadas circunstancias, era realmente cruel. Aún no salía de mi doloroso estupor, cuando vi que Baz se precipitaba sobre el herido, exclamando con imperturbable gracejo:

—¡Pero hombre, si esto es una espina!, ¡una espina!

Era que el coche se había detenido junto a un arbusto espinoso que en Panamá se conoce por “uña de gato”, y una espina había picado el cuello deslizándose por entre la corbata.

Ya repuesto de su emoción, el señor Romero Rubio no cesaba de preguntar: “¿Y la bala, dónde está la bala?”.

Este rasgo de extraordinaria timidez refleja la escasa virilidad de ese temperamento, y su odio por todos los instrumentos punzantes, cortantes y detonantes.



Para exculpar mi candorosa confianza, me ha parecido indispensable la anterior digresión: una naturaleza como la del señor Romero Rubio, dada a la quietud burguesa del hogar y enemigo de la soldadesca, lógico me parecía que el militarismo encontrara en él uno de sus más rudos opositores, y el elemento civil uno de sus más fervientes partidarios. Aunque conocía yo la ductilidad política de mi ex ministro, jamás llegué a imaginar que llegaría a una fusión con el porfirismo: su único ideal, su idea obsesiva, en el extranjero, era la de castigar al usurpador el día de la restauración. Iba más allá; meditaba hasta en el asesinato político.

Mis instrucciones fueron terminantemente amistosas: Proteger el movimiento de Escobedo, haciéndole atmósfera moral en México; mantener la agitación en los círculos políticos, con especialidad entre los burocráticos, fomentar la venalidad de Bablot y sus *muchachos* de *El Federalista*, instigándolos, para que con la virulencia que les era genial, atacaran a los jefes de Tuxtepec, haciendo imposible, entre aquellos y éstos, toda conciliación. Por último, ir dando cuerpo en la opinión a la candidatura de él mismo para la presidencia de la República.

La idea de una traición por parte del señor Romero Rubio era absurda: él iba como sumo pontífice de un partido cuya vitalidad era incuestionable; él me sucedería en la presidencia, sostenido por el número de mis partidarios; entre él y yo la dualidad política y la individualidad política desaparecía, siendo él el complemento del *yo* mismo. Luego, traicionándome, era traicionarse a sí mismo. ¿Bajo la presión de qué fenómeno psicológico el señor Romero Rubio pudo haber consumado la más vergonzosa, la más abyecta, la más innoble de las infidencias? ¿Cómo resolver ese problema de mecánica intelectual? ¡Ah!, nosotros vivimos en una época cruelmente significativa.

¿Quién es *ella*?



FUE, LO VIERON Y LO CAPTURARON

En los primeros días del mes de febrero de 1878, el general Escobedo, acompañado del coronel Monroy, salió de Nueva York con dirección a Texas; llevaba en su maleta el plan de operaciones y una proclama que con anterioridad había redactado el señor Romero Rubio.

A ser verídico, diré que la personalidad del señor Escobedo no me inspiraba plena confianza, no precisamente porque abrigara sospecha de una infidencia, lejos de mí tal pensamiento, sino más bien por la deplorable flaqueza de su carácter y el decaimiento físico de su vigor de otros años. Para abrir una campaña de la magnitud de la que se le encomendaba, requeríase lozanía de vida y voluntad de hierro: aquélla para soportar las fatigas, y ésta para reprimir las sediciones. Ya no era el hombre de Santa Gertrudis y San Jacinto que dormía a caballo y pasaba las noches a campo raso y vadeando ríos a nado, llevando en la boca, como César de Gaula, la espada del combate; los años acumulados y los padecimientos sufridos, en incesante colaboración, lo habían convertido en un inválido muy honorable, pero honorable inútilmente. Sin tener la ferocidad sanguinaria de Rocha, ni la inflexibilidad disciplinada de Alatorre, ni la audacia senecta de Mejía, Escobedo tenía que ser sanguinario, inflexible y audaz: dureza moral y dureza física. Llegando a San Antonio, Texas, procedió al reclutamiento y enganche de la legión restauradora: el contingente prometido por el general Enrique Mejía redujose a un centenar de negros, más deseosos del pillaje que de combate. Unos cuantos mexicanos se le incorporaron, haciendo un total de ciento cincuenta hombres. Púsome un telegrama imponiéndome de esa primera decepción; contestele que se volviera dando por terminado ese proyecto. Mas en otro parte dirigido al día siguiente, auguraba una reacción en el decaído espíritu de las poblaciones de la frontera.



Tres rutas se le presentaban para cruzar la línea: Matamoros y Paso del Águila, respectivamente a la derecha y a la izquierda, y Laredo en el centro. Escogió el más desierto, es decir, el más tardío y peligroso. Un general de la nombradía de Escobedo, escudado en su glorioso nombre, debería haber optado por Matamoros; si sorprendía la plaza, el triunfo moral en los estados fronterizos sería decisivo; si fracasaba, había probabilidades de que no sucumbiera. En la estrategia hay ciencias geométricas y matemáticas: la precisión es una de sus formas. Toda invasión comienza por agredir, no por ser agredida; su objetivo no se reduce a penetrar en el territorio furtivamente, sino a allanarlo de frente para no dejar enemigos a la espalda.

Napoleón I, cuando se presentó en Cannes, prófugo de la Isla de Elba, lo hizo con un puñado de soldados y sus tres generales Bertrand, Drouet y Cambronne, avanzando, no por *desiertos*, sino en medio de poblaciones maravilladas. La comparación no es grotesca, es proporcional, porque Escobedo disfrutaba en México, y principalmente en el norte, de un prestigio napoleónico, legítimo o usurpado. Es cierto que este prestigio iba ya en menguante, porque otros jefes más jóvenes lo habían conquistado, pero conservaba la suficiente radiación para ser astro. Por una triste ironía de las semejanzas históricas, tres oficiales de rango acompañaban también a Escobedo: Winker era un Bertrand por lo impetuoso, Monroy un Drouet por lo tenaz, y Cristo un Cambronne por lo esforzado. La pequeña columna cruzó la frontera a fines de febrero, dirigiéndose a la sordina, no hacia los lugares habitados, sino en dirección a los páramos más escuetos. ¿Iba para Coahuila, Nuevo León o Tamaulipas? ¿Intentaba sorprender al Saltillo, a Monterrey o a Victoria? don Mariano mismo no lo sabía; mientras alcanzaba cualquiera de estas tres ciudades, sería alcanzado, envuelto y derrotado. Si lo ridículo está cerca de lo sublime, el señor Escobedo fue esta



vez sublimemente ridículo. Las mismas causas que determinan la muerte moral de un individuo suelen ser idénticas a las que ocasionan la muerte moral de un partido: Escobedo derrotado, prisionero y fusilado, la planta marchita del lerdismo se habría fecundado con su sangre; pero cogido Escobedo sin combatir, y perdonado sin dificultad, el lerdismo fenecía moralmente. El porfirismo se fortalecería en la opinión pública con estos dos elementos: con nuestra propia impotencia y con la lenidad del gobierno usurpador. El general fue arrestado en Monclova, conducido a la Ciudad de México, juzgado y absuelto.

Todavía es para mí un misterio esa indulgencia; los depravados instintos homicidas del general Díaz, que sólo esperan para manifestarse, como el tigre, la presencia de una víctima; parecían en esta vez haberse amortiguado. Sabido es que las funciones exterminadoras de esa fiera siempre han estado en constate actividad; habiendo matado sin piedad desde a su hermano hasta sus más íntimos amigos y compañeros de armas, esa clemencia no pudo haber sido simple fenómeno psicológico. Los cerebros congestionados por la monomanía homicida no resisten a la tentación del homicidio. Luego...

Si una derrota infligida en un partido sano, compacto y enérgico infunde el desaliento, imaginaos lo que sería ella misma en las filas de un partido enfermizo, disperso y anémico; las deserciones que eran sólo un mal pensamiento encontraron un buen pretexto para ser lógicas. La deslealtad política hallaba un paliativo en la imposibilidad restauradora; además, el señor Díaz aún no soltaba del todo su careta trágica. Su misma prensa lo acusaba de perfidia, de ingratitud, de venalidad; pero eran pocos los que le acusaban de crímenes de lesa constitución. Es cierto que había comenzado por herir a algunos de sus amigos y a elevar a algunos de sus enemigos, pero esos hechos no salían de



la órbita de lo puramente individual. La palabra traición no había vibrado todavía en la conciencia pública; en esa inteligencia, algunos de los lerdistas e iglesistas (gente de tercera fila) principiaban a pasarse al lado del venturoso dictador. De buena gana hubieran seguido a éstos los más encumbrados si Díaz los hubiera llamado; pero no llamándolos, ellos no podían pasar sobre el portero de Palacio con el sombrero en la mano.

Uno de mis más grandes errores políticos fue el de haber hecho gravitar mi poder en la burocracia; el militarismo y el pueblo, ejes opuestos de ese centro, hiciéronle perder su gravitación. Si dictador, había de apoyarme en el ejército. Si presidente, en el pueblo. Esa burocracia de México es la más famélica y venenosa de América: si se le da pan, se arrodilla; si se le rehúsa, muerde. Es una raza especial y degenerada, incapaz de nada científico y levantado; Bustamante, Múzquiz, Pedraza y Comonfort cayeron por haber incurrido en la misma falta por mí lamentada. La burocracia es la bestia negra de los gobiernos civiles.

Abortada la revolución restauradora, y lo que es más grave todavía, ridiculizada y traicionada, esperé recibir de México un *memorándum* detallado, no solamente para uniformar mi criterio en lo futuro, sino también para pulsar la opinión pública de mi país. Tenía yo trazados los puntos de un manifiesto que pensaba dirigir a la nación, cuando llegó a mis manos una carta del señor don Ramón Guzmán, cuyo contexto, en sustancia, era lo siguiente:

No tiene usted una idea de la venalidad e impudencia de algunos de los que se llaman partidarios de usted. Balandrano, Agustín R. González, Villada y otros, con frecuencia vienen a verme a mi oficina *pidiéndome cantidades de dinero* para sostener a sus familias. Resistí los primeros pedidos, pero se



hicieron tan frecuentes, que hube de cerrarles mi caja; creo que por este motivo habrán escrito a usted informándole mal de mi actitud como partidario. Mi casa no es un establecimiento de la Beneficencia Pública, etcétera.

Al leer esta carta, arrojé la pluma que tenía yo empapada en tinta; con un círculo semejante se podía ir muy abajo, hasta la ignominia, pero nunca subir hasta el heroísmo. Iban muy de prisa; si en poco más de un año habían llegado hasta los límites de la mendicidad, en un año más, alcanzarían la frontera de la traición. El hambre es como la electricidad: estrecha las distancias.

AL LEÓN MORIBUNDO, LA COZ DEL ASNO

Con motivo del fiasco de Escobedo, la prensa del señor Díaz, que siempre se ha distinguido por su educación y esmerada cortesía, colmóme de injurias a cual más soeces, de nauseabundos dicterios recogidos indudablemente en el vocabulario de familia de uno de los escritorzuelos que me insultaban a centavo la línea.

En ese periodismo encarnan estos dos elementos: la ignorancia y la impunidad. Ignorante, disparata; impune, insulta. El mismo fenómeno que ha impulsado la caída del gobierno legítimo ha obrado en la exaltación de la prensa ilegítima. No sorprenda el vocablo: llamo yo prensa ilegítima a aquella que escribe con virulencia o con lisonja. Si en la oposición el periodismo virulento es censurable, del lado del gobierno es imperdonable. Entre esos dos tipos, productos de una civilización más o menos desequilibrada, puede optarse por el primero: hay en él más nobleza que en su antípoda el segundo. Se ve que la forma violenta que da a su pensamiento no es el resultado de la pitanza como en el escritorcillo ministerial:



el uno se expone a recibir palizas: el otro tiene cubiertas las espaldas y llenos los bolsillos, pero el señor Díaz y sus ministros son poco escrupulosos para reclutar esos personajes de basurero. Diógenes buscaba a su hombre con una linterna; don Porfirio busca a su hombre con el billete de banco. El dinero y la perfidia: he ahí las dos fuerzas de este señor.

¿Panegiristas?, los tiene más numerosos que Trajano. Léase *La Libertad*, fundada y dirigida por un desertor de La Habana y prófugo del presidio de Ceuta, Telesforo García.

En ese libelo porfirista, los crímenes del señor Díaz no son crímenes, son necesidades; los asesinatos del señor Díaz no son asesinatos, se llaman seguridad y paz públicas; los cómplices del señor Díaz no son malhechores, se nombran senadores, generales, magistrados y diputados.

Desde que el gobierno legítimo hubo desaparecido, dejaron de existir en México los funcionarios públicos; los que hoy existen son simplemente cómplices. Desde aquel entonces, repito, toda forma de justicia ha desaparecido del país. Aprehended a un ladrón y conducidlo ante su juez, él responderá: “El jefe de Estado ha (escamoteado al pueblo) protestando guardar y hacer guardar la Constitución, y ha violado la palabra”. El petardista dirá: “El jefe del Estado ha escamoteado al pueblo la libertad de escribir, de hablar y de votar”. El falsario observará: “El jefe del Estado ha falsificado el voto público y el sufragio popular”. El asesino pedirá ser absuelto: “¡Cómo el jefe de Estado ha asesinado en Veracruz, en Sinaloa, en Jalisco, en Guerrero, etc., y le dejáis libre!”. Y todos, petardistas, falsarios, ladrones y asesinos dirán a sus jueces: “Y ustedes, magistrados, ¿se descubren ante ese hombre; lo adulan, lo reverencian, lo glorifican por haber violado, robado, falsificado, traicionado y asesinado?”.

Excusadme, queridos conciudadanos, si me enardezco un poco al hablar de la personalidad de este señor, pero aún



suenan en mi oído, como repetidas por un fonógrafo, las palabras con que el señor Juárez definía a don Porfirio: “Cuando ese hombre no llora, miente; mi paisano miente con la misma facilidad con que otros respiran. Si anuncia una buena intención, ¡cuidaos! Si promete, alguna cosa, ¡sospechad! Si jura, ¡temblad!”.

El señor Díaz ha hecho más que derribar la tribuna: la ha degradado. A fines de septiembre de 1878, un señor don Ramón Fernández subió a la tribuna del Senado con la sencilla misión de calumniarme. Que me calumniara no me sorprende, lo que me maravilló es saber que fuese senador y persona ya de influencia él, un borrachín.

En 1863, en general Doblado, de paso para San Luis, levantó del suelo de las calles de Guanajuato a un médico llamado Ramón Fernández: sea por pesadumbre de familia, por herencia o mala situación, había contraído el hábito de embriagarse hasta el extremo de quedarse tirado en los sitios más públicos de la ciudad. Mal terreno había escogido el doctor para su culto báquico: las calles de Guanajuato son despeñaderos en los que, si resbalan y caen los ciudadanos sobrios, imaginaos lo que será con los intemperantes. Una familia Robles, queriéndole hacer un bien a la esposa y niños de Fernández, se empeñó con el general Doblado y le obtuvo el puesto de médico militar. Don Ramón no era un hombre desposeído de talento, poseía alguno, aunque entonces ofuscado por el alcoholismo. Desempeñando ese empleo lo conocí yo en San Luis; se había moderado un poco en el abuso de las bebidas espirituosas, pero no lo suficiente para ejercer la profesión. Llevaba en el semblante impresa la marca de su fatal pasión: los ojos abotagados, las mejillas encendidas y la nariz de fuego. Su traje, como el de todos los desgraciados de ese vicio diabólico, armonizaba con la fisonomía: la levita rota y grasienta, la corbata y cuello deshechos, los pantalones deshilachados



y los zapatos viejos hasta escapársele las uñas por los agujeros. El infeliz la mayor parte de su sueldo lo invertía en aguardiente, sin cuidar de su traje que caía a pedazos; ni de su mujer e hijos, que perecían de hambre en un barrio apartado de San Luis.

En septiembre de 1863, en una combinación ministerial verificada en esa población, fui encargado por el señor Juárez del Ministerio de Justicia; con ese carácter llegaron hasta mí noticias, por el comandante militar, gravísimas quejas, formuladas contra el médico del Hospital Militar, doctor Ramón Fernández. Eran del tenor siguiente: había cuatro soldados y un sargento enfermos de tifo. Fernández mandó que les dieran un baño de agua fría y una copa de aguardiente, al otro día todos habían amanecido muertos.

Otra vez, a un teniente enfermo de cólico violento le recetó algo venenoso en vez de un laxante. Semejante estado de cosas no podía continuar así; era un crimen tolerarle por más tiempo. Hablé con el Presidente a ese respecto: el señor Juárez inmediatamente mandó llamar al general Doblado, exponiendo los hechos e indicándole que procediera al arresto y enjuiciamiento del culpable. Don Manuel Doblado, después de ligeras observaciones, prometió hacerlo así; mas por la tarde volvió, oponiéndose a lo pactado, tanto por evitar el escándalo, como por no atormentar a la ya atribulada familia del ebrio señor Fernández, aconsejando que sólo se dictara la destitución por la *orden del día*, alegando la irresponsabilidad de una persona envilecida hasta ese extremo. El señor Juárez, intransigente en materia de justicia con nuestros colegas, tenía para con el señor Doblado y conmigo profundas deferencias; así es que, vacilando entre mi juicio y la opinión de don Manuel, díjole a éste:

—Tenga usted la bondad de entenderse con el señor Lerdo; lo que ustedes arreglen yo lo apruebo.



Cedí hice más: expuse al señor Doblado mi deseo de contribuir mensualmente, de mi propio peculio, para el sostén de la familia del señor Fernández. Mi colega manifestó idéntico deseo, y cotizándonos cada uno con la pequeña suma de 50 pesos, aseguramos el porvenir de una familia infortunada.

Quince años después, el señor Fernández me da las gracias desde la tribuna, llamándome glotón como Heliogábalo, cruel como Tiberio, tirano como Caracalla y mujerero como Heliogábalo, Caracalla y Tiberio.

EL CONSPIRADOR

Ciudad de México, enero 15 de 1879.— Señor don Sebastián Lerdo de Tejada.— Estimado amigo y señor Presidente:— Después de tantas fatigas, sinsabores y quebrantos, hállome nuevamente en el seno de mi familia y en el suelo de la patria. Heme retardado en escribirle (usted me lo perdonará), por habérmelo impedido las expansiones propias del hogar, así como también la multitud de visitas que no me han dejado un solo instante de tregua para el reposo. ¡Qué grato es llorar en los brazos de la familia después de una larga ausencia! Agustina se arrojó a mi cuello sollozando, en tanto que mis hijitas, Carmen, Luisa y Sofía, empapaban mis manos con sus lágrimas y sus besos. La pobre de Agustina está avejentada; las tribulaciones no han pasado impunemente por ella; en cuanto a Carmelita, no obstante haber padecido un ataque de tifo en días pasados, la encuentro bonita y ya crecida; es toda una señorita, y si usted la viera, se la comería con los ojos. Como ella ha sido siempre la favorita de usted, apenas pasadas las primeras efusiones filiales, me preguntó entre sonrisas y besos por usted, y quedó encantada con el delicado presente que usted tuvo la bondad de darme para ella. Es una lerdista consumada y odia con candor de virgen a Porfirio Díaz, que es quien ha causado todas



nuestras desventuras. Estudia inglés, con la esperanza de reunirse con nosotros en Nueva York. Está bordando unos pañuelos para remitírselos a usted, y tendría mucho gusto si usted le escribiera. Excuso decirle que, a pesar del celoso empeño de Agustina y su clara inteligencia para los negocios, he encontrado mis intereses algo trastornados; la Dirección de Contribuciones, que para muchos propietarios es indulgente, con mis bienes ha sido apremiante y no ha omitido medio de hostilizarme. Así es que he llegado a tiempo, que de permanecer un año más en el destierro, me hubieran dejado estas gentes en la calle. Por lo que a usted respecta en ese sentido, no existe nada alarmante, que yo sepa; don Macedonio Ibáñez, apoderado de las fincas de usted, se maneja con entera honradez, y como es hombre ajeno a la política, se le deja en libertad de acción sin molestársele para nada.

La situación política del país no puede ser más tirante: la anarquía, que al principio era incipiente, hoy ha tomado cuerpo en las filas tuxtepecanas, Justo Benítez, Tagle, Tiburcio Montiel, Ignacio Martínez, Cosío Pontones y otros se han segregado del núcleo porfirista, y si no en abierta, sí en sorda rebelión contra su jefe. Esos sistemas de disolución en el llamado bando tuxtepecano reagrávanse con la penuria económica; se han dejado subsistentes los impuestos creados durante nuestra administración, y algunos, como el del timbre, han sido duplicados. Y si las leyes fiscales no se han derogado, las políticas, en cambio, han empeorado: el sufragio, que en nuestra época era imperfecto, en la presente se ha suprimido del todo, de manera que el vacío se ha hecho en derredor de la usurpación; sus secuaces la abandonan, las clases altas la desprecian y la clase media y el pueblo están dispuestos a derrocarla.

¡Cuán diferente es la situación del partido constitucional! Homogéneo y compacto, no cede ni a la presión, ni al tiempo, ni a la miseria, fuera de unos cuantos —entre ellos, el señor



Baladrano— el espíritu de cuerpo se ha conservado intacto en el lerdismo, lo mismo en la capital que en los estados. Prueba de ello es la recepción que se me ha hecho: nuestros amigos invaden mi casa todos los días, preguntándome con interés noticias del *ilustre ausente*. Gochicoa, los hermanos Francisco y Telesforo Barroso, Pancho Mejía y Manuel Penichet fueron a recibirme a la estación. ¡Si viera usted cómo odian a Díaz y a su cuadrilla! A todos se les han ofrecido honrosas distinciones y puestos, que ellos han tenido la nobleza de rehusar con altiva indignación. El único que no me ha visitado —aunque dejó su tarjeta en casa— es el general Alatorre. ¿Será porque no se le comunicó nada respecto al negocio de E.?

Ha coincidido con mi llegada la aparición de *El Republicano*, y esto ha dado margen a que me ataquen embozadamente en *La libertad*, periódico espléndidamente subvencionado por Díaz. Políticamente dirige ese diario Jorge Hammeken y Mejía, *secretario íntimo* del llamado presidente. Esto me hace sospechar que éste impera y ordena esos ataques; y si lo hace, es que me teme. Por su parte, *El Republicano* no se quedó corto, pues ya conoce usted los bríos con que hiera la pluma de José Negrete y otros muchachos de su temple. Es conveniente que usted escriba a Ramón Guzmán para que proporcione a éstos algún dinero, pues los vine a hallar en un estado lamentable; son unos admirables instrumentos, y juzgo que con poco dinero quedarían satisfechos. Poseyendo lo suficiente para disiparlo en vicios, los tendremos sumisos a la disciplina y prestos para la embestida. Hago a usted una especial recomendación para que no suceda con ellos lo que con Bulnes, quien no teniendo suficiente *money* para rodar en las cantinas y mancebías, ha aceptado el nombramiento de jefe de Hacienda en Cuernavaca.

Hemos perdido una buena pluma por unos cuantos pesos, pues me dicen que por habersele rehusado cincuenta, se pasó al porfirismo. El periódico *Don Gregorito*, de Juan de Dios



Arias, ha muerto por falta de subvención; vino a pedírmela, pero yo se la rehusé, debiendo consagrar todos los fondos a *El Republicano*. Villadita lo imprime, pero es un partidario tan original, que cuando se le deja de pagar un número, se rehúsa a imprimir el siguiente. No sé si se sostendrá con sus propias suscripciones; Agustín R. González, que viene con frecuencia a pedirme dinero, dice que sí; pero arguye que Penichet y Gochicoa se distribuyen amigablemente las utilidades.

Como yo soy el punto de mira de esas cuestiones de finanzas, como en otras muchas, tiene usted que mi casa es una de entrantes y salientes que ha concluido por llamar la atención del jefe de la Policía, coronel Ugalde.

Pedro Baranda, que acaba de llegar, de Campeche, tuvo ayer una conferencia conmigo. Me informa que todas las poblaciones del Golfo están profundamente disgustadas con el actual orden de cosas: en Progreso estuvo a punto de estallar una asonada, pero abortó por falta de un jefe inteligente y de un plan preconcebido. En Mérida, Campeche y Veracruz, el descontento es muy significativo y han surgido periódicos que combaten rudamente las falaces promesas del programa de Palo Blanco. Estos pueblos costeros, que tanto ayudaron a Díaz para la revolución, han sido cruelmente engañados en sus intereses materiales y políticos ideales. Especialmente en Veracruz, la efervescencia es grande, y no se perdonan a don Porfirio los recientes asesinatos de Figuerero y otros; y ya hubiera aparecido allí la revolución, de haber otro jefe y no Terán, quien cuenta con muchas simpatías en toda la línea que se extiende hasta el Papaloapan. El señor Baranda opina que Veracruz es el sitio más a propósito para sembrar, con esperanzas de fruto, la semilla de la restauración.

Después de la visita de Baranda, estuvo en esta casa un tal José María Castellanos muy conocido en las cantinas de Plateros con el nombre de Pepe; este personaje es diputado y uno de los policías secretos de Díaz; por supuesto que no



lo recibí, no obstante haber venido a verme tres veces consecutivas en el mismo día.

Don Manuel Payno está haciendo sus preparativos de marcha para Europa; en público se dice que lleva una comisión financiera del Gobierno, aun cuando él personalmente me lo ha negado. Pero al señor Payno hay que creerle lo contrario de lo que dice: recuerde usted su veracidad como estudiante. En mi concepto, todos sus actos son sospechosos. Me dice Agustina que en mi ausencia no se paró un solo día a visitarla, no obstante haberme prometido a mí hacerlo con frecuencia. Refiérole este incidente, por el encargo que me hizo usted verbalmente, a nuestra separación, respecto a los cuadros. Por lo que toca a éstos, ha prometido entregármelos. Le escribiré a usted el resultado de mis gestiones.

Nuestro amigo Ramón Guzmán está muy enfermo de una anemia cerebral, como resultado de una incesante tensión intelectual; los médicos le han aconsejado que viaje, que le dé mano a los negocios; pero él ha rehusado constantemente, con la esperanza de sanar. ¡Pobre Ramón! Su enfermedad es la enfermedad moderna del amor al dinero; por mi parte, confieso a usted que el adquirir fortuna para legar a mi familia va siendo mi constante preocupación. ¡La familia, qué de errores, qué de debilidades y hasta crímenes por ella! ¡Feliz usted, señor Lerdo, que no la tiene! La pasión de nosotros, los que vamos siendo viejos, es la del oro; sin embargo, yo prefiero el honor a todo el oro del mundo, sobre todo, quiero dejarle a mi familia un *nombre immaculado*.

Pero esta carta, señor Presidente, va siendo bastante extensa; la finalizo aquí esperando en la siguiente darle mejores nuevas.

Con el ardiente cariño de mi familia, reciba usted la profunda e inalterable afección de su partidario y amigo,

M. Romero Rubio



Quien no conozca al señor Romero Rubio, lo juzgaría por esa carta un hombre sincero en su profesión de fe política, un hombre leal hacia sus deberes de compañerismo, un hombre inmaculado en los sagrados vínculos de la familia; pero quien lo conoce desde la infancia —yo lo conozco— no puede menos que compadecerle.

De si merece o no compasión, dejo al criterio de mis lectores la filosofía que encierra la anécdota siguiente:

Uno de los estudiantes más pobres, cuando yo cursaba las aulas del colegio de San Gregorio, era Manuel Romero Rubio. Su padre era un infeliz rebocero de Puebla, que con dos entonces llamados telares, soportaba una numerosa familia. El anciano se quitaba el pan de la boca, como suele decirse, para sostener al estudiante. ¿Por cuánto tiempo duró la abnegación de ese padre? Yo no sabría decirlo: veíalo yo —al padre— año por año a las puertas de San Gregorio, embozado en su sarape, como un mendigo, esperando que el hijo saliera de cátedra para abrazarlo. Éste, que lo divisaba desde el interior y avergonzándose de reconocerlo, se escurría por otra puerta, dejando al pobre rebocero horas y horas inmóvil y triste, fumando cigarrillo tras cigarrillo, esperándolo inútilmente hasta que el portero Pancho le daba con las puertas en la cara.

[SIN TÍTULO]

Lo conocido es estrecho; lo posible es inmenso. En octubre de 1878 cambié de domicilio del Hotel Windsor al número 270 de la Quinta Avenida, casa conocida por *Lenox House* y administrada por una señora francesa paralítica, como la suegra de Teresa Raquin, de Zolá, pero que atendía a sus quehaceres impulsada en un sillón por una corriente eléctrica, especialmente preparada para ella por Mr. Edison. Una alcoba, una salita, un cuarto de baño —he aquí a lo que ha quedado reducida la habitación del último de los Lerdo—.



Una de las ventanas cae para la celebrada y aristocrática avenida, y la otra, para la calle 13 —¡13!— por la que circulan mujerzuelas libres a millares, desde las primeras horas de la noche. En esta casa se han alojado todos los personajes furtivos del Centro y Sudamérica: en ella vivieron cuando eran pobres y proscritos don Rufino Barrios y Guzmán Blanco, allá por el año de 63. No me disgusta el silencio sepulcral de la morada; lo que sí no puede agradarme es la seriedad fúnebre de sus moradores: ¡vaya unas fisonomías sepulcrales! Si me ven reír, son capaces de lincharme.

—Señor Lerdo, esto es para usted.

¡Ah!, ¡ah! una cajita de palo de rosa y una carta.

Ciudad de México, octubre 5 de 78.— Señor Lic. Sebastián Lerdo de Tejada:— Querido papá Lerdo:— El mes de julio pasado cumplí 16 años. ¡Cuán triste fue el día de mi santo! Ninguna de mis amiguitas de colegio, con excepción de Lola Gómez Parada, se acordó de mí. Qué diferencia de cuando papá era ministro de usted!, entonces recibía muchas flores, muchas, hasta rellenar una almohada de raso con ellas: mamá dice que vendrán otros tiempos mejores, que los días más radiantes son precedidos de las más negras sombras: ¡quiera Dios que así sea! Luisita está medicándose, y probablemente todos los de la familia iremos a Puebla para que ella tome los baños sulfurosos que le han aconsejado los médicos, pues dicen que con ellos desaparecerá el tumor blanco de la pierna que tanto la hecho sufrir.

¡Cómo deseo que vuelva usted pronto a México!

Conoce usted ya todas mis confidencias, las más íntimas, aquellas que no me he atrevido a confesar a mi mamá misma: la posición que yo guardo a este respecto es tristísima, y recurro a usted nuevamente para que me ilumine y aconseje. Sabe usted que en este año debía haberme casado con Pepe Negrete, y así lo acordaron entre usted y mi papá y el señor don Pedro Celestino. Esta unión que los dos tanto he-



mos deseado, no se verificará este año y mucho temo que ni el siguiente. Papá es muy bueno, no pone obstáculo a nuestro amor, lo único que dice, y tiene razón, es que Pepe no tiene una carrera definida. Es abogado, pero ¿de qué le sirve la profesión si no hay nadie que lo proteja? Porque papá ha perdido toda su influencia y no puede hacer nada por él. Como periodista, mucho menos: los escritores están muy desprestigiados aquí y no pueden ganar lo necesario para mantener decentemente una familia. Y no puedo vivir sin él; ¡es un pedazo de mi alma! El otro día lloré mucho toda la noche porque, cuando él vino a verme, noté que venía algo trastornado por el vino. Esto me horrorizó y he prometido a la Virgen del Carmen ayunar durante tres días para que no vuelva a suceder esa horrible cosa. Me ha jurado no volverlo a hacer, pero yo he perdido mi tranquilidad y no me siento bien de salud. Mamá, viéndome ojerosa y triste, se halla inquieta y apesurada; pero yo no puedo decirle la causa de mi quebranto. Aconséjeme usted a mí y escríbale a él; yo quiero quitarle de las malas compañías; ¿no podría usted llamarlo a Nueva York?

La otra noche tuve una horrible pesadilla; soñé que, vestida de novia y ya en camino para el templo, apareció una nube que, deshaciéndose en tempestad, dejó escapar un rayo que fulminó a Pepe, quien iba a mi lado sonriéndose con inefable ternura, cómo reímos los dos cuando nos sentimos dichosamente solos. Asilo con mis brazos, sostuve su cabeza, que se desplomaba sobre mi seno: mas ¡ay!, de improviso Pepe se transformó en un negro atlético, y yo, nueva Desdémona, me sentía ahogar por los brazos de aquel monstruo. ¿No le parece a usted mi sueño terriblemente extravagante?

El domingo pasado fuimos en coche al bosque de Chapultepec: de regreso estuvimos a punto de ser víctimas de una desgracia. Las mulas —porque papá vendió su tronco



de caballos en virtud de sus aflictivas circunstancias— se espantaron y sólo debimos nuestra salvación a la valentía del cochero. ¿No le parecen a usted de mal agüero todas estas cosas?

Le mando a usted una docena de pañuelitos marcados con mi propia mano.

Pidiendo a Dios por volver a verlo, se despide de usted su amiguita de corazón.

Carmen Romero Rubio

¡Dios! ¡Dios! ¡Pobre chiquilla!, y realmente la quise como a una hija.

Por el mismo correo recibí otra carta, de un carácter opuesto a la anterior.

Veracruz, octubre 1o. de 1878.— Señor don Sebastián Lerdo de Tejada.— Muy distinguido amigo: Le escribo a usted la presente por conducto del médico de a bordo; es un hombre honrado y puede usted confiarle a él todas las suyas. Nuestros asuntos marchan *viento en popa*; me he puesto al *habla* con Jaime Rodríguez y Capmany, y los dos están resueltos para *hacerse a la vela* en el momento requerido. El primero es dueño de un pailebote y el segundo de una goleta, ambos en buenas condiciones para el *abordaje*. Si el cordonazo revienta para el año próximo, tengo la seguridad de que esos marinos *tocarán tierra si soplan* los buenos vientos que esperamos. Capmany es pariente de nosotros, y quiere a Joaquín como a las niñas de sus ojos: respondo por él de todo y por todo. Respecto de Rodríguez, aunque me inspira la misma confianza, es un poco atrabancado y quiere que la *turbonada* aparezca por *barlovento*. A fines del mes pasado, lo despaché a México para que conferenciara con nuestros amigos, y vuelve muy en-



tusiasmado, especialmente con M. P. (Manuel Penichet), de quien dice que es un yucateco más fuerte que la *resaca*. De los otros, no habla muy bien, particularmente de Gochicoa, a quien llama un viejo petrel, pájaro marino que se lanza a la pesca cuando hay tempestades. Los dos, Rodríguez y Capmany, cuentan con numerosas simpatías y amigos en todo el Golfo. Todos los patrones de los puertos, lo mismo que los *boteros* y cargadores de los muelles, están dispuestos a *remar* contra la corriente. No sería malo que usted les escribiera una carta (sin comprometerse), para comunicarles más entusiasmo y decisión. *He sondeado* al Coronel B. de guarnición en Progreso; pero por más que solté el cordelaje, no encontré *fondo*: allí debe haber un peligroso *arrecife* y es preciso que lo sepan así todos nuestros *buzos*. Por lo que toca a Campeche, nada tengo que decirle; lo que hacen los Baranda, bien o mal hecho, hecho queda. Abrigo temores de que N. dé una campanada en la Ciudad de México; así, creo prudente se ponga un *vigía*, en el palo de *trinquete*; de otra manera, corremos riesgo de *encallar*.

Iría yo a Nueva York si no fuera por la proximidad del invierno y la recaída de acceso de gota; no obstante, si el buque se va a *pique*, cuente usted con que, si fuera necesario, arribaré a nado a esas frías playas.

Le manda una marejada de abrazos su invariable partidario y fidelísimo amigo.

Pedro Baranda

—¡Hombre! ¡Hombre! Esta carta está oliendo a mariscos.

—¡Espinosa!

—¿Señor Lerdo?

—¡Vaya usted a traerme una docena de ostiones!



Tres cosas no deben hacerse, por ser en extremo peligrosas —decía el bufón de Francisco I.— ponerle un cascabel a un gato, provocar los celos de una mujer e incurrir en el odio de un déspota.

Instintivamente, mis partidarios del año de 79 habían observado la parte final de esa máxima: eran enemigos declarados del señor Díaz, pero enemigos pacíficos, de esos que circulan en la calle de Plateros, conspirando y cobrando sueldo los unos, conspirando y queriendo cobrar sueldo los otros.

Así, cuando en ese sangriento de 1879 se trató de llevar a la práctica lo que había sido hasta entonces una teoría revolucionaria, los instigadores del movimiento querían permanecer en la sombra, empujando desde ella, hacia las bayonetas porfiristas, a los infieles a quienes se llama gráficamente *carne de cañón*. Cuando los señores Romero Rubio, Baranda y Gochicoa me escribieron apareciendo como los jefes de una conspiración por estallar, creí que ellos la encabezaban, si no militarmente, sí asumiendo la responsabilidad política, para con ello dar prestigio a la restauración. ¡Cuál no sería mi sorpresa al recibir los pormenores de esa restauración! ¡y cuál no mi furor y sentimiento, sabedor de su trágico desenlace!

El día primero de junio, a las nueve de la noche, se reunían en la casa del señor Romero Rubio las personas siguientes: Manuel Penichet, Pancho Mejía, Agustín González, Hernández y Hernández, Francisco y Telesforo Barroso, Villada y un señor gordo de Chihuahua, de cuyo nombre no puedo acordarme. J. José Baz pretextó diplomáticamente una indisposición para no asistir, y algunos otros lerdistas se excusaron como mejor pudieron. Presidía la junta el señor Romero Rubio. Después de una ligera perorata en la que campeaban los más lisonjeros conceptos de mi personali-



dad, el orador manifestó la conveniencia de una revolución y expuso los medios para consumarla. Éstos eran sencillísimos, casi infalibles en el criterio del señor Romero Rubio: apoderarse de uno o dos cuarteles, sublevarlos y marchar sobre Palacio, aprehender al señor Díaz y sus ministros y colgarlos de los balcones. Concluyó su arenga con estas terribles palabras: “¡Y quiénes más aptos para consumir ese glorioso hecho, que los bizarros militares que me escuchan, el temerario general Pablo Baranda y el no menos valeroso coronel Vicente Villada!

Los favorecidos declinaron inmediatamente esa distinción; el señor Baranda estuvo oportuno al replicar que “para dar un golpe semejante, debían emplearse jóvenes sedientos de gloria, dejando a los viejos el cuidado de dirigir las operaciones entre bastidores”. Finalizó proponiendo que, como *ballón d’essai*, se diera el golpe en Veracruz.

El señor Penichet pidió la palabra para introducir entre los conjurados al joven yucateco doctor Alberto Hernández, partidario ardiente de la restauración. Éste era un joven de 30 años, moreno, melancólico y de aspecto soñador; por temperamento, como todos los yucatecos, gustaba de la política más que de ninguna otra ciencia. Decían los murmuradores que el doctor Alberto era hijo natural de Penichet; créolo yo, porque había algunos rasgos de semejanza entre el padre y el hijo.

—Esta clase de jóvenes necesita la patria, dijo el señor Baranda presentándolo.

Verdad: ella, la patria, tenía y tiene necesidad de esa clase de neófitos, de ese género de prosélitos que ven en la política un apostolado, un martirio: Alberto Hernández en aquel cónclave de viejos corrompidos sólo vio venerables sacerdotes oficiando por la causa de la libertad. De ver aquellos corazones gangrenados por el odio, la avaricia y el egoísmo, el joven yucateco habría retrocedido horrorizado.



¡Cuán cierto es que la atmósfera que se respira influye en la lucidez del pensamiento! A otro espíritu menos levantado y novelero, pero más práctico, se le habría ocurrido reflexionar: “Si estos señores tienen la persuasión del triunfo, ¿por qué no me acompañan los más expertos para hacerlo de factible un hecho infalible?”

A veces pienso que la responsabilidad histórica será más grave para los que empujaron a las víctimas hacia el matadero que para los verdugos mismos; porque la sangre de la siniestra noche del 24 de junio salpica de un modo indeleble, así a Terán y a Porfirio Díaz como a Romero Rubio y comparsa. No existe jurisprudencia humana ni divina que absuelva a unos y condene a otros: si no hubo crimen, como se esfuerzan en probarlo los apologistas del 24 de junio, entonces los únicos culpables son los instigadores.

Del conciliábulo a que antes me he referido, el doctor Alberto Hernández salió intoxicado de entusiasmo: según lo que había oído, se había dicho y asegurado, todos los cuerpos de la guarnición de Veracruz se sublevarían cuando él se pusiera en contacto con la oficialidad; el populacho se uniría a los sublevados, y en menos tiempo que un gallo canta, el triunfo más glorioso coronaría sus esfuerzos.

Los conspiradores —si tal nombre puede darse a una reunión de vergonzantes burócratas— ardían en fuego revolucionario, pero ninguno osaba declararse enemigo abierto del dictador. Todos querían sacar la castaña con la mano del gato, y el más ansioso por devorarla parecía ser el señor Romero Rubio. Pero para exponerse ellos al peligro, ¿eso no! ¿Acaso no estaban todos cargados de años y de familia? El único solterón era y continúa siendo el señor Baranda; pero el señor Baranda no es pródigo de su vida, ¡que digo pródigo! Es sórdidamente avaro de ella. Y si el general campechano es medroso como una liebre, imaginaos lo que sería el señor Romero Rubio, que se desmaya como una mujer al solo olor



de la pólvora. El coronel Villada es un valiente al revés; dice que nunca carga un arma, temeroso de matar al primero que encuentre en la calle. Es un militar que en vez de poner la mejilla como Cristo, al brazo airado de su enemigo, suele poner la espalda... y la parte donde Sancho solía recibir molimientos. ¡Gochicoa!, ¡Penichet!, ¡los Barrosos!, todos querían alimentarse con sangre a semejanza de *Han D'Islande*, de Víctor Hugo, pero beberla dulcemente mezclada con el chocolate del presupuesto. Ellos permanecían muy quietecitos en sus casas, leyendo periódicos de la mañana al suave calor de las sábanas. Mientras tanto, allá abajo, en Veracruz, un grupo de hombres de corazón, de verdaderos hombres, morían atrocemente asesinados como perros rabiosos.

Cuando se propuso al general Alatorre que acaudillara el movimiento, él declinó la honra, juzgando el proyecto como insensato en aquellos momentos, y más aún no habiendo una previa ramificación en los estados. Idéntica oferta se hizo al general Negrete; y no obstante que este señor medita muy poco en las consecuencias de un *acto primo*, también rehusó la peligrosa distinción con que se le honraba.

Por fin, desesperaban ya de encontrar dóciles instrumentos, cuando la desgracia se los ofreció tales como los querían: rudos y leales como los marinos Rodríguez y Capmany, valientes como Cueto e Ituarte, inexpertos como Alberto Hernández.

El día 22 de junio de 1879, el joven doctor Alberto Hernández salía de México con rumbo al puerto de Veracruz: un mozo del señor Romero Rubio llevó su equipaje a la estación, y en coche cerrado fueronle a acompañar Manuel Penichet y Francisco de Paula Gochicoa.

Era entonces ministro de la Guerra el general don Manuel González, y comenzaba a ser amigo del ministro por esa época don Pedro Baranda. Nada hay aquí de censurable para este último; bien podía ser amigo en lo privado de



aquél y seguir en la profesión de sus doctrinas políticas. El señor Baranda tenía el derecho de ser lerdista, pero no lo tenía para ser a la vez gonzalista. ¿Procedió como un delator? No quiero creerlo; pero don Pedro, al entrar González a la presidencia, fue nombrado senador; después, jefe de una zona y finalmente, colmado de honores. Para la gente malévolá cabe aquí la hipótesis de una traición. Pero según mi juicio, sólo es resultado de una indiscreción. El señor coronel Villada, otro de los miembros activos del complot, estaba en una situación de relativa miseria días antes del 25 de junio; después de esa fecha terrible, es decir, a mediados de julio, el señor coronel Villada había invertido más de 3000 pesos en mejorar su imprenta, había pagado todas sus deudas, y por último, levantaba la hipoteca de 5000 pesos que gravitaba sobre la casa de su suegro. ¿Provenía esa riqueza inesperada del pago de una delación o fue simplemente el resultado de una especulación financiera?

Se le vio a él también en la casa del general González dos días antes de la tragedia de Veracruz.

Oficialmente, y con posterioridad, se ha reconocido como delator al señor don Julio H. González, pero este señor me escribió a Nueva York en 1880, diciéndome que él no había hecho más que *confirmar* lo que aquéllos habían revelado en presencia de Balandrano y del general González.

Yo no quito ni pongo traidor; dejo a mis lectores que con su sabio criterio, ajeno a todo odio político, condenen o absuelvan de toda culpa a esos tres desdichados: el uno ha muerto ya minado por los remordimientos; los otros dos están ahora en el apogeo de la primavera, aunque minados físicamente. El señor Villada tiene el hígado ulcerado y loca a su anciana esposa; y el señor Baranda sufre los mortales latigazos de la gota.

Veracruz es una ciudad muy poco hospitalaria: sea por su población flotante, que de continuo se remueve, sea por



el carácter especial de los veracruzanos, el caso es que la gente es inhospitalaria. Cuando encuentran a un amigo *fuerreño* en las calles de Veracruz, le ofrecen calurosamente su casa, sus servicios, el oro y el moro, finalmente. Agotada toda la retórica veracruzana, concluyen por decirle a uno políticamente:

—El hotel fulano es delicioso: ¡qué frescura de habitaciones!, ¡qué baratura de precios!

De aquí que el doctor Hernández, que parecía conocer al dedillo a mis paisanos, se dirigiera resueltamente a la casa de su amigo y condiscípulo el doctor Barbachano apenas descendiera del tren. Se fue derecho al bulto y le dijo: “Me has ofrecido tu casa, pero no quiero abusar de esa oferta; vengo a vivir unos días a ella porque no me conviene posar en un hotel; pero ha de ser en la condición (sin ofenderte) de que aceptarás un precio”. Después de alguna suave violencia, Barbachano convino en la proposición, y Alberto quedó instalado en la casa como miembro de la familia.

Varios telegramas cifrados habían precedido al infortunado doctor Hernández. ¿Cuál era el contenido de esos despachos, procedentes unos del Ministerio de la Guerra y otros de la Presidencia? El enviado del comité lerdista, en la confianza de la juventud, abandonó toda prudencia: fue a visitar en pleno día y a bordo de su barco al marino Capmany; brindó públicamente a mi salud en el restaurante de un hotel; cometió, por fin, otras muchachadas del mismo jaez, y las cuales ponía de manifiesto lo inofensivo de su carácter. Un señor Zayas y Enríquez le seguía la pista en calidad de esbirro de Terán; el doctor Barbachano lo delató ante el gobierno, violando las sagradas leyes de la hospitalidad. ¿Por qué no se le aprehendió el día 24, desbaratando así la más platónica de las sediciones?

Hay que leer el capítulo siguiente para conocer en toda su horrenda desnudez el crimen monstruoso del 25 de junio.



EL HOMBRE... EL CRIMEN

*Awake, Awake! Ring the
alarm bell: murder and treason!*

MACBETH. ACT. 20.—30.

Balanceando el cuerpo, colgantes los brazos e inclinada la cabeza, así anda Luis Mier y Terán: su estatura es elevada, pero más carnosa que musculosa, la cara es llena, enérgica, viril; la mirada es franca, recta. Es una de esas fisionomías que carecen de juego escénico: nada oculta ni disimula. Se ven cruzar sus pensamientos a través de su frente, como a través de ciertas aguas se ve la ondulación de los peces. Por desgracia, las ideas no deben ser muy abundantes en ese cerebro; las paredes del cráneo, por lo común, se estrechan al descender al cerebro, en el señor Terán se oprimen de tal manera, que obstruyen la dilatación y expansión de la *materia gris*. ¿Es una naturaleza rudimentaria, o bien la evolución de las especies ha producido en ella un efecto descendente? Entre los actos de ese hombre —si tal nombre puede dársele— y su organismo, existe entera paridad: una vez en la Barra de Tampico, que está infestada de tiburones, hizo zozobrar un bote en que iban dos de sus amigos, adrede, para tener el gusto de salvarles después la vida. En otra ocasión, de viaje para Nueva Orleans, obligó al capitán del buque, revólver en mano, a que detuvieran la máquina para tener el gusto de pescar. Podrían referirse a ese tenor un centenar de locuras semejantes, que confirman la perturbación de esa incompleta inteligencia. ¿Mas para qué? Si otras no hubiera, sería bastante con la diabólica y monstruosa del 25 de junio para meterlo en la camisa de fuerza de la historia. ¡Pobre loco!, el verdadero



asesino, el Caín maldito, se llama Porfirio Díaz. Descuida; no bajarás solo a la tumba en tu manto ensangrentado, sino que arrastrarás contigo a Porfirio Díaz, a él, único y odioso culpable!

Luis Mier y Terán no tiene derecho al nombre que lleva: se llama Luis Domínguez, mozo de estribo de un señor Mier y Terán en Orizaba, allá por 1854; muerto o desaparecido éste, su mozo Domínguez reapareció en Veracruz en 1860 con el nombre que hoy lleva. Trabajó como botero, cargador de muelles, y por último capataz de trabajadores: por su energía los *patrones* lo querían; por su valor y bondad, sus compañeros lo estimaban y temían. Cuando la intervención francesa, se alistó como guerrillero e hizo sus proezas; restaurada la República en 67, tornó al puerto de Veracruz, reasumió sus labores de capataz y llegó a ser el hombre más populachero del Golfo. Porfirio Díaz, que tiene como la serpiente el don de fascinar a ciertos imbéciles, arrastró a Terán del lado de Tuxtepec. La fidelidad que en los organismos inferiores es terriblemente sumisa, en el organismo de Terán degeneró en bestial: ya no era sumisión de hombre a hombre, sino de perro a amo. Sentíase dichoso el desdichado idiota en lamer aquella mano empapada en sangre; dado el estado patológico de Terán, encontrábase en aptitud para cometer cualquiera magna locura. Lo que en ese espíritu embrionario hubiera de generoso y humano se ofuscaría desde el momento en que tratara de obedecer. Ofuscado la noche del 24, sólo quedó funcionando la ferocidad instintiva de la hiena.

Si desolado y triste es durante el día, por la noche Veracruz es lóbrego: uno que otro farolillo alimentado con aceite iluminaba a trechos débilmente paredes amarillas comidas por la acción salitrosa del aire, conservando algunas de ellas todavía los agujeros que hicieron las balas de los soldados del general Scott. La mar allí, a dos pasos, se hincha y true-



na; dentro del mar y a algunos centenares de metros, la masa informe del llamado Castillo de San Juan de Ulúa levántase en las tinieblas apenas disipadas por la luz intermitente de su faro. Nada más lúgubre y sombrío que ese paisaje: el mar semeja un sudario; la tierra parece un cementerio. En esas noches de junio no hay brisa ni estrellas; el cielo está cubierto de nubes, el suelo con densos vapores. El escenario es trágico, como la escena que en él se representa entre la noche del 24 que termina y la madrugada del 25 que comienza.

Por una escueta callejuela desemboca un pelotón de soldados: sus bayonetas despiden reflejos acerados. En el centro se destaca una sombra blanca: es la de un hombre descalzo y en paños menores. La marcha es sigilosa aunque veloz; el preso —porque es un preso el que llevan los soldados— interroga ansiosamente, ya a éstos, que no le responden, ya al oficial que le contesta con evasivas.

—¡Por Dios Santo!, ¿adónde me llevan, capitán?, gimió casi el miserable.

—Al cuartel del 23o., doctor, respondió el militar hondamente conmovido.

—¿Pero me permitirán, llegando, mandar por mi ropa y por mi catre?

El capitán volvió la cara sin contestarle, diciendo al sargento muy quedo:

—¡Y piensa dormir el desgraciado! ¡Sí, el sueño eterno!

Al aproximarse al cuartel se oyó una descarga de fusilería: el doctor Alberto Hernández —porque era él— comenzó a temblar, y poseído del terror de la muerte gritaba:

—¡Oh, me van a matar, a matar, a matar!

La puerta del cuartel estaba abierta de par en par: los soldados estaban sobre las armas, y muchos de ellos con los ojos encendidos por la embriaguez. Se les había dado una ración de aguardiente para convertirlos en verdugos. Cuando la escolta que conducía al doctor Alberto hubo penetrado, otro



pelotón se acercaba en dirección opuesta con el bravo marino Jaime Rodríguez, también en ropa de cama.

Adentro, el cuadro no podía ser más pavoroso: formabanlo un patio de elevados muros, enlosado y estrecho; a la izquierda y en el fondo, montones de estiércol en activa descomposición. Una compañía de soldados, formada en ángulo recto, carga y descarga las armas por secciones a la voz de un comandante; en el centro yacen tres cadáveres revolcándose en la caliente sangre: son los del Cueto, Ituarte y Gutiérrez. No hay más que luz reflejada por cuatro linternas: Terán lleva la una en la mano izquierda, teniendo en la derecha la humeante pistola que acaba de descargar en el oído de Ituarte. La claridad de las linternas riela en los charcos de sangre, dejando envueltos en la penumbra a los actores de aquella tremenda hecatombe; Alberto Hernández aparece a ese tiempo: al verle Terán, con delirio salvaje lanzóse hacia él, y cogiéndolo por el hombro lo empuja brutalmente.

—¡Ah! ¿Es usted, doctorcito?

Y dirigiéndose a los soldados, vociferó:

—¡Ahora a éste, *cristianos*, carguen!

El malhadado joven se asió a las rodillas de Terán implorando misericordia; el vértigo del miedo le hizo prorrumpir en frases inconexas y apóstrofes insensatos. Terán, hombre corpulento, desasiose de aquellos brazos convulsivos que le impedían moverse, haciendo rodar a su víctima sobre las losas; luego, apartándose rápidamente del sitio de la ejecución, fue a colocarse entre los soldados. Cuando Alberto se levantó y se vio rodeado de fusiles que le apuntaban y con tres cadáveres a sus pies, corrió ya enloquecido, chapoteando con sus pies desnudos la caliente sangre de sus amigos y arañando las paredes que en su terror pretendía saltar. Sonó una descarga y Alberto Hernández cayó de espaldas rebotando su cabeza en el duro suelo. Levantose aún sobre sus rodillas con los pulmones desgarrados y los intestinos col-



gando (las balas eran de gran calibre); otra descarga lo hizo caer desplomado con la cara para tierra. No se levantó más.

—*¡Venga otro!*

Jaime Rodríguez se adelantó; marino de un valor indomable y de una generosidad proverbial, en Veracruz era muy querido de todos, y aun del mismo Terán. Rodríguez no ofreció el espectáculo enervante del doctor Alberto. Por el contrario, encarándose con el verdugo, díjole con impasible acento:

—Te creía un hombre, pero no eres más que un cobarde, ¡el más cobarde de los cobardes!

—*¡Cristiano!* fusilaría a mi madre si él me lo mandara. ¿Estás listo?

—Déjame escribir unas líneas a mi familia.

—Ni un minuto más; ¡adentro!

Y Terán quiso arrojarle bruscamente dentro del cuadro; pero el marino, más fuerte y sereno, dióle una tremenda bofetada, colocándose él mismo en la trayectoria de las balas.

—¡Fuego! —rugió Terán.

Jaime Rodríguez se dobló, y cubriéndose con las dos manos el clareado pecho por donde se escapaba la sangre a borbotones, pudo lanzar todavía este supremo apóstrofe:

—¡Miserable asesino! ¡¡Maldito seas!!

Momentos después, nueve cadáveres yacían en el pavimento: la sangre corría hasta empapar los pies de los soldados. La palidez del alba entraba tímidamente y en rayos lívidos en aquel lúgubre recinto, de donde acababa de salir la muerte. Se tenía vergüenza de que el sol iluminara la horrenda carnicería: era preciso enterrar los cadáveres y lavar la sangre antes del toque de diana. Del machero se sacaron dos mulas todavía medrosas por el ruido de las descargas, unciéndolas al carro de la basura; y el carro se empezó a llenarse de cadáveres en fúnebre confusión, destilando sangre y materia cerebral. ¡Pronto, a



la calle, al cementerio! El día se había echado encima: el mar comenzaba a sacudir su ropaje de niebla, y el vuelo pesado de los zopilotes y el canto lejano de los pecadores anunciaban la aparición del astro resplandeciente. Las mulas que tiraban del carretón; apenas podían: ¡pesan tanto los muertos! Los perros vagabundos que desinfectan a Veracruz han husmeado el degüello: la jauría que va atrás del carretón, lamiendo la sangre que escurre y devorando los sesos que a trechos se escapan y caen, disputándoselos a mordiscos, he ahí el cortejo fúnebre que llevó al cementerio a los últimos lerdistas.

¡Dios mío! ¡Cuán ricos nos hacen los muertos!

EL PEQUEÑO MOTOR DE LA GRAN EVOLUCIÓN

No se oreaba todavía la sangre vertida en Veracruz, cuando una noche (la del 27 de enero de 1881), mi *valet de chambre*, Espinosa, me introdujo casi furtivamente una tarjeta así concebida:

Lic. Jorge Hammeken y Mejía

Diputado

Méx. Calle de Y núm. 10

—¡Hombre, hombre! Este México tiene 10 millones de habitantes y todos viven y todos son licenciados. ¡Espinosa!

—Señor.

—Dígale a ese señor, cuando venga, que no estoy visible. (Diputaditos a mí y a estas horas).

Habíame causado tal repugnancia la hecatombe de Veracruz, y aún más la indiferencia con que la habían dejado impune mis valientes conciudadanos, que francamente no quería oír nombrar, ni menos pronunciar, el nombre de Mé-



xico. Para que un pueblo permaneciera impasible después de recibir en la faz el salvaje y sangriento ultraje de un tiranuelo, necesario es que hubiese muerto cuando no envilecióse; sí, porque las atrocidades del 25 de junio son de aquellas que se cometen, no contra un partido y sus partidarios, sino contra una nación y sus nacionales. El hombre que mandaba matar mexicanos como perros rabiosos era que consideraba a los mexicanos como perros, o a los perros como mexicanos. Esto es lógico, y para que ustedes vean más claro, voy a referir la fábula de *Las hormigas y la culebra*, de La Fontaine:

Un pueblo de hormigas trabajaba por vadear un arroyo y no lo podía conseguir: todos sus trabajos de zapa se estrellaban ante la dureza del granito. Celebróse una junta deliberadora en el hormiguero, y una hormiga muy ladina discurrió que se propusiera a una culebra, que tenían de vecina, les sirviera de puente mientras ellas pasaban, recompensándole su trabajo con mantenerla toda la vida. Se aplaudió la ingeniosa idea, nombrándose en el acto una comisión que se acercara a su señoría con tan extraña petición. Ella escuchó atentamente y dijo que aceptaba en todo y por todo la oferta, tanto más gustosa cuanto que se iba haciendo vieja y le era la vida muy pesada. Cerrado el pacto, la culebra se extendió de un extremo al otro del arroyuelo, y sobre su lomo pasó a millares el hormiguero; desde el día siguiente, la vida del reptil se deslizó en perezosa abundancia: las hormigas proveían su despensa con toda clase de manjares. Pero he aquí que un día, saciada de tan múltiples y diversos platillos, quiso probar el sabor de la carne de hormiga y *zas*, se engulló media docena de una lengüetada. ¡Nunca lo hubiera hecho! Apenas cometido el hormicidio, todo el pueblo insectívoro levantándose como una sola hormiga y picando como un millón, echóse sobre la serpiente, la que fue devorada en un abrir y cerrar de ojos.

Mas dejémonos de simples animales, que ni ustedes son hormigas ni el señor Díaz es culebra, ni siquiera cocodrilo:



pero en verdad os digo que llegará un día, queridos ausentes, en que muchos de ustedes sean azotados desnudos en las plazas públicas.

Mably lo ha dicho enérgicamente: *Le passé prédit l'avenir.*



Una frígida tarde del mes de febrero, hallábame yo encerrado en mi estudio con los pies arrimados al fuego y el pensamiento vagando en los espacios; había olvidado ya el incidente del señor Hammeken, considerándome dichoso con evocar ideas de una fortuna menos ingrata. ¿En qué meditaba?, me ruborizo al confesarlo: meditaba en las mujeres: ¡jella! ¡Va!, si los patos salvaron el Capitolio, una mujer perdió a Troya. ¡Oh!, Troya, ciudad sagrada de Príamo, tú caíste por la falta de una mujer! ¿Quién arrastró a Marco Antonio en su ruina? ¿Quién hizo asesinar a Marco Tulio Cicerón? ¿Quién pidió la cabeza de San Juan Bautista? ¿Quién fue la causa de la mutilación de Abelardo? ¿Quién?

Tó, toó, toooó.

No cabe duda, llaman a mi puerta... ¡adentro!

¡Era el señor Hammeken y Mejía!

Fue la primera y última vez que tuve el gusto de tratarlo y de verlo: era un joven de regular estatura, con la barba negra y partida, la nariz afilada, los ojos cafés vivos y penetrantes como saetas, la frente grande y bien delineada y el conjunto en extremo simpático. En lo intelectual, era lo que se llama un *bel esprit*, de inagotable gracia y fecundidad en la conversación: yo había leído algunas de sus producciones en *El Federalista*, pero me cautivó más como *causeur* que como escritor. ¿Por qué ese hombre tan elevado moralmente había descendido hasta convertirse en partidario del señor Díaz?



Viendo que sería inevitable hablar algo de política, quise al mal paso darle prisa, y preguntele de improviso:

—¿Con que ya tienen ustedes un nuevo presidente?

El señor Mejía sonrió, y acariciándose las patillas con las manos, respondiome:

—El general González, sí, señor Lerdo, ¿qué opina usted de él?

—¡Hombre, nada! me he propuesto no juzgar la política de México mientras viva.

—Lo siento, señor Lerdo, y vamos a otra cosa. ¿No sabe usted que murió hace poco tiempo la esposa del señor general Díaz?

—¡Malo! Ella era una buena señora que quitaba de la cabeza de su marido muchas *buenas intenciones*. ¡La ambición de los honores mata a las mujeres, señor Mejía! ¡Cuántos no son uxoricidas inconscientemente! Supongo que el señor Díaz la llorará como no ha llorado hasta hoy: con siniestro llanto. Quedarse viudo a los sesenta años no debe ser muy agradable, porque en la juventud se puede reemplazar cuando se pierde la media naranja, mientras que en la vejez...

Al pronunciar yo estas palabras, la fisonomía del señor Hammeken se había alterado visiblemente: yo proseguí sobre el tema del amor, en sentido abstracto, para alejarme más de la personalidad que mi interlocutor parecía quererme meter por los ojos.

¡Los viejos! Heine decía que “las doncellas huyen de los cabellos blancos como las golondrinas de los témpanos de nieve”. Somos cuerpos que el amor rechaza y la tumba atrae. El amor, ¡palabra sublime a los veinte años, vocablo siniestro a los sesenta!

Tornó a sonreír el señor Mejía, y clavando sus ojos investigadores en los míos, díjome cortando de plano mi pesimismo sobre la edad funesta:

—¿Y ha escrito a usted el señor Romero Rubio?



—Diré a usted, se han enfriado algo nuestras relaciones desde el negocio de Veracruz, ya sabe usted, lo del 25.

—Es un hombre de talento.

—Mucho, quizá de demasiado talento, respóndele.

—Hombres como usted y él deberían servir a la patria.

—Muchas gracias.

—¿Y se ofendería usted si le hablara con más llaneza?

—Diga usted.

—El general Díaz desearía que fuera usted ministro de México a España.

La proposición era tan original, tan intempestiva y absurda, que tuve que echar mano de un cigarrillo para dominar mi emoción.

—¿Pero el señor Díaz está en su cabal juicio?, no pude menos que replicar.

Don Jorge se puso encendido. Yo continué:

Ahora que reflexiono, no me parece la idea del todo absurda. ¡El cólera está haciendo terribles estragos en España! ¡Tiene unas ocurrencias este señor Díaz!

—Permítame usted, señor Lerdo.

—Nada, hombre, nada, dígale al señor general que se lo agradezco.

—Pero si no es él quien hace la oferta.

—¡Ah! ¿Quién es?

—El señor don Manuel Romero Rubio

—¿Ha dicho usted Romero qué?

—¡Romero Rubio!

¿Era yo víctima de una diabólica mistificación? ¡El enemigo mortal del señor Díaz, todavía ayer, ofrecirme hoy un puesto en el gobierno de ese mismo señor! Y proseguí:

—No entiendo a usted.

El señor Hammeken hizo un esfuerzo para dominar su emoción, y lentamente, y con palabra fría e incisiva, fue diciéndome:



—El señor Romero Rubio ha hecho las paces con don Porfirio, ¡se han abrazado!

—¡Abrazado! ¿Y querría usted decirme quién operó ese milagro?, porque milagro es.

—Un servidor de usted. Yo llevé al general Díaz a la casa del señor Romero Rubio la noche del...

¡Ah! ¿Y se abrazaron, dice usted?

—¡Dos veces!

—¡Ah!

Y pocos días después, el señor Romero Rubio dio una tertulia en su casa de la calle de San Andrés e invitó a don Porfirio, y don Porfirio bailó una mazurca con la señorita Carmen.

—¡Ah!

La reconciliación es completa: el señor Romero Rubio ha sido nombrado senador.

—¡Ah!

Y el joven señor Hammeken me miró casi compasivamente e irguiéndose en la silla, concluyó con inflexión triunfante:

—¡Y se casan!

—¿Quiénes, hombre, quiénes?

—¡Don Porfirio Díaz y Carmen Romero Rubio!

—¡Ah! ¿Y usted arregló el matrimonio?

—No precisamente, pero...

En estos momentos llamaron a la puerta: era el señor cónsul Navarro, que para economizar el fuego en su casa, venía a calentarse en mi chimenea.

El señor Hammeken se despidió. ¡No lo volví a ver más!

Cuando estuvimos solos, dije a mi compadre, el señor Navarro:

—*¡El hombre que llora se casa!*

—¿Se casa?

—Y con una jovencita.



—Pero hombre, si es más viejo que yo, es ya un abuelo.

—Pues es tan cierto que se casa, como lo es que va usted a tomarse un chocolate.

—Cosas del diablo, compadre y amigo don Sebastián, ¡cosas del diablo! Pero venga un traguito de coñac, que hace un frío...

—Prrrrrr, ¡hace un frío!

LA GRAN EVOLUCIÓN

El frío arreciaba: el señor Mejía, una vez en la calle, subió en un coche, perdióse a la vista entre los torbellinos de nieve y el pálido crepúsculo de la noche invernal.

Con que—comenzó el señor Navarro, después de echar un puñado de carbones en la llameante estufa— ¿no sabía usted nada de lo que ese joven le ha revelado a usted hoy? ¿Ni la viudez de don Porfirio, ni sus buenas intenciones para casarse otra vez, ni la naciente privanza del señor Romero Rubio?

—¡Nada! ¡Nada!, contestéle con curiosa impaciencia.

Ustedes, los hombres de genio, suelen desconocer ese poderoso elemento de transformación: *la mujer*. Creen que el mundo moral se rige por las ideas, y el mundo físico por los átomos: fuera de esos dos principios, el ideológico y el cósmico, no admiten ninguna otra fuerza de impulsión y evolución. Voltaire, con todo su talento, nunca sospechó en *lo femenino* un gran factor histórico. Ustedes, los solterones, amigo y señor don Sebastián, colocan a la mujer en lugar secundario cuando se trata de resolver los problemas políticos. ¡Austeros y castos señores, que equivocáis la sombra del cuerpo que la proyecta! La pólvora, la imprenta, el vapor y la electricidad son descubrimientos puramente materiales: han modificado la inteligencia, cultivado el espíritu y ensanchando la prosperidad, ciertamente, pero han dejado las pa-



siones humanas en toda su primitiva ferocidad. Se mata, se envenena, se roba y se ama, al presente, como se amaba, se robaba, se envenenaba y se mataba en los tiempos de Fredegunda. La forma ha cambiado, es verdad, pero en el fondo de los hechos hay absoluta semejanza.

El señor Navarro es un indito que despunta de agudo y de ladino: yo lo escuchaba atentamente, sin sospechar dónde iría a parar.

Encendimos un cigarro en el mismo fósforo, bebimos un traguito de coñac en distinta copa, y el señor cónsul prosiguió:

—A hombre práctico pocos me aventajan: tengo ya sesenta años de vida y veinticinco en mi empleo: y a esa edad me siento tan fuerte como un toro de cuatro primaveras, y tan feliz como un muchacho de 18. Mis cabellos han blanqueado y mis dientes han ennegrecido; poseo 300 000 pesos y estimo cada peso como un día de mi vida. ¿Llegaré a centenario? Así lo espero. El corazón se me ha encallecido; no quiero a nadie —exceptuando a mi segunda mujer y al recuerdo de la primera—. La patria me interesa muy poco, y los patriotas casi nada; si puedo evitar que un hombre asesine a otro, no lo hago. Soy, hasta cierto punto, un egoísta monstruoso pero lógico.

Pero usted era un hombre tierno, sincero y compasivo cuando yo lo conocí en México, al lado de Comonfort y Doblado.

—Es verdad; pero debíase todo a mi primera mujer, que como usted recordará, murió de vómito en Orizaba, juntamente con mi hija (los ojos del señor Navarro se velaron de lágrimas). Esa desgracia sacudió tan rudamente mi espíritu, que concluí por quemar lo que adoraba y adorar lo que quemaba.

—Otra copita de coñac, señor Navarro.

—Venga otra, que este frío va quemando más de lo que yo quisiera. Y continuó:



—El general Díaz, hasta 1875, era lo que llaman en inglés, un *coarse man, low fellow*, esto es, un hombre ordinario, generoso, rudo: no sin alguna hidalguía en varios de sus proceder. ¿Debíanse las pocas y buenas acciones a su primera esposa, la señor Delfina Ortega Reyes? Cuando era comandante militar de la Plaza de Oaxaca, esta señora le evitó la consumación de muchos crímenes. Entonces el *homo duplex* no se ostentaba en toda su magnificencia exterminadora: su imperdonable doblez permanecía en estado latente. Triunfó por una chiripa; su posición de presidente lo obligó a moverse en un círculo superior al suyo: el perseguido se tornó en perseguidor, el despreciado en ensalzado, el humilde en soberbio, el andariego en poltrón, el sobrio en sibarita, el audaz en medroso, el casto en sensual. El pobre hombre llegaba a la presidencia a los 150 años: estaba sediento de todo, hasta de los goces plácidos y tranquilos de la familia, que nunca los había disfrutado en su carrera de trágicas aventuras. Todo le pareció nuevo y novísimo, como a los primeros salvajes que llevó Colón de América a Europa, las suntuosidades de la corte de Isabel. El poder lo intoxicó y la atmósfera de lujo lo enervó; de tal manera debió impresionar su imaginación esa atmósfera, que hubo de transformarle el ánimo y dar al traste con sus buenas intenciones. Esa especie de transfiguración moral debió ser precedida por la física: hay quien refiera que, ya en el poder, se daba humos con su humilde familia oaxaqueña, de hombre de prosapia y linaje, imitando, hasta lo grotesco, los modales y las maneras de Alberto Terreros y Pancho Landa y Cos. En la mesa del hogar suprimió los frijoles, con el pretexto de que son *explosivos* y poco aristocráticos; desterró asimismo las tortillas, el chile y el atole, importando arbitrariamente, en el desolado hogar, la cocina francesa. Su bondadosa esposa, que era enemiga del lujo y las exhibiciones, fue obligada a vestirse a la descotada y a circular como una pelota de seda en todos los sitios públicos.



—Tú no eres aristocrática como yo, Delfina, solía decirle con befa.

—Dio en criticar a la heroica señora en cuanto hacía y dijera:

—No me gusta la *letura* de los periódicos, y a ti, Porfirio?

—Se dice *lectura* y no *letura*, Delfinita.

Todos esos alfilerazos, amén de los *vol-au-vents* calientes y demás comidas exóticas, fueron minando la salud de la virtuosa señora, hasta que Dios nuestro Señor, compadecido de ella, la llamó al seno de su gloria.

Oblitus que meorum oblivisendus et illis.

Prosiga usted, señor Navarro —me acuerdo que dije, ya picado, al señor don Juan, que en aquellos momentos, a la luz del gas, semejaba grandemente al doctor Fausto antes de su metamorfosis—.

¡Ah!, ¿quiere usted seguir la evolución hasta el fin, la evolución de ese espíritu? Sigámosle, amigo don Sebastián, sigámosle. Una vez viudo, quiso aparecer joven; una vez joven, quiso aparecer hermoso. Vistiose o vistiéronle como un *dandy*, cargáronle de perfumes como a un camello árabe, de mirra, enseñáronle el *argot* de la calle Plateros y, finalmente, hicieron del digno militar de 71 un irrisorio muñeco, traído, llevado y manoseado por unos cuantos petardistas de guante blanco. Puedo citarle a usted los nombres de quienes tamaño mal le hicieron: Jorge Hammeken y Mejía, los dos Rincón Gallardo, Alberto Terreros, los Landa, el cojo Adalid, Sierra Méndez, Lascuráin, etcétera. Naturalmente, en medio de esa sociedad más típica que lúcida, Porfirio Díaz cobró repulsión por sus rudos y viejos compañeros de armas, a quienes todo debía, por los brillantes advenedizos que todo le debían. La presencia de aquéllos le traía a la memoria padecimientos y quebrantos, mientras que la de estos otros no era más que un continuo festejo en el que *voltijeaban* las luces y los perfumes. A esos dos fenómenos de segregación y asi-



milación sucedió otro, el más grave y morboso: el amor de viejo. Cuando este último comenzó a desenvolverse en él, ya otra de sus idiosincrasias, la avaricia, se iba desvaneciendo al ruido de la champaña descorchada. El señor Díaz ha sido siempre, no diré mezquino, tacaño de medio a medio, vicio muy raro en la noble profesión militar. Cervantes lo ha dicho con gran donosura en *Don Quijote*: “Y la condición que tenía de ser liberal y gastador le procedió de haber sido soldado los años de su juventud, que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces”. Ese monstruo era Porfirio Díaz: con decirle a usted que escatimaba las onzas de paja dadas a su caballo, cuando lo necesitaba tanto para correr, está dicho todo.

—¡Hombre, hombre!, don Juanito, ¿es posible todo eso?

—Amigo y señor don Sebastián, nada más que le recomiendo a usted el sigilo. ¡Tienen tantos oídos las paredes!

—Siga usted: aquí no hay un Alfredo Chavero ni un Castañeda y Nájera. Pues bien, ¡el momento histórico se aproxima! No pierda usted una sílaba de esto que voy a decir, pero antes veamos qué hora es. ¡Las nueve! Terrible trasnochada, amigo y señor don Sebastián; unos minutos más y me despido.

—¿Otra copita de coñac?

—¡Pero hombre, si hemos coleado ya tres; venga la última, ¡qué caray!

Don Porfirio suspiraba y suspiraba hasta quebrar con sus suspiros las duras rocas: en este estado *patológico* del señor Díaz, el joven Hammeken concertose con Romero Rubio para curar la melancolía del enamorado guerrero. Un ex presidente viudo y con probabilidades de ser presidente una vez más, si no es que toda su vida, es lo que se llama matrimonialmente un buen partido. Aquí principió la *struggle for life*: Los Rincón hubieran querido emparentar con el señor Díaz, pero desgraciadamente no tenían hermanas ni hijas



casaderas; en la misma desagradable situación se hallaban los miembros del *Club de Caza y Pesca*, *Jockey Club*, etcétera. Y era preciso casar al señor Díaz: dejarle en el aislamiento de la viudez cuando amenazaba la cuarta juventud hubiera sido inhumano. ¿Pero qué patriota ilustre, qué magnánimo varón tendría el abnegado desinterés de calmar los dulces tormentos del amartelado caballero, emparentando espiritualmente (se entiende) con él?, ¿quién?

—El señor Romero Rubio.

—¡Chist! Es ya senador.

—¿Pero es o no suegro de mi ilustre rival en la presidencia?

—No lo es todavía: lo será el mes que entra.

—¿Y es ya senador?

—¡Oh! los suegros van muy de prisa!

—De las cenizas de ese holocausto —prosiguió el señor Navarro— nació el fénix del lerdismo, digo que nacerá cuando el holocausto se verifique (hombre, me siento un poco achispado, amigo y señor don Sebastián). Y del carro triunfante de Cupido tirarán Gochicoa, Villada, Pedro y Joaquín Baranda, los hermanos Barroso, Justino Fernández y... Pero hombre, ¿en qué consiste que nuestra generación se ha degenerado? ¡Oh, virtud!, ¿serás tú solo un fantasma?

Y después de una pausa, continuó con sarcástica aspereza:

—El motor de esa evolución no ha sido el vapor, ni la imprenta, ni la electricidad, ni el fonógrafo. Ni Fulton, Guttenberg y Edison tienen vela en ese himeneo (o entierro, como usted quiera llamarlo). Ha sido sencillamente una mujer, una mujer, ¡una mujer!

Y concluyó en tono zumbón:

—Lo que es hoy, yo trato con respeto hasta la criada de mi casa; ¡quién sabe si mañana será la mujer de algún presidente de los Estados Unidos!



Las enfermedades morales suelen ser tan infecciosas como la viruela negra y el cólera morbus: el inquisidor que prohibió en España los cuentos de Boccaccio procedía con tanta justificación como la autoridad que en nuestros días establece las cuarentenas a los buques infestados.

Nadie tiene derecho a corromper ni física ni moralmente.

Obedeciendo a esa ley higiénica de la propia conservación, procedí a establecer un cordón sanitario entre mi domicilio y la correspondencia que recibía de México: todas las cartas procedentes de mi patria sufrían la fumigación de manos de mi secretario, Espinosa. Las que en el sobre tenían la letra de los lerdistas, mis amigos, iban a dar al fuego sin juicio de apelación.

De leerlas pudiera haberme contagiado: no impunemente se pasa por un lugar infestado.

Espinosa tenía orden de pasarme todas aquellas epístolas que tuvieran un sello extranjero, lo miso que introducirme a los extranjeros que desearan visitarme.

Una mañana después del almuerzo, se presentó en mi estudio el *maître d'hotel* con una carta certificada en la mano.

—¿Será que el señor Romero Rubio insista en escribirme?, pensé yo no sin profundo disgusto.

Mas vi el sello de La Habana, y me tranquilicé:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¿Qué contendrá esto?

Y abrí la carta con temblorosa inquietud, decía así:

“La Habana, julio de 1881.— Señor Lic. don Sebastián Lerdo de Tejada.— Nueva York. Muy respetable y distinguido señor: ¡Quién diría que después de catorce años, señor Lerdo, usted, el vencedor de entonces, y yo, el vencido de aquella época, nos hallaríamos en análogas circunstancias en el extranjero! A usted, por defender la libertad, se le llama un *tirano*; a mí, por defender la religión, se me llama un *traidor*.”



Si usted andaba atinado en sus opiniones y yo errado en mis creencias, el resultado final ha sido el mismo: ¡el destierro!

En nuestro destino final, existen singulares coincidencias, siendo una de las más extraordinarias la que el hombre que causó la ruina de usted fue el escogido por la divina providencia para salvarme la vida: ya usted comprenderá que me refiero al señor general don Porfirio Díaz, personalidad a la que, después de Dios y la memoria de mi emperador Maximiliano, venero sobre todas las cosas. Entiéndase que esa veneración no llega hasta privarme del derecho de quejarme y de decir verdades, quejas y verdades que justamente leerá usted en la presente.

Muéveme a escribir a usted, de preferencia a ninguno de mis correligionarios, dos razones especialísimas: siendo la primera la condición que tiene usted de proscrito, y ajeno ya, a lo que sé, a las cosas de México; y la segunda, su calidad de reformista avanzado y nada sospechoso a los hombres de su partido. Porque lo que tengo que decirle, sancionado con su opinión (si llegare a publicarse), tendría la doble fuerza verídica que mi dicho no alcanzaría aisladamente, y menos confirmado por algunos de los antiguos conservadores del 59, que todavía hoy existen. Si diera usted a luz alguna obra con respecto a la intervención francesa, esta confidencia, que más bien es una confesión, podría servirle de base, si no histórica, sí deductiva para apreciar algunos de los sucesos que se verificaron antes y después del sitio de México. Como quiera que estoy escribiendo un libro abundantemente descriptivo de ese sitio, me abstengo de comunicarle a usted detalle alguno, y solamente paso a revelarle el hecho capital de mi fuga de aquella capital, para que usted lo comente, anote y archive entre sus papeles, si lo considera de interés público.

Los periódicos del señor Díaz han escrito mucho de la llamada traición de mi subordinado el coronel López; ¿por qué no ha dicho una palabra de mi escapatoria de México?



Pero usted estará impaciente, señor Lerdo, y no quiero abusar de su complacencia; lea usted si a bien lo tiene.

Plaza sitiada —decían los antiguos— plaza tomada, y con ellos nosotros. Pero bien mirado, eso no pasa de ser una frase que la rutina elevó a la categoría de aforismo; son más los sitios que se han levantado que las plazas que se han tomado, desde el de Saint-Jean d’Acre, por Bonaparte, hasta el reciente de París. El asalto, así como la defensa de una plaza, no es cuestión de número ni de fuerza; es cuestión de ciencia. La verdad del principio geométrico que encierra es indiscutible. Dentro de la Plaza de México, tenía yo a mis órdenes multitud de oficiales austriacos y belgas, científicos en su mayor parte y cuyos conocimientos en estrategia dejábanme maravillado las más veces; es cierto que no estaban bien pagados, ni mucho menos, pero habían conservado entero el espíritu de disciplina. Del lado del general Díaz, no había más que guerrilleros y chinacos, muy útiles para el merodeo a campo raso, pero del todo inútiles y estorbosos en un sitio en regla. En consecuencia, pude prolongar el sitio hasta el mes de agosto, de no ser por una grave diferencia surgida entre mí y el general Tavera. Y las cosas llegaron a tal punto, que temí un movimiento anárquico dentro de la misma plaza. Estando en estas violentas circunstancias, recibí un mensaje con una carta del señor Díaz, en cuya carta el jefe sitiador me ofrecía toda clase de garantías, siempre que le acordara una entrevista para tratar de la capitulación. El día 6 en la noche, tuvo lugar un acontecimiento que cambió, sin embargo, mis anteriores propósitos; estando yo en mi alojamiento con el general Vidaurri y otros superiores, se escuchó un repique a vuelo de las torres de Catedral, siguiendo otros templos, a la vez que se oían cohetes, músicas, gritos y otras muchas muestras de regocijo. Eran las nueve de la noche, cuando esto pasaba: y como yo tenía ordenado que no se hiciera



ninguna manifestación pública sin mi permiso, alarmóme la algarazara y temí que el enemigo hubiera pasado las líneas fortificadas por medio de una traición. Salimos atropelladamente a la calle yo, Vidaurri, el coronel austriaco Von Becker y el comandante Villeneuve. La causa de ese alboroto bien pronto nos fue sabida: El general Tavera había recibido pliegos especiales participándole que el sitio de Querétaro había sido levantado, y otras mentiras semejantes. Y sin consultar conmigo ni inquirir la certidumbre o falsedad de esas nuevas, dioles todo el vuelo posible con el fin de alentar el desalentado espíritu de las tropas y de la población. Originose de esto una seria disputa entre el general Tavera y yo, a quien encontré en la puerta del Hotel Iturbide rodeado de algunos ayudantes.

El día 8 pasé a recorrer las fortificaciones, encontrando a nuestros soldados perfectamente desalentados; ese mismo día en la tarde, recibí otra carta del general Díaz, no tan apremiante como la anterior, sino más blanda y llena de promesas tentadoras. El general me prometía abiertamente una entrevista, la que acepté bajo las condiciones que en esta carta no me es posible revelar. Pactadas las garantías de una y otra parte, celebróse a las once de la noche, en el punto que se llama Romita, la acordada entrevista. Don Porfirio vestía dolmán azul y botas federicas: nos estrechamos las manos, sentándonos en un banco de madera situado a dos pasos de una zanja. El general me habló de la precaria situación que guardaba el Imperio, del triunfo de las armas republicanas en toda la República y de la próxima ejecución de Maximiliano. Díjome que don Benito Juárez era un hombre descorazonado y sanguinario: que la mitad del ejército era antijuarista, y que aun él no simpatizaba con don Benito, pero que le obedecía por evitar disturbios en el partido republicano; que Juárez y sus ministros, finalmente, no habían hecho más que correr en coche de aquí para allá,



escribiendo alabanzas propias a los periódicos extranjeros, que les atribuían toda la gloria de la campaña.

Entrando de lleno en la cuestión, díjome que si se tomaba la plaza sería yo fusilado irremisiblemente: tan grande era el odio que me tenían los juaristas; y que si, sin entregarle la plaza, solamente la abandonaba yéndome para el extranjero, él me daba las garantías y los medios de conseguirlo; y que si me hacía esta proposición, era porque mi nombre inspiraba terror entre muchos de sus soldados, y quería evitar mayor derramamiento de sangre.

—¿Pero no me aborrece usted a mí, como sus compañeros, señor Díaz?, díjele dudando de la sinceridad de sus palabras.

—No, compañero; he estrechado su mano; a quien detesto es a O'Horán y a Vidaurri. ¡Ah! Si los atrapo...

Se han inventado innumerables consejas de mi fuga de México, siendo una de las más novelescas la de que ocupé varios días un nicho vacío en el cementerio de Santa Paula, no comiendo más que lo que me llevaba a medianoche el sepulturero. No sé en qué novela rusa había yo leído una cosa semejante. Los menos dados a la novedad aseguraban que yo había escapado disfrazado de carbonero: esas dos hipótesis no tienen ni el mérito de la invención. Voy a desvanecer ese encanto con unas cuantas líneas de prosa. ¡Leedme, jóvenes que os habéis nutrido con las admirables novelas de Juan A. Mateos! ¡Leedme! ¡Leedme!

En la calle principal de Tacubaya, a la derecha (llegando por el lado de México), había en 1867 una pequeña casa con dos ventanas verdes y sembrada por un corpulento fresno, adentro, un largo jardín que estaba circundado por elevadas tapias. En esa casa se alojaba, desde principios del sitio de México, el coronel T., del Estado Mayor del señor Díaz y hombre de todas sus confianzas. El día 11 de junio, contando con las suficientes garantías del eminente caudillo



republicano, desaparecí de la Ciudad de México, refugiándome en aquella casita que me sirvió de santuario. Se había practicado un pequeño subterráneo en el jardín, de quince pies de profundidad por ocho de extensión en su fondo: un pequeño catre de campaña, una lámpara y mis armas constituían todos los enseres de mi escondite. El coronel vivía con una querida y dos asistentes, pero a éstos y a aquélla los despachaba fuera a las primeras horas de la noche, y allá a las once, venía él solo con mil precauciones a traerme los alimentos, lo mismo que los periódicos. Decíame riendo que se me buscaba por todas partes, y que las escoltas cateaban diariamente casas en México con la esperanza de encontrarme; que el mismo general Díaz fingía tan a la perfección su tenacidad en buscarme, que había ordenado la *baja* de un capitán porque no registró un domicilio con la escrupulosidad que debiera; y que los generales a las órdenes del señor Díaz eran los más activos y rabiosos en buscarme. Otro día refirióme el fusilamiento de Vidaurri; en otro el de O'Horán, y así sucesivamente. ¡Cómo estaría yo de temeroso e inquieto! Mi destino pendía de los labios del general Díaz, y una sola palabra de él era suficiente para enviarme a la eternidad. Cuando a medianoche sentía por sobre mi cabeza los pasos del coronel, no podía contener el sacudimiento nervioso de mi cuerpo.

¡Dios mío, todavía cuando sueño con esos días de angustia y de tortura, despierto dando gritos de espanto!

Por fin, un mes había pasado de permanecer en ese infierno (que fue mi cielo), cuando el coronel T. me dijo que cogiera mis armas y saliera fuera, que tenía orden de conducirme salvo a bordo del buque americano *Merrimac*, surto en Veracruz.

—Pero me conocerán en el camino, contestele alarmado.

—Todo eso se ha previsto, venga usted conmigo.



Seguile en medio de las tinieblas y del silencio; abrió una puerta y penetramos en una salita: el coronel encendió luces y, sacando una navaja de afeitar, me dijo:

—¿Sabe usted afeitarse solo? Es preciso hacer desaparecer esa barba.

Le dije que sí, pero observando el que mi pulso temblaba, asegurome que había sido barbero en su juventud y que procedería a rasurarme. Quedé completamente desfigurado, y más aún cuando troqué mi traje por uno del asistente del coronel T. A los seis días después, me hallaba yo sano y salvo a bordo del vapor americano que salía una hora más tarde para La Habana. Al despedirse, díjome el coronel:

—¡El general Díaz ha cumplido su palabra! No es un león como lo pintan.

—Ahora, señor Lerdo, las quejas son....

¡Hombre, hombre! Leoncitos a mí, a mí leoncitos, ¿y a estas horas?

Así exclamando, dejé caer la carta sin concluir de leerla: ¿qué me importan las querellas extraoficiales de esos señores? Lo que me asombra y suspende el ánimo es eso de que el señor Díaz salvara la vida al señor Márquez, porque el hijo político del señor Romero Rubio resiste a todas las tentaciones, a todas, menos a la de matar y desear la presidencia.

Señor Navarro, llega usted a tiempo, ¿cree usted que don Porfirio perdonara la vida a Leonardo Márquez?

La respuesta es muy sencilla; ¿era amigo del general Díaz el agraciado?

—No, era enemigo.

Entonces lo creo: si ha sido su amigo, no doy una peseta por la vida de don Leonardo, Pero entiéndase que lo dice Juan Navarro, doctor en medicina y cirugía, y no el cónsul Navarro.

—Enterado, amigo don Juanito, enterado.



Desde ese día, para evitar recibir cartas desagradables como la anterior, hice extensivo el cordón sanitario para toda clase de epístolas nacionales y extranjeras, así como también para los personajes equívocos que, de visita en Nueva York, echan un vistazo para mi casa con esa curiosidad estúpida del patán que pasa horas enteras en la *Ménagerie*, contemplando la jaula del águila encerrada.

BURRO VIEJO Y LUNA NUEVA

Una radiante mañana de la Primavera de 1882, me dirigí al *turf* de Coney Island, invitado por uno de los miembros del Jockey Club de Nueva York. Los médicos me habían prescrito mucho ejercicio al aire libre, alimentación nutritiva, abstinencia completa de labores intelectuales: se me había impuesto este régimen debido a la sensible postración cerebral que me aquejaba, la que revestía tal gravedad, que mis ideas comenzaban a ser vagas e indecisas, como estrellas de invierno en estos cielos del norte. Una idea, sobre todas, se había incrustado en mi cerebro como el coral en la roca marina: la traición de unos cuantos mexicanos y la indiferencia de la mayor parte. ¿Harán una manifestación popular para llamarme a la patria? ¿Se habrán convencido de que después de pelear tantos años por la libertad, sólo han recorrido un círculo vicioso, viniendo a caer de rodillas ante el sable? En vano quería espantar esa idea que me perseguía como aguijón de mosca en úlcera abierta: ¡Imposible! Y las horas pasaban con los días, y los días con los meses, y los meses con los años, y allá en México, ni una revuelta que acuse virilidad, nada: ¡ruido de botellas, de dinero y de fusiles, armonías de taberna, de garito y de cuartel!

¿Pero qué me importa todo eso? Veamos el *turf* ¡Ah! Ese caballo se llama Kingston, y aquel otro de color anaranjado es Prince Royal. Los corceles parten con la velocidad del hu-



racán: de repente uno de los jockeys, a media carrera, cae a tierra precisamente frente a mí. ¡Hombre, lo mató!, y medio muerto se quedó inmóvil; yo me acerqué, el jockey movía los dedos murmurando entre dientes: *¡my whip!* ¡Ah! Pide el látigo. ¡Oh, poder de la idea fija!

Y torné a pensar en México.

Al día siguiente, al leer el *Herald*, me encontré con el delicioso párrafo que a continuación traduzco, y que he conservado como un modelo del reporterismo de los Estados Unidos.

Un repórter del *Herald* ha sido el primero en entrevistar a Mr. y Mrs. Porfirio Díaz, lo mismo que al suegro (*father-in-law*), y otros distinguidos mexicanos que se hospedan en el Hotel B. El general es un hombre de color bronceado, ojos duros y bigote áspero; su estatura es elevada y sus maneras son las de un soldado. Es hombre de edad madura, aunque representa apenas de cincuenta a sesenta años; no habla más idioma que el español, y tuvimos que entendernos con él por medio de intérprete. Mrs. Díaz es una joven blanca y delicada, tan joven que parece ser su hija. A este particular, nos refiere el intérprete la siguiente anécdota: entre Chicago y Nueva York, entró al mismo carro ocupado por los ilustres viajeros mexicanos un joven millonario de Chicago, cuya familia ha acumulado millones degollando puercos. Impresionado a la vista de la bella flor de los trópicos, y juzgándola hija y no esposa del general Díaz, Mr. Bacon (así se llama el joven), se enardeció al extremo de seguir a los honorables viajeros hasta el hotel, con la esperanza de adquirir allí el nombre de la linda incógnita. Y cuál no sería el descontento del Hamlet chicaguense, sabedor de que la dama perseguida no era *Miss*, sino *Mrs.* Díaz, es decir, no una señorita, sino una señora.



Salté de la cama echando al aire las sábanas; me impresionó más esta noticia que la recibida después del triunfo de Teacoac. Porque ésta sólo amenazó mi vida, mientras que aquélla amenazaba mi dignidad, que yo estimo más que la vida. Digo mi dignidad, porque los notables huéspedes tratarían indudablemente de visitarme, cosa más difícil de evitar que los pronunciamientos de antaño del benemérito caudillo: si los recibía, tendría que estrechar la mano de un enemigo desleal y la de un amigo más desleal y peligroso que el enemigo mismo, situación nada agradable para un temperamento nervioso como el mío. Ahora, dado el portentoso cinismo del suegro y del yerno al ofrecerme una posición oficial por conducto del señor Hammeken, era de temerse que tuvieran la audacia de hacer irrupción en mi domicilio, y al tenerlos dentro, claro es que no podría arrojarlos con la escoba sin violar las leyes de la hospitalidad, que me son sagradas, y las de la decencia, que me son geniales.

Antebellum, puse mis habitaciones en estado de riguroso sitio, ordenando a Espinosa que no dejara acercarse a ningún sospechoso, declarando sospechosos también a los señores Navarro y Alvarado, que podrían ser fácilmente cohechados para guiar a los señores Díaz y Romero Rubio dentro de mi fortaleza.

El asalto no se hizo esperar; ese mismo día, a las 6 de la tarde, recibí por el teléfono interior el siguiente parte:

—¡Señor Lerdo!

—Aquí estoy.

—¡El enemigo avanza sobre la derecha, mírelo usted con precaución!

—Enterado. Vuelva usted a su puesto de guardia.

¡Este Espinosa vale oro en cuarzo!

Me acerqué con pasos de gato a la ventana de la derecha, levantando la cortinilla muy suavemente. Por la acera de la izquierda venían tres personajes de la más extraña catadura:



en su contoneo de pugilista y mal llevada levita, reconocí al más alto: Don Porfirio Díaz. Seguía una persona regordeta que menudeaba el paso: Romero Rubio, y cerraba la marcha una personilla negra, vestida de verde, algún general oaxaqueño. La columna de asalto miró por un instante la fachada de mi casa, aproximándose después a la embestida. Retiréme de la ventana y acerqué mi oído a la puerta del fondo: se oía un vago rumor de pasos y de voces amortiguadas en la alfombra. Pasaron cinco minutos, y la campanilla del teléfono comenzó nuevamente a repicar:

—¿Es usted, señor Espinosa?

—Sí, señor, el mismo. El enemigo se aleja por la izquierda, pero no desmoralizado.

—Enterado, suba usted a rendirme parte.

Subió. Este Higinio Espinosa ha permanecido a mi lado durante todo el tiempo de mi destierro. No olvidaré su abnegación a la hora de escribir mi testamento. Es un joven, pero su calvicie es tan grande, que visto por detrás parece estar de frente, y no se sabe a punto fijo si la nuca es la cara o la cara es la nuca. No parece sino que por cada idea que brota de mi cerebro se le muere un cabello. ¡Terrible!

Entregóme dos tarjetas, la del general Díaz y la de Romero Rubio; prometían volver al día siguiente y suplicaban ser admitidos.

Según la breve conversación que tuvieron con Higinio, traían el *santo y seña* de mis hábitos interiores y exteriores, las horas en que me recogía y alimentaba, las horas en que salía a mi ejercicio cuando el buen tiempo así lo convidaba a hacer.

No les falta más que un croquis del *Lenox House* para cortarme la retirada. Se presentaron al día siguiente trayendo en rehenes al señor Navarro; es cierto que sospecharon de mi resistencia en admitirlos y quisieron abrirse paso hasta mí por medio de una *ruse de guerre*. Afortunadamente



para mí y desgraciadamente para ellos, mi puerta, como mi mano, quedará cerrada ahora y siempre para gente semejante! Volvieron una vez más y una vez más por todas fueron inexorablemente rechazados.

Ni descalzándose hollarán sus inmundos pies el tabernáculo sagrado de mi hogar. ¡Nunca! ¡Nunca!



¿Cuáles eran los móviles de esa intentona de reconciliación? Tanto para el suegro como para el yerno he sido algo más que un enemigo que cae, un remordimiento que se levanta, no remordimiento de esos que afectan la conciencia individual (que ellos no la tienen) sino más bien la colectiva; mientras yo permaneciera en el ostracismo, mi actitud se definiría en México como una protesta a todos los actos del gobierno. Una reconciliación implicaba lógicamente una sanción: sanción del poder usurpado y de todos los actos de su procedencia. En el espíritu público, un acto de esa magnitud hubiera acallado muchas murmuraciones y destruido en germen una revolución que hoy fermenta en el alma nacional.

Se comete un fusilamiento en masa, *verbi gratia*, como el de Veracruz: oíd cómo ese espíritu público se expresa:

“Don Sebastián no habría perpetrado semejante atrocidad”.

Se hipoteca la patria con onerosos empréstitos extranjeros.

“Don Sebastián jamás lo hizo: ¡es un buen mexicano!”.

Se amordaza a la prensa, se le humilla y se envilece.

“Don Sebastián, verdadero liberal, jamás soñó con tan odiosos despotismos!”.

El pueblo emite un reproche y le da fuerza con una similitud personal: esa personalidad —que es la mía— va asociada con una serie de hechos paralelos.



¿Cómo debilitar esa oposición que tiene, por decirlo así, una encarnación?

Suprimirme a mí —eso es evidente— pero no suprimirme como hombre, sino como un símbolo del derecho. Para llegar a esta última solución, no habría más medio que el de una transacción: una vez hechas las *paces*, se me suplicaría volver a México, como ya se me había brindado con un puesto diplomático. Mi retorno al país se habría interpretado como un reconocimiento tácito del actual orden de cosas, disminuyendo, si es que no extinguiéndose del todo, la pasiva hostilidad y repulsión que inspiraban al pueblo los nombres de Díaz y Romero Rubio.

Porque los mexicanos somos como los granos de pólvora, solos nada valemos, pero juntos hacemos explosión.

Luego, así el suegro como el yerno, o sean Herodes y Pilatos, al llamar a mi puerta con fenomenal cinismo y sin proveerse antes de una máscara de bronce, lo hacían impulsados por un refinado egoísmo y una dolosa ambición. Yo los abandono al desprecio nacional.

Y no sé, en verdad, cuál de los dos será el más despreciable, si el que vendió a la hija o el que la compró.

Ocho mortales días duró el estado de sitio; al noveno, pregunté por el teléfono del señor Navarro:

—¿Se fue ya *l'homme qui pleure*?

Y una voz que sospecho no sería la del señor Navarro, por lo gangoso, me respondió:

—¡Ya se fue con *l'homme qui vende!*

EL ROUGE ET NOIR

Cuenta Rabelais, en su libro *Gargantúa*, que las primeras palabras que pronunció este gigante cuando comenzó a hablar fueron las de ¡*A beber, a beber!*



El gobierno del señor Díaz, que ya es gigante en el vicio, balbuceó desde la infancia estas otras:

—A jugar, ¡a jugar!

Entre la baraja y la ruleta, ha nacido la generación de 1879.

Cuenta 10 años de vida, está todavía en la infancia, pero sabe distinguir con más claridad una sota de bastos que una línea tangente en geometría o un diámetro polar en geografía.

Es indudable que las primeras impresiones son las más indelebles. El gitano que desde niño ve practicar el escamoteo sale tan suelto de manos, que ratea hasta los mismos bolsillos de su padre que lo engendró.

Hay en el muchacho la idea refleja que hay en el mono: hace lo que ve hacer sin ver lo que hace.

Un amigo de México me escribió a este respecto un curioso episodio:

Cierto día —me dice— salí con mi hijo, que apenas hace *piñitos*, con el objeto de comprarle algunos juguetes: en vano recorrí todas las tiendas donde éstos se venden, enseñando a la criatura ya caballitos de palo, ya soldaditos de plomo, ahora cochecitos, más allá muñecos de todas formas, y nada le agradaba y seguía haciendo pucheros. Por fin, en la última visita, había miniaturas de ruleta con su correspondiente juego de colores: ver estos juegos y abalanzarse sobre ellos el niño, todo fue uno. No sin asombrarme compré la ruleta, cavilando el porqué mi Juanito había concebido tan extraño capricho. No podía ser hereditario porque ni yo, ni mis padres ni abuelos hemos jugado en la vida. Procuré aclarar el misterio y a los pocos días lo descubrí: era que la pilmama asistía con el niño en brazos a la casa de juego de la calle del Coliseo.

En mi administración no se permitió ningún juego de azar; de aquí que los tahúres se convirtieran en mis más furiosos



enemigos y amigos del señor Díaz. ¿Y qué otra cosa era entonces este señor, sino un albur revolucionario?

Me acaba de llegar una carta en que se me da cuenta de un suceso trágico originado por el juego: la muerte del conde Juanini, ministro de Italia cerca del gobierno de México. Extracto de ella lo esencial:

Se acaba de suicidar el conde Juanini, que usted conoció en Nueva York. Inicióle en los misterios del tapete verde el general Pacheco, y aún se dice que entre éste, Diez Gutiérrez y Naranjo lo despojaron de *diez mil libras* en su iniciación. El diplomático quiso resarcirse de esa pérdida frecuentando las casas de Alfaro y Martell, es decir, huyendo de los perros, fue a caer en las garras de los lobos. Excuso decir a usted que si aquéllos lo desplumaron, éstos lo desollaron vivo. Viéndose perdido, el desdichado noble italiano recurrió nuevamente al señor Pacheco, jugando con éste y perdiendo en una sola noche todas las joyas de la Condesa, que el descorazonado cojo tuvo la imprudencia de aceptar sin ningún remordimiento. Juanini volvió a su casa a las cuatro de la mañana en el carruaje de Pacheco; se vistió con esmero de rigurosa etiqueta, fue a dar un último beso a sus hijos, cuando ya la mañana clareaba, y encerrándose en su estudio, se disparó una pistola de duelo en el oído derecho. Esa tragedia es el tema de todas las conversaciones en esta ciudad.

El señor Romero Rubio, cuando era ministro de mi gabinete, se había empeñado en que permitiéramos el juego, y me decía con ese refinado cinismo que le es genial:

—El vicio del juego, señor Presidente, está en el temperamento nacional; autorizándolo no hacemos más que obedecer a las leyes de la tradición y a una exigencia del instinto mexicano.



—Pero, señor Ministro —le respondía yo asombrado— el dinero procedente de todo juego de azar trae la desgracia.

Escrúpulos, señor Lerdo, escrúpulos, señor Lerdo, y nada más: el dinero no tiene olor, *non olet*, como decía nuestro maestro en latín.

El día en que recibí la carta anunciándome la muerte de Juanini era el de mi natalicio; cumplía 65 años de vida, y me hallaba tan solo como cuando estaba en el vientre de mi madre. ¡Oh! Si mi cuna está muy lejos, ¡mi sepulcro no está muy distante! ¡Mi cuna queda allá en Jalapa escondida entre flores y nubes! Tenía yo en abril de 1829 cuatro años cuando vi pasar por Jalapa al presidente don Guadalupe Victoria; iba jinete en un caballo prieto, sonriente, con un gran sable que brillaba como un chorro de agua a la luz del sol. Le arrojé un ramo de flores, mientras mi hermano Miguel me sostenía en sus brazos para alcanzar al borde del cercado. Montañas azules, cielo radiante... (pero alguien llama a la puerta; debe ser el señor Navarro).

Es tiempo ya de que presente a ustedes al señor Juan J. Navarro, cónsul endémico de México en Nueva York. Es un indito de la misma tribu de don Juan N. Méndez; es alto, huesoso, de piel áspera y apergaminada, de piocha y bigote canos y de cabellos blancos que de lejos parecen un turbante en una cara de viejo beduino. No obstante sus 60 años, está más bien conservado que un chile en vinagre; representa apenas 50. No le hace un servicio a nadie, pero ni lo pide tampoco.

Dice que su patria la lleva en el bolsillo, y dice bien. La muerte de la primera mujer y de la hija, en un mismo día, de vómito, envolvió a ese espíritu en densas sombras que el tiempo no ha podido disipar todavía. Dicen que la vida es para el cristiano una prueba, para el brahmán una carpa, para el budista un sueño y para el pesimista una pesadilla. Para don Juan Navarro, que no es cristiano, ni brahmán,



ni budista, ni siquiera pesimista, la vida es el consulado, el pasado es el consulado, el presente es el consulado y el porvenir es el consulado de Nueva York. Así como no se puede concebir al señor Díaz sin el llanto y la presidencia, a don Juan no se le puede imaginar sin el consulado.

Es tan económico, que si la noche lo llega a sorprender en la calle, se quita los zapatos para no gastarlos y sigue adelante descalzo. Si llueve, se quita el sombrero y cierra el paraguas; si tiene hambre, bebe agua; si tiene sed, come pan. Todos los días lleva al consulado en la bolsa del sobretodo el almuerzo de la mañana, consistente en algunos mendrugos. Sus dientes son blancos y aguzados como los de un jabalí en el invierno o los de un beato en tiempo cuaresmal.

A pesar de esos pequeños defectos, conozco que tiene por mí gran predilección.

—Primeramente, amigo y señor don Sebastián —dijóme al entrar— saludo a usted deseándole muchos días como éste.

—Gracias, hombre, gracias.

—Después, me permitirá que le riña por haber desatendido la súplica de su ahijada, Carmelita Romero Rubio, que escribió a usted rogándole recibiera a su papá y a su esposo (a Romero Rubio y a Díaz), a quienes usted tuvo la dureza de dar con las puertas en la cara.

—Mire usted, don Juanito, hablemos de otra cosa, que estos asuntos me ponen más nervioso que una doncellona.

—Al contrario, señor Lerdo, hablemos del asunto. ¿Sabe usted que la actitud de crueldad observada por usted ha estado a punto de dejarme sin el consulado? Y sin el consulado, la vida me es perfectamente odiosa.

—Pues escuche usted, señor Navarro, la carta que me dirigió mi ahijada Carmen con ese motivo: voy a leérsela a usted con todos sus puntos y comas.



Nueva York, abril 21 de 1883.— Señor Lic. don Sebastián Lerdo de Tejada.— Mi muy querido padrino: Es tal el gusto que tengo al escribirle y la ansiedad que siento por verle y abrazarle, que quisiera que el día de hoy fuera el de mañana y el mañana durara mucho tiempo. Papá entregará a usted esta carta, si no en propia mano, momentos antes de verle. Porque lo verá a usted, ¿no es verdad, querido padrino? Va acompañado de mi esposo, el general Díaz, que también es para verlo y reconciliarse con usted. Si supiera usted, padrino, qué bueno y generoso es mi marido, le perdonaría usted todos los males que involuntariamente le ha causado. Él está deseoso de que usted vuelva a México, tan deseoso como papá y mamá; sus enemigos lo calumnian presentándolo como un hombre cruel y rencoroso, siendo el reverso, humanitario y generoso como pocos. ¡Oh!, padrino, padrino, ¡cuánto tengo que decirle cuando hablemos a solas! Dios perdonó a sus verdugos en la cruz; ¿perdonará usted a papá, que, lejos de ser un verdugo, solamente ha sido muy desgraciado? Hoy irán a verlo, y como no dudo que usted los recibirá, ya me preparo yo para tener la gran dicha de verlo y quizá volvernos justos a México, como quedo de rodillas pidiéndoselo a la Virgen de Guadalupe que he traído conmigo. Le manda mil expresiones de cariño su ahijada

Carmen".

—¡Ah! ¿Llora usted, señor Navarro?

—Es que me acuerdo de mi hija.

—Si he mostrado a usted la carta de mi ahijada, señor Navarro, ha sido para demostrarle que si no accedí a la plegaria de una señora, menos podía acceder a la intervención amistosa de un cónsul.

—Tiene usted razón, amigo y señor don Sebastián, y haga usted de cuenta que mis palabras son tajos en el agua.



Y ya que se trata de confianzas, diré a usted que el general Díaz se ha cubierto de ridículo en los Estados Unidos. No tiene maneras, no sabe vestir, ni mucho menos hablar y estar entre gentes. Figúrese usted que en la recepción del Club X escupió en las alfombras y estuvo a punto de salir por un espejo. Hace poco recibí una carta de Nueva Orleans, en la que me decían lo siguiente: “Hoy en la mañana, se embarcó Díaz y su *ménagerie* en el vapor *Whitney*, que va para Veracruz. Quiso el diablo que a esa hora se hallara en la calle del Canal al general Martínez y a otras personas de mundo, capaces de burlarse hasta del lucero del alba. Díaz y su comitiva iba en procesión: nuestro presidente, en vez de vestir traje de camino, iba de chistera de seda, frac, chaleco y corbata blancos. Alguien creyó que era un agente de circo y los muchachos corrían tras él gritándole: ¡*Stop, clown!* ¡*Stop, clown!*”

Y para remachar el clavo, dirigió un ceremonioso saludo al general Martínez, quien volvió la cara a otro lado, asqueado por tan repugnante desfachatez. A los que somos partidarios sinceros del general Díaz, nos duele que a cada paso se ponga en ridículo”.

Después de leer esa singular epístola, el señor Navarro la arrojó al fuego, quedando entre las cenizas sepultado en nombre de su autor.

—¿Y sabe usted, don Juanito, que el juego está haciendo estragos en México?

—Ranciedades, amigo don Sebastián, nada más que ranciedades. El juego, si para ciertos pueblos es un vicio, para México es una necesidad, no solamente política, sino también sociológica. Para muchos de nuestros paisanos el trabajo es una de las cosas más fastidiosas; luego tienen que jugar o revolucionar: si lo primero, ellos solos se dañan y dejan en paz al gobierno; si lo segundo, dañan también al gobierno no dejándolo en paz. Y como la tranquilidad es la base de la moralidad pública, tiene usted que el juego en política es



una elemento moralizador. En el tapete verde hay dos fuerzas de antagonismo perfectamente equilibradas: la del que pierde y quiere desquitarse, y la del que gana y quiere ganar más, al uno y al otro nada les importa la forma de gobierno: su actividad intelectual gravita en estos dos vocablos, respectivamente: la *ganancia* y la *pérdida*. Anteriormente se acumulaban fortunas por medio de las revoluciones; al presente se adquieren por medio de los albures y las loterías. Así, en sana lógica, el gobierno del general Díaz ha obrado sabiamente en permitir y fomentar toda clase de juegos. Yo prefiero ver a México convertido en un inmenso tapete verde, que transformado en grandioso campo de batalla. Y adviértase que no habla el cónsul, sino Juan J. Navarro.

—Pero, compadre Navarro, tiene usted la ferocidad de un Schopenhauer.

—¿Ha dicho usted de un jaguar?

—No, hombre, me refiero a un pesimista alemán.

—Es lo mismo, pero yo le juro, por la ceniza de mi cigarro, que si usted hubiera autorizado albures y loterías, ésta es la hora en que *Jambe de coq* no estaría en el Ministerio de Fomento. Pero vamos a otra cosa, que a lo que vengo, vengo: aquí está esta cajetilla de cigarrillos habanos como humilde *souvenir* del día de su natalicio. ¿Y a dónde está la botella de coñac? ¡Uf! ¡Hace un calor *tropical!*, ¡uf!

DON SEBASTIÁN, PIDO A USTED MIL PERDONES

La tarde del 21 de abril de 1886, me había propuesto visitar el Parque Central en compañía del doctor Alvarado; era una de esas hermosas tardes que marcan la transición del invierno al verano en estos climas; uno de esos brillantes y calurosos que derriten el último témpano de nieve y hacen brotar las lilas azules en el húmedo sendero. Poníame ya mis guantes



color de palo de cereza y abría mi saloncito de recibo, cuando una forma humana me interceptó el paso diciéndome cortésmente:

—Don Sebastián, pido a usted mil perdones.

El interior de las casas americanas es generalmente oscuro: construidas en breve espacio de terreno, procuran ganar en altura lo que han perdido en extensión. Carecen de patios y todas las habitaciones se comunican unas con las otras por medio de sombríos y alfombrados pasillos, iluminados en invierno por un globo de gas o luz eléctrica.

En aquellos momentos, la penumbra era completa, y sólo distinguí a través de ella los rayos oblicuos que partían de unos lentes.

—¿Con que no me conoce usted, señor Lerdo? Soy Vicente Riva Palacio.

—¡Hombre! ¿Por qué no me lo había dicho usted antes? Pase usted, pase usted.

Nos estrechamos las dos manos, casi nos abrazamos.

—Pero usted iba a salir, señor Lerdo, otro día volveré.

—No importa, tengo más placer de ver a usted que en salir a la calle. Nos sentamos.

Riva Palacio es un mestizo de 60 años, un poco jorobado y patizambo, como don Francisco de Quevedo y Villegas, y como éste, desbordando en ingenio, pero ingenio en forma agresiva e insana. Es general, licenciado y literato: como general, no vale nada; como licenciado, vale poco, y como literato es muy distinguido. Sin ser de la fealdad cuasimódica del señor Gochicoa, don Vicente es una de nuestras más feas glorias nacionales. Es lo que se llama un temperamento *lírico*: podría escribir bellas estrofas, sentidos poemas, chistosos libros, pero nunca alcanzará la alta concepción histórica y científica que Carlyle llamaba *intensity of spirit*. Digo esto último, porque el señor Riva Palacio se ha metido a escribir historia sin ser un hombre científico y ha escrito sobre polí-



tica adoleciendo de la misma deficiencia. Fuera de su ignorancia en materia científica y de su profunda erudición en bellas letras, el tal señor es por todos conceptos agradable, apreciable y estimable. Y no se diga que el rencor me obliga a tratarle con aspereza: yo no guardo rencor con las gentes que me ayudaron a bajar del gobierno sino con las que me ayudaron a mantenerme en él.

Cuando el señor Riva Palacio quiere pelear, coge la pluma, cuando quiere escribir, coge la espada. Tiene mucha vanidad y mucho talento, quizá más vanidad que talento. Es peligroso como amigo y bueno como enemigo. Le gusta exhibirse y exhibir —exhibir las faltas de los otros, y exhibirse como persona de cualidades, calidades y cantidades—. Una de sus más grandes preocupaciones es la de tener y andar en coche: le gusta ver y ser visto, más que lo vean a él, que él ver a los demás.

Riva Palacio es un hombre que ha derramado más tinta que sangre, porque estoy seguro de que en su vida no ha matado ni un mosquito. Quitando su vanidad de poeta y de político, es un hombre honrado a toda prueba, incapaz de cometer una violencia cuando se halla en el poder, buen confidente, mejor consejero y personalidad altamente meritosa. De él se puede decir lo que decía Talleyrand de sí mismo:

Est-ce qu'un homme habile a jamais besoin de crimes? C'est la ressource des idiots en politique. Le crime est comme le reflux de la mer: il revient sur ses pas, et il noie. J'ai eu des faiblesses, quelques nous disent des vices, mais des crimes? Fi donc!

—Voy de Ministro a España, comenzó el señor Riva Palacio, después de ofrecerme un hermoso puro tuxtleño.

¡Singular coincidencia!, el mismo puesto con que a mí se me brindaba no hace mucho tiempo, le respondí con atenta curiosidad.



—¡Ah! ¿Con que a usted también?

Ni más ni menos: con la sencilla diferencia de que entonces había cólera en la península, y al presente no hay más que terremotos. Pero dígame usted, proseguí, dando otro giro a la conversación,—¿fue cierto que estuviera usted nueve meses encerrado en la prisión militar de Santiago Tlateloclo?

—Exactamente, pero sólo fue una pequeña broma de mi amigo el señor Romero Rubio.

A mí me habían informado que fue motivada por la cuestión del níquel, que pronunció usted un discurso borrascoso, aconsejando que los troqueles del níquel fueran quemados en la plaza pública, tal como lo fue la guillotina en París después del 9 *thermidor*!

—Es verdad todo eso, señor Lerdo, pero yo, confiado en la inviolabilidad que como representante del pueblo se me debía, había dicho, como en otro tiempo el Duque de Guisa: *¡Ils n'oseraient!*

—Y ya usted vio que no sólo osaron, sino que abusaron.

—Pero si no he oído mal, decía usted que el señor Romero Rubio...

—¡Fue el autor anónimo de la persecución que yo sufrí! Es la pura verdad. El señor Díaz obró bajo la presión del suegro. Estos señores han jugado con mucha inteligencia, pero en los juegos peligrosos, además de la inteligencia en la acción, se necesita la sagacidad en el procedimiento. Este último faltó a los señores Díaz y Romero Rubio para que su obra fuera una segunda maravilla en maquiavielismo. Entre tanto, querían nulificar al señor González como presidente, rodearle de obstáculos en la marcha financiera de su administración, crearle enemigos en todas las clases, fortificar un espíritu de oposición que, sin permitirle nunca llegar a las vías de hecho, mantuviera al gobierno gonzalista en constante alarma y en menguante prestigio ante la opi-



nión pública. El vulgo, dado a hacer comparaciones entre lo pasado y lo presente, siempre juzga con más benevolencia lo que tuvo ante los ojos que lo que tiene a la vista, más aún si entre lo que fue y lo que es hay la diferencia de lo peor a lo pésimo. No se sabe todavía de cuál cerebro privilegiado brotara la idea del níquel; lo que sí es una verdad tangible es que surgió de la casa de Romero Rubio. Díaz sugirió la idea al general Pacheco, alma condenada de don Porfirio, y de Pacheco pasó sin dificultad a las regiones del gobierno, no ya como una idea y un proyecto, sino como una imposición del porfirismo. Por supuesto que se preveía el conflicto y el fracaso, y tan es esto cierto, que ningún financiero protegido de los señores Díaz y Romero Rubio, directa o indirectamente, tomaron participación e interés en una empresa cuyo fiasco era de certidumbre matemática. Pero con la emisión del níquel se lograba el objeto del complot —desprestigiar al gonzalismo y hacer indispensable la vuelta del porfirismo al poder—. Y no porque Díaz temiera una infidencia de González, sino más bien para aniquilar a éste políticamente y ameritarse él a expensas de su amigo. En todo caso, si don Porfirio moría, el señor Romero Rubio podría sustituirlo en la presidencia.

Cuando el conflicto esperado hubo de estallar, el señor Díaz se dio ínfulas de *mediador* entre el pueblo encolerizado y el gobernante transgresor. Zanjada la dificultad, comenzaron luego las alabanzas al *mediador*, venales las unas y escritas de antemano; espontáneas las otras e inspiradas en el candor de algunos opositores, pero el tiro porfirista había dado en el blanco, el estilete italiano del señor Romero Rubio se había clavado hasta el puño en la espada del gonzalismo.

—¡Cuánto cieno!, no pude menos que exclamar, llevando involuntariamente la mano al pañuelo.

—Algunos diputados tomamos la cosa muy a lo serio: yo tuve la desdichada idea de pronunciar en la Cámara un



vehemente discurso que, haciendo cómputo aritmético, me costó tantas horas de prisión cuantas palabras contenía. Granados, Duret y otros muchachos, con cierto instinto tribunicio, vieron en el negocio del timbre un campo abierto a la oratoria, un horizonte donde dilatar sus ideales, y arremetieron con brío, no a los hombres de aquella situación, sino al *hombre* de Tuxtepec y sus dogmas políticos, al gran perjuro. El general Díaz, temeroso de que sus maquinaciones fueran descubiertas e indignado por la audacia de los jóvenes diputados, dijo estas frases iracundas, que se han cumplido al pie de la letra: “Mientras yo viva, esos individuos no serán nada en el gobierno, ni siquiera barrenderos”.

Anochece: Espinosa encendió las luces de la habitación y un criado procedió a arreglar la mesa para mi comida ordinaria de la noche, porque desde que vivo apartado en *Lennox House*, como solo, tan solo como Job en el estercolero. Invité cortésmente a mi huésped el antiguo redactor en jefe de *El Ahuizote*, que aceptó con llaneza mi invitación, más sediento de mi plática que de mi vino de Borgoña. Cuando atacábamos el *caneton rôte*, el señor Riva Palacio dio rienda suelta a su verba, prosiguiendo:

—En verdad, señor Lerdo, que todos nos hemos llevado un chasco soberbio con el señor Díaz, amigos y enemigos de él: los primeros lo teníamos en el concepto de ser un hombre sincero y patriota, aunque un poco débil, y nos ha salido más falso que un diamante de Moisés Rojas, más traidor que Bazaine y más enérgico que el doctor Francia o Rosas, los célebres tiranuelos del Sudamérica. Los últimos, es decir, ustedes los enemigos, se lo imaginaban un idiota incapaz de gobernar, de intrigar y de matar.

—¿Luego es también intrigante?, pregunté al ex redactor de *El Ahuizote*.

—No exactamente: cuando se trata de matar, no pide consejos a nadie; pero cuando quiere asesinar moralmente,



ahí está el suegro que tiene más malas ideas que don Javier Osorno viruelas. El uno fusila y galardona; el otro desprestigia y corrompe. Voy a contar a usted, antes de levantarnos de la mesa, otra hazaña de ese pícaro, de ese *coupe-jarret* de Romero Rubio: entre él, Justino Fernández y Chavero, proyectaron y redactaron la ley que amordaza la libertad de la prensa. La idea no podía ser más luminosa y espléndida en aquellos momentos: al gobierno del general González le faltaba un año para expirar, y expirando, entrarían Díaz y Romero Rubio al poder como Pedro por su casa. La atmósfera moral del país, o lo que se llama el periodismo, no se presentaba muy halagüeña allá por el año de 1883. Romero Rubio, Ceballos y otras personalidades altamente desprestigiadas temían volver a caer en el lodo si tornaban a ser flagelados por la mano airada de la prensa.

Para eludir su castigo ineludible, había que suprimir el artículo constitucional que generalizaba la libertad absoluta de la emisión del pensamiento; pero suprimirlo al inaugurarse el nuevo periodo presidencial además de ser un poco tardío, arrojaría sobre el porfirismo la ignominia histórica que no se tenía el valor civil de afrontar. En tanto que si se colgaba el sambenito al congreso gonzalista, toda la horda gochicochina resultaría tan limpia de su mancha como la ropa interior del arzobispo. Caifás aceptó regocijado el proyecto de Anás: y un día (el menos pensado), la hermosa ciudad de los albañales despertó al ruido de los cañoncitos, las cornetitas y los soldaditos.

—¡Hombre, hombre! ¿Se celebraba el natalicio del señor Díaz?

—Mejor que eso, ¡se celebraban los funerales de la Constitución!

—¿Pero el suegro y el yerno se lavaron las manos?

—Naturalmente, don Sebastián, naturalmente, el uno se las lavó en sangre, como de costumbre, y el otro en... *pero peor es Menelao*, me olvidaba que estábamos en los postes.



El señor Riva Palacio encendió un puro tuxtleño, y seguimos a la mesa hasta muy entrada la noche; al despedirse de mí, djíome no sin un fondo de amarga sinceridad:

—¡Ah! ¡Don Sebastián, don Sebastián, yo daría mi brazo por no haber escrito las terribles groserías de *El Ahuizote!*

La silueta de aquel hombre de mérito se perdió entre el radio tenebroso y lívido proyectado por un globo de luz eléctrica.

—¿Lo volveré a ver?

Cuando volví a la mesa y noté sobre la bandejilla la ceniza que había caído del puro del general, quedeme pensativo observando ciertas analogías de accidente entre aquella materia inerte y la vanidad de las cosas y los hombres de este mundo.

Hic jacet pulvis, cinis, nullus.

ABRAHAM. *A TOUT,
SEIGNEUR, TACET HONNEUR!*

Según el libro del *Génesis*, el padre Abraham era un pobre alfarero que se ganaba la vida modelando estatuillas de dioses y animales: el hijo, que no poseía tan felices disposiciones en la ciencia plástica y que por otra parte era un predestinado, creyó más conveniente haraganear en todo el valle de Menfis, sin preocuparse del ayer, ni mucho menos del mañana. En esta agradable ociosidad lo sorprendió la vejez sin haber hecho nada, ni siquiera cohabitar, no obstante que encontraba bellezas orientales a cada paso. Para sacarle de este lamentable olvido, Jehová hizo descender un ángel mientras el amigo Abraham roncaba profundamente bajo la sombra de una palmera; recordole el ángel sus deberes de hombre predestinado, y queriendo allanarle el camino matrimonial, presentole con una hermosísima doncella llamada Sara, cuyos ojos eran dos estrellas fulgurando en la noche silenciosa.



El amigo Abraham tenía entonces 75 años y su mujer 16: la unión, dada la desproporción de edades, no podía esperarse fuera muy fecunda que digamos, pero Jehová, siempre amable, se le apareció el día menos pensado, y le dijo:

—De Oriente a Poniente y de Sur a Norte, toda la tierra comprendida desde el delta del Nilo hasta las márgenes del Éufrates te pertenece, y tu descendencia será tan numerosa como el polvo de la tierra.

Abraham era muy dado a los viajes, y andando andando, resultó embarazada su mujer; un ángel que merendó con los esposos una tarde (una especie de tamalada al estilo de las del Cabrío) dio la feliz nueva a los esposos. Durante ese periodo de la luna de miel, la pareja bíblica vivió una pobreza desesperante, pero he aquí que un rey prendado de la belleza peregrina de Sara, obsequió a Abraham con una partida de camellos, un centenar de bueyes, dos ovejas y carneros, algunas vacas y odres de miel. Por supuesto que el patriarca había convenido de antemano con su mujer que ésta pasaría por su hermana, pues de lo contrario, corría peligro de ser descabezado. Con esos ganados, y escapando de acechanzas y seducciones, llegaron a salvo a la tierra prometida. Después de algunos años de nacido el primogénito, una mañana, Abraham se emborrachó con leche de burra, y llamando al chiquillo, le dijo:

—Mira, se me ha ocurrido cortarte el pescuezo, y después quemarte con leña verde: ve a la cúspide de aquella colina, prepara una hoguera y disponte a morir.

El muchacho obedeció, mas la vigilancia de Sara, al fin madre, dio tal paliza a su esposo cuando éste se preparaba a dar el golpe, que el pobre viejo murió al poco tiempo de quebrantamiento de huesos (*en el álbum del señor licenciado don Sebastián Lerdo de Tejada, diciembre 14 de 1857.*— M. Romero Rubio).



Ese día, víspera del golpe de estado de Comonfort, conocí políticamente al señor Romero Rubio: queriendo dejarme un recuerdo de esa fecha —que hoy tengo el derecho de llamar judaica— mi nuevo amigo se puso a escribir en mi álbum el peregrino trozo bíblico que arriba dejo copiado. Le acompañaba el señor Payno y hasta muchos días después, pude descifrar aquellas líneas para mí cabalísticas: Abraham significaba Comonfort; su hijo primogénito, la Constitución; Sara, la Patria.

Para que ustedes me entiendan mejor, será preciso decirles que el señor Romero Rubio, que estaba en el complot del *golpe de Estado*, venía a hacer cerca de mí el papel de delator, bien que su delación tenía hasta cierto punto un carácter heroico. El señor Romero Rubio era entonces agregado a la Secretaría de Gobierno del Distrito, posición análoga a la que ocupa al presente el señor don Ignacio Bejarano, aunque con menos emolumentos y más incertidumbre en las pagas. El joven *attaché* era una hechura de Comonfort, y servía a un gobierno legítimamente constituido: ¿podía, dadas estas circunstancias, convertirse en infidente al protector y traidor al gobierno? Si el golpe no iba en armonía con sus ideales, debía haber renunciado inmediatamente, acto delicado y pundonoroso en cualquier hombre de honor; pero aceptar implícitamente los términos de un complot, hacerse solidario de ellos aunque en esfera muy secundaria, para después irlos a denunciar sin ningún escrúpulo, como se denuncia una mina, es un hecho cuya atrocidad está fuera de todo término de apreciación. Estoy por creer, dada la malignidad de la denuncia, que el señor Romero Rubio se hizo este razonamiento: “Si el golpe de estado llega a cimentarse, llegaré a ser gobernador del Distrito; si fracasa, mi delación será meritoria a los ojos de los señores Juárez y Lerdo, que también me elevarán al Gobierno del Distrito. De todas maneras, yo salgo ganando”. Hay gentes que nacen para ser esbirros,



como hay otros que nacen con felices disposiciones para el baile, la cocina o la poesía; el carácter no varía, se modifica o altera, pero siempre permanece el mismo. Un árbol que da frutos venenosos los dará toda su vida vegetal, aunque en la vejez sean menos tóxicos. Como resultado de ese golpe, el señor Juárez fue reducido a prisión: cuando lo fui a ver, sus primeras palabras fueron éstas: “¿Y el profeta Abraham?”.

El profeta que no se había equivocado en sus profecías se equivocó en sus propósitos: fue destituido por el gobierno centralista, sospechándolo de connivencia con los liberales. La destitución del señor Romero Rubio fue simplemente un acto administrativo: todo se redujo a que el gobierno perdiera un espía que nosotros salimos ganando. Pero un enemigo pequeño es después de todo un enemigo: entonces don Manuel, con una imprentita conseguida no sé dónde, y pagada no sé cuándo, fundó un periodiquillo para vomitarle la ponzoña que lo estaba ahogando: habló muy alto de lo que más falta le hacía: de honor, de dignidad, de patriotismo. Llegó a ser tan valiosa su oposición, que mereció los honores de ir ocho meses a la prisión de la Acordada. De eso trataba él precisamente, de que nosotros, en presencia de ese martirologio, no sospecháramos de su sinceridad. Porque se hallaba en la situación de un hombre que, teniendo un abismo a sus espaldas y a los lados, tiene que caminar adelante por interés de su propia conservación. Miguel mi hermano me había dicho de él:

—No me gusta nada ese intrigantillo: se parece a una estampa de Falstaff, que tengo en casa.

La misma repulsión inspiraba a los demás liberales; en cuanto a mí —monstruosa ceguedad de la juventud—, no sólo no lo encontraba repelente, sino fatalmente atractivo. Cuando no hay una mujer cerca de nosotros, la amistad llega a adquirir tal vasallaje, que suele transformarse en una esclavitud recíproca. Los griegos establecieron leyes regla-



mentando la amistad: el amigo ingrato, el amigo falso, era flagelado por los sacerdotes del templo de Delfos, y sus *testicles* expuestos al diente de los perros. ¡Oh!, sabias leyes helénicas. ¡Cuánto necesita mi patria de vosotras!

En 1857, el señor Romero Rubio era un joven de 34 años, con las piernas más cortas que el vientre, el vientre más largo que el busto y el busto más pequeño que la cabeza: semejaba uno de esos animales de Australia que no tienen más que cabeza y estómago, digiriendo indistintamente por el estómago y la cabeza. Turbulento y enredador, traía en dimes y diretes a los miembros más prominentes del partido liberal, pero para que la lengua de ese patriota infatigable entrara en reposo, le mandó el comité residente en México, cerca de don Santos Degollado, en calidad de secretario particular, pero don Santos, que era de pocas pulgas y de más pocas palabras, se avino mal con su locuaz secretario, el que, dando rienda suelta a la lengua, ocasionó algunos duelos entre el Estado Mayor de Degollado, siendo de resultados funestos el habido entre el comandante Trejo y el capitán Escobar. Cuando aquel jefe republicano se resolvió a atacar a México, Romero Rubio desapareció misteriosamente en el camino, y Degollado, en carta dirigida más tarde al señor Juárez, se quejaba lacónica pero enérgicamente de aquel *charlatán* que tenía la lengua de *bayoneta* y el corazón de gallina. Los acontecimientos de la guerra continuaron en su natural desarrollo con alternativas de tiempo y de reveses. ¿Pero adónde estaba el señor Romero Rubio, espejo y luz de la chismografía en campaña y del chisme a domicilio? Ya lo creía muerto, cuando me escribió de Pachuca a Veracruz, ¡diciéndome que se estaba curando de una herida!

—¿La herida es en la lengua?, me preguntó el señor Juárez, con benigna y plácida sonrisa. A este propósito, no hace muchos días que, leyendo una especie de biografía del señor Romero, me encontré con la portentosa nueva de que



en el asalto de México en 1860, *una bala le mató el caballo al pie de Chapultepec*. Esto no es cierto por dos pequeñas razones: la primera, porque el señor Romero Rubio jamás ha montado a caballo, y la segunda, porque no se ha hallado jamás en un campo de batalla. Es ridículo suponer un guerrero donde no hay ni siquiera un hombre. Las fuerzas constitucionales entraron a la capital el 25 de diciembre de 1860, después de haber abandonado la plaza el general Miramón. El señor Juárez y yo arribamos a la misma el 11 de febrero de 1861. En marzo del mismo año, se me presentó el señor Romero Rubio, abrazándome con tal entusiasmo en presencia del señor Juárez, que éste díjome más tarde:

—Cúidese usted, señor Lerdo, de los hombres que lloran y de los hombres que abrazan.

En el curso de algunos meses nació la primogénita de mi condiscípulo de San Gregorio: invitome para que la lleváramos al bautisterio, pues parece que la mejor manera de engañar a un amigo es hacerlo su compadre. La bautizamos el día de Nuestra Señora del Carmen: distribuí bolos entre la familia, y la misma noche fui invitado a una tertulia. Con ese lazo de parentesco espiritual, mi compadre, el señor Romero Rubio, adquirió dos privilegios: el de tutearme y el de traicionarme. Pero en mi obstinación, yo no quería escuchar las advertencias de mis verdaderos amigos: veía en don Manuel un amigo, y lo juzgaba con el criterio de un amigo. En el conflicto surgido entre los señores Juárez y González Ortega, mi *compadre* me coló en un chisme que estuvo por orillarme a un disgusto con el presidente. Conocedor de este incidente don Pedro Santacilia, entonces novio de una hija del señor Juárez, díjome con ese dejecillo cubano que le hace tanta gracia:

—No tiene usted remedio, señor Lerdo, y hay que referirle el cuento del borracho de Atarés, porque Atarés es un barrio de La Habana, ¿usted me comprende?



—Vamos, hombre, suéltelo usted.

—En ese barrio de Atarés, había un borrachín, que para curarlo de la embriaguez, acordaron sus parientes meterlo en un cajón de muerto en los momentos en que dormía la mona. Un amigo permaneció cuidándolo de cerca: cuando el borrachito despertó, ya disipados los humos del vino, se incorporó en el cajón, se restregó los ojos, y volviendo la vista por todos lados, preguntó:

—¿En dónde estoy?

—Te has muerto, replicó el amigo en tono sepulcral.

—¡Pobrecito de mí! ¿Y cuánto tiempo hace que he muerto?

—¡Tres días!

—¡Pobrecito de mí! Y usted, amigo, ¿también se ha muerto?

—También

—¿Y cuánto tiempo hace?

—Tres semanas.

—¡Pobre, pobrecito de mí! Pero dígame, amigo, usted que ha muerto primero, ¿podría decirme dónde puedo comprarme un trago de aguardiente para curarme?

VENTREM FERI

Ciudad de México, enero 1o. de 1885.— Señor licenciado don Sebastián Lerdo de Tejada.— Muy querido padrino: Si continúa usted disgustado con papá, no hay motivo para que usted persista en estarlo conmigo. Sabe usted mejor que ninguno que mi matrimonio con el general Díaz fue obra exclusiva de mis padres, a quienes por darles gusto he sacrificado mi corazón, si sacrificio puede llamarse el haber dado mi mano a un hombre que me adora y al que yo sólo correspondo con filial cariño. El unirme con un enemigo de usted no ha sido renegar de usted, al contrario, he querido ser la paloma que con el ramo de oliva apaciguara las tormentas políticas de mi



patria. No temo que Dios me castigue por haber dado este paso, que el mayor castigo sería tener hijos del hombre que no amo, no obstante respetarlo, estimarlo y serle fiel toda la vida. No tiene usted, padrino, nada que reprocharme; he obrado con perfecta corrección dentro de las leyes sociales, morales y religiosas. ¿Puede culparse a la archiduquesa María Luisa de Austria por su enlace con Napoleón? Desde mi matrimonio estoy constantemente rodeada de una turba de aduladores, tanto más despreciables cuanto más improvisados: no les falta más que caer de rodillas y besar mis pies, como acontecía con las princesas de los cuentos de oro de Perrault. Desde el diputadillo que todavía ayer conocí de pordiosero hasta el ministro que no hace mucho pedía una peseta para comer, en escala ascendente y descendente, todos se atumultúan y atropellan mendigando un saludo, una sonrisa, una mirada. Los mismos que en tiempo no remoto, hubieran rehusado darme la mano al verme caer en la banqueta, hoy se arrastran como reptiles a mi paso, y se considerarían dichosos si las ruedas de mi coche pasaran sobre sus inmundos cuerpos. La otra noche, al escupir en los pasillos del teatro, un general que iba a mi lado interpuso su pañuelo para que la saliva, cual preciosa perla, no cayera en el embaldosado. Si hubiéramos estado solos, de seguro que el desgraciado convierte la boca en escupidera. No es ya lisonja de gente exquisita, de gente educada, es el brutal servilismo de la gentuza en su forma más animal y repulsiva: en la del siervo. Los poetas, los poetillos y los poetastros me martirizan a su modo: es algo como una tromba de tinta capaz de ennegrecer al mismo océano. Esta calamidad irrita mis nervios a tal extremo, que a veces me vienen síncope de histerismo. ¡Horrible! ¿No es verdad, querido padrino?

Y nada digo a usted de los párrafos y artículos que publica la prensa que papá tiene alquilada: los que no me llaman ángel dicen que soy un querubín, otros me elevan a la categoría de diosa, los de más allá me colocan en el firmamento



como un astro, y los de más acá me bajan hasta la botánica, calificándome entre los lirios, las margaritas y los jazmines. A veces ni yo misma sé si soy ángel, querubín, diosa, astro, lirio, margarita, jazmín o mujer. ¡Dios mío! ¿Quién soy para que se me deifique y se me envuelva en esa nube de fétido incienso?, ¿quién? ¡Ay, padrino, soy muy infortunada, y espero, no me negará usted su perdón y sus consejos.

Carmen

¡Pobre víctima! No, yo no te acuso; yo te compadezco! Eres la mariposa de alas de seda ¡aprisionada en el cráneo del asno!

¡En los hombres sanguinarios y crueles, la *impotencia sexual* sobreviene a los 40 años!

En las *Decretales* se les definía *frigidis et maleficatis*, y se creía con Perronio que las brujas tuvieran parte de ella.

Enrique IV de Castilla, de una perversidad inferior a la del señor Díaz, quedó impotente al cometer los primeros asesinatos: el Arzobispo de Toledo autorizó el divorcio a pedimento de la mujer del gran asesino.

Alfonso, rey de Portugal en el siglo XVII, tuvo hijos bastardos en su juventud, pero al casarse a los cuarenta años con la princesa de Nemorous, demostró que si tenía aptitudes para matar, no las tenía precisamente para engendrar. La naturaleza no solamente es lógica, es justa y justiciera: si los animales venenosos fueran tan fecundos como las moscas o los peces, la lucha por la existencia para el hombre sería funesta y batalladora.

Ejemplos:

El general Díaz sólo ha tenido dos hijos: una hembra y un macho de la primera víctima. El macho o varón, dicen que es un pequeño imbecil.

El señor Romero Rubio sólo ha engendrado dos hembras.



Los señores Baranda, Pedro y Joaquín, no han engendrado ni varones ni hembras, ni siquiera fetos: son dos eunucos.

El señor don Vidal Castañeda y Nájera, a ser pródigo en hijos este último, México se transformaría muy en breve en una especie de cafrería.

¡Libera nos Domine!

Sobre este tema se podrían escribir volúmenes no sólo considerando el fenómeno conforme a su faz histórica, sino también por su aspecto fisiológico.

En nombre de la humanidad del futuro, yo enví un voto de gracias a mi ex ahijada Carmen Romero Rubio, y con mis gracias va mi perdón.

Cuando yo tenía cincuenta años, estuve a punto de casarme con la señorita, joven de veinte primaveras; me enamoré en un baile que se dio en México al gran diplomático Mr. Seward. Las flores, los perfumes, las joyas centelleantes, los senos temblorosos y las luces me intoxicaron de tal suerte, que me sentí joven y quise amar, ser feliz y ser amado. Era yo entonces ministro en el Gabinete del señor Juárez: persona grata, matrimonialmente hablando. Mis galanterías fueron aceptadas: al finalizar el baile, tuve el capricho de pedirle un guante que ella me tendió sonriendo. Torné a mi casa lleno de ilusiones y de champaña. Me metí a mi lecho a las 3 de la mañana, estrechando convulsivamente entre mis manos el perfumado guante, que parecía conservar todavía el calor de la manecita que lo llevara aquella noche.

¡Pero qué terrible fue el despertar! La irritación de la traspasada y el licor habían inflamado mis ojos, descomponiendo el semblante: me vi al espejo y retrocedí: ¿estaba en presencia de una máscara o de mi propia cara? Y si mi propia imagen me disgustaba, ¿qué sería contemplada por otros ojos que no los míos? Recogí el guante, que había caído



a la alfombra, lo besé, y después, encendiendo una bujía, lo incineré.

Las mujeres aman la fuerza, la virilidad y la juventud: es más fácil que una mujer se prende de un joven idiota bien formado, que de un viejo muy inteligente y muy rico. Es más todavía: poned dos jóvenes justando por la mano de una bella, talentoso el uno, pero feo, estúpido el otro, pero guapo; la dama se inclinará irremisiblemente por el último, aun después de haber palpado su majadería. Las mujeres más distinguidas y cultas sucumben a ese fenómeno de estética: Jorge Sand ¿no abandonó a Alfredo de Musset por un gallardo patán? En el mundo femenino abundan también los espíritus prácticos: éstos se unen con hombres viejos y ricos, sobre todo, ricos, aunque sean deformes. Y no es que difieran en sensaciones de sus hermanas, sino que, poseyendo más fuerza de voluntad, amortiguan la imaginación con la energía del cálculo. Evidentemente que, en igualdad de circunstancias, preferirían maridos apuestos, opulentos y geniales a consortes ancianos, millonarios e intelectuales. No hay excepción: si se dan casos en contrario, no es el amor el que los determina, sino más bien el despecho u otra pasión más innoble y oculta todavía.

Si espacio tuviera para desarrollar esa doctrina pesimista, aduciría numerosos ejemplos para demostrar plenamente lo verdadero de ella, pero me siento enfermo y débil, y mi pluma va arrastrándose por el papel como el oso herido y agonizante se arrastra por la endurecida nieve.

Mi virtuosa ex ahijada se queja de la apoteosis que ha hecho en su torno la adulación: ¡la compadezco! Cuando el incensario es agitado por esclavos, sólo alcanza el incienso a los ídolos; cuando es agitado por sacerdotes, llega hasta los dioses.

En México hemos tenido dos imperios: el de Iturbide y el de Maximiliano, pero en ninguno de ellos las respectivas



emperatrices fueron objeto del culto idólatra (oficiosamente hablando) del que al presente es objeto mi ex ahijada. Para que esa adulación colectiva subsista, es preciso que se alimente en alguna parte: ese alimento es la corrupción administrativa y la degradación moral. Un hombre de mérito se hace valer por sí mismo; un hombre nulo busca quien le valga. ¿Y qué más poderoso valimiento que el de la esposa del presidente, del ministro, del gobernador o del favorito? Cuando no se puede llegar hasta la mujer legítima, se aborda a la manceba del favorito, a la manceba del gobernador, a la manceba del ministro, a la manceba del presidente. En un pueblo donde la mujer avasalla políticamente, es porque el hombre se ha envilecido terriblemente. No hay sofista que pueda refutar esa profunda verdad.

Dicen que la pluma con que fue escrita la ley sálica fue arrancada de un águila de dos cabezas. ¡Oh, ley sapientísima, cuánta falta nos hace en la América Latina!

Los puñados de mirra que concluirán por ahogar a mi ex ahijada (si un viento de fronda no los disipa) no son arrojados por manos populares, sino más bien asquerosamente mercenarias.

Demostración:

En todos esos motines amistosos figura como capataz un tal Ordóñez, ayer zapatero sin zapatos y hoy diputado y munícipe y policía secreto cerca de los obreros.

Ese original ciudadano a fuerza de cohetes ha subido hasta la nubes.

Luego, sus manifestaciones no sólo son artificiales, sino que tienen la circunstancia agravante de ser venales. El zapatero Ordóñez es infatigablemente adulador: puesto que él obedece las órdenes emanadas del amigo Rigoletto, el del gobierno del Distrito, quien a su vez las recibe del señor Romero Rubio. Es algo como un oleaje que va a morir al borde de la cama del dictador.



La dignidad, como la galantería, tiene sus límites: si yo me descubro ante una señora, obro dentro de una órbita digna; pero si me quito el frac y lo arrojo a sus pies para que pase sobre él, no sólo cometo un acto ridículo sino degradante.

La linda Mrs. Francis Cleveland, siendo presidente de los Estados Unidos su marido, recomendole una vez a cierto sujeto para un empleo lucrativo. Mr. Cleveland le respondió:

—Lo pensaré.

Y al día siguiente regaló a su mujer un diamante primoroso.

Pasaron días y ella volvió a insistir en su recomendación. El Presidente replicó:

—Lo pensaré.

Y al otro día le regaló un zafiro.

Picada la curiosidad femenil con tan extraño proceder, interrogólo una noche: Dime, Cleveland, ¿por qué siempre que te hablo de mi recomendado me haces al otro día un valioso presente?

—Es —le respondió él— para que me pidas cuanto desees, menos un favor que se relacione con la política.

Cuando el amor o la maternidad no ocupan el alma de una mujer, es fácil que la subyuguen la vanidad y el lujo.

Quiero admitir que la presidenta sea un alma caritativa: ¿Es la única dama que en México ejerce ese noble sacerdocio? Si es la única, demuestra que las damas no lo son y, en consecuencia, la capital ha llegado a un estado deplorable de perversión. Si hay otras muchas, ¿por qué se les deja en la sombra siendo que sólo se trata de aplaudir un acto humanitario ajeno a la política?

Los fondos que distribuye entre los pobres la señora Díaz son de su esposo: éste, además de haber hecho a los pobres, ha despojado a los ricos. Luego, esas limosnas no son más que una restitución y, por tal motivo, se derivan de un *deber* y no de una bondad. Esto es lógico.



Filosóficamente considerada la esterilidad del matrimonio Díaz-Romero Rubio, es un bien para la patria y un beneficio para la mujer: aquélla no tendrá más Neroncillos, y ésta no podrá nunca lanzar la suprema y amenazante queja de Agripina:

¡Ventrem feri!

EL ASESINATO DE GARCÍA DE LA CADENA

Trinidad García de la Cadena era un ranchero de no pequeño corazón: más bien bajo que alto, grueso y doblado, de cara ancha y facciones toscas, la expresión fisonómica tenía cierto sello de dureza que a primera vista desagradaba, pero que después, haciéndose familiar, agradaba y complacía. Había en su semblante algo de la fiera de los primeros conquistadores, idéntico fuego en los pardos ojos, singular audacia en la mirada de acerados reflejos: al verlo, se echaba de menos el co-selete de los pujantes caballeros de la edad media. Dotado de una fuerza brutal, ahogaba un caballo entre sus rodillas; con una constitución de bronce, resistía a las tremendas fatigas de la campaña de guerrillas en perfecto estado de salud. En tiempo de guerra —que fue toda su vida— apenas comía y dormitaba a caballo e incesantemente bregaba en los campos. Ese hombre no conoció más almohada que las piedras del camino, ni más colchón que los abrojos del monte o la llanura: su descanso era el *pelear*.

Sus proezas, desde el Plan de Ayutla hasta la muerte del señor Juárez, son de un carácter que yo defino con una sola palabra: ¡*épicas*! Nacido en el estado de Zacatecas e hijo de un rico hacendado, dio a conocer su temerario valer a los 18 años. Un día se recibió en la hacienda la noticia de que una cuadrilla de bandidos santanistas se acercaba, incendiando



a su paso las fincas del campo pertenecientes a los sospechosos de los liberales, fusilando familias enteras.

Había en la hacienda unos cuantos mosquetes viejos, algunos machetes y unas libras de pólvora; con mozos y peones, no llegaban a veinte los hombres en disposición de hacer la defensa. El pánico se apoderó de todos, especialmente del padre de García de la Cadena, que huyó apresuradamente a los bosques.

El joven Trinidad no quiso huir: acompañado de dos peones tan valientes como él, dispuso que se preparara una espléndida cena a los huéspedes por llegar; los mozos hicieron todo lo que les mandaba el *amo*, no obstante sorprenderse de aquel mandato. Cuando ya estaba la mesa puesta y todo listo, García de la Cadena les dio secretas instrucciones. Allá a las 11 de la noche, la *esquila* de la hacienda anunció el arribo de los santanistas; eran cien bandidos al mando de un comandante llamado Lemus, rufián de los más peligrosos, mulato hercúleo y sanguinario, una especie de Porfirio Díaz del *futuro*. El joven de la Cadena los salió a recibir hasta el patio, y dijo que tenía lista una cena *exclusivamente* para los jefes. Éstos se instalaron en la mesa en número de cinco, en tanto que los soldados se desparramaron a pillar en las casuchillas de la hacienda.

Dos puertas contenía la sala de comer: las dos habían sido perfectamente cerradas con gran disimulo, quedando dentro los forajidos, García de la Cadena y sus dos mozos. Éste se adelantó hasta colocarse junto al jefe y le dijo pausadamente:

—¿Con que usted vine a quemar nuestra hacienda?

—Por supuesto, muchacho, y a ti voy a colgarte de un mezquite.

Apenas había dicho estas palabras, cuando García de la Cadena, desenvainando un machete que llevaba oculto, le dio tal machetazo, que le tajó el cráneo. El facineroso cayó



muerto, y antes de que sus compañeros pudieran reponerse de la sorpresa, fueron muertos a su turno por el joven hacendado y sus dos sirvientes. Después montaron a caballo, volviendo a poco con refuerzos y exterminando por completo a la gavilla, terror hasta entonces en las fincas rurales.

La impulsión estaba dada: Cadena se lanzó a la lucha, filiándose en el partido liberal, asistiendo más tarde a la acción de Calpulalpan y a todas las batallas libradas contra los conservadores. En cada encuentro conquistaba un laurel, y siempre se le veía en lo más recio del combate, desplegando tal bravura, que una vez dijo de él el general Miramón: “Si todos los chinacos fueran como ese ranchero, habría que romper mi espada”.

Restaurada la República en 67, García de la Cadena dedicose por completo a las labores agrícolas de una de sus haciendas. Hasta aquí la vida de ese patriota es hasta cierto punto inmaculada; su nombre no había sido tan prominente en la Guerra de Intervención como lo fueron los de Escobedo y Régules, pero sí lo suficientemente glorioso para crearle un prestigio en Zacatecas, y de no común valía en toda la República. Entre los años 69 y 70, el general García de la Cadena, gobernador entonces de Zacatecas, secundando el movimiento de San Luis que desconocía al señor Juárez, figuró como jefe de las fuerzas sublevadas de ambos estados. Otros republicanos de mérito, como los generales Ignacio Martínez, Irineo Paz, Huerta, Granados, etc., fascinados por utópicos bienes para su país, y secretas insinuaciones del señor Díaz, se unieron al general Cadena con sus respectivas gentes, formando un total de fuerzas que amenazaba seriamente al gobierno constituido. Y la situación llegó a ser tan grave, que en consejo de ministros acordamos abandonar la capital, siempre que las tropas sublevadas avanzaran directamente a México. Por fortuna, éstas se dirigieron



sobre Guadalajara, libraron la sangrienta batalla de Toluatlán, tirotearon los suburbios de la capital de Jalisco y después, acampados en lo de Ovejo, pelearon con indomable bizzarria contra los soldados federales, y a no ser por la deserción de las caballerías de Guadarrama, el triunfo de los revolucionarios habría sido decisivo y de funestas consecuencias para el gobierno.

Más tarde, entre 71 y 72, cuando el señor Díaz proclamó el Plan de la Noria, rebelándose contra Juárez, el jefe zacatecano fue inducido a sublevarse por el jefe oaxaqueño, secundando en todas sus partes aquel plan cuya forma tentadora costó millares de vidas. Igual pasó con el Plan de Tuxtepec: bien sabía el diablo a quién se le aparecía. Don Porfirio estimaba la audacia de García de la Cadena, su prestigio en occidente, su actividad prodigiosa y, sobre todo, la lealtad de su carácter.

Derrotado o vencedor, García de la Cadena siempre estuvo con las armas en la mano defendiendo al general Díaz y sus mendaces planes; yo le ofrecí el indulto y distinciones en 1874, pero él, por conducto del señor Raigosa, respondióme en un carta “que no tenía más que una vida, y que la daría gustoso por elevar a Díaz a la presidencia”.

No era ya un revolucionario, era un fanático; su amor hacia don Porfirio pasaba los límites del culto y llegaba hasta los de la idolatría. El coronel Ordóñez había referido que si alguna vez se encontraba frente a frente con el general Díaz, lo mataría como a un perro. García de la Cadena lo supo, y por este solo hecho, fusiló al coronel Ordóñez, más tarde, al hacerlo prisionero.

Triunfó la usurpación y García de la Cadena fue elegido gobernador de Zacatecas, en tanto que el señor Díaz se encaramaba a la presidencia.

En proporción, merecía más la primera magistratura don Trinidad García que don Porfirio Díaz: los dos, ante la histo-



ria, aparecen como revolucionarios; pero aquél es un revolucionario que se bate, y éste es un revolucionario que corre. El primero es un taciturno y el segundo es un charlatán.

¿Por qué el señor Díaz mandó asesinar al general García de la Cadena? El amigo Díaz ha sido locamente derrochador en eso de prometer: prometió la presidencia a Benítez, la prometió a Vallarta, a García de la Cadena, a Tagle, a Zamcona y a Treviño, por supuesto, diciéndole a cada uno “que le guardara el secreto a los demás”. La media docena de pretendientes se miraban unos a los otros con cierto airecillo de lástima, como diciéndose para sí: “¡Oh, si éste supiera el inmenso secreto que llevo conmigo! ¡Si sospechara siquiera que dentro de poco seré le Supremo Magistrado!”.

En esa risueña expectativa, todos y cada uno de esos señores se entregaron en cuerpo y alma al general Díaz, en la inteligencia de que éste apoyaba secretamente sus respectivas candidaturas. Así, llegada la hora del desengaño y del engaño, los candidatos chasqueados fueron retirados de la *arena pública* a latigazos, con excepción de García de la Cadena, a quien temía el futuro *dictador*, y cuya sombra le amedrentaba todavía.

No pudiendo nulificarlo, era preciso matarlo; al efecto, compró con oro y deslumbrantes promesas un Judas: este Judas se llama Jesús Aréchiga.

Dos veces estuvo a punto de ser asesinado el benemérito caudillo, una vez en su propia casa y otra en una encrucijada. Acudió a México, y en una entrevista con el *hombre que llora*, éste le ofreció toda clase de garantías siempre que saliera de la capital. Vivió en una casa de la calle de Tacuba espionado, asechado, materialmente estrechado en un círculo de esbirros y polizontes. Pareciéndole insoportable y odiosa esta situación, García de la Cadena resolvió abandonar el país y radicar temporalmente en los Estados Unidos: habló con su sobrino, el señor Raigosa, para que éste solicitara del general Díaz un



salvoconducto que le permitiera sin riesgo ir a Zacatecas a arreglar sus intereses, y de allí seguir para los Estados Unidos con todo y familia. Pasaba esto a mediados de octubre de 1886. El señor Díaz, que cavilaba desde hacía algún tiempo la manera de deshacerse de García de la Cadena, acogió con regocijo la petición, expresando al señor Raigosa que el proyecto de su tío no podía ser más oportuno, conveniente y sabio, y ofreciéndole toda clase de garantías, *ordenaría* que *fuese escoltado hasta dejarlo en Paso del Norte*. La acalorada vehemencia con que fue aprobada su idea de expatriación voluntaria inspiró vivas sospechas y desconfianza en el ánimo suspicaz de don Trinidad; pero la ardiente persuasión de Genaro Raigosa, que quedaba en la capital velando por el cumplimiento de la palabra empeñada, disiparon aquellos temores que adquirirían ya la forma de un presentimiento. Las mujeres, que debido a su sensibilidad nerviosa tienen el instinto del peligro más desarrollado que los hombres, las mujeres, digo, de la familia de García de la Cadena, esposa e hija, imploraron del esposo y padre que, de hacer el viaje, lo hicieran por Veracruz.

¡Inútilmente! La fatalidad, como la belleza, atrae con mano invisible, pero mano de hierro.

Mientras el general zacatecano hacía sus preparativos de marcha enfardelando baúles y enseres de familia, el telégrafo federal de la línea de México a Zacatecas vibraba día y noche con telegramas cifrados cambiados entre el general Díaz y don Jesús Aréchiga. ¿Cuál era el texto de esos mensajes, que según el dicho posterior de un telegrafista contenía en total *15 000 palabras*?

El día 24 de octubre de 1886, García de la Cadena salió de la capital con dirección a Zacatecas, deteniéndose dos días en esta población, yendo después, acompañado de su sobrino, el coronel Lizalde, a su hacienda de la Calera. Permaneció en esta finca tres días, inventariando sus bienes e instruyendo al mayordomo de lo que debía hacer durante



su ausencia. Deseaba residir más tiempo en ella, pero sintiéndose gravemente enfermo de disentería, al extremo de no poder tenerse en pie, acordó volver a Zacatecas para consultar a un médico. Así lo hizo: el primero de noviembre, en la madrugada, el general, acompañado de Lizalde, subió a una carretela tirada por un tronco de mulas, mandando al cochero que se detuviera en la primera estación del Ferrocarril Central, que distaba de allí unas cuantas leguas.

Hacía un frío terrible; el general, profundamente abatido y febricitante, yacía aletargado en el fono del carruaje, envuelto en dos grandes cobertores: Lizalde, sombrío y pensativo, no cesaba de azuzar al cochero para que apresurara el paso de las mulas. El sol radiaba ya en los campos y la jornada estaba por terminarse, cuando del recodo del camino surgió de improviso una partida de jinetes pertenecientes a las fuerzas del Estado, los que, rodeando la carretela y apuntando con los rifles a los viajeros, les ordenaron echar pie a tierra, profiriendo las más atroces blasfemias. Lizalde, que a primera vista había confundido aquella turba de asesinos con una partida de ladrones, se tranquilizó al ver que vestían el uniforme de los soldados del Estado, y juzgando que aquello era una equivocación, explicó quién era él y quién la persona que lo acompañaba.

—Precisamente, andamos en busca de García de la Cadena, respondió el que hacía de jefe de aquellos salteadores. Y acercando su caballo al carruaje, inclinó la cabeza diciendo:

—Baje usted, general, no se trata de hacerle daño.

El general bajó, apoyándose de los hombros de Lizalde: tanto él como el coronel estaban desarmados. Apenas pisó el suelo García de la Cadena, que estaba muy débil, se apoyó con las dos manos en los rayos de una de las ruedas. No bien lo había hecho, cuando una descarga cerrada disparada por detrás le tendió en tierra acribillado a balazos, lo mismo que al malogrado coronel Lizalde. El cráneo de García de la



Cadena estaba completamente deshecho: los dos cayeron de frente. Los asesinos pasaron a caballo sobre los cadáveres, lanzando alaridos siniestros y gritos salvajes de *¡Viva Porfirio Díaz!*

UNA RAMA DE CIPRÉS

Hoy es el aniversario de la muerte del que fue mi mejor amigo: Ramón Guzmán. Ramón era un hombre de genio, no de esos genios que hacen bonitos versos, sino el que Goethe definía “la facultad científica de hacer del número una fórmula de progreso”.

Esa definición lo mismo puede aplicarse al financiero que al astrónomo, al matemático que al inventor, al innovador en ideas como al innovador en principios.

Debido a una criminal rutina combinada con defectos de raza y educación, México ha confundido groseramente a los hombres de talento con charlatanes de audacia: a Alfredo Chavero con Gabino Barreda.

El carácter mexicano entra, por mucho, en esa ridícula interpretación: nos gustan las palabrotas, los cascabeles, la polvareda.

Un zángano cualquiera se pone a pulir frasecillas, cita a troche y moche a Dante y Miguel Ángel, y publica sus disparates en periódico o libreto.

¡Qué talento de joven!, dice el primer idiota del segundo con quien habla.

Esa opinión corre y crece con la inconsciencia de una bola de nieve.

Y allí tienen ustedes una reputación hecha y derecha: no la tumban ni todos los orines de todos los perros de la ciudad azteca.

El género poético es mejor retribuido todavía: el palabrista rima y mide sus palabras, las pinta con bermellón y les da



tantos giros y revueltas, que concluye por encandilar al público, ya de suyo inclinado a esa clase de escenas pirotécnicas.

Las celebridades mexicanas nacen a la luz de los cohetes: para ellas, más que la tinta, debió haberse inventado la pólvora.

Lo grave del asunto es que ni esos cohetes han sido de nuestra inventiva; porque, con excepción de poetas y tiranos, nada sabemos inventar, absolutamente nada.

¿Nada he dicho?

Retiro la palabra: el pulque y las enchiladas.

Pues es el caso que un sabio yucateco ha descubierto que las enchiladas se confeccionaban en Yucatán 300 años antes de la venida de Jesucristo.

Luego, no nos queda más que el pulque.

Y la ley fuga, pero esta última es invención moderna: se debe al general Díaz.

Ramón Guzmán fue más que un talento: fue un genio.

No exagero el término, lo preciso: un hombre que nace en una ciudad muerta, que lucha en medio de un pueblo que se arrodilla y que se abre paso con el trabajo y el cálculo, cuando todos se lo abrirán con la espada y la violencia, ése no es un talento, es un genio.

Nació en Puebla: los poblanos tienen fama —usurpada o legítima— de tacaños fanáticos y falsos.

Mono, perico y poblano, no lo toques con la mano.

Por ser demasiado genérico ese concepto, es bien falso: entre los poblanos se encuentra de todo: buenos y malos. Son suspicaces debido al fanatismo, pero juzgo que en el fondo ni son mezquinos ni pérfidos. Horrible sería solamente suponerlo.

Chiquillo y casi desnudo como los pilluelos de nuestra capital, Ramón comenzó la *struggle for life* vendiendo periódicos, novenas y estampillas de santos, apóstoles y querubines. Mas para hacerse de esa mercancía, necesitaba dinero: con dos o tres pesos que adquirió barriendo calles, pudo



holgadamente comprarla. Desde luego, su instinto práctico lo guiaba por el mejor camino: de seguir el del trabajo puramente corporal, no hubiera pasado de ser un miserable peón. Ese Gavroche, digno de un capítulo de Víctor Hugo, comía de a *tlaco* a la puerta de un figón, dormía bajo la arcada de los portales y concurría a la escuela sin desatender su pequeño comercio ambulante. Nadie le había dicho ve a la escuela; pero él iba a la escuela impulsado por su propio organismo. Los muchachos gustan de juegos y golosinas: Ramón nunca invirtió un centavo en frutas u otras gollerías. ¿Qué clase de fenómeno se desenvolvía en aquel cerebro infantil?

Parsimoniosamente iba depositando sus utilidades mercantiles en el tenducho de un viejo llamado Arreola; y al abandonar la escuela, montaban aquéllas a la suma fabulosa de \$300.00. A los quince años, con \$300.00 y un talento práctico, en otro centro social que no el de Puebla, ese joven estaba llamado a ser un capitalista. Pero allí, donde el comerciante era absorbido por el propietario y el propietario por el revoltoso, el comercio estaba destinado a vegetar, cuando no a morir de inanición. ¿Cómo el señor Guzmán pudo sobrenadar en aquella época de turbulencia y de sangre?

Más tarde, protegido y alentado por el señor Juárez y por mí, Ramón se trasladó a México, desplegando entonces su genio económico en toda su magnitud. Contra su voluntad, lo mezclamos en la política militante, y en esta ciencia, como en aquélla, resultó un consumado maestro.

Nuestra amistad tuvo un origen romántico-teatral. En 1854, estaba yo en plena juventud y había ya recibido mi título profesional. En ese mismo año, a fines de abril, había llegado a México la famosa artista Enriqueta Sontang. Referir a ustedes el entusiasmo delirante que causó sería tanto como rechazar el mar con las palmas de la mano. Todas las doncellas encopetadas y las de medio pelo de la ciudad fueron atacadas de histe-



rismo monomaniaco: le empresa hizo un negocio tremendo y todos nos divertimos a cuerpo de rey. En las noches de ópera en el vestíbulo del teatro, veía yo invariablemente a un joven revendedor de billetes, delgado y avispado, con lentes y levitilla raída de bohemio. Me cayó en gracia su aptitud y desparpajo. Compre algunas lunetas y fuimos simpatizando, al extremo de invitarlo yo una noche, después del teatro, a tomar un chocolate. Entonces supe que se llamaba Ramón Guzmán, y él me refirió los pormenores de su niñez que arriba dejo consignados. Me manifestó que por ganar dinero —honradamente, se entiende— nada lo detenía y pasaba las noches de claro en claro estudiando la manera de ganarlo.

¡Pobre Enriqueta Sontang! El 7 de junio de ese mismo año se celebraban sus funerales en la iglesia de San Francisco. Aunque no tengo inclinaciones piadosas, esa mañana fui a la misa de réquiem. Al pie del altar se destacaba el féretro, iluminado por cuatro cirios enormes: dos pajecillos con traje de terciopelo negro, a la Felipe II, hacían la guardia a un lado y otro del ataúd. Los artistas compañeros de la Sontang, de riguroso luto, lloraban silenciosamente. La orquesta solemne y triste llenó la nave de melancólicas y vibrantes melodías, y la voz del barítono, elevándose sobre todas las notas gemidoras, entonó el *Ne-m'oubliez-pas*.

Cuando terminó, el poeta Pantaleón Tovar, pálido y conmovido, leyó una elegía muy espiritual y bella, pero un poco lánguida y cansada. Al salir del templo el cortejo fúnebre, me coloqué junto a la fuente de agua bendita, y no me sorprendió poco el ver que uno de los pajes no era otro que mi amigo Ramón Guzmán.

—¿Qué quiere usted?, me decía al día siguiente. He ganado una pelucona.

En 1860, Ramón Guzmán, que era ya hombre de crédito y de mérito, tuvo un serio disgusto con el imperdonable señor Gochicoa, con motivo de las farsas masónicas. Porque



en esta fecha fue establecido definitivamente el llamado Supremo Consejo.

—Señor Lerdo —me decía una vez— estos masones del país desprestigian la masonería. Sabía usted que ésta fue introducida en México por los oficiales monarquistas antes de la República de 1824. El primero —el Rito Escocés— se propagó con mucho sigilo en 1825. Mr. Poinsett, ministro de los Estados Unidos, organizó el Rito Yorkino, y en el mismo año se comunicó a la Gran Logia, de Nueva York el establecimiento de tres logias en la Ciudad de México: la Gran Logia que ha dado vida a las demás, la creó don José Ignacio Esteva, el primer gran maestro que hemos tenido aquí. No, lo que es *los señores de la cuchara*, no comerán de mi sopa.

Si el cerebro de Ramón Guzmán era privilegiado, los demás órganos de su cuerpo estaban muy lejos de la perfección: pequeño, nervioso, hepático, para los ataques de la prensa era de una sensibilidad extremada. *El Federalista* fue por un corto tiempo su *bête noire*: Cuando Alfredo Bablot necesitaba dinero, escribía un artículo contra el señor Guzmán, con esa agudeza que distingue las producciones de Mr. Bablot. Ramón pateaba, temblaba de cólera, pero pateando y temblando, aflojaba la bolsa al espiritual Alfredo.

Dormía apenas y, como el César Biroteau, de Balzac, se despertaba presa de la fiebre del cálculo y la especulación. En sus últimos años lo abandonó todo por el dinero: familia, amigos y placeres. Los números lo envolvían en una especie de círculo infernal: en su calenturienta imaginación, veía guarismos de fuego en todas partes combinándose, multiplicándose y disminuyéndose, cual millares de luciérnagas en tenebrosa noche. ¡Dolor cruento y moderno que mata sin gloria y sin poesía!

Plutarco, hablando de los jóvenes guerreros que caen sonriendo en el campo de batalla, dice que “no hay mejor muerte que la que es más llorada”. ¿Quién llora a un finan-



ciero que se suicida calculando? Porque el de Ramón Guzmán no fue más que un suicidio lento, implacable, al pie del becerro de oro.

Por una ley de la naturaleza, esos hombres que adoran el dinero no son amados por sus hijos, por quienes y para quienes acumulan riquezas; es que, ocupados en contar dinero, no tienen tiempo para acariciar a la familia.

La hija favorita de uno de esos ricos, al ver lo largo de su agonía, dejó una vez caer estas palabras que alguien cogió al vuelo:

—¡Qué fastidio! Ni se muere ni se alivia.

Una mañana se le halló muerto, con las dos manos ya rígidas, oprimiéndose el cerebro, con los dientes apretados y la boca llena de biliosa espuma.

MI TESTAMENTO POLÍTICO

*Resigne toi, mon coeur, dormant
dors ton sommeil de brute.*

BAUDELAIRE

No dejo ni odios ni hijos: odios, porque no los tengo; hijos, porque no los tuve. Y junto los dos vocablos porque suele uno engreírse tanto con los unos como con los otros.

No odio a Romero Rubio que me traicionó; pero desprecio a Romero Rubio que me vendió.

No odio a Francisco de Paula Gochicoa que me vendió; pero desprecio a Francisco de P. Gochicoa que me traicionó.

No odio a José Ceballos, que me traicionó, vendió e insultó; desprecio al mexicano que se naturalizó guatemalteco.



No odio al perdulario José Vicente Villada que especuló con mi nombre; desprecio a José Vicente Villada, que en público recibe palizas y en lo privado apalea a su mujer.

No odio a Alfredo Bablot, que ha hecho de la venalidad una música.

No odio al señor Mariscal, que ha hecho de la música una diplomacia.

No odio a Pedro Baranda, que es un pobre de espíritu.

No odio a Joaquín Baranda, que es un espíritu pobre, “aunque malo”.

No odio a Pancho Mejía, que es un tonto consuetudinario, ordinario y extraordinario.

No odio a los señores Castañeda y Nájera y Balandrano, porque están bajo la jurisdicción de los explotadores Serpa, Pinto y Stanley.

A estos que cito y a aquellos de los que no me acuerdo ni quiero acordarme, a todos y de uno por uno, les mando el más respetuoso de mis desprecios.

No soy un sol que se pone, pero soy un sol sin mancha. Mis manos no están manchadas de sangre, ni mi boca tiene el sabor amargo de la orgía. Los senos de una mujer jamás me sirvieron de escala para subir a los puestos públicos: ascendí simplemente por una ley de gravitación intelectual.

Relativamente, soy un inmaculado.

¿Pero lo hubiera sido en el caso de tener familia e hijas casaderas?

Cuando un hijo nos pide pan y no lo tenemos, no es un crimen asaltar a un panadero.

Si una hija casadera nos pide un marido, es preciso buscárselo, como buscaba Sancho un príncipe para Sanchica.

Luego, mi incorruptibilidad sólo es el resultado de un egoísmo.

Yo profetizo para México, en el término de 10 años, la más grande y poderosa de las revoluciones: no revolución



de partidos, estéril y gastada, sino revolución social. Nadie podrá evitarla ni contrarrestarla: su desarrollo es latente y pausado, semejante a esas fuerzas subterráneas que determinan las explosiones cósmicas.

La administración del señor Díaz ha acumulado estos dos factores de disolución: dinero y violencia.

El primero, distribuido entre sus partidarios como un despojo; la segunda, repartida entre los gobernantes como un elemento de propia conservación. El robo sistemático y el terror permanente son situaciones que, como anómalas, tienen que ser efímeras: se prolongarán más o menos tiempo como se prolonga un cáncer, pero nunca se cimentarán en un organismo que tenga condiciones de sanidad. Tengo la convicción de que, fuera de las gentes del gobierno, el pueblo mexicano odia terriblemente al señor Díaz y sus mandarines: y ese odio es debido en su mayor parte a la política económica observada por esos señores. Se han hecho ferrocarriles para un pueblo sin zapatos; y esto, no para beneficiar al pueblo, sino para prevenir revoluciones. Rusia está llena de rieles y de tiranos; México tiene tantos tiranos como rieles. Los mexicanos han conquistado dos derechos: el de viajar muy de prisa y el de morir muy de prisa. Porque, cuando menos lo piensan, un ciudadano es detenido en un tren a toda marcha y fusilado sobre la marcha. Y he allí un hombre que tiene el privilegio de viajar, pero no lo tiene para vivir.

Otro cultiva un terrenillo y se dice alegremente: "Los negocios van a maravilla: ahora que hay ferrocarril, esta tierra valdrá más". Pero no bien se hace este pequeño razonamiento, cuando aparece un deslindador y le dice: "Vamos, amigo, afuera, esta propiedad no te pertenece". Y lo arroja a latigazos de su heredad. Luego, ese sujeto tiene el derecho de pensar que es propietario, pero no lo tiene para conservar su propiedad.

En esos dos ejemplos está sintetizado el movimiento progresista de México bajo la férula del señor Díaz.



En otra esfera, en la intelectual y política, tienen ustedes otras especies de prosperidades.

Un ciudadano ve un abuso, una injusticia, un atropello y, ardiendo en noble indignación, escribe algunas líneas en un periódico denunciando las tres cosas. ¡Valiérale más no haberlo hecho! Se le arresta y arroja dentro de un presidio. Luego, carece de la más santa de las libertades, la libertad de pensar y de quejarse.

En resumen, un mexicano no tiene derecho a vivir, no tiene derecho a poseer, no tiene derecho a pensar, no tiene derecho a votar. ¿Puede llamarse hombre a este ente?

¿Puede llamarse República tan monstruoso califato?

Me siento tan débil, que quisiera ya tenderme en el abierto féretro.

Me duelen la garganta, el pecho y los pulmones: estoy herido de muerte.

¡Oh!, esa brisa del Hudson me ha matado.

¿Ha sido ella o es la nostalgia de la patria?

Sosteniéndome apenas en la almohada, cojo el libro de *Lázaro*, de Heine. La pobre alma dice al cuerpo:

“Yo no te dejo: no quiero dejarte; y contigo deseo abismarme en la noche de la muerte”.

Y el macilento cuerpo le responde:

“Consuélate, no te aflijas: siendo yo la mecha de la lámpara, falta que se consuma: tú, espíritu, serás escogido para brillar allá arriba, en el espacio, como estrella de esplendentes fulgores”.

¡México! ¡México!

¡Au revoir!

F I N

Apéndice



No se enfriaba todavía el cadáver del Señor Lerdo —¡qué decimos se enfriaba, aún no moría el gran infortunado!— y ya los agentes porfiristas rodeaban como buitres su lecho de agonía.

Temeroso el señor Romero Rubio de que don Sebastián no muriera, hizo vibrar por telégrafo su impaciente deseo, ordenando al cónsul en Nueva York que metiera al moribundo en un tren expreso.

Se exculparía de esa barbarie diciendo que el enfermo había implorado la gracia de morir en el suelo de la patria. ¿Qué cosa más natural que complacerlo?

Pretendíase secuestrarlo vivo o muerto: si vivo, para que muriese; si muerto, para identificar sus restos y bailar en su sepultura.

Nosotros presenciarnos de cerca las torturas del gran paciente: con excepción de Pancho Ibáñez y Espinosa; todos los que llegaron a su cabecera eran y continúan siendo personas altamente mercenarias. En las postrimerías, la voluntad no llegó a abandonarlo pero le abandonó el habla y, propiamente dicho, la fuerza suficiente para articular un sonido. Por una extraña coincidencia, sus últimas palabras fueron las mismas que pronunció Maximiliano en el Cerro de las Campanas: “¡Hombre, hombre!”.

Por fortuna, la muerte, más humana que Romero Rubio y Porfirio Díaz, evitó la consumación de otro crimen apresurándose a detener con su mano de plomo el palpitante corazón.

Grande debió ser la alegría del suegro y no menos la del yerno cuando recibieron la nueva de la desaparición eterna del señor Lerdo: decididamente, la fortuna es miembro de la familia de esos señores.

Cuando llevaron la cabeza de Cicerón al procónsul Antonio, la mujer de éste, Fulvia, quitándose un alfiler del peinado, clavolo muchas veces en la lengua del tribuno, escuchando en las inertes y descompuestas facciones.

Ante el cadáver de don Sebastián, esa Fulvia se transformó en histrión y ese histrión se llama don Francisco Bulnes. No fue una oración fúnebre, sino un sacrílego apóstrofe; con el pretexto de hacer la apoteosis del difunto y el progreso del gobierno, hizo la apoteosis del gobierno y el proceso del difunto. El oradorzuelo engastó sus blasfemias en esa pedantería científica que tanto admiran el cojo Pacheco y otros imbéciles: cada dardo retórico y disparando contra el muerto se resolvía en lluvia de flores que caían a los pies de los vivos. Y *¡admirabile dictu!* esa hiena literaria, ese fiscal de cementerio, había sido uno de los protegidos del señor Lerdo.

El lector no puede imaginarse una solemnidad fúnebre más proterva, un dolor colectivo más artificial: la hipocresía congregada derramando lágrimas de cocodrilo; no, no puede imaginárselo. Se necesitaría o el pincel de Callot, que creaba monstruos, o el lápiz de Chan, que trazaba títeres, para ver de bulto esa ridícula farsa.

Si Porfirio Díaz mata bien, Romero Rubio entierra mejor. Mientras el suegro llora, el yerno cava la sepultura.



El asesinato del general Corona perpetrado por orden del amigo Díaz fue a puñal limpio; en él no intervino más que un loco o monomaniático, como en la comedia de Shakespeare.

Don Porfirio tendrá todos los defectos que quieran atribuirle, pero tiene una virtud: la de no rehusar un nicho en el Panteón de los Hombres Ilustres a sus rivales a la presidencia. Con excepción de García de la Cadena, se les ha ofrecido hospitalariamente a todos los que le puedan hacer sombra; todo aquel ciudadano que quiera ser ilustre en el Panteón de los Hombres *idem*, que aspire a la primera magistratura.

Se le admite de frac y guantes negros y coronado de flores, y pronunciará el discurso de recepción —para amenizar la fiesta— el inteligente libelista fúnebre don Francisco Bulnes.

Nota:—Don Carlos Pacheco bailará la *Danza macabra* con juego de luz eléctrica.



Después de impresas por primera vez estas *Memorias*, fue villanamente asesinado en Laredo, Texas, el nunca bien sentido general y doctor don Ignacio Martínez, que como soldado prestó grandes servicios a la patria y como médico a la humanidad.

Ese cobarde asesinato también pesa sobre el tan justamente odiado dictador Porfirio Díaz.

Las generaciones venideras, haciendo justicia, dirán al acordarse de Díaz: ¡maldito seas!



EDICIONES IDENTIFICADAS DEL LIBRO
MEMORIAS DE SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA

<i>Edición</i>	<i>Fecha de publicación</i>
Lerdo de Tejada, Sebastián. <i>Memorias inéditas de don Sebastián Lerdo de Tejada</i> . Laredo, Texas, Tipografía de El Mundo.	1890
Lerdo de Tejada, Sebastián. <i>Memorias inéditas de don Sebastián Lerdo de Tejada</i> . Brownsville, Texas, Tipografía de El Porvenir.	1895
Lerdo de Tejada, Sebastián. <i>Memorias inéditas de don Sebastián Lerdo de Tejada</i> . Brownsville, Texas, Tipografía de El Porvenir.	1898
Lerdo de Tejada, Sebastián. <i>Memorias inéditas de don Sebastián Lerdo de Tejada</i> . San Diego, California. Tipografía de La Libertad.	1905
Lerdo de Tejada, Sebastián. <i>Memorias de D. Sebastián Lerdo de Tejada</i> . México, Imprenta Popular.	s/f
Lerdo de Tejada, Sebastián. <i>Memorias inéditas de don Sebastián Lerdo de Tejada</i> . Brownsville, Texas, Tipografía de El Porvenir. Novísima edición.	1910-1912
Lerdo de Tejada, Sebastián. <i>Memorias del presidente de la República Mexicana, Lic. Sebastián Lerdo de Tejada, juzgando a los hombres de Tuxtepec</i> . México, editorial de El Partido Liberal Rojo.	1911
Lerdo de Tejada, Sebastián. <i>Memorias inéditas de don Sebastián Lerdo de Tejada</i> . San Antonio, Texas. Imprenta de El Monitor Democrático.	1911
Lerdo de Tejada, Sebastián. <i>Memorias inéditas de don Sebastián Lerdo de Tejada</i> . México, Tipografía Mexicana.	1911



Edición	Fecha de publicación
Lerdo de Tejada, Sebastián. <i>Memorias inéditas de don Sebastián Lerdo de Tejada</i> . Puebla, José Ernesto Limón, editor.	1911
Lerdo de Tejada, Sebastián. <i>Memorias inéditas de don Sebastián Lerdo de Tejada</i> . Guadalajara, Jalisco, Tipografía de <i>La Gaceta de Guadalajara</i> .	1911
Lerdo de Tejada, Sebastián. <i>Memorias de Sebastián Lerdo de Tejada</i> . Prólogo de Leonardo Pasquel. México, Editorial Citlaltépetl.	1959
Lerdo de Tejada, Sebastián. <i>Memorias inéditas de don Sebastián Lerdo de Tejada</i> . Prólogo de José Bulnes. México, Consejo Editorial del Gobierno del estado de Tabasco.	1980



La edición poblana de 1911 (José Ernesto Limón) sale a la luz apenas renuncia Porfirio Díaz a la presidencia en mayo de 1911. Junto con el libro, se distribuye una hoja-cupón, en la que el editor promociona su producto, una obra “que ha causado una gran sorpresa”, un “libro sensacional que estuvo prohibido durante la administración del General Porfirio Díaz”. En la hoja-cupón se quiere convencer a potenciales lectores de las ventajas que reporta la edición poblana respecto de otras que ya están en el mercado o que están por salir a la venta. Ahí se presume la belleza de la portada, el hecho de que no se imprima en papel periódico —como lo están haciendo sus competidores— y la inclusión de hermosos “fotograbados” con los retratos de Lerdo de Tejada, Díaz y Madero. A continuación se reproduce la hoja-cupón, la portada del libro y los “fotograbados” de esta singular edición poblana en el *boom* editorial de las *Memorias de Sebastián Lerdo de Tejada*.



¡ LERDO DE TEJADA !

- \$ 1.50 -



Sírvase llenar el adjunto CUPON y mándarmelo SIN FALTA HOY.

LIBRO SENSACIONAL QUE ESTUVO PROHIBIDO DURANTE LA ADMINISTRACION DEL GRAL. PORFIRIO DIAZ.

CARTAS SECRETAS INTERESANTISIMAS DE LA SRA. CARMEN ROMERO RUBIO DE DIAZ, AHIJADA DEL AUTOR.

Es una obra literaria de gran mérito, y sus artículos relativos al Gral. Díaz son sorprendentes.

UNICAMENTE LE COSTARA \$ 1.50 EL EJEMPLAR, Y LO MANDO A CUALQUIER PARTE DE LA REPUBLICA AL RECIBO DE SU IMPORTE (Por correo certificado.)

Este libro contiene las **Memorias completas del ilustre patriota mexicano, Sr. Lic. D. Sebastián Lerdo de Tejada, Presidente de México**, impresas en buen papel y con una magnífica carátula litografiada con el retrato del Sr. Lerdo. Este libro contiene 130 hojas bien impresas. Como **OBSEQUIO AL PUBLICO** llevará tres fotograbados con los retratos del Gral. Díaz, Lerdo de Tejada y Francisco I. Madero.

Apresúrese Ud. a adquirir un ejemplar HOY MISMO, pues la demanda que tengo para toda la República es excesiva y sólo cuento con 3,000 ejemplares.



MEMORIAS

DE

D. SEBASTIAN LERDO DE TEJADA.

JOSE ERNESTO LIMON.

APARTADO NUM. 24.

PUEBLA.

MUY IMPORTANTE.

Atentamente suplico á la persona en cuyas manos se encuentre esta hoja-cupón SI NO LA NECESITA PARA SI MISMA, la pase á cualquier amigo que á su juicio se interese en adquirir la obra que aqui anuncio. No deje Ud. pasar la oportunidad de darle una buena noticia á sus amigos, para que lean esta obra que ha causado una GRAN SORPRESA.



<p>SR. J. E. LIMON.</p> <p style="text-align: right;">• <u>Pídalo hoy mismo.</u></p> <p style="text-align: right;">Apartado No. 24, Puebla, Pue.</p> <p>Adjunto \$1.50, valor del LIBRO MEMORIAS DE D. SABASTIAN LERDO DE TEJADA. Sírvase mandarlo a la siguiente dirección:</p> <p>Nombre _____</p> <p>Calle _____</p> <p>Estado _____</p> <p><small>NOTA.—Para que se pueda atender su pedido, deberá venir acompañado de su importe \$1.50 en giro postal.</small></p> <p style="text-align: right;"><small>REFERENCIA _____</small></p> <p style="text-align: right;">VUELTA.</p>

INTERESANTE.

Me permito llamar la atención de Ud., sobre el hecho de que unos competidores *desean imprimir* esta obra, pero diré a Ud. que nunca podrán igualarla y que el público no podrá adquirir un libro igual al que yo ofrezco. No deseo que Ud. apoye con su prestigio los méritos y calidad del libro sin conocerlo, me sería muy grato, si así lo desea, *recibir su pedido* el cual será atendido con toda eficacia; no dudando que el libro y no mis palabras, lo harán recomendarlo entre todos sus buenos amigos. Debo decir a Ud. *que en caso de tener competencia* he dispuesto de la maquinaria más moderna y con operarios muy hábiles en asuntos de impresiones, lo cual me coloca a la *altura del primer competidor, por fuerte que este sea*, y me da una inmensa superioridad sobre los competidores pequeños que ofrecen el libro en *papel de periódico por venderlo barato*.

¡NO SE OLVIDE!!

Esta obra ha merecido un lugar distinguido en las bibliotecas de hombres ilustrados, y este lugar lo conservará el libro que por su aspecto elegante, buena impresión y papel sea acreedor a él.

NO OS DEJEIS ENGAÑAR.

ENTIENDASE, el Libro que yo vendo no está impreso en papel de periódico, vale \$1.50 cs. y representa mucho más de lo que pido por él.

El libro que anuncia una casa de México a \$1.00 cs. el ejemplar está impreso en papel que no puede compararse con el de mi obra y no contiene ninguna ilustración ni fotografías.



MEMORIAS INÉDITAS

DE DON



Sebastián Lerdo de Tejada.

La edición mejor impresa; la más correcta y elegante de cuantas se han publicado. La única que contiene dos partes, tres magníficos fotograbados de los Sres. Cerdo de Tejada, Francisco I. Madero y Gral. Porfirio Díaz, y, como suplemento la célebre "Oda á Atenas" pronunciada con motivo de los funerales del Sr. Lic. Cerdo de Tejada.

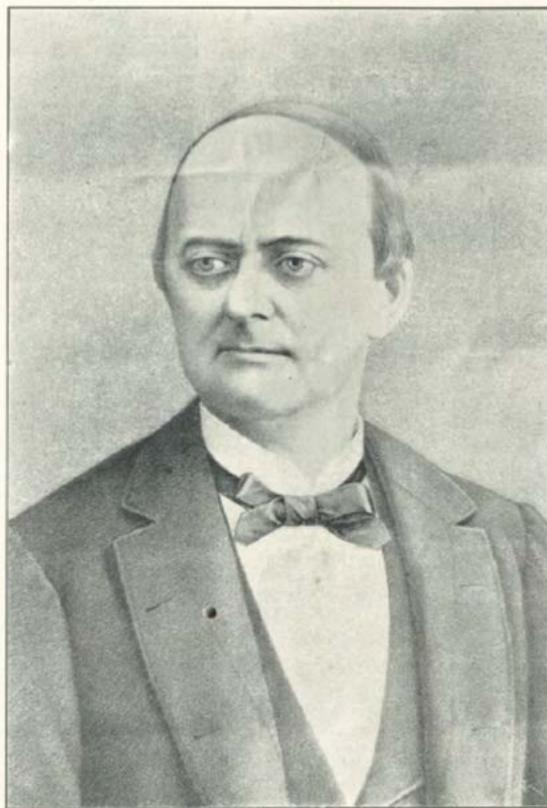


EDITOR

José Ernesto Limón.

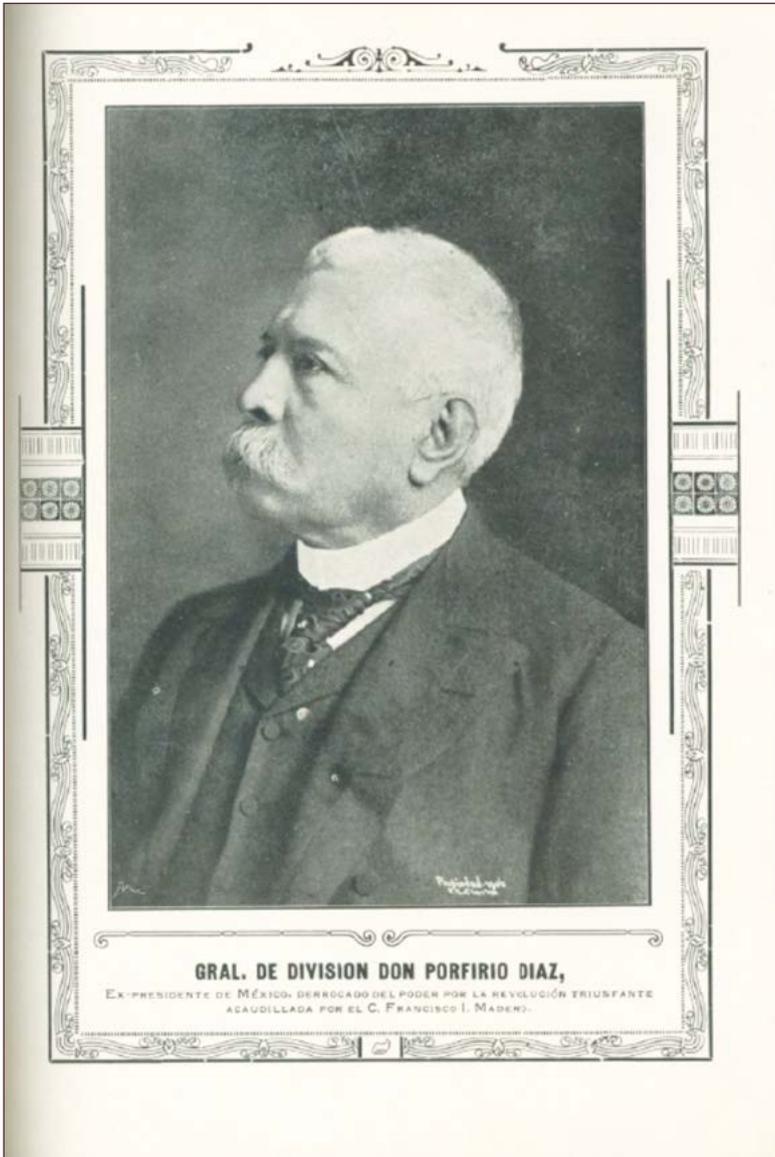
PUEBLA, MEX.

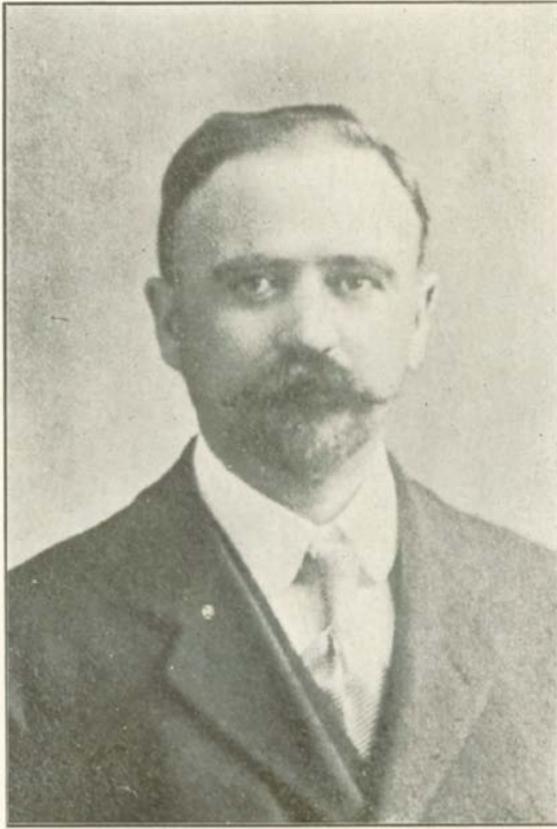




C. LIC. D. SEBASTIAN LERDO DE TEJADA,
EX-PRESIDENTE DE MEXICO,
DERROCADO DEL PODER POR EL GENERAL DON PORFIRIO DIAZ.







C. D. FRANCISCO I. MADERO
JEFE DE LA REVOLUCION TRIUNFANTE,
QUE DERROCO DEL PODER AL GENERAL D. PORFIRIO DIAZ.
EL 24 DE MAYO DE 1911.



MEMORIAS DE SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA

Adolfo Rogaciano Carrillo

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.

Se terminó en la Ciudad de México en abril de 2020,
durante la epidemia COVID-19, en cuarentena.

Sebastián Lerdo de Tejada pasa a la historia de México por muchas razones pero especialmente destacables dos: impulsó que el Congreso mexicano introdujera en la Constitución las Leyes de Reforma y, llevó a cabo la gran reforma constitucional de 1874, que permitió el re-equilibrio de poderes al restablecer el Senado de la República, desapareciendo con ello el sistema unicameral que imponía la Constitución de 1857.

Fue presidente de México entre 1872 y 1876, año con el que termina la etapa histórica llamada República Restaurada. Murió a los 66 años y los 12 últimos los vivió en el exilio, en Estados Unidos. Murió en la ciudad de Nueva York el 21 de abril de 1889.

El presente libro que contiene sus “memorias”, fue desde la primera edición calificado de ser un texto apócrifo, sin embargo no negaba que tenía el estilo de textos que hubiere escrito el expresidente y además, se le concedía la posibilidad de haberlas redactado en el exilio. Hacia 1911 quedó claro que el verdadero autor del libro era Adolfo Rogaciano Carrillo, periodista amigo de Lerdo de Tejada y quien compartió con él el exilio. Rogaciano escribió directamente una carta a Juan Sánchez Azcona, secretario particular de Francisco I. Madero, reconociendo por la paternidad del texto.

El lector tiene ante sí un libro extraño: es la primera edición en la que aparece completa la obra de Adolfo Rogaciano Carrillo: las *Memorias de Sebastián Lerdo de Tejada*, publicadas en 1890, y su prólogo, escrito casi cuatro décadas después, en 1926.

